





colección | TOMO  
JUVENTUD | I

# Juventud e Historia

Tradición y cambio  
en las relaciones de edad en Europa

JOHN R. GILLIS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
MÉXICO, 2018



LA REALIZACIÓN DE ESTA COLECCIÓN JUVENTUD Y LA PUBLICACIÓN DE ESTE TOMO I, HA SIDO POSIBLE GRACIAS AL APOYO DE LA SECRETARÍA DE  
DESARROLLO SOCIAL (SEDESOL) Y DEL INSTITUTO MEXICANO DE LA JUVENTUD (IMJUVE),

# Juventud e Historia

Tradición y cambio  
en las relaciones de edad en Europa

JOHN R. GILLIS

colección  
**JUVENTUD**

LÍNEA  
**REGRESO  
A LOS  
CLÁSICOS**



**SDI** SECRETARÍA DE  
DESARROLLO  
INSTITUCIONAL

**SIJ** SEMINARIO DE  
INVESTIGACIÓN  
EN JUVENTUD

<p><b>G55</b> <b>HQ799.8 E97</b></p>	<p><b>Gillis, John R.</b> <b><i>Juventud e Historia: tradición y cambio en las Relaciones de Edad en Europa</i></b> <b>México UNAM/SIJ-IMJUVE-Formas e Imágenes S.A. De C.V., 2017. Colección</b> <b>Juventud No.1</b> <b>201 p.; 16x22.5 cm</b> <b>1. ISBN de la obra completa: 978-607-30-0137-3</b> <b>2. ISBN del volumen: 978-607-30-0138-0</b></p> <p><b>Traducción y comentarios de Mauricio Sáenz Ramírez</b></p> <p><b>1. Juventud - Vida Social y Costumbres 2. Juventud - Conducta (Ética)</b> <b>3. Juventud - Historia social 4. Sáenz R., Mauricio - tr.</b></p>
--	--

COLECCIÓN JUVENTUD NO. 1

LÍNEA REGRESO A LOS CLÁSICOS

JUVENTUD E HISTORIA. TRADICIÓN Y CAMBIO EN LAS RELACIONES DE EDAD EN EUROPA

PRIMERA EDICIÓN: 12 DE FEBRERO DE 2018.

D.R. © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

CIUDAD UNIVERSITARIA, COYOACÁN, C.P.04510, CIUDAD DE MÉXICO

SECRETARÍA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

CIUDAD UNIVERSITARIA, 8VO. PISO DE LA TORRE DE RECTORÍA,

DELEGACIÓN COYOACÁN, C.P.04510, CIUDAD DE MÉXICO

ISBN DE LA OBRA: 978-607-30-0137-3

ISBN DE LA VOLUMEN: 978-607-30-0138-0

TÍTULO ORIGINAL: *YOUTH AND HISTORY. TRADITION AND CHANGE IN EUROPEAN AGE RELATIONS.*

ACADEMIC PRESS, 1974

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL: MAURICIO SÁENZ RAMÍREZ

DISEÑO EDITORIAL Y DISEÑO DE PORTADA: MARIO ELISEO JUÁREZ RODRÍGUEZ

CUIDADO DE LA EDICIÓN: ARACELI MORENO ORTIZ

ALMA JENNIFER ROSADO MARTÍNEZ

ISRAEL LIRA GARCÍA

CORRECCIÓN ORTOGRÁFICA Y DE ESTILO: GIZELLA GARCIARENA

ESTA EDICIÓN Y SUS CARACTERÍSTICAS SON PROPIEDAD DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO. PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL POR CUALQUIER MEDIO SIN AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DE LOS DERECHOS PATRIMONIALES.

LA TRADUCCIÓN HA SIDO REALIZADA POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO (UNAM) BAJO SU EXCLUSIVA RESPONSABILIDAD. LOS PROFESIONALES Y LOS INVESTIGADORES SIEMPRE DEBEN CONFIAR EN SU PROPIA EXPERIENCIA Y CONOCIMIENTO PARA EVALUAR Y UTILIZAR CUALQUIER INFORMACIÓN, MÉTODO, COMPUESTO O EXPERIMENTO DESCRITO EN ESTE DOCUMENTO. DEBIDO A LOS RÁPIDOS AVANCES EN LAS CIENCIAS MÉDICAS, EN PARTICULAR, SE DEBE REALIZAR UNA VERIFICACIÓN INDEPENDIENTE DE DIAGNÓSTICO Y DOSIS DE MEDICAMENTOS. EN LA MÁXIMA MEDIDA DE LA LEY, ELSEVIER, LOS AUTORES, EDITORES O CONTRIBUYENTES NO ASUMEN NINGUNA RESPONSABILIDAD EN RELACIÓN CON LA TRADUCCIÓN O POR CUALQUIER LESIÓN Y/O DAÑO A PERSONAS O BIENES COMO UNA CUESTIÓN DE RESPONSABILIDAD DE PRODUCTOS, NEGLIGENCIA O DE OTRO TIPO, O DE CUALQUIER USO U OPERACIÓN DE CUALQUIER MÉTODO, PRODUCTO, INSTRUCCIÓN O IDEA CONTENIDA EN ESTE MATERIAL.

THIS EDITION OF *YOUTH AND HISTORY* BY JOHN R. GILLIS IS PUBLISHED BY ARRANGEMENT WITH ELSEVIER INC.

ESTA EDICIÓN DE JUVENTUD E HISTORIA DE JOHN R. GILLIS SE PUBLICA POR ACUERDO CON ELSEVIER INC.

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO. PRINTED AND MADE IN MÉXICO.

FORMAS E IMÁGENES S. A. DE C.V.

## CONTENIDO

<b>PRESENTACIÓN</b>	
JOSÉ ANTONIO PÉREZ ISLAS Y MÓNICA VALDEZ .....	9
<b>COMENTARIOS SOBRE LA TRADUCCIÓN (2017) .....</b>	<b>13</b>
MAURICIO SÁENZ RAMÍREZ	
<b>PREFACIO A LA EDICIÓN EN INGLÉS DE 1974 .....</b>	<b>17</b>
<b>CAPÍTULO 1. COMO UNA FAMILIA Y UNA FRATERNIDAD:</b>	
JUVENTUD EN LA EUROPA PREINDUSTRIAL .....	25
<b>CAPÍTULO 2. JUVENTUD EN PROBLEMAS:</b>	
LAS CONSECUENCIAS DE LA MODERNIZACIÓN, 1770-1870 .....	61
<b>CAPÍTULO 3. LOS CHICOS SIEMPRE SERÁN CHICOS:</b>	
DESCUBRIMIENTO DE LA ADOLESCENCIA, 1870-1900 .....	117
<b>CAPÍTULO 4. CONFORMIDAD Y DELINCUENCIA:</b>	
LA ERA DE LA ADOLESCENCIA, 1900-1950 .....	157
<b>CAPÍTULO 5. EL FIN DE LA ADOLESCENCIA:</b>	
JUVENTUD EN LOS CINCUENTA Y LOS SESENTA .....	209
<b>RETROSPECTIVA DE LOS ESTUDIOS DE JUVENTUD, CUATRO DÉCADAS DESPUÉS</b>	
COLOFÓN A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL 2017 .....	235
<b>GLOSARIO BÁSICO .....</b>	<b>249</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>253</b>



## PRESENTACIÓN

Quienes hemos tenido la oportunidad de acompañar el nacimiento, desarrollo y en cierto sentido la consolidación del campo de estudios de lo juvenil en América Latina en general, pero sobre todo en México, hemos constatado que es un ámbito con muchos altibajos y a veces verdaderas mutaciones, producto quizá, de una dinámica que en algunas ocasiones acompaña las propias transformaciones que generan los amplios, diversos y heterogéneos grupos juveniles; pero también fruto de la escasa estructura institucional de apoyo que poseen quienes se dedican a profundizar en este campo de estudio; con lo cual su permanencia se vuelve azarosa, con idas y vueltas entre otras temáticas, aunque a veces el alejamiento para muchos signifique un no retorno al tema.

En este contexto, si bien no hay literatura canónica que marque una cierta direccionalidad del pensamiento conceptual en juventud, si existen vertientes que han marcado la investigación en México en ciertos momentos históricos: como lo fueron los estudios sobre los movimientos estudiantiles de los años setenta, seguidos por los textos sobre el rock nacional o la importancia de las investigaciones en torno a las bandas juveniles de la década de los ochenta; para que a partir de los años noventa la producción se diversificara hacia las cuestiones rurales, de género o de salud (con el –para nuestro gusto– inmenso peso en las adicciones), pero sobre todo a las culturas juveniles.

Ya en el siglo actual los nuevos usos tecnológicos, las transiciones y trayectorias juveniles y la incontenible violencia que se ejerce sobre las nuevas generaciones, están ocupando las más recientes preocupaciones de la investigación en juventud. Sin embargo, una parte importante que permitió mantener una conexión entre investigadores consolidados y los recién llegados (Bourdieu *dixit*) fueron la serie de publicaciones que se produjeron en su momento, con una difusión muy importante, y que generaron este “acuerpamiento” diría Rossana Reguillo, de los investigadores en juventud. En los ochenta estuvo la impronunciable *Revista In Telpochtli, In Ichpuchtli (El joven, la joven en idioma náhuatl)* que

publicó el Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (CREA) a partir de 1981 y hasta 1988; tiempo después la *Revista Jovenes* (con un juego pertinente de palabras que le daban sentido a su objetivo) y su correlativa Colección de libros con el mismo nombre que se editaron bajo el Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ) desde 1996 y hasta 2007. Cada una desaparecida en dos sexenios (el salinista y el calderonista) particularmente nefastos para las y los jóvenes en nuestro país en muchos y profundos sentidos. No olvidamos tampoco el esfuerzo regional que se realizó en el occidente con la revista *Jóvenes en la Mira* que entre 2005 y 2007, buscó articular la producción de la Red Jalisciense de Investigadores sobre Juventud, bajo el financiamiento del Instituto de la Juventud de ese estado.

## LA COLECCIÓN QUE IMPULSAMOS

Con estos antecedentes es que en conjunto el Seminario de Investigación en Juventud (SIJ) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Dirección de Investigación y Estudios del Instituto Mexicano de la Juventud (ahora con las siglas IMJUVE) decidimos desarrollar un proyecto para integrar una colección editorial que no fuera una revista con una periodicidad estricta, dado lo azaroso que es en la actualidad mantener financieramente un proyecto de ese tipo, además de la presencia de dos revistas especializadas que al momento ya son referencia en la región en torno a lo juvenil (*Última Década* de CIDPA en Chile y la *Revista Latinoamericana de Ciencias sociales, Niñez y Juventud* de la Universidad de Manizales en Colombia) y que están cumpliendo con creces su cometido.

La idea es entonces generar una colección editorial que hemos nombrado sencillamente: *Juventud*, instalada en la UNAM para mayor estabilidad y donde se busque cubrir temáticas que sirvan de apoyo y contribución a la actual construcción conceptual y empírica del campo de los estudios de juventud en dos grandes líneas:

- La recuperación de textos que por su importancia pueden recibir el calificativo de clásicos, dado que en su momento el aporte brindado, marcó un hito para la mejor comprensión de lo juvenil. A esta línea la hemos denominado: *Regreso a los clásicos*.
- La integración de aportes que se estén realizando desde participantes preocupados por articular nuevas temáticas o nuevos enfoques que ayuden a comprender mejor la actualidad de las y los jóvenes. Precisamente a esta segunda línea le llamamos: *Nuevos aportes*.

Una tercera línea todavía está en construcción y quizá se dirija a recuperar la articulación entre investigación y políticas públicas de juventud.

## EL TEXTO QUE PUBLICAMOS

En este caso comenzamos la línea *Regreso a los Clásicos* con un estupendo texto *Juventud e Historia*, que nunca había sido traducido al español, a pesar de representar uno de los estudios que con mayor profundidad indaga la historia social de los jóvenes en la modernidad respetando su diversidad, su estratificación y una particular mirada a las cuestiones de género cuando las fuentes se lo permiten; basado en una minuciosa indagación desde la época preindustrial hasta la década de los sesenta del siglo XX. El autor, John R. Gillis, construye su objeto de estudio a partir de fuentes europeas, en particular Alemania e Inglaterra. Su discusión sobre la historia social de los conceptos de niñez, adolescencia y juventud, es una luz para entender la dimensión y el peso histórico de cada uno de ellos; y su reflexión articulada con los procesos del trabajo, de la familia y de la escuela, hace que se mantenga vigente su enfoque.

Además al contactar a John Gillis, con mucho entusiasmo nos entregó un nuevo texto para actualizar la primera edición publicada en 1974 y que lo hemos colocado a manera de colofón de la presente edición. De igual manera, la pequeña semblanza que publicamos de Gillis, la escribe su compañera y esposa, Christina Marsden Gillis.

Cuando leemos el texto de Gillis, solo nos queda claro que este tipo de estudios son una enorme laguna en el campo de las investigaciones latinoamericanas, que urge apoyar en cada uno de nuestros países, ojala esta publicación también sirva para impulsar esfuerzos como éste en nuestro propio contexto.

Esperamos que con el mismo entusiasmo que para nosotros significó la concreción de este proyecto, se reciba por parte de todos aquellos que están comprometidos con ampliar y consolidar el campo de la investigación en juventud.

CDMX, noviembre 2017

José Antonio Pérez Islas (SIJ-UNAM)  
Mónica Valdez González (DIEJ-IMJUVE)



## COMENTARIOS SOBRE LA TRADUCCIÓN (2017)

La historia de las juventudes está hecha de las historias de todas y todos los jóvenes que han ocupado un lugar en cada sociedad. De las voces de miles de vidas alojadas en cientos de documentos, imágenes, objetos y lugares. Es el sonido de sus acciones, sus destinos, sus caminos, sus libertades y limitaciones, sus identidades y sus luchas. Son las voces que resuenan en escuelas y hospitales, en cárceles y tierras de labranza, en las calles de la ciudad y los páramos agrestes, a veces en solitario, en ocasiones acompañadas. Están siempre presentes, aunque no siempre sean reconocidas; en muchos casos carecen de rostros o formas precisas, porque por mucho tiempo las juventudes han sido sólo lo que la sociedad adulta ha querido que sean. Sin embargo, cada vez con más frecuencia, esas voces cuyo origen se encuentra en las entrañas de las propias juventudes empiezan a resonar con mayor fuerza por derecho propio, con la potencia y la fluidez de quien se niega a vivir en la indiferencia o el olvido.

John R. Gillis es un autor que ha prestado oído a esas voces, tejiendo con maestría una parte del entramado que ha conformado a las juventudes, en este caso europeas. A lo largo de esta obra revela otro rostro de éstas: ese que se construye a partir del idioma que hablan o de aquel que usa quien las describe. Porque como las juventudes, las lenguas están vivas y tienen sus propias dinámicas, intenciones y reglas, y esta traducción de la obra de Gillis intenta resaltar estas cualidades, evidenciando el peso que tiene el lenguaje en la construcción de las realidades sociales.

Traducir la obra de Gillis del inglés al español representó mucho más que un trabajo de sustitución de palabras, de entender formas y reglas gramaticales del inglés que, en algunos casos, tienen más de un siglo en desuso; fue mucho más allá de ser una confrontación con una diversidad de oraciones pasivas poco o nada utilizadas en el español. Realizar dicha traducción significó hacer el esfuerzo de generar un proceso de empatía con el autor, que permitiera no sólo comprender el texto, sino también entender aquello que realmente quería decir su creador desde su contexto social, académico, político e histórico, en comparación a otros contextos con características propias, empleando un lenguaje que, a su vez, tiene su propia forma de presentar los hechos. Además, conllevó entender los alcances y las características de un discurso sobre las juventudes que se generó hace poco más de 40 años, y estar atento a que, de manera inconsciente, dicho discurso no fuera sustituido por posturas actuales. Implicó investigar las diferencias que existían entre “bandas” y “pandillas”, el papel del pueblo gitano en la sociedad francesa del siglo XIX, los aspectos que diferencian a católicos, luteranos y protestantes, los estilos musicales de las distintas épocas, por sólo citar algunos de los temas sobre los que fue necesario ahondar para entender a cabalidad la propuesta del autor. De manera que siempre se estuvo analizando la elección y el uso de sus palabras, la forma de construcción del discurso y la estructura de las propuestas, sin dejar de lado la temporalidad, tanto del contenido como del propio autor.

Por ello, en ciertos casos, como testimonios, canciones o poesías, dada la antigüedad de la forma de inglés empleada se recurrió más a una interpretación que a una traducción y se presentan conjuntamente la versión original en inglés y su traducción, con la intención de que el lector pueda apreciar no sólo los hechos mencionados sino también las variaciones de lenguaje, lo que permite resaltar la riqueza de la frase en el idioma original. En este sentido, ciertas palabras y denominaciones consideradas importantes cuya traducción no aporta claridad a la propuesta del autor se mantienen en cursivas, acompañadas de su traducción al español entre comillas en su primera mención; cuando se trata de frases las mismas tienen su traducción a pie de página, mientras que, como se mencionó, los fragmentos de canciones y sonetos tienen su traducción de forma paralela, a fin de permitir que el lector, en caso de que lo requiera, pueda comparar el texto en ambos idiomas. A la inversa, cuando la traducción al español sea acorde a la idea del autor, ésta se presenta inicialmente entre comillas, con la versión original en inglés en su primera mención.

Para finalizar quiero agradecer el apoyo de Laura De la Teja, cuya enseñanza y conocimientos del inglés y su historia, particularmente de la forma británica, posibilitó que pudiera establecer una sintonía con el discurso del autor. Asimismo, agradezco a Laura Corrales Blanco, por su apoyo y compromiso en la construcción de los capítulos segundo, cuarto y quinto. Al personal del British Council México, la biblioteca Benjamín Franklin de la Embajada de Estados Unidos en México y la Biblioteca Nacional de México albergada en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Por último, y en particular, agradezco al doctor José Antonio Pérez Islas por pensar en mí para este proyecto, porque traducir esta historia ha abierto un nuevo capítulo en mi propia historia.

Mtro. Mauricio Sáenz Ramírez  
Ciudad de México, 2017

*Youth and age.  
Much did I rage when Young  
Being by the world oppressed,  
But now with flattering tongue  
It speeds the parting quest.  
William Butler Yeats*



## PREFACIO A LA EDICIÓN EN INGLÉS DE 1974

EN MEMORIA DE RANDALL GILLIS

Este libro sustenta la propuesta de que la juventud hace su propia historia. Una historia que, si bien se vincula, es analíticamente distinguible de la historia de la familia, la escuela y otras instituciones adultas con las que usualmente es asociada. Durante más de 80 años, incluso desde los inicios del movimiento de estudios de la niñez en Europa y Estados Unidos, la juventud ha sido objeto de investigación por parte de psicólogos, sociólogos y, más recientemente, de historiadores. Sin embargo, hasta el momento la investigación se ha ocupado menos de la respuesta que la juventud da al cambio, y más de las instituciones educativas, penales y de bienestar que, se supone, son los agentes de su transformación.<sup>1</sup> El propio papel de la juventud en la creación de formas sociales y culturales, que relacionamos con la parte del ciclo de la vida ubicado entre la niñez y la adultez, permanece en tinieblas; como también lo están las “tradiciones de juventud” — *traditions of youth*—,<sup>2</sup> término empleado por David Matza (1961) para referirse a los patrones de comportamiento y las formas de pensamiento que han caracterizado a este grupo de edad, durante largos periodos y que dan cuenta de la historicidad de la juventud y su sistema de valores. “Tradición” es un término particularmente útil, porque sugiere que cualquier explicación del comportamiento juvenil en un lapso determinado debe de tomar en cuenta no sólo las estructuras sociales y económicas, sino también la experiencia histórica previamente adquirida por este grupo de edad, como una variable independiente con sus propias dinámicas (Matza, 1961: 102-118).

<sup>1</sup> Para una reseña de cuatro libros sobre la historia de la juventud norteamericana que se ubican en esta categoría, véase Gillis 1973: 115-141.

<sup>2</sup> Se optó por traducir *traditions of youth* como “tradiciones de juventud” y no “de la juventud” porque en su obra el autor no se refiere a las tradiciones de una sola juventud homogénea, sino a las tradiciones generadas en este grupo etario, las cuales presentan particularidades vinculadas a los contextos en que se desarrollan. (N. T.)

El solo hecho de que muchas de las tradiciones de la juventud que nosotros consideramos contemporáneas —radicalismo estudiantil, actitud bohemia, comportamiento de las pandillas, delincuencia— puedan ser rastreadas hasta por lo menos 200 años atrás es un incentivo para el historiador interesado en preguntarse sobre la continuidad y el cambio. Además, representa la oportunidad de investigar las causas de diversas actitudes y valores, y de tratar de explicar su constitución y declive en términos de variables demográficas y económicas clave, lo que brinda motivación para la realización de esta clase de estudios. Identificar los orígenes de las tradiciones modernas de la juventud requiere que la historia del grupo de edad se relacione con la génesis de las estructuras o valores sociales más amplios. Ésta moldea las situaciones a las que la gente joven responde conforme va evaluando su paso hacia la vida adulta; y mientras esto cambia, lo hacen también las tradiciones que lo juvenil crea y mantiene a partir de sus propios intereses. Las expectativas parentales, las oportunidades económicas, las condiciones de educación y esparcimiento, todo esto afecta las formas en que los jóvenes elaboran sus estrategias sociales, económicas y culturales. Como lo demuestra ampliamente la historia de los últimos dos siglos, las condiciones demográficas y económicas han sido factores primarios en la conformación de las fases históricas a través de las cuales se ha producido el avance de las tradiciones de la juventud desde el siglo XVIII. En tanto las tasas de fertilidad y mortalidad se han modificado y las condiciones de industrialización y urbanización se han alterado, las personas jóvenes han enfrentado una serie de situaciones que afectan la duración y el carácter de ese segmento del ciclo de vida que une la infancia con la adultez. Sin embargo, simultáneamente estos mismos factores han afectado las percepciones y reacciones de los adultos, estamos tratando aquí con una historia que opera en dos niveles distintos. Por un lado, están las expectativas en torno al comportamiento juvenil establecidas por los adultos en la casa, en la escuela y en los lugares de trabajo; por el otro están los grupos de jóvenes, con sus propias tradiciones independientes, que actúan a partir de hábitos y valores en ciertos momentos íntimamente vinculados con los intereses de los adultos y en otros, opuestos a ellos.

Si la historia de la juventud va a ser escrita, ésta debe enfocarse en ese punto de contacto en que las expectativas de los jóvenes y los adultos interactúan de forma dinámica. No obstante, la tarea se complica aún más por el hecho de que en cualquier lapso las experiencias demográficas y económicas de grupos pertenecientes a diferentes clases o estatus son también variadas. Desde el siglo XVIII, las diferencias en los ciclos de vida entre y al interior de las grandes clases

sociales han contribuido sustancialmente a las dinámicas de las relaciones de edad europeas. Los capítulos 2 y 3 exploran la emergencia por separado de tradiciones de la juventud en la clase trabajadora y en la clase media. El capítulo 4 traza el conflicto planteado entre estas tradiciones y la forma en que fue institucionalizado en las culturas académicas y extracurriculares de inicios del siglo xx.

Si bien la historia social no puede ser separada de la historia institucional no debe permitirse a la segunda que empañe la existencia de tradiciones autónomas de lo juvenil asociado con la clase, la etnicidad y la localidad.

También es necesario evitar una aproximación exclusivamente funcional, porque ésta ignora el sentido de conexión del grupo con su pasado, subestimando en gran medida las fuentes históricas de la autoridad moral y social que, más allá de las sanciones adultas, moldea el comportamiento juvenil. Devolver su historia a la juventud es una tarea complicada, no sólo porque debemos de tratar con diferentes niveles de la realidad —la personal, la grupal, la social— sino también porque cada una de las grandes etapas de la historia de la juventud desde 1770 ha producido un sustrato único que continúa impactando en el presente.<sup>3</sup> En buena medida, en su intento por descubrir las diferentes capas de comportamiento y por conectar cada una de ellas con sus orígenes históricos, el historiador debe operar como un arqueólogo; además, tiene que usar las herramientas de un demógrafo y un sociólogo para explicar cómo, a lo largo del tiempo, las condiciones sociales cambiantes han ocasionado modificaciones en las tradiciones. Aun así, ninguno de estos métodos está completo si los sentimientos y percepciones de quienes están involucrados —los jóvenes mismos— no ocupan un lugar esencial en la investigación histórica. Porque, más allá de lo importante que pueda ser el contexto histórico, es la conciencia de los jóvenes, determinada en parte por las experiencias pasadas de su grupo de edad, la que finalmente determina la dirección del cambio.

Cualquier historia de un grupo ampliamente anónimo como la juventud, requirió métodos diferentes a los empleados usualmente, dado que era importante capturar las voces y los rostros de los jóvenes, y también de los adultos que clamaban por hablar en su nombre. He elegido trabajar en dos niveles, el nacional y el local, para investigar el espectro total de la sociedad. Las locaciones de investigación intensiva entre 1969 y 1970 fueron dos centros universitarios, Oxford y Göttingen. Dicha investigación se combinó con trabajo a escala nacional en Inglaterra y Alemania, con el propósito de ubicar tendencias generales que atra-

<sup>3</sup> Un modelo para una psicohistoria de la juventud, dimensión que ha sido excluida en este trabajo, es discutido en Keniston (1971).

vesaran límites culturales. Los hallazgos presentados en este volumen reflejan un mayor uso de materiales ingleses, lo cual sólo responde al hecho de que eran más abundantes que los alemanes en cuanto al tipo de fuentes, documentos demográficos y económicos que yo quería utilizar. La historia de la juventud alemana, particularmente de la clase media, difiere en forma importante de su contraparte inglesa, aunque en general, la existencia de similitudes en la periodicidad y secuencia de acontecimientos experimentados por los grupos y culturas de los jóvenes en ambos países respalda la idea de que, en Europa, la historia de la juventud se ha producido, siguiendo amplias líneas establecidas por la modernización económica y demográfica.

“Modernización”, en el sentido en que el término es empleado aquí, no debe ser equiparada con “progreso”. Solamente lo uso como un término que resulta conveniente para designar una dirección general de cambio que ha estado ocurriendo desde mediados del siglo XVIII, del cual la historia de la juventud constituye una parte integral. En ésta los mayores puntos de inflexión han coincidido con importantes transformaciones económicas y demográficas que han tenido lugar durante los últimos 200 años; transformaciones que han impactado fuertemente en cada institución social mayor, incluyendo la familia. En este trabajo he intentado usar los frutos de la labor de los demógrafos, complementados con mi propia investigación social, a fin de establecer las condiciones bajo las cuales los niños vienen a este mundo, cómo son tratados una vez que son parte de una familia y cómo superan situaciones sociales y económicas que les han sido impuestas por el hecho de nacer en una clase o estatus determinado. Las condiciones que enfrentan los jóvenes han experimentado grandes variaciones respecto a ciertos factores, por ejemplo, el tamaño de la familia y la situación de clase. Cuanto más íntimamente ligada a factores económicos y demográficos esté su historia, más concreta y comprensible se vuelve.

También he tratado de explorar las formas en que las tradiciones de lo juvenil han interactuado con la historia política de los últimos dos siglos. Muy separada de un tipo de narrativa más convencional, la historia social está siempre en peligro de perder su significación e interés. No ha sido mi intención abrir otro campo especializado de investigación, sino demostrar la naturaleza integral del proceso histórico. Los lectores tendrán que juzgar el éxito de este esfuerzo a partir de la importancia que el contenido de este volumen tenga para la comprensión de sus propias áreas. Tengo la esperanza de que los científicos sociales encuentren una visión de los orígenes y la evolución de un grupo de edad que conocen y de cuyas funciones y estructuras contemporáneas están relativamente bien

informados, pero en el cual las dinámicas históricas han sido prácticamente desatendidas.<sup>4</sup> A mis compañeros historiadores ofrezco la aproximación empleada aquí como un posible punto de inicio para posteriores investigaciones sobre otros grupos de edad, incluyendo la mediana edad y las personas mayores, cuyo pasado es en este punto tan nebuloso como el de grupos más jóvenes. Y, como básicamente este estudio se ha abocado a abordar las tradiciones de la juventud masculina, es obvio que aún queda trabajo por hacer acerca de sus contrapartes femeninas.

## Reconocimientos

La investigación para este trabajo, culminado en Oxford y Göttingen durante el año académico 1969-1970, fue posible gracias al Rollins Bicentennial Preceptorship Fond de la Universidad Princeton. Estoy particularmente agradecido a mis compañeros del Colegio de San Antonio y a su decano, Theodore Zeldin, por hacer tan placenteros mis meses de estancia en Oxford. Su hospitalidad sólo fue igualada por la de los funcionarios de la biblioteca Bodleiana y la biblioteca de la ciudad de Oxford. El permiso especial para usar registros sin publicar fue generosamente otorgado por empleados del Departamento de Justicia de la ciudad, el Departamento de Educación y el Ayuntamiento, responsable de los monumentos de la ciudad. El Colegio Nutfield abrió para mí, los documentos G.D.H. Cole y, en gran medida, fui apoyado por la generosidad de las personas a cargo de los archivos de diversas instituciones privadas, entre ellos, los señores George Springall y W.R. Willis de los Scouts, el señor Del Nevo de Y.M.C.A., y el doctor Willis Bund, decano del Colegio Balliol. El señor Thomas Dunn me permitió usar los registros de la escuela de San Barnabas, mientras que el señor F.S. Green amablemente compartió conmigo sus memorias de una trayectoria de trabajo en juventud en Oxford, al proveerme de material no publicado que estaba en su posesión.

Los funcionarios del Göttingen Stadtarchiv no fueron de menos ayuda que sus contrapartes en Oxford; y el doctor Hans Wolf, director del archivo Wandervogel en Burg Ludwigstein, fue más que entusiasta en su asistencia. La señora Luebbecke de Reckerhausen hizo de nuestra estancia en el valle de Leine una experiencia agradable y productiva.

Lamento no poder mencionar a todos aquellos que en un momento u otro escucharon mis comentarios dispersos sobre la historia social. Sin embargo,

<sup>4</sup> La mayor parte de la literatura en ciencias sociales permanece esencialmente ahistórica en su aproximación. Resulta valiosa por su análisis estructural-funcional de los jóvenes en varios periodos, pero ignora casi por completo las dinámicas de continuidad y cambio. Véase, por ejemplo, S.N. Eisenstadt (1966); T. Parsons (1949); Kingsley Davis (1944); y, E. Gottlieb, J. Reeris y W.D. Terhouthem (1966).

me gustaría expresar mi especial agradecimiento a Charles Tilly. Joseph Kett, Edward Shorter, James McLachlan, Dorothy Ross, John E. Talbott, Peter Stearns y Richard Andrews. Estoy en deuda con los miembros del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad Princeton, la Universidad Rutgers y el Seminario Davis, quienes durante los últimos tres años han discutido parte de este trabajo en seminarios. También recibí críticas constructivas de quienes participaron en la *Conferencia de la Historia de la Juventud*, realizada en Princeton en abril de 1971, y de los miembros del grupo de Historia Social en Rutgers. Finalmente, y no de menor importancia en esta lista de gratitud, están los estudiantes del Colegio Livingstone, que respondieron con tolerancia y percepción mientras este libro se desarrollaba poco a poco como lectura y seminario. Espero que ellos encuentren algo de sí mismos en estas páginas.



“Las edades del hombre”, ca.1733, una impresión que representa el ciclo de vida tal como era percibido en los inicios del siglo XVIII.  
 Instituto Warburg, Universidad de Londres



## CAPÍTULO I

### COMO UNA FAMILIA Y UNA FRATERNIDAD: JUVENTUD EN LA EUROPA PREINDUSTRIAL

Para los estándares del vocabulario actual, estricto en lo biológico, el lenguaje empleado para hacer alusión a la edad en la Europa preindustrial era desesperanzadoramente vago. Incluso en el siglo XVIII, la palabra francesa *garçon* y la alemana *knabe* hacían referencia a chicos en edades tan tempranas como los 6 años y tan mayores como los 30 o 40 años. En parte, dicha confusión provenía del hecho de que estos términos también aludían al estatus o función desempeñado por estas personas, *garçon* significaba tanto “sirviente” como “muchacho”. Inclusive hoy día términos como *lady* y *boy* acarrean trazas de su doble significado original;<sup>1</sup> entre los campesinos irlandeses todavía es común llamar a los hombres solteros que carecen de propiedades *boy*, sin tener en cuenta su edad, porque esto denota su estatus inferior en una comunidad en la que el matrimonio y la herencia establecen uno de los límites sociales más importantes. Lo mismo ocurre en Sudamérica, donde el estatus inferior de los negros se ve reforzado con regularidad cuando se refiere a ellos como *boys* o *girls*, sin considerar cuáles sean sus edades reales (Ariès, 1965: 25-29; Arensberg and Kimball, 1968: 55).

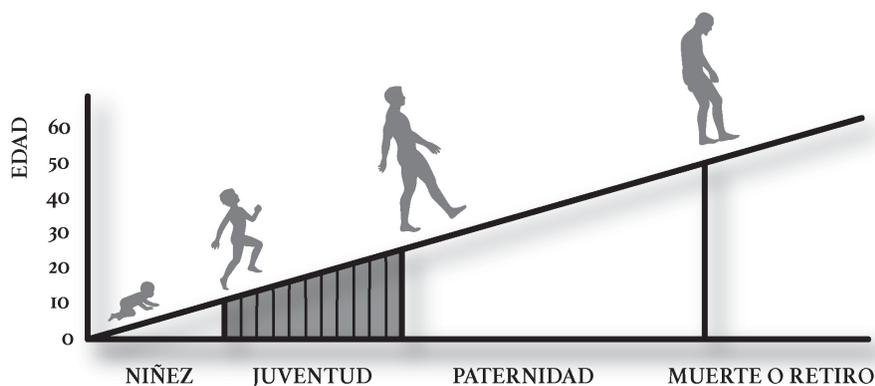
A partir de la evidencia lingüística, Philippe Ariès (1965) ha argumentado que en la Europa preindustrial no se establecieron distinciones entre niñez y otras fases preadultas de la vida. En este sentido, menciona que existía “una ambigüedad entre niñez y adolescencia por un lado y, la categoría conocida como juventud por el otro. La gente desconocía lo que nosotros llamamos adolescencia, y la idea tomó tiempo en cobrar forma” (Ariès, 1965: 29). Agrega que los términos latinos *puer*, “niño”, y *adolescens*, fueron utilizados indistintamente hasta el siglo XVIII, Ariès argumenta que la juventud era identificada completamente con lo que ahora llamaríamos “jóvenes adultos” —*young adulthood*. Concluye

<sup>1</sup> Véase Glosario. (N. T.)

que en aquel momento los europeos no reconocían un estado intermedio que correspondiera a nuestra noción actual de adolescencia. “Nadie habría pensado en ver el fin de la niñez en la pubertad. La idea de la niñez estaba ligada a la idea de dependencia: las palabras *sons, varlets y boys*<sup>2</sup> pertenecían al vocabulario de subordinación feudal. Un individuo dejaba la niñez sólo al apartarse del estado de dependencia, o por lo menos de sus peores fases” (Ariès, 1965: 26).

Fue precisamente a partir de esos grados de dependencia que la sociedad preindustrial reconoció e institucionalizó un estadio de vida diferente entre la niñez y la adultez. Aquello que comúnmente se llamaba “juventud” correspondía a un largo periodo de transición, que se extendía desde el momento en que los niños de 7 u 8 años se volvían un poco más autónomos, hasta aquel de su completa independencia con el matrimonio, el cual usualmente ocurría a mediados o finales de los 20 años. A pesar de lo impreciso que eran los límites de la juventud, y de que no existía una escala de edad universal como en la actualidad, su sociología era relativamente clara. La juventud comenzaba en lo que para nosotros es una edad muy temprana, que se relacionaba con el momento en que los niños empezaban a separarse de sus hogares yéndose a vivir a otras casas familiares. Al alcanzar los 14 años, la mayoría vivía en un estado de semidependencia, desempeñándose como sirviente en casas familiares, como aprendiz que vivía en la casa de su maestro o como estudiante internado lejos de su familia. Justamente, este desapego de la familia dio a la juventud preindustrial su significado y estructura particular, tal como se representa en el plan de vida idealizado mostrado en la gráfica 1.

Gráfica 1. Fases de la vida en la sociedad preindustrial



<sup>2</sup> Véase Glosario. (N. T.)

Aquí hay un estado de vida muy diferente de cualquier cosa que en la actualidad nosotros conocemos como “juventud” o “adolescencia”. No sólo se extendía durante más tiempo y se relacionaba de manera distinta con la niñez y la adultez, sino que, además, las tradiciones que evolucionaron desde esa larga, y a menudo difícil, transición de la niñez a la adultez presentan variaciones con respecto a las modernas culturas de la juventud. Lo juvenil, tal como era experimentado por quienes transitaban por esa etapa hacia la adultez, debe ser entendido en sus propios términos y en un contexto con condiciones demográficas y económicas únicas que prevalecieron hasta antes de la mitad del siglo XVIII.

• I •

La evidencia de la juventud como un segmento específico del ciclo de vida, con su propia historia y tradiciones, llega hasta nosotros desde de una variedad de fuentes, algunas literarias e iconográficas, otras económicas y demográficas. El folclor brinda información acerca de las ideas más populares vinculadas a los rangos de edad; éstas no son tan accesibles a partir del registro escrito; en este sentido, incluso en las actividades festivas y de ocio puede encontrarse evidencia de las divisiones por edad. En festividades como Año Nuevo o Pascua se podía ver a chicos y chicas desarrollando actividades, juegos y danzas reservadas exclusivamente a su grupo de edad. En Inglaterra, los juegos en las villas enfrentaban a los jóvenes solteros con los hombres casados ya mayores, lo que resaltaba las diferencias relativas al estatus y a las diferentes edades. Ciertos momentos del festival eran considerados propiedad de los jóvenes, por ejemplo, el 5 de noviembre en Oxford, cuando se celebraba la *Noche de Guy Fawkes*; en esta festividad, la quema ceremonial del *Guy* era seguida por una pelea entre la comunidad universitaria y la comunidad del pueblo, lo que posibilitaba que la juventud local gastara su energía. En la mayor parte del calendario tradicional de procesiones tanto sagradas como profanas, los grupos de edad eran claramente distinguibles. El baile, el canto y la actuación en las festividades proveían evidencia concierne a grupos de edad que Ariès desconocía, pero a los que tiende a presentar como sobrevivientes de una sociedad pagana previa, con disfraces que tiempo atrás habían perdido su significado y carecían de una función en los siglos XVII y XVIII (Ariès, 1965: 76-99; Hole, 2014:97, 116, 122). El trabajo de Natalie Davis y otros, nos permite saber ahora que el rol organizado, cumplido por hombres y mujeres jóvenes en las ocasiones festivas era sólo la manifestación de un sistema institucionalizado de grupos juveniles existentes en varias zonas de la Europa

preindustrial. Además, estos grupos poseían un gran parecido y, en ocasiones, sus actividades eran complementadas por las de varias empresas y grupos de artesanos. Tanto estudiantes como jornaleros de muchos de los gremios mayores y novicios del ejército, clero y burocracia, tenían sus propias organizaciones y tradiciones que los distinguían de los niños, por un lado, y de los hombres adultos casados, por el otro.

La definición y composición de los grupos de jóvenes en las villas y colectivos mostraba enormes variaciones, y no se había establecido una edad específica que marcara la entrada, ni siquiera a las escuelas y universidades. Eso significaba que las distinciones universales de edad, como las impuestas por nuestra sociedad a la escolaridad, estaban ausentes en la Europa preindustrial. A pesar de todo, la sociedad reconocía ciertas edades *ideales* para la entrada y salida de la semidependencia que implicaba la juventud. En Alemania, por ejemplo, la confirmación en la Iglesia —que ocurría cerca de los 14 años— era considerada un tipo de rito de paso hacia la juventud, época en la que el joven alcanzaba el estatus de trabajador en la sociedad urbana o en la que se unía al grupo de jóvenes de la villa, comúnmente llamado *Brüderschaft* (Wikman, 1937: 20-22; Hornstein, 1966: 118 y ss). Al finalizar la juventud, las expectativas de que los hombres jóvenes se encaminaran hacia el matrimonio y su patrimonio al final de sus 20 años, reflejaban otro de los *ideales* establecidos. El ingreso prematuro al mercado del matrimonio era objeto de la censura pública, mientras que permanecer soltero pasada cierta edad hacía de las chicas *old maids* [viejas doncellas] y de los chicos *confirmed bachelors* [solteros empedernidos], (Hajnal, 1965: 101-146).

Es importante notar que estamos tratando con nociones populares que fueron prescriptivas más que descriptivas. Comúnmente, la vida misma era pensada como poseedora de cierta simetría, existiendo un ciclo de nacimiento y muerte en el cual la plenitud se lograba durante los primeros años de matrimonio. En el caso del siglo xv florentino la plenitud de un hombre, su *gioventute* [juventud], oscilaba entre el final de sus 20 años y los 35 años. No obstante esto era lo que ocurría en una sociedad en la que los hombres se casaban más tarde de lo que era habitual, en el marco de la norma preindustrial; de forma ordinaria, para los hombres esto sucedía a fines de sus 20 años y para las mujeres a mediados de esta edad, cuando alcanzaban el pico de sus ciclos de vida a través del matrimonio (Herlihy, 1969: 1339; Gilbert, 1967: 7-32). Regularmente, la niñez y la juventud eran vistas como estados subordinados de vida que, al mismo tiempo que suponían la supremacía de los jóvenes casados, la ponían a prueba de manera continua.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Véase la ilustración que se encuentra al inicio de este capítulo

Difícilmente esto podía ser de otra manera en una sociedad en la que la mitad de los niños no llegaba a sobrevivir hasta los 20 años. Por lo que, la concepción popular era la de los sobrevivientes, quienes veían con alivio su paso a través de las peligrosas fases tempranas y consideraban la vejez como otro período de dependencia y problemas. Veremos más adelante, que la jerarquía de edades —con la niñez, la juventud y la vejez ubicadas en varios niveles de dependencia con relación a la juventud adulta— era, de hecho, una huella precisa de la estructura económica, social y etaria de la sociedad preindustrial, tal como lo apreciaban aquellos que tenían el poder social y económico. Ellos asignaban dependencia a la niñez, semidependencia a la juventud y una senilidad retraída para la vejez, porque, a la larga, ésta era la forma de garantizar la transmisión de la cultura, la propiedad y las habilidades de generación a generación.

## • II •

Inevitablemente, el lector moderno resulta impactado, no sólo por la extraordinaria duración del periodo definido como “juventud”, sino también por la ausencia de una distinción clara entre los miembros menores y mayores de ese grupo de edad. Estamos tan acostumbrados a contrastar la dependencia de los menores de 20 años (adolescentes) con la relativa independencia de los mayores de esta edad (jóvenes), que nos sorprende la ausencia de diferenciación. Asociamos adolescencia con ciertos retos de crecimiento personal, que incluyen la adquisición de la madurez sexual y la formación de la personalidad; y conferimos a mayores edades la elección de la ocupación, los noviazgos, la participación política y otras responsabilidades sociales. En la Europa preindustrial no había una segmentación del ciclo de vida de esta manera. Las tareas y deberes personales, sociales y económicos eran desarrollados simultáneamente más que organizados secuencialmente, hecho que evidencia la falta de distinción entre adolescencia y juventud en la concepción social predominante sobre el ciclo de vida normal.

Las condiciones económicas, demográficas y biológicas prevalecientes dan cuenta de estas diferencias. No había una escolaridad universal que pospusiera la entrada al mundo laboral y, dado que la movilidad social era limitada, la elección de la ocupación representaba un problema menor. Muchos jóvenes granjeros siguieron el arado de su padre desde los 7 u 8 años sin pensar en otras alternativas; aun aquellos que tenían alguna posibilidad de elección empezaban su entrenamiento a temprana edad; los aprendices comenzaban a prepararse a la edad de 14 años e incluso antes. En las ocupaciones menos exigentes, un chico o una chica podían entrar y salir de sus trabajos, pero nuevamente no encontramos un

patrón que establezca una separación entre las primeras etapas de la juventud y las posteriores. En la Inglaterra del siglo xvii, los hijos de la aristocracia entraban a la universidad con una edad promedio de 15 años, pasando un tiempo considerable allí; muchos de ellos ni siquiera se molestaban en graduarse. Aparentemente, los jóvenes menos acomodados capaces de ingresar a la universidad seguían un camino diferente, llegando a ésta con un promedio de edad un año mayor. A menudo tenían que trabajar hasta los 15 años, época en la que lograban tener el dinero necesario para continuar su educación en una escuela latina o universidad (Stone, 1972: 53; Ariès, 1965: 225). En todo caso, fuese cual fuese el estrato de que se tratara, la educación era adquirida por partes, siendo constantemente interrumpida por el trabajo estacional y por otras demandas más importantes a las que los muchachos debían dedicar su tiempo (Ariès, 1965: capítulo 4).<sup>4</sup>

Ni el trabajo ni la educación fueron tan estrictamente regidos por la edad como podríamos esperar; en parte, esto demuestra la falta de distinciones a nivel del amplio periodo de duración de la juventud preindustrial. Podría esperarse que el inicio de la madurez física y sexual marcaron otro punto de quiebre; sin embargo, no era así, básicamente porque los muchachos estaban acostumbrados a asumir roles sexuales adultos desde etapas muy tempranas de su vida, y la consolidación de la pubertad no se expresaba por un cambio en la vestimenta u otras manifestaciones externas de madurez. En la época moderna, gran parte de la ansiedad de los menores de 20 años deriva de la aparición de cambios físicos que entran en conflicto con una autoimagen heredada del mundo ampliamente asexual de la niñez moderna. El cambio en la forma del cuerpo y el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios, súbitamente vuelven obsoletos los códigos de vestimenta, así como los roles específicos prescritos para los preadolescentes en nuestra sociedad. Antes del siglo xix, los niños eran vestidos por completo como adultos pequeños, reflejando todas las manifestaciones de masculinidad y feminidad vigentes. Al ser expuestos al aspecto social de la sexualidad adulta antes que los niños modernos, tenían menos dificultad para lidiar con sus propios cambios biológicos (Hunt, 1970: 180-186).<sup>5</sup>

Igual de importante para explicar la ausencia de crisis en el arranque de la pubertad es el hecho de que, en las poblaciones preindustriales, el crecimiento físico asociado a ella ocurría más tarde que en la actualidad y de manera más gradual. Todavía hasta mediados del siglo xix, los cambios físicos que asociamos con la adolescencia se presentaban tres o cuatro años más tarde de lo habitual que hoy en día. En Noruega, 1850, la edad promedio en que ocurría la menarca se

<sup>4</sup> Para Norteamérica preindustrial, véase Kett (1971).

<sup>5</sup> Respecto a la crianza de niños en América véase Demos (1970: capítulo 9).

encontraba ligeramente por encima de los 17 años, en comparación a los 13 años y medio con que se presenta en la actualidad (Tanner, 1971: 928-930; Laslett, 1971; Muchow, 1962: 83-85; Hajnal, 1965: 128). Los datos de siglos anteriores al XIX son menos confiables, aunque parecen existir pocas dudas respecto a que las edades de la pubertad y la menarca eran alrededor de los 16 años en los poblados rurales y un poco más baja en las ciudades. Sin duda, los niños de gente rica maduraban antes que los niños de gente con menos dinero, siendo la nutrición un factor clave en los procesos de maduración; pero fue hasta más tarde, por las diferencias entre grupos, que disminuyó un poco la importancia de la pubertad como punto institucionalizado de inflexión social (Tanner, 1971: 929; Hunt, 1970: 181, nota al pie 10).

Del mismo modo resulta relevante el hecho de que el crecimiento físico asociado con la pubertad ocurría de forma gradual. De acuerdo con una enciclopedia de mediados del siglo XVI, el potencial físico total no se alcanzaba hasta fines de los 20 años y, en ciertos casos, hasta inicios de los 30 (Ariès, 1965: 21). Evidencia adicional y más confiable proporcionada por registros médicos indica que lo más común era que dicho potencial se alcanzara a mediados de los 20 años; pero, en cualquier caso, el crecimiento físico más lento ayudaría a entender por qué generaciones previas de europeos, ponían tan poco énfasis en la singularidad de los años adolescentes, en oposición a aquellos correspondientes a un estado de vida más avanzado que se llamaba “juventud” (Tanner, 1971: 928).

De forma común, los ritos de la pubertad son definidos socialmente. Si observamos la posición que ocupaban los menores de 20 años en el orden social y económico preindustrial se hace visible por qué, más allá de las obvias diferencias biológicas, la definición de “adolescencia” está llamada a ser diferente de la definición actual. En nuestro tiempo, el adolescente se distingue de los jóvenes mayores, básicamente por el hecho de que él o ella aún corresiden con sus familias. Cuando una persona joven deja su hogar, él o ella dejan de ser considerados como adolescentes y pasan a integrar la categoría de “juventud”. La sociedad preindustrial no establecía tal distinción, precisamente porque los niños eran enviados a otras casas a los 7 u 8 años. Ahí vivían y trabajaban como sirvientes para la familia que los recibía, teniendo en algunas ocasiones la posibilidad de ser aprendices en otras casas cuando alcanzaban los 13 o 14 años, aunque siempre, de una forma u otra, viviendo separados de sus familias durante la mayor parte de su juventud. Un visitante italiano de la Inglaterra del siglo XVI describió las prácticas que prevalían allí de la siguiente manera (citado en MacFarlane, 1970: 206; Tranter, 1967: 276-277):<sup>6</sup>

<sup>6</sup> *A Relation or rather a True Account of the Island of England about the year 1500*, por un italiano, citado en MacFarlane, p. 206.

La búsqueda de afecto de los ingleses se manifiesta fuertemente a través de los niños; después de tenerlos en el hogar hasta que llegan a tener entre 7 y 9 años por mucho, ellos los sacan, a hombres y mujeres, para que sirvan en las casas de otras personas, quienes los tienen por entre 7 a 9 años más. Y son llamados aprendices, y durante ese periodo ellos van a llevar a cabo labores domésticas; y hay algunos que son exentos de este destino, así cada uno, sin importar qué tan rico pueda ser, envía a sus hijos afuera a las casas de otros, mientras que en retribución recibe a los de otros en su casa.

El hecho de que esta práctica derivara en una búsqueda de afecto es, como veremos, debatible; el visitante italiano se equivocaba al suponer que esto se limitaba solamente a Inglaterra. Hasta el siglo XVIII, el aprendizaje formal e informal de los niños prevaleció en todos los países, y se dio a los términos *garçon* y *boy* el doble significado de edad y función desempeñada que mantuvieron hasta ya entrado el siglo XIX (Ariès, 1965: 26-27). Dado que esto ocurría en todos los niveles de la sociedad no había nada degradante en ello. Tanto los jóvenes ajenos como los niños naturales de la familia eran tratados de forma semejante, y ambos se encontraban sujetos al mismo tipo de autoridad ejercida por la cabeza de familia. Tal como se asienta en un tratado del siglo XVI que abordaba la administración de la casa familiar: “El dueño de la casa es llamado *pater familiae*, esto es, el ‘padre de familia’, porque debe proporcionar cuidados paternales a sus sirvientes, como si fueran sus hijos”. A su vez, el deber del pequeño sirviente hacia su señor y señora era “amarlos y quererlos, como corresponde que un niño lo haga con su padre” (John Dod y Robert Cleaver, *Godly Forme of Household Government*, citado en Schochet, 1969: 415).<sup>7</sup>

Al dejar su hogar a edad temprana, tanto chicos como chicas transitaban de un estado de dependencia a uno de semidependencia que habría de caracterizar su existencia hasta la edad del matrimonio. Por lo que, las edades de 7 y 8 años tenían un significado para los padres preindustriales que no tienen para nosotros. Representaba un momento decisivo en el desarrollo de los niños. Listos para la semidependencia eran vestidos como adultos en miniatura, y se les permitía usar los modos y el lenguaje empleados por la sociedad adulta. El futuro Luis XIII fue provisto de garbo adulto en una época tan temprana como su quinto cumpleaños; en ese momento se le dijo: “Monsieur, ahora su bonete es removido, usted no es más un niño; usted empieza a ser un hombre” (Hunt, 1970: 180).

<sup>7</sup> Para Alemania, véase Brunner (1956: 37-44).

Este estado de “llegar a ser”, implicaba extraordinariamente un largo y tardado proceso. Los jóvenes serían mantenidos en posición de subordinados hasta que alcanzaran, ya sea por matrimonio o herencia, el estatus de cabeza de un hogar. Constantemente se les recordaba su situación de semidependencia que respondía a su estatus económico, social y legal inferior en una sociedad en la cual la totalidad de los derechos se reservaba a las cabezas de familia y a otros “maestros” de oficios y jerarquías comerciales. Incluso a los niños de los ricos y poderosos se les hacía sentir su inferioridad; y, hasta la mitad del siglo XVIII, los estudiantes de Oxford eran sujetos a castigo corporal, símbolo de la subordinación que compartían con sirvientes y aprendices de menor rango social en la vida (Ariès, 1965: 252-266). Al transitar del aprendizaje informal a contrataciones más formales en negocios o profesiones de interés a los 14 años, y al ingresar a la universidad, avanzaban un paso más allá de la dependencia característica de la niñez, pero sólo en cierto grado. Hasta que contrajeran matrimonio, el rol de hombres y mujeres continuaba caracterizándose por la semidependencia, tiempo durante el cual vivían alejados de su familia y el hogar, principalmente en compañía de extraños.

### • III •

¿Cómo se entiende un sistema de relaciones de edad tan diferente al nuestro? El italiano citado más arriba sugirió que existía una falta de atención por parte de los padres. Thomas Hobbes lo hizo mejor cuando adscribió como motivo el egoísmo. Señala que los chicos eran enviados a Oxford “por sus padres para salvarse ellos mismos de los problemas de tener que manejarlos en casa durante esa época en que los niños son, por decir lo menos, ingobernables” (citado en Stone, 1972: 18). Los padres mismos indicaban otra razón no del todo sorprendente: querían evitar echar a perder a sus niños, enviándolos lejos (Demos, 1970: 74). El hecho es que probablemente se conjugaron varios motivos, pero tras ellos subyacían las condiciones demográficas de la edad y los hechos de vida que, en combinación con la estructura económica de la sociedad preindustrial, determinaron la definición de juventud.

En todos los casos, excepto para un pequeño estrato de las élites privilegiadas, la existencia era, como la describe Thomas Hobbes, “desagradable, salvaje y corta”. La alta mortalidad durante los primeros años de vida, en la década de 1690 dictaba una expectativa de vida de 32 años en Inglaterra y de 27,5 años en Breslau, Alemania, presentándose variaciones un poco más hacia arriba o hacia

abajo, de acuerdo con cuáles fueran las circunstancias locales; la expectativa de vida caía aún más en tiempos de guerra, hambre o desastres naturales. Ésta fue la realidad para la mayoría de la población hasta muy entrado el siglo XIX; incluso entre la aristocracia inglesa la expectativa de vida no se incrementó significativamente hasta inicios del siglo XVIII, momento en que escaló (con excepción de las muertes violentas), pasando de 34.7 a 45.8 años promedio para los hombres y de 33.7 a 48.2 años para las mujeres (Laslett, 1965: 103-105; Hollingsworth, 1964: 66-70; Chambers, 1972: capítulo 4).

Las edades más vulnerables eran las más jóvenes; y, como ha demostrado François Lebrun para la villa francesa de Challain durante el último tercio del siglo XVII, 18% de los niños murieron durante su primer mes de vida, 35% lo hicieron durante su primer año y 53% antes de alcanzar la edad de 20 años (Tilly, 1973: 119). Sólo en algunos lugares de la Europa preindustrial más de la mitad de los niños nacidos llegaban a la mayoría de edad. Ante el hecho de que sólo uno de cada dos niños sobreviviría, los padres debieron enfrentar una situación muy diferente a la de las familias modernas. Si sólo estuvieran para reproducirse, su fertilidad debió haber sido considerablemente más alta que la actual. Las mujeres tenían que soportar un ritmo mayor de cuidado y crianza de niños, porque si bien las familias completas no eran necesariamente más grandes, más niños nacían para responder a las necesidades establecidas por una situación en la que prevalecía una alta mortalidad.

El demógrafo histórico inglés E. A. Wrigley ha estimado que, dada una expectativa de vida de 30 años, en cada familia debía haber por lo menos cuatro niños nacidos, a fin de que hubiera por lo menos 60 por ciento de probabilidad de que un heredero varón sobreviviera a su padre. Las normas sociales dictaban que debía ser un hijo quien fuera el heredero ante la muerte o el retiro de su padre; por lo que la estrategia familiar requería que existiera una alta fertilidad en la población rural y urbana que poseía propiedades. Los patrones de fertilidad podían variar en los extremos del espectro social: entre los grupos privilegiados, cuyos índices de mortalidad no eran terriblemente altos, y entre la gente sin tierras o muy pobre, para la que aspectos como la herencia resultaban irrelevantes; pero, para la mayoría de la población, en 1700, la alta mortalidad dictaba que debía haber alta fertilidad, lo cual se incrementaba aún más después de tiempos de adversidad, cuando enfermedades, guerras o hambrunas reducían la expectativa de vida por debajo de lo que se consideraba normal.

Para la sociedad preindustrial, los niños eran lo que las pensiones y los seguros por incapacidad son para nosotros. Representaban una suerte de inversión,

que aun cuando no siempre representaba ganancias, constituía una necesidad para los padres, considerando la llegada de su vejez y la necesidad de perpetuar su propiedad. Una sucesión de niñas o la muerte accidental de un hijo mayor podía destrozarse los planes de la familia; sin embargo, la pareja fértil que producía cuatro o más niños tenía una oportunidad razonable de ver sus esperanzas concretadas para ella y su descendencia (Wrigley citado en Tilly, 1973: 119-120).

En términos de distribución de la edad, esto significaba una abundancia de niños y que la edad promedio de la población variara desde los relativamente altos 28 años en Inglaterra a finales del siglo XVII, hasta edades tan bajas como los 21 años, dependiendo de cuáles fueran las condiciones de vida. Se ha estimado que, en 1701, en la villa inglesa de Stoke-on-Trent 49% de la población tenía menos de 20 años. En Suecia, en 1750, en comparación con las personas mayores de 30 años, la proporción de personas de 15 a 29 años por cada 100 personas era de 63%. En Francia, en 1776, dicha proporción era de 65% y, en Inglaterra, para 1840 era de aproximadamente 77% (Laslett, 1965: 103; Chambers, 1972: 67; Moller, 1968: 252). Esta abundancia de niños y personas jóvenes resulta aún más importante si se la compara con nuestros tiempos. En la actualidad, el porcentaje de niños menores de 20 años en lugares como Stoke-on-Trent se ha derrumbado, representando sólo 29% del total de la población. En Inglaterra en su conjunto, los grupos de edad hasta los 29 años representan tan sólo 43% de la población, en comparación con el casi 63% registrado a finales del siglo XVII (Marsh, 1965: 22-26).

“Debemos imaginar a nuestros ancestros, por tanto, con la perpetua presencia de su joven descendencia”, observa Peter Laslett, señalando, como lo han hecho otros historiadores, la aparente poca atención que los adultos daban a los niños, más allá de sus apabullantes números. En parte, esto respondía como hemos dicho, a la alta mortalidad que tenía lugar durante los primeros años de vida, y al hecho de que los padres nunca podían estar seguros de cuáles de sus hijos sobrevivirían hasta llegar a la madurez. Frente a esta situación, su actitud estaba llamada a ser diferente de los padres modernos, no porque fueran de corazón más duro, sino porque, como sugiere Rousseau, podrían hacer más daño a los niños que ayudarlos, brindando un tipo de atención erróneo. ¿Cuál era el punto —se preguntaba— de un entrenamiento “que sacrifica el presente en favor de un futuro incierto... y que empieza por hacer al niño miserable, a fin de prepararlo para una lejana felicidad que probablemente nunca disfrute?” (Musgrove, 1965: 64). Se aconsejaba a los padres preparar a los jóvenes para la posibilidad de su propia muerte o de quienes les rodeaban. Existían manuales que preparaban a los adultos para la muerte de infantes, que no provocaban la misma pena que ge-

neraba la muerte de los hijos mayores; las condiciones imperantes dictaban que podían ahorrarse una gran decepción restringiendo las expectativas puestas en un chico o una chica, incluso si había alcanzado la adolescencia (Hunt, 1970: 185).

La atención estaba naturalmente enfocada en los hombres de la familia, porque a través de ellos la riqueza y el nombre podrían ser perpetuados. Las costumbres de herencia diferían entre los diversos estratos sociales, y no eran iguales en toda Europa. En Inglaterra, por ejemplo, la nobleza, la aristocracia y la burguesía habrían de preferir la primogenitura, mientras que, aparentemente, los campesinos y los artesanos dividían su propiedad de inmediato, algunas veces incluso otorgando porciones a sus hijas. En ciertas partes de Francia y el oeste de Alemania, las herencias por partes estaban aún más extendidas, si bien a menudo el hijo mayor recibía la mayor parte (Thirsk, 1969: 361; Blum, 1971: 514-576). La atención brindada a un niño no necesariamente operaba en detrimento de los otros niños, porque generalmente se entendía que, en cierta medida, el bienestar general dependía de que se produjera una sucesión tranquila cuando tuviera lugar la muerte o el retiro de los padres. Por ejemplo, la pérdida de las propiedades familiares podía determinar la anulación de todos los derechos de residencia de los niños sobrevivientes, golpe que podría llevarlos al vagabundaje en una edad previa a la obtención de la ciudadanía universal y los beneficios sociales derivados de ésta. Por lo que, para las hijas e hijos más jóvenes no era raro sacrificarse por el bien de todos, rechazando la herencia completamente y eligiendo una vida de celibato en lo que David Hunt ha descrito como “un importante gesto de lealtad familiar” (Hunt, 1970: 58).

Inclusive, cuando la propiedad era fraccionable, en los siglos XVII y XVIII se ejercían fuertes presiones para impedir que fuera distribuida de forma tan inconsistente que pudiera terminar destruyendo la propiedad y, por tanto, poniendo en peligro a la familia entera (Habakkuk, 1950: 24-28). Como en la situación de la primogenitura, los niños más jóvenes, particularmente las niñas e hijos de menor edad, eran considerados prescindibles; engendrados dada la presión que la alta mortalidad provocaba en la fertilidad, representaban una forma de suministro cuya utilidad disminuía considerablemente una vez que el hijo mayor heredaba la propiedad, después de producirse el retiro o la muerte del padre. La estrategia familiar dictaba, entonces, una superfluidad que, en respuesta, daba a la juventud su carácter peculiar. Las familias adineradas podían, y a menudo lo hacían, suministrar niños y niñas extras, los cuales en ocasiones mantenían en casa, proporcionándoles generosas dotes o ubicándolos en oficios o profesiones sin dividir o disminuir la propiedad familiar. Los hijos más jóvenes de la

aristocracia inglesa y las familias acomodadas eran tradicionalmente ubicados en posiciones respetables, siempre disponibles para heredar títulos y tierras, en caso de que el hijo mayor encontrara la muerte. Por supuesto, la eficacia de este sistema dependía de que los hijos e hijas más jóvenes aceptaran someterse a una menor movilidad, sacrificio suavizado por el hecho de que sus padres a menudo podían colocarlos en buenos trabajos y matrimonios. Sin embargo, durante el siglo XVI e inicios del XVII, la condena a encontrarse en un estatus inferior como consecuencia de un accidente en el orden de nacimiento, frecuentemente afectaba a los hijos más jóvenes. Por ejemplo, el sargento Yelverton, se quejaba de los aprietos que debían enfrentar quienes eran responsables de mantener el honor de la familia contando con medios insuficientes para ello: “mi propiedad no corresponde al mantenimiento de esta dignidad, mi padre me dejó un hermano menor y nada más que mi anualidad, por lo que al crecer como un hombre adulto y con cierta práctica en leyes tomé una esposa con la cual he tenido muchos hijos, cuya manutención implica un mayor empobrecimiento de la propiedad y de nuestra situación al no contar más que con mi trabajo diario” (citado en Thirsk, 1969: 363).

En Francia y Alemania la situación de los hijos más jóvenes era todavía más precaria, porque las castas eran más fuertes y porque a los niños de padres que poseían títulos no se les permitía ejercer cualquier oficio o profesión. Ellos tenían que mantener la respetabilidad entrando en un celibato clerical o buscando carrera en el ejército o el servicio social; no obstante, las oportunidades fluctuaban de forma caprichosa, causando mucha angustia a los hijos superfluos de la aristocracia (Goodwin, 1967: 9 ss., 104 ss.). Las hijas también estaban en posición precaria, aun cuando en países en que prevalecía el catolicismo el convento constituía una alternativa honorable. Sabemos que en la sociedad preindustrial europea el porcentaje de hombres y mujeres que nunca se casaron era relativamente alto, promediando 10%. La soltería parece haber predominado particularmente entre los más pobres, para quienes el matrimonio y los nuevos casamientos resultaban muy difíciles. En el siglo XVII, en las villas inglesas el porcentaje de mujeres viudas o solteras de entre 25 y 44 años representaba casi un tercio (Stone, 1966: 4).

El destino de los niños extra era, de hecho, aún peor entre los pobres. Todos los sargentos Yelverton debieron enfrentarse a la pérdida de estatus, pero a menudo sus conexiones los protegieron de la pauperización. La gran mayoría de la población vivía cerca de los niveles mínimos de subsistencia; y ni los campesinos establecidos ni los artesanos urbanos fueron inmunes a la pauperización, consecuencia periódica de hambrunas, guerras, epidemias y desastres naturales.

Estamos razonablemente bien informados sólo de los oficios y las empresas del grueso de la población; y es a partir de su registro histórico que debemos intentar construir una imagen del ciclo de vida de los pobres en la era preindustrial.

• IV •

Sabemos que los hijos de los campesinos rara vez heredaron las propiedades de su padre antes de llegar a finales de sus 20 años; en ese momento el padre moría o se retiraba voluntariamente y establecía una casa de campo; en el último caso, lo hacía con ayuda del hijo mayor para asegurar su apoyo por el resto de su vida. Las disposiciones finales incluían la asignación de dotes para sus hijas, así como la renta de pequeñas porciones de tierra para sus hijos más jóvenes. La herencia de la tierra o el negocio permitía al hijo mayor casarse e iniciar de forma inmediata su propia familia, renovando el ciclo que, aproximadamente 30 años más tarde, terminaría con su propia muerte o retiro, y con el traspaso de la propiedad familiar a una nueva generación. Las expectativas de vida de los padres establecían la edad de matrimonio de los hijos a los 27 o 28 años, con esposas tres o cuatro años menores. Frecuentemente, las novias estaban embarazadas al momento del matrimonio, y se esperaba que el primer hijo llegara poco tiempo después de la ceremonia, seguido por otros a intervalos regulares. La carrera de la esposa como criadora de niños continuaría durante 10 o 15 años en promedio; en ese tiempo ella debía “producir” un promedio de cuatro o cinco bebés, de los cuales se esperaba que sólo la mitad sobreviviera hasta la edad de 20 años.<sup>8</sup>

La carga del marido era igualmente ardua, particularmente, como ocurría para la mayoría de las propiedades de campesinos y artesanos, ésta apenas bastaba para mantener a un par de adultos y un pequeño número de niños. En las sociedades preindustriales, el tamaño de la casa familiar era proporcional a la abundancia, y los pobres eran apenas capaces de mantenerse a sí mismos. En aquellas casas en que la propiedad había sido heredada por retiro, los ancianos sobrevivientes se añadían como una carga para la joven pareja de casados. En algunas ocasiones, el hombre viejo podía trabajar para su hijo, mientras su esposa ayudaba con las labores del hogar, pero en la mayoría de los casos sus muertes significaban un alivio para una de por sí presionada familia joven (Berkner, 1972:

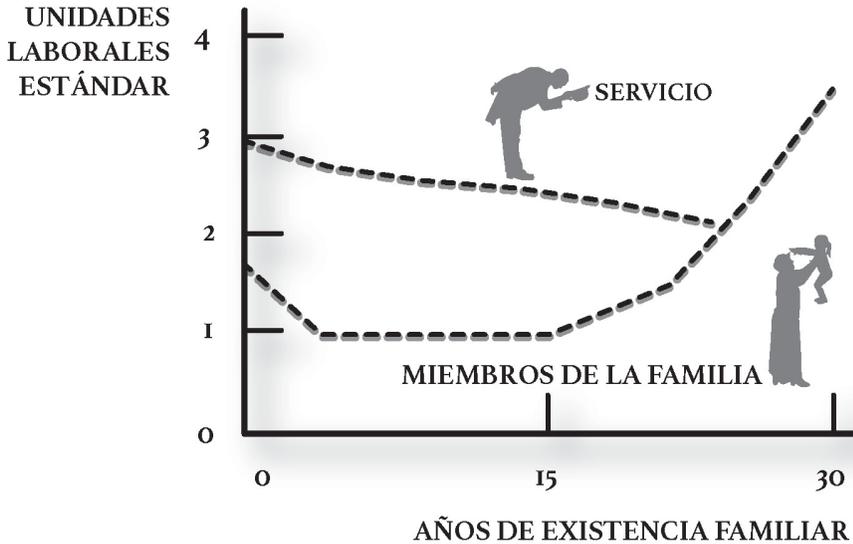
<sup>8</sup> El número de niños por matrimonio variaba considerablemente según fueran las condiciones económicas y demográficas. Después de una plaga de hambre, el número podría ser mayor para reemplazar las pérdidas. Estas figuras representan el número de niños nacidos en temporadas “normales”, cuando los niveles de mortalidad eran mínimos. Para una discusión sobre el tamaño de las familias completas, véase Chambers (1972: 67 – 73).

398-401). En los primeros años de matrimonio, cuando los niños eran todavía demasiado jóvenes para contribuir a la economía familiar con sus propias labores, las cosas eran más difíciles. Era común que los campesinos contrataran sirvientes para ayudar con las labores de las tierras o el hogar; no obstante, esto también representaba una carga, por lo que usualmente no se extendía más allá de los primeros 10 años del ciclo de vida familiar (Berkner, 1972: 414).

El número de sirvientes requeridos por las familias particulares dependía del tamaño de la propiedad y la edad de los descendientes. Los campesinos más acomodados podían contratar más sirvientes que sus vecinos más pobres; en la mayor parte de Europa, cuanto más próspera era una casa familiar, más grande era en términos de números, debido a la cantidad de sirvientes que podía albergar bajo su techo. La mayoría de estos sirvientes eran chicos y chicas menores de 20 años, reclutados entre los pobres por las casas más adineradas; práctica que proporcionaba cierto alivio a aquellas familias rebasadas por el exceso de niños. Recibiendo un pago a manera de pensión, y estando subordinados a la autoridad de la cabeza de la casa en la que eran empleados, estos jóvenes tenían asegurada su provisión en términos económicos y sociales (MacFarlane, 1970: 206-209; Tranter: 1967: 275 ss.).

Para los pobres, los primeros años de matrimonio eran los más difíciles. Los padres, ansiosos de contar con la ayuda de sus niños y poder pagar sirvientes, impulsaban la precocidad con naturalidad. Tan pronto como un niño se encontraba físicamente listo era puesto a trabajar. Pocas tareas podían ser asignadas a un bebé, pero el niño empezaba a trabajar a los 6 o 7 años, a medida que se desarrollaba físicamente. Alrededor del décimo aniversario de matrimonio, la casa familiar comenzaba a ser autosuficiente y, a menos que la propiedad fuera muy grande, la servidumbre ya no era necesaria. El tamaño de la familia, por tanto, permanecía relativamente estable, pues los niños sustituían con sus labores a los sirvientes que partían.

Gráfica 2. Necesidades laborales de las familias de campesinos en la sociedad preindustrial.



FUENTE: Berkner, L. K. (1972). The stem family and the developmental cycle of the peasant household: an eighteenth century Austrian example. *American Historical Review*, 77(2), p. 415.

Poco tiempo después del décimo aniversario, las labores de los niños mayores se hacían, como la de los sirvientes, redundantes, transformándose en una carga. La alta fertilidad significaba que en algún punto la familia estaba cerca de ser cargada con más trabajo del que su limitada propiedad podía absorber. Los niños más jóvenes presionaban a los hijos mayores que se encontraban en posición de buscar sus fortunas en otras partes, para con esto, dar cierto alivio a sus padres y hermanos. Al final del siglo *xvi*, parecería que en la villa inglesa de Ealing, de forma ordinaria, los chicos dejaban sus casas entre los 8 y 15 años, mientras que las chicas lo hacían entre los 9 y 14 años. Alan McFarlane ha estimado que entre la pubertad (que él refiere a los 14 años) y el matrimonio, dos terceras partes de los hombres y tres cuartas partes de las mujeres vivían lejos de sus padres, desempeñándose principalmente como sirvientes de otras familias. En tanto las familias más pobres requerían menos sirvientes, las familias acomodadas se beneficiaban de este

excedente de personal de bajo costo. “La institución de la servidumbre puede, por tanto, ser considerada como un camino a partir de la cual fluía la abundancia y la fuerza laboral desde los pobres hacia los ricos” (MacFarlane, 1970: 209).

Asimismo, éste era el periodo de la vida en que se enviaba a los hombres jóvenes a las escuelas, así como de los aprendizajes o noviciados en la Iglesia. Como podría esperarse, el alejamiento de la familia dependía de la riqueza de la misma. Lawrence Stone ha sido capaz de demostrar que, en el siglo XVII, los hijos de la aristocracia ingresaban a Oxford en edades tan tempranas como los 15 años, casi un año y medio antes que los estudiantes plebeyos. Aparentemente, estos últimos eran requeridos por sus padres durante un periodo de tiempo más largo, ya que era más barato tenerlos en la casa que contratar mano de obra (Stone, 1972: 55-56). Parecería que las similitudes entre los diferentes estratos sociales superaban las diferencias entre éstos; sin embargo, los niños de 7 u 8 años en adelante, habrían estado acostumbrados a experimentar un considerable grado de movilidad, empezando por realizar pequeños desplazamientos hasta casa vecinas, para, en años posteriores, desarrollar formas más elaboradas de migración, frecuentemente hacia pueblos donde podían encontrar aprendizajes y otras oportunidades. En 1665, sir John Gibson escribió sobre sus propias andanzas (citado en MacFarlane, 1970: 210):<sup>9</sup>

<i>Crake it had my infancy,</i>	Crake tuvo mi infancia
<i>York did my youth bringe up.</i>	York trajo mi juventud
<i>Cambridge had my jollitie</i>	Cambridge tuvo mi jovialidad
<i>When I her brestes did sucke,</i>	Cuando su pecho yo chupé,
<i>London brought me into thraule</i>	Londres me trajo gastos
<i>And wed me to a wife</i>	Y me casó con una esposa
<i>Welborne my carefully time had all</i>	Welborne tuvo todo mi tiempo
<i>Joyn´d with a troubled life.</i>	Junto con una vida llena de problemas.

Ya entrado el siglo XVIII, la costumbre de “reclamar parientes” se convirtió en la forma a través de la cual las familias se liberaban de la carga de niños extras. Los padres de Friedrich Klöden pidieron a su tío que tomara al chico y lo entrenara en el oficio de orfebre. El reclamo fue aceptado de mala gana y el joven Friedrich fue objeto de abuso en la casa de su pariente (Von Klöden, 1876, volumen I: 215 ss.). Cuando un pueblo grande se localizaba cerca, se acostumbraba a enviar allí a los niños mayores, algunas veces a puestos convenidos previamente, pero a menudo

<sup>9</sup> Para migración, véase Chambers (1972: capítulo 2).

por su cuenta, “para que encontraran su fortuna”. En el siglo xvii, la circulación entre Londres y las áreas circundantes parece haber sido relativamente constante, con chicos y chicas jóvenes en el entorno de los 20 años dirigiéndose hacia la ciudad, y otros retornando a sus villas de origen más tarde en su vida para reclamar sus herencias o casarse (Stone, 1966: 30-32; Wrigley, 1967: 47 ss.). En Austria era común que las chicas sirvientes retornaran a sus hogares para casarse y establecerse; sin embargo, tanto allí como en otras partes de Europa muchos de los jóvenes que fueron enviados lejos de su hogar nunca regresaron a sus villas, donde las oportunidades de herencia y matrimonio eran más limitadas (Berkner: 1972: 411).

• V •

Obviamente, la sociedad campesina no se encontraba libre de la discontinuidad generacional, como la mitología nos ha hecho creer. E.A. Wrigley estima que, en el siglo xvii, un sexto de la población inglesa había vivido en Londres en un momento u otro de su vida (Wrigley, 1967: 49). La evidencia histórica existente no permite saber que parte de la migración juvenil retornó a sus villas de origen, pero en una sociedad en la que los niños extras representaban una condición permanente, debió existir una gran proporción que nunca regresó a sus hogares. Las fluctuaciones en la población podían fácilmente alterar tan delicado balance. En tiempos de crecimiento poblacional, cuando había un número de niños mayor que lo habitual, incluso aquellos más jóvenes eran impulsados a seguir futuros inciertos en otras provincias o en áreas fronterizas rurales. Tenemos conocimiento de que esto ocurrió entre 1550 y 1630, cuando la población inglesa se duplicó y el exceso de personas se desplazó hacia otras áreas, tanto a las zonas de marismas y tierras altas como a los pueblos en expansión (Stone, 1966: 20-21, 31). Algunos contemporáneos creyeron detectar crecientes tensiones generacionales y la presencia de movimientos destinados a reforzar la autoridad de las cabezas de familia, además de talleres y escuelas contra “las deserciones y revueltas de niños con comportamientos lascivos, que irrespetuosamente profanaron toda obediencia a sus padres” (John Budden, citado en Schochet, 1969: 419; Stone, 1966: 46 ss.; Hill, 1972: 151-153, 296).

Con sus limitados recursos, la sociedad preindustrial inglesa no podía sostener el crecimiento poblacional. El resultado inevitable era el desastre de la hambruna y la reducción de la fertilidad debido a cierta variedad de factores, entre los que se incluían el retraso del matrimonio, la práctica del *coitus interruptus* y el recurrir al aborto y el infanticidio. Para inicios del siglo xvii, la fertilidad estaba

disminuyendo entre la aristocracia inglesa. La edad promedio de matrimonio para hombres nacidos entre 1480 y 1679 era de 24.3 años; y la de aquellos nacidos entre 1680 y 1729 de 28.6 años (Hollingsworth, 1964: 11). Mientras los niños de la aristocracia se casaban más tarde, o no se casaban, los más jóvenes debían soportar la carga de la autolimitación. El estudio de Hollingsworth sobre la nobleza inglesa muestra que, para mediados del siglo XVIII, casi 20% de los hijos más jóvenes permanecieron sin casarse durante el transcurso de sus vidas, una proporción de casi el doble en comparación con periodos previos (Hollingsworth, 1964: 20-22).

Es posible demostrar que en las épocas de crecimiento de la población los niños extras más jóvenes eran los que más sufrían social, emocional y económicamente. La reacción de la aristocracia inglesa a la crisis demográfica de inicios del siglo XVII fue reforzar la existencia de normas más estrictas de herencia. Así, hay evidencia de que los padres estaban al pendiente de que su hijo mayor tuviera la mejor educación y apoyo, lo que dejaba a los menores con aún menos posibilidades que antes. Asimismo, los mejores matrimonios eran monopolizados por los hijos mayores, mientras que muchos de los chicos y chicas más jóvenes eran forzados a casarse con personas de incluso menor estatus que ellos mismos (Stone, 1966: 37-38; Stone, 1960: 187-188). Afortunadamente para la aristocracia inglesa, las familias de comerciantes y artesanos de Londres dieron la bienvenida al establecimiento de una asociación con la decadente y móvil nobleza; en conjunto con las amplias oportunidades ofrecidas por los sectores de servicio militar y civil, esto hizo que su situación fuera considerablemente mejor que la de la nobleza continental, para la cual la movilidad era más problemática

A pesar de todo, este repliegue no se instauró en las clases altas inglesas antes de que éstas se vieran arruinadas por las tensiones generacionales, que contribuyeron a la agitación de la guerra civil inglesa. Los padres habían tratado de librarse de los niños extra enviándolos a escuelas y universidades en busca de educación. Pronto las profesiones se saturaron a lo cual los contemporáneos llamaron “la plaga egipcia de las orugas”; esto llevó a que los hijos menores comenzaran a rebelarse. Algunos se sintieron naturalmente atraídos por las nuevas ideas del igualitarismo que circulaban en el siglo XVII; dos de ellos, William Walwyn y John Lilburne, fueron líderes del movimiento de los *Levellers* [los Niveladores] (Thirsk, 1969: 367; Hill, 1972: 117-118). Otros encontraron alivio en el Nuevo Mundo, en el que había, según se decía: “empleos dignos para muchos hermanos menores y bravos caballeros ahora arruinados por querer lo mismo”.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Del esquema de una colonización de 1572 (citado en Thirsk, 1969: 368).

Existe más información sobre los hijos de las clases superiores, y aparentemente las condiciones no eran mejores, aunque probablemente eran peores entre los niveles más bajos de la sociedad. En Inglaterra, el *boom* de la población a finales del siglo xvii e inicios del xviii trajo consigo una marea de leyes relativas a asentamientos y formación, todas diseñadas para tomar precauciones respecto a los muchachos sin autoridad y proteger a la sociedad de los riesgos que significaban esos “rudos pordioseros”. La legislación en 1547 facultó a las autoridades para que pusieran a trabajar para otros a un “niño hombre” pordiosero hasta los 24 años, y a una “niña mujer” hasta la edad de 20 años. No obstante, la severidad de esta medida determinó que fuera retirada dos años después. Los estatutos de aprendizaje de 1601 requerían que los niños huérfanos formados por la parroquia estuvieran bajo su cargo hasta los 24 años. El vagabundeo en jóvenes mayores de 14 años era castigado como si fuera un crimen; y en ciertos casos, los niños podían ser apartados de padres que se encontraran en una situación de desempleo perpetuo (Pinchbeck y Hewitt, 1969: 96-98).<sup>11</sup> Del mismo modo, las autoridades parroquiales estuvieron encargadas de la enseñanza de los niños de entre 5 y 14 años, de tal forma que “ellos puedan tener una vida cuando tengan la edad suficiente” (Pinchbeck y Hewitt, 1969: 94-95).

Similar endurecimiento de la disciplina puede ser encontrado en los estatutos que regían las escuelas y universidades durante el mismo periodo. Hobbes no era el único que creía que los padres se apoyaban en los maestros y otros agentes disciplinarios para tratar con el problema de los niños no necesarios. En 1627, John Brinsley escribió que los chicos de 6 años eran enviados a las escuelas porque “si uno empezaba muy pronto, era mejor enviarlo a la escuela para evitar que ocasione problemas en el hogar, y del peligro de que tenga actitudes malévolas, teniendo la esperanza y el deseo de que sus amigos aprendan cualquier cosa en consecuencia” (Brinsley, *Ludas Literarius: or the Grammar Shooole*, citado en MacFarlane, 1970: 207).<sup>12</sup> En el siglo xviii, los internados ingleses (públicos) tenían la reputación de ser vertederos para jóvenes inquietos e inútiles: “A una escuela pública, como un dispensario general para los enfermos mentales, todos los individuos perdidos son enviados, como un último recurso” (M. y R.L. Edgeworth, *Practical Education* (1789), citado en Musgrove, 1965: 48).<sup>13</sup> Y dado que

<sup>11</sup> Sobre el aprendizaje alemán, véase Walker (1971: capítulo 3).

<sup>12</sup> Version original: “If any beginner so early, they are rather sent to the school to keep them from troubling the house at home, and from danger, and shrewd turns, than for any great hope and desire that their friends have that they should learn anything in effect”. (N. T.)

<sup>13</sup> Version original: “To a public school, as a general infirmary for mental disease, all desperate subjects are sent, as last resource”. (N. T.)

en Inglaterra y el continente el cuidado de la juventud marginada era confiado casi por completo a solteros y solteras, la escuela cumplía una doble función: aliviar a los padres del excedente de niños y proveer de empleo a personas mayores con celibatos involuntarios (Stone, 1969: 95).

## · VI ·

Dada la situación de la juventud, y considerando que gran número de jóvenes vivía alejado de su familia, resulta notable el hecho de que, incluso en tiempos ordinarios, no hubiera más conflicto generacional. La obediencia de la juventud respondía, en parte, al reforzamiento estricto que la sociedad hacía del quinto mandamiento;<sup>14</sup> que era interpretado a manera de incluir no sólo a los padres naturales, sino también a todo tipo de maestros y tutores a los que se encomendaban los jóvenes. En 1655, Robert Ram definió a los “padres” como: “1. Nuestros padres naturales, padres y madres en la carne; 2. Nuestros padres civiles, magistrados, gobernadores y toda autoridad; 3. Nuestros padres espirituales, pastores ministros y maestros”.<sup>15</sup> También podría haber citado a los padres económicos, maestros de los gremios y otros semejantes.

El gobierno patriarcal en todas sus formas constituía un agente necesario para mantener el largo periodo de semidependencia que significaba la “juventud” en el ciclo de vida preindustrial. Tanto maestros como jefes de familia tenían un interés claro en conservar todos los derechos de los adultos a partir de sus cargos; por lo que, mientras su estilo de vida permaneciera simple y austero, el costo de sostener sirvientes residentes y aprendices era relativamente barato. Si bien los jóvenes se vestían como los adultos se les prohibía ropa lujosa. En 1603, tres aprendices de Londres fueron enviados a prisión por rehusarse a cortar su pelo y renunciar al esplendor sartorial<sup>16</sup> que causaba angustia a sus maestros y a las autoridades locales (Pinchbeck y Hewitt, 1969: 233).<sup>17</sup> Los maestros también tenían que vigilar que los jóvenes no bebieran, ni apostaran, ni buscaran compañía del sexo opuesto, existiendo leyes de toque de queda destinadas a mantener a los aprendices y sirvientes fuera de las calles cuando caía la oscuridad. No obstante, quizás el preventivo más efectivo para evitar que la gente joven se apropiara de los roles adultos era el hecho de que

<sup>14</sup> Se refiere al mandamiento: “honrarás a tu padre y a tu madre”, que para los protestantes es el quinto mandamiento, mientras que para católicos y luteranos es el cuarto mandamiento. (N. T.)

<sup>15</sup> *The Countrymens Catechisme: or A Helpe for Householders* (1655) (citado en Schochet, 1969: 431).

<sup>16</sup> Según el *Diccionario de la Real Academia* se refiere a lo que está relacionado con el sastre y sus actividades (N. T.)

<sup>17</sup> Para información sobre una similar legislación suntuaria en Alemania, véase Dortwart (1971: 45-50).

vivían con éstos. Como en Alemania, había leyes que prohibían a los jóvenes casarse antes de haber completado su aprendizaje, por lo que el simple hecho de que la gente joven dependiera de las casas familiares en las que vivía, y de que sólo en raras ocasiones se le pagara con dinero por sus servicios, prevenía que creara su propia familia, poniendo más presión en los recursos ya de por sí limitados.

Ciertamente, el patriarcado fue importante para moldear el carácter de la juventud preindustrial, pero resulta difícil separar sus efectos de aquellos provocados por otras instituciones asociadas de forma más cercana con una tradición de la propia juventud llamada fraternidad. A manera de principio organizador de los siglos XVII y XVIII, el concepto de hermandad —y en menor medida la hermandad de mujeres— dio forma y significado a la mayoría de las instituciones —aparte de las casas familiares— con las que la juventud tuvo contacto. El vínculo horizontal entre personas jóvenes solteras era una característica no sólo de las escuelas o universidades, sino también de las profesiones, incluyendo el ejército, la burocracia y el clero. A pesar de que el celibato representaba un aspecto esencial de la hermandad sólo para el clero, como requisito de aprendizaje y rito de paso extendido, era una característica presente en todos los oficios y profesiones. En todos los talleres y asociaciones de trabajadores se defendían las ideas de la continencia y la postergación del matrimonio, a la vez que se confiaba en un elaborado simbolismo y ritual de “hermandad” destinado a consolidar los lazos sociales y morales al interior del grupo. Ser parte de las francesas *compagnonnages* y las alemanas *Gesellenverbände* implicaba un proceso de iniciación durante el cual el candidato era formalmente despojado de su identidad original como miembro de alguna familia en particular; sujeto a un bautismo simbólico en presencia de un “padrino” elegido entre sus nuevos hermanos, le era dado un nombre que sería mantenido en secreto para las personas ajenas.<sup>18</sup> Los objetivos de las ceremonias estudiantiles y de los artesanos eran tanto morales como profesionales. Éstos se orientaban a imprimir en el iniciado sus obligaciones con el código moral del grupo y el “honor” que representaba su membresía. Las sanciones contra la violación de las reglas se encontraban formuladas en lenguaje bíblico, siendo frecuentemente invocada la imagen de la familia —los maestros como padres, los trabajadores como buenos hijos o, como a veces eran llamados en Francia, *bons cousins* (buenos primos); ello daba cuenta de la existencia de una conexión entre la autoridad paternal y la autoridad fraternal. En el siglo XVI, los impresores de Lyon proclamaban: “Maestros y trabajadores son y deben de ser un solo cuerpo unido, como familia y fraternidad” (Davis, 1966: 53).

<sup>18</sup> Para información sobre las ceremonias de iniciación en las sociedades de trabajadores, véase Stadelmann y Fischer (1955: 65-76) y Coornaert (1966: 152-171).

Las instituciones fraternales proveían uno de los controles más fuertes sobre la juventud, particularmente en el caso de aquellos jóvenes que se alejaban de sus familias y migraban de sus localidades. La tradición de los trabajadores que implicaba un aprendizaje errante, conocida en Alemania como *Wanderjahr*, en Inglaterra como *tramping*, [vagabundeo], y asociada con el *tour de France*, representaba un arreglo altamente institucionalizado a través del cual los miembros de los gremios eran cuidados y protegidos mientras estaban en el camino. Deambular por Europa, moviéndose de una *house of call*<sup>19</sup> a otra en busca de empleo o, cuando éste no estaba disponible, de asistencia, era la forma tradicionalmente empleada por jóvenes y hábiles trabajadores para sostenerse a sí mismos antes de regresar a sus casas, ganar su maestría y casarse. Las *house of call*, a las que los artesanos franceses solían llamar *mères* (madres), eran de hecho, familias sustitutas. Asimismo, podían servir como lugares de organización y agitación contra maestros abusivos, y desde ellas podían ponerse en marcha huelgas y boicots (Coornaert, 1966: 225-230). Además, una de las funciones principales de las *Wanderjahr* era mantener a los hombres jóvenes fuera del mercado de matrimonio, durante esos años en que dar ese paso podría significar consecuencias desastrosas para toda la comunidad; por lo que servían para prolongar el estado de semidependencia hasta que en el ciclo generacional se abría un espacio para cada joven.

La tradición del celibato en escuelas y universidades servía por mucho al mismo propósito, enfocándose en otro tipo de gente joven. También en este caso una combinación de gobierno fraternal y paternal permitía institucionalizar y regular el prolongado periodo de la juventud. Los maestros imponían la misma moral y las mismas restricciones sociales a sus pupilos, sin importar si tenían 12 o 25 años. Las reglas de la universidad de Oxford, que confinaba a los hombres jóvenes como si fueran niños, sometían a todos los infractores a un varazo independientemente de la edad que tuvieran; ello refleja la persistencia del patriarcalismo durante los siglos XVII y XVIII (Pantin, 1966: 5-8). Al mismo tiempo, sin embargo, se permitía a los estudiantes organizarse entre ellos y crear formas fraternales de autogobierno. Los jóvenes de mayor edad se hacían cargo de los menores y, para inicios del siglo XIX, muchas de las más prestigiosas escuelas de Inglaterra, eran regidas en gran medida por los estudiantes. Los pupilos tenían sus propios ritos de iniciación para los recién llegados, lo cual reforzaba la solidaridad del grupo contra los maestros (Mack, 1938: 31-34, 38-42). En Alemania los

<sup>19</sup> La traducción más cercana a *house of call* es “casa de llamado”. De acuerdo con el diccionario *Webster* se trataba de lugares públicos donde los trabajadores de gremios específicos se reunían para esperar la llamada de posibles empleadores. (N. T.)

paralelismos entre los estudiantes y los aprendices artesanales eran todavía más evidentes. Ahí, el estudiante novicio, llamado *adolescens*, era sometido a una prolongada novatada que podía llegar a extenderse hasta por un año. Sólo hasta que había pasado severas pruebas sociales y morales era admitido a la compañía de sus pares como un *ehrlicher Bursch* [sujeto honorable], (Waas, 1967: 15-18).

Por otra parte, también existía tensión entre los pupilos y sus maestros; no obstante, los educadores más liberales, incluyendo a Philip Melanchton, veían de forma favorable la tradición de la autodisciplina del estudiante, más allá de sus excesos (Wass, 1967: 19; Ariès, 1965: 241-252). En cualquier caso, el espíritu fraternal complementaba las metas de la enseñanza del latín. Como ha sugerido Walter Ong, había tanto de social como de intelectual en su docencia; la educación en un lenguaje difícil y cada vez más raro no era funcional en sentido económico, pero operaba como una suerte de prolongado rito de paso para chicos que ingresaban a un estatus de élite, reforzando los vínculos entre ellos y la gente común. Se deben notar los paralelismos existentes entre las escuelas de sexos segregados del periodo moderno temprano y las cohortes de novicios de la sociedad primitiva, quienes eran aislados de las mujeres durante el periodo correspondiente a su iniciación. Ong señala que “la gente de culturas simples realiza, casi universalmente, una inducción ceremonial sistemática de los adolescentes jóvenes orientada hacia la participación total en la tribu, de forma opuesta a la vida en la familia y el clan” (Ong, 1971: 115-116). Sin embargo, esta práctica cumplía la función de prolongar y separar los ritos de paso importantes. La enseñanza del latín servía para aislar a los chicos del mundo, en especial del mundo de las mujeres, para quienes en los siglos XVI y XVII los lenguajes clásicos eran todavía un misterio. Humanistas como sir Thomas Elyot fueron muy explícitos acerca de la necesidad de esta separación: “Después de que un niño ha llegado a la edad de 7 años, yo considero oportuno que sea apartado de la compañía de las mujeres, con la salvedad de que un año o máximo dos, pueda tener a una triste y anciana matrona que lo atienda en sus aposentos” (Ong, 1971: 122). Tanto la lengua vernácula como las mujeres que la hablaban eran vistas como un peligro; el latín, como instrumento de segregación, llegó a ser considerado un reforzador de la fibra moral. Como la lengua de una sociedad exclusivamente para hombres sirvió a los mismos propósitos que los símbolos secretos y el lenguaje de los oficios: prolongar la juventud.

Las universidades también contaban con sus organizaciones fraternales, que oscilaban entre las elaboradas fraternidades regionales alemanas (*Landsmannschaften*) y los grupos más informales que ayudaban a organizar la

vida estudiantil en los colegios de Oxford. En mayor o menor medida, éstas proveían bienestar social y soporte moral; algunas fraternidades alemanas ofrecían beneficios funerarios a sus miembros. Los hábitos sociales de las fraternidades encontraron su paralelo en otras instituciones preprofesionales, como las posadas inglesas de la Corte, el Parlamento de París, y cualquier lugar en que los solteros educados se reunieran. Las fraternidades de empleados administrativos y abogados se volvían más visibles en los tiempos de festivales y vacaciones, cuando los grupos participaban en procesiones civiles, gastando bromas, burlándose de los defectos de sus superiores y, en general, poniendo de cabeza el orden social patriarcal durante un breve momento de rebeldía fraternal. La tradición de la burla juvenil fue tomada de una costumbre navideña, la *Fiesta Medieval de los Tontos*. Durante la misma, los novicios y los chicos del coro invertían el orden religioso y honraban a un “chico obispo” elegido entre sus filas, parodiando y burlándose de sus superiores. En el siglo XVI, cuando el festival ya había sido expulsado de la Iglesia francesa, sus funciones fueron absorbidas por las sociedades seculares de tontos (*société joyeuse*); la más famosa de éstas fue la parisina *Enfants-sans-souci*, compuesta, como su nombre indica, por los jóvenes solteros de la ciudad. Asociada a ella, en forma cercana, estaba el Reino de Basoche, conformada por los empleados administrativos del Parlamento de París. En los colegios de Oxford y Cambridge, así como en las posadas de la Corte de Londres se observaron costumbres similares; las sociedades de carnaval también fueron comunes en Alemania, donde los miembros solteros de las profesiones elegían a su *Príncipe de los Tontos* y desfilaban profiriendo sus insultos sólo en selectas ocasiones (Welsford, 1935: 204-212).

Aunque a nivel superficial estas fraternidades parecían amenazar el patriarcado, el hecho de que fueran toleradas por los adultos revela sus funciones reales, profundamente morales y conservadoras. Sin duda, los mayores gustaban de la libertad que proporcionaban los festejos del festival, pero también apreciaban la necesidad de convivencia y de control de las personas jóvenes que se encontraban fuera de su hogar. El calendario académico tenía previsto que los estudiantes de Cambridge no retornaran a sus casas durante las vacaciones, razón por la cual los maestros se opusieron a la abolición de la versión navideña del festejo de los tontos, cuando ello fue propuesto a mediados del siglo XVII. Como mencionó uno de los catedráticos, en la convivencia de esos pocos días “ellos encuentran más disposición de parte de los escolares que la que encuentran los 12 meses previos” (citado en Welsford, 1935: 218). Sólo cuando las *sociedades urbanas de tontos* empezaron a incursionar en controversias políticas y religiosas surgió la desaprobación

oficial; aun así, las mismas estuvieron deambulando hasta el siglo XVIII (Welsford, 1935: 194-195). En Cambridge, el festejo navideño perduró hasta 1881, época en que la mayoría de los estudiantes dejó de estar en el colegio durante las vacaciones, gracias a las mejoras en el acceso y la transportación (Porter, 1969: 283-285).

• VII •

Las fraternidades de oficios, estudiantes y profesionales dieron cabida a las necesidades de jóvenes que estaban por su cuenta en las ciudades, o que viajaban en busca de estudios académicos o entrenamiento. A pesar de ello fueron instituciones menores en una sociedad en la cual más de 85% de la población vivía en la comarca. La casa patriarcal encaró los requerimientos de la mayor parte de la juventud, y el diligente padre de la casa vio que quienes habían sido puestos a su cuidado acataran los rituales de la vida familiar –tomaban asiento en las comidas comunes, respetaban la ronda de oraciones y las visitas a la iglesia-, retirándose y levantándose a las horas prescritas por las estaciones y la economía. Sin embargo, a pesar de la cautela con que se podía vigilar a quienes estaban a su cargo, existían momentos en que éstos podían escapar del ojo patriarcal. En la sociedad preindustrial eran comunes las temporadas de ocio, y en verano, una vez que las tareas habían sido llevadas a cabo, las tardes tibias proveían oportunidades de tener tiempo libre, sin regulaciones. En esas ocasiones la gente joven se movía entre las casas familiares, momentos en cierta medida regulados por las fiestas estacionales de “contratación”, que tenían un significado especial en el calendario de los jóvenes.

En Inglaterra, las temporadas de primavera y otoño marcaban el inicio y el final de la temporada de crecimiento, momento en que los maestros negociaban con sus sirvientes y trabajadores; comúnmente eran asociadas con las costumbres y festivales de los jóvenes. El festival de primavera o *May Day* coincidía con una de las más importantes ferias de contratación —*Pack Rag Day*—, tradicionalmente asociada con bailes, juegos y fiestas generales (Hobsbawn y Rudé, 1970: 38-39). Su importancia derivaba no sólo del hecho de que un gran número de jóvenes llegaba a los mercados del pueblo, sino también de que significaba intensos momentos de liberación de la disciplina del trabajo y la dependencia de la casa patriarcal. En Linconshire, a mediados del verano tenía lugar otra festividad mayor cuando, tal como describe Philip Stubbs en el siglo XVI:<sup>20</sup>

<sup>20</sup> Stubbs, *The Anatomie of Abuses* (1583) (citado en Barber, 1959: 27-28).

Todos los salvajes de la parroquia, conviviendo juntos, ellos eligen un gran capitán (todo en broma), quien será honrado con el título de “mi Señor del Desorden”, y lo van a coronar con gran solemnidad y lo adoptan como rey. Este rey ungido, elegido en adelante de entre veinte, cuarenta, sesenta o cien panzas saludables, gusta de sí mismo y de atender su señorial majestad y de guardar su noble persona [...] Entonces marcha esta pagana comitiva a través de la iglesia y de su patio, sus gaiteros tocando, sus tamborileros tronando, sus pasos bailando, sus campanas repiqueteando, sus pañuelos balanceándose sobre sus cabezas como frenéticos, sus caballos de palo y otros monstruos peleando a lo largo de la ruta [...] Ellos tienen también ciertos papeles en los que están pintadas habladerías y otras imaginéras, y a éstas las llaman “las insignias del Señor del Desorden”. Y serán dadas a quienquiera que dé dinero por ellas para tenerlas en su paganismo, maldad, prostitución, borrachera, orgullo o lo que no. Y quien no será exuberante para ellos y les dará dinero por estos malignos conocimientos, no serán poco desdeñados y burlados.

El reporte de Stubbs no está libre de prejuicios, porque era uno de los críticos más severos de la juventud, además de enemigo de la frivolidad en cualquier forma que se presentara. Mientras las danzas de mayo y las fiestas de verano pudieron haber dado lugar a excesos, el altamente ritualizado montaje social de los *Señores del Desorden* y otros séquitos juveniles tenía otro lado fuertemente moral. Tal mascarada era, de hecho, la expresión de una muy organizada y disciplinada cultura juvenil que existió en las villas de toda Europa. Aunque estos grupos de jóvenes tenían diversos nombres —*Abadías del Desorden* en Francia, *Brüder-schaften* en Alemania y partes de Suiza— mostraban gran similitud en sus formas y propósitos. Suyas eran las fraternidades de la juventud rural que, en los siglos XVI y XVII, llevaban a cabo funciones de control social y apoyo moral similares a las realizadas por las fraternidades de estudiantes y hermandades de trabajadores en pueblos y ciudades.

Se conoce poco de los orígenes históricos de los grupos de jóvenes en las villas; no obstante, parece que fueron parte integral de la vida rural durante siglos. En la modernidad temprana europea fueron más fuertes en aquellas áreas en que las comunidades no estaban del todo divididas entre ricos y pobres. Éstas involucraban a todos los jóvenes de la villa desde que tenían 14 años y hasta que se casaban. Mientras básicamente los grupos principales eran integrados sólo por hombres, los grupos de mujeres en ocasiones formaban grupos satélite. No

es posible determinar si la membresía a estos grupos era obligatoria de alguna forma, pero en aquellas áreas en que había sido pronunciada la unidad de la villa, aparentemente estaban involucrados casi todos los jóvenes que aún no se habían casado (Wikman, 1937: 40 ss.; Hornstein, 1966: 119 ss.; Davis, 1971: 51-57). En Alemania, el ingreso a los mismos usualmente coincidía con la confirmación, y al parecer se llevaban a cabo ciertos procedimientos de iniciación que culminaban con una novatada destinada a los novicios. En la mayoría de los casos prevalecía una jerarquía de edad estricta. Los solteros en la mitad de sus 20 años ejercían su liderazgo hasta que el matrimonio los forzaba a abandonar el grupo. Los solteros permanentes eran tolerados más o menos hasta los 30 años, momento en que dejaban de ejercer influencia sobre los miembros más jóvenes. Así, salvo que hubiera escasez de parejas matrimoniales o se presentara algún tipo de disrupción en el ritmo de la villa o las oportunidades de herencia, los grupos de jóvenes cambiaban continuamente de composición (Wikman, 1937: 363-370).

Hasta donde se puede determinar, la solidaridad del grupo no encontraba respaldo en actividades económicas separadas o en arreglos de vivienda, como ocurre para algunas cohortes de edad en ciertas sociedades africanas. Ninguno de los sexos vivía separado de sus unidades familiares, excepto cuando el arreo u otras ocupaciones de pastoreo llevaban a los jóvenes fuera de sus villas durante breves periodos del año. Básicamente, esto sucedía en las regiones de pastura, en las que incluso las mujeres podían dormir aparte en el verano; pero aun allí, la mayor parte del día de trabajo de los jóvenes transcurría en compañía de adultos; por lo que sólo el tiempo de ocio —tardes, vacaciones, temporadas bajas— se reservaba a las actividades con el grupo de pares.

A pesar de que las funciones económicas del grupo fueran nulas, sus deberes cívicos y morales eran considerados muy significativos. En algunas partes de la Europa moderna temprana, algunos grupos de jóvenes servían como milicia local, incidiendo juntos y participando como grupo en las ceremonias civiles de sus comunidades (Hornstein, 1966: 120). Incluso allí donde las autoridades centrales habían tomado el control de las fuerzas militares, a menudo la juventud era movilizada por la Iglesia, que daba prominencia a estos grupos en las procesiones religiosas realizadas los días importantes del calendario cristiano. La identificación de los jóvenes con símbolos cristianos de regeneración derivaba de previas nociones paganas, que los asociaban con los poderes de la fertilidad, noción todavía popular entre los campesinos. Las danzas y el cortejo de mediados de verano, que señalaban las celebraciones del verano precristiano, llegaron a ser la parte establecida del día de San Juan durante el periodo medieval; a su vez, la sanción de

la Iglesia a los juegos y otras actividades juveniles de Carnaval y Pascua da fe de los profundos lazos existentes entre las tradiciones paganas y las nociones cristianas de regeneración (Spamer, 1935: 215-221; Porter, 1969: 97-146; Davis, 1971: 41- 49).

La importancia de sus funciones se ve reflejada en el alto grado de organización logrado por los grupos de jóvenes en la región de Siebengebirge, al oeste de Alemania, y en el área de Graubünden, en Suiza (Hornstein, 1966: 120). En los siglos XVI y XVII tenían su propia ley escrita, con un primitivo sistema de corte que incluía multas y otros castigos. Parece que estos cuerpos auto reguladores evolucionaron junto con la milicia y otras funciones cívicas, aunque aparentemente sus mayores preocupaciones eran la moral y las conductas sexuales, más que sólo cuestiones puramente civiles. Sin embargo, es difícil generalizar sobre un fenómeno que tomó diversas formas y era conocido por diferentes nombres según la región geográfica. Parecería que la principal responsabilidad de los grupos juveniles de la modernidad temprana era la regulación de la sexualidad comunal, en particular el acceso al matrimonio.

Tenemos conocimiento de que el *Brüderschaften* ejercía un control riguroso sobre las mujeres elegibles de la villa, limitando el acceso a éstas no sólo a sus propios miembros, sino también a los intrusos del exterior y a hombres mayores que pudieran representar una amenaza para el grupo de novias. El fascinante estudio de K. Robert Wikman sobre las costumbres premaritales en el norte de Europa confirma las impresiones transmitidas por generaciones de folcloristas, respecto a que estas bandas de las villas jugaban un importante papel en la regulación de los patrones de cortejo, hasta el punto de influir en la elección de compañeros. La socialización, que a menudo tomaba la forma de visitas nocturnas, frecuentemente era manejada por el grupo mismo; sus normas permitían realizar visitas a las chicas en sus dormitorios, que se detenían antes de legitimar el encuentro sexual con el prometido. Las rigurosas reglas de la “agrupación” fueron diseñadas para prolongar la castidad hasta el momento del compromiso, así como para regular el acceso al mercado matrimonial. Los chicos más jóvenes que se mostraban más precoces en el cortejo eran manejados con severidad por los mayores; mientras que las chicas conocidas por ser promiscuas eran intimidadas mediante la decoración de sus puertas con arbustos de malas hierbas (Wikman, 1937: 367-372; Spamer, 1935: 170-175, 202-204; Myrdal, 1969: 42-45).

Además, se examinaba cuidadosamente el comportamiento de forasteros varones y viudos. Se sabía que las chicas eran igualmente escrupulosas con mujeres mayores, viudas y solteras, quienes representaban una competencia para la atención de sus jóvenes admiradores (Davis, 1971: 53-54; Wikman, 1937: 363-365,

371-372). Los jóvenes de las villas podían ser brutales con quienes consideraban que podían poner en peligro sus probabilidades de matrimonio; no obstante, usualmente la violencia era el último recurso en una sociedad en la que se podían encontrar todavía símbolos rituales que expresaban el antagonismo. En este sentido, la juventud tenía a su disposición un antiguo surtido de atemorizantes efigies, *rough music* [–música ríspida-, canciones profanas] y pantomimas burlonas para lidiar con sus enemigos (Hole, 1940: 53-54; Thompson, 1972: 285-312). Apostados con sartenes de estaño y cuernos bajo la ventana del hombre libertino, estaban dispuestos a unirse a una *charivari* [serenata ruidosa], en honor de la segunda boda de un hombre viejo y una joven novia. Tanto el *Brüderschaften* como las *Abadías del Desorden* constituían refuerzos de la moral y el equilibrio social de la vida en la villa.

En una típica *charivari*, un viudo recientemente casado podía ser despertado por el clamor de una multitud, la efigie de su esposa muerta en la ventana, mientras una efigie semejante a él apoyada en sus nalgas era llevada por las calles para que los vecinos la vieran (Thompson, 1972: 287-288). Mediante el pago de una “contribución” al *Señor del Desorden*, el viudo podía librarse de sus jóvenes atormentadores; sin embargo, para ese momento la voz de la conciencia de la villa ya había hecho su trabajo. Invariablemente, los segundos matrimonios despertaban la furia más grande; en contraste, los matrimonios endogámicos entre personas jóvenes de edades similares representaban una situación de regocijo para los grupos de jóvenes. En ese caso, las intenciones de la *charivari* se revertían, y la pareja era acompañada por una ruidosa multitud hasta su lecho nupcial, en lo que constituía la despedida ritual a uno de sus miembros por parte de sus pares. El festín de bodas, y la participación en éste de la abadía, simbolizaba el propósito central del grupo de jóvenes: proveer un prolongado rito de paso desde el vago inicio de la pubertad hasta el momento del matrimonio.<sup>21</sup>

Por supuesto, las formas preindustriales de fraternidad chocaban con los intereses patriarcales en cuanto a la selección de parejas. Los padres estaban naturalmente preocupados por el matrimonio, en tanto medio que permitía mejorar las posesiones familiares y su estatus en la comunidad; por ello no era raro que los campesinos bien acomodados apartaran a sus hijas de las actividades de grupo entre jóvenes, a fin de proteger sus intereses vitales. A finales del siglo XVI e inicios del XVII, en tiempos de severo crecimiento poblacional y pauperización, el poder de los grupos juveniles debió enfrentar un gran reto. Se sabe que

<sup>21</sup> Acerca de la participación de grupos de jóvenes en las ceremonias de matrimonio, véase Spamer (1935: 176-186); Hole (1940: 21-23).

las estructuras de los grupos de pares eran más débiles en las áreas de heterogeneidad social y económica, particularmente en Inglaterra, donde la división de la población rural entre quienes tenían tierras y quienes no era quizá la más pronunciada. Mientras en muchas partes de Bretaña sobrevivieron las costumbres de “desorden”, las colectividades de las abadías no lo hicieron (Thompson, 1972: 295-296), aunque no hay razón para creer que la modernización económica resultante de la disrupción de la unidad comunal necesariamente significó el declive de los grupos de jóvenes. Es posible que estos grupos se hayan vuelto más importantes en los siglos xvii y xviii, en lo que Robert Wikman refiere como un “tipo de correctivo al despotismo paterno” (Wikman, 1937: 359). Ciertamente, lo que sobrevivió de la *charivari* tuvo una función semejante a la cumplida por los “rituales de rebelión” en algunas sociedades africanas, expresando la moralidad colectiva y el compromiso con la tradición, y por periodos, llamando la atención de jóvenes y personas mayores por igual (Gluckman, 1962: 39 ss.).

## • VIII •

Tradiciones adoptadas de fraternidad florecieron en pueblos y ciudades al igual que en el campo; hasta inicios del siglo xix, en las comunidades tejedoras de Lancashire todavía podían ser leídos los signos del “desorden”. Sam Bambford recordó que “un arbusto de mala hierba indicaba que una mujer era notablemente inmodesta; y un arbusto sagrado, una amada en secreto; un cuerno de carnero significaba que una mujer o un hombre habían cometido faltas al matrimonio; una rama de un árbol joven, verdad en el amor; y una ramita de abedul, una chica hermosa” (citado en Thompson, 1958: 406). Con todo, la situación demográfica en los pueblos era diferente; el grupo de hombres y mujeres elegibles se encontraba menos restringido y los problemas de los jóvenes se enfocaban menos en la herencia y el control del acceso al matrimonio. Muchos de los jóvenes migrantes de la ciudad preindustrial habían abandonado la esperanza de heredar tierras, por lo que no tenían interés en mantener o regular el mercado tradicional de matrimonios. En su lugar tendían a estar más preocupados por los precios del pan y el nivel salarial, lo que determinó que las viejas formas rurales de *charivari* fueran usadas con nuevos fines en las ciudades de los siglos xvi y xvii.

Tanto Natalie Davis como Edward P. Thompson resaltaron que se produjo un pronunciado cambio en los ajustes urbanos; así, las *charivaris* dejaron de protestar contra segundos matrimonios para protestar contra esposas molestas, y a inicios del siglo xix en Inglaterra, contra esposos golpeadores (Davis, 1971: 65-66;

Thompson, 1972: 296-302). Cualesquiera que hayan sido los cambios en el estatus de la mujer, esta modificación da cuenta del declive de la tradicional preocupación por el grupo de parejas elegibles. La decreciente ansiedad por el mercado matrimonial, sin embargo, se dio paralelamente a un creciente descontento en otros aspectos de la vida; cada vez con más frecuencia, los instrumentos del “desorden” fueron dirigidos en función de objetivos económicos e incluso políticos. En los pueblos más grandes de los siglos XVI y XVII, las *Abadías del Desorden* tendían a alinearse con las filas ocupacionales de vecinos y de clase, adaptando rituales tradicionales a nuevas formas de protesta. En el Lyon del siglo XVI, por ejemplo, la guisa de una tradicional *société joyeuse* sirvió de cubierta a una organización clandestina de trabajadores e impresores. La compañía de los *Griffarins*, como se llamaban a sí mismos, se encontraba atrapada en un conflicto económico con los señores del comercio, conflicto que adquirió un carácter más de clase que de generación. Los *Griffarins* recibieron trabajadores de todas las edades, incluyendo hombres casados, quienes usualmente no eran admitidos en una abadía o una *société joyeuse*. Estos hombres sin esperanza de herencia habían dado el paso para abandonar el estado de celibato mientras aún eran trabajadores; y no sorprende el hecho de que para ellos la *charivari* hubiese perdido su significado original (Davis, 1970: 51-55).

Rituales de rebelión que alguna vez habían sido monopolizados por la juventud estaban perdiendo su especificidad vinculada a la edad. En Languedoc, los instrumentos del “desorden” fueron adoptados por villas enteras de campesinos para protestar contra la explotación de los dueños de tierras, los impuestos y la conscripción del Estado. Según Emmanuel Le Roy Ladurie, los grupos de jóvenes del *Côtes du Rhone* del siglo XVI eran “células de insurrección” (Davis, 1971: 69). En Inglaterra, desde el siglo XVII hasta inicios del siglo XIX una figura familiar entre los *Señores del Desorden*, *Mother Folly* —hombre vestido con ropas de mujer, enmascarado o con el rostro oscurecido— jugó un papel prominente en los levantamientos rurales (Thompson, 1972: 305-308). Y, en su desesperada defensa del precio justo, las muchedumbres inglesas del siglo XVIII a menudo transformaron la música ofensiva (*rough music*), tradicionalmente usada para expresar la indignación moral contra los lujuriosos, en instrumentos para exteriorizar un conflicto de clase. Las legendarias proezas del molinero con las mujeres jóvenes que venían a su molino llegaron a ser una conveniente metáfora para dar cuenta de un tipo diferente de explotación, más económica que sexual (Thompson, 1971: 103).

<i>Then the miller he laid her against the mil Hopper</i>	Entonces el molinero la tendió contra la tolva del molino
<i>Merry a soul so wantonly</i>	Un alma tan alegre y despreocupada
<i>He pulled up her cloaths, and he put in the stropper</i>	Él arrancó su ropa y la puso en la tolva
<i>For says she I'll have my corn ground small and free.</i>	Hay que decir que ella tendrá mi maíz molido pequeño y gratis

En la mentalidad popular, los abusos sexuales y económicos siempre han estado asociados; a inicios del siglo XVIII es posible que se estuviera incrementando la explotación de chicas sin suerte por parte de hombres viejos, empleados, cabezas de familia, debido a la desesperación de los pobres y a la ruptura de las viejas presiones morales, entre las que se incluían los grupos de jóvenes.<sup>22</sup> En cualquier caso, los gestos obscenos y las canciones profanas que todavía portaban una traza de su propósito original fueron encontrando su camino en la controversia política, económica e incluso religiosa. Para desagrado de la Iglesia y las autoridades seculares, durante los siglos XVI y XVII las abadías francesas, como Dijon Mère Folle, Cornards de Lyon y *Enfants-sans souci* de Guyena, se encontraban activas ejerciendo varias formas de seducción. De forma creciente, estas abadías y otras como ellas fueron objeto de la censura oficial, lo que al final determinó su desintegración (Davis, 1971: 66-69).

Para el momento en que Luis XIII prohibió la Mère Folle en 1630, muchas de las otras *sociétés joyeuses* habían perdido las características por las cuales se las asociaba con la juventud como tal, volviéndose heterogéneas en relación con la edad. La mayoría incluía tanto hombres casados como solteros, lo que volvió obsoleta su función original de preservar la condición del celibato. La caricatura y la sátira escrita comenzaron a reemplazar al teatro callejero de las viejas *Abadías del Desorden* entre la población culta, siendo portadoras de las críticas sociales y políticas (Welsford, 1935: 207-218). Sólo al replegarse tras las paredes de los negocios, las viejas tradiciones de la juventud podían mantener su autenticidad; en los colegios de Oxford y Cambridge, así como en las posadas de la Corte, las costumbres de la juventud permanecieron más puras. Podemos detectar algunas de las formas del “desorden” en la celebración de los *rakes* [rastrillos], del Londres del siglo XVIII. Se trataba de una celebración de jóvenes caballeros malcriados, cuyas bromas salvajes y comportamiento violento no mostraban nada del propósito moral o social de

<sup>22</sup> Las causas de un creciente grado de ilegitimidad son discutidas por Edward Shorter, pp. 329-345.

las abadías de antaño. Los rastrillos y sus contrapartes en el continente tendían a ser individualistas cínicos, que se burlaban de los conceptos de templanza y castidad. Su comportamiento colectivo adoptó un bizarro y anárquico toque, al conformar pandillas de jóvenes caballeros que rondaban las calles de Londres atacando espectadores, acosando a mujeres indefensas y generalmente dando mala fama a las tradiciones del “desorden” (Graves, 1923; Jones, 1942: 29-30, 140ss., 155-156, 174, 200, 210). La más notoria fue la de los Mohocks. No atadas a los calendarios y más aleatorias que ritualistas en su carácter, las fiestas de este nuevo tipo de grupo joven marcaron el inicio de una nueva fase en la historia social de la juventud.

## • IX •

En las villas de Europa, sin embargo, algunos grupos de jóvenes preservaron sus funciones hasta entrado el siglo XIX. Al visitar Alemania en la década de 1860, Henry Mayhew se encontró con cohortes de hombres y mujeres cuyas “prácticas grupales”, en tanto buen hombre victoriano, malinterpretó como licenciosas (Mayhew, 1864: 25-426). Hasta bien entrado el siglo XIX, en las villas inglesas se continuaban realizando competencias atléticas que enfrentaban a solteros con casados, del mismo modo que lo hacían muchas de las fiestas tradicionales asociadas con las vacaciones y las temporadas de contratación (Mingay, 1963: 250; Manning, 1897: 312, 317, 310; Hole, 2014: 56; Brailsford, 1969: 207 ss.). No podemos estar seguros de si éstas eran reguladas por grupos de pares, pero sabemos que los hábitos de cortejo en áreas como Cambridgeshire permanecieron muy ritualizadas hasta finales del siglo XIX. Allí, todavía se llevaba *rough music* a las mujeres embarazadas solteras, incluso hasta la época de la primera Guerra Mundial (Porter, 1969: 8-9).

En las ciudades primero, y en el campo posteriormente, estaban desapareciendo las únicas condiciones que requerían un largo periodo de abnegación por parte de la juventud. El declive de las empresas tradicionales y las formas comunales de juventud coincidían con la emergencia del capitalismo en la agricultura y el comercio, el crecimiento de los pueblos, y el incremento de un control centralizado por parte del Estado. Aun antes de la llegada masiva de la industrialización y la urbanización, ya habían surgido señales que indicaban que las viejas formas tendrían que ajustarse a las nuevas condiciones o desaparecer. Con el declive de la economía campesina, comenzó a disolverse la conexión entre herencia y matrimonio, abriendo nuevas posibilidades para los jóvenes. Igual importancia que los cambios económicos tenía la transformación demográfica que inició a mediados del siglo XVIII. Esto habría de cambiar el ciclo de desarrollo de la familia, y con ello, los parámetros de la niñez, la juventud y la adultez.



Una tímida pareja burguesa en un desfile de niños callejeros en París durante la Revolución de 1848, en esta selección de la serie “Alarmas y atrasos” de Honoré-Victorin Daumier, realizada en 1848. Reproducción de la Lámina 40, “Los niños peligrosos”, publicada en Howard P. Vincent, Daumier y su mundo (Evanston, III.: Northwestern University Press)



## CAPÍTULO 2

### JUVENTUD EN PROBLEMAS: LAS CONSECUENCIAS DE LA MODERNIZACIÓN, 1770-1870

A menudo, las tensiones generacionales caracterizaron a las sociedades en sus primeros estadios de modernización económica y política y, Europa no fue la excepción (Eisendstadt, 1966a: 26-31; Eisendstadt, 1966b). Charles Fourier sólo en cierta medida exageraba cuando describía las condiciones sociales y económicas como causas de que “los padres desearan la muerte de sus niños y los niños la muerte de sus padres” (Fourier, 1971: 282). El tema de “hijos contra padres” fue habitual tanto en la vida como en la literatura del siglo XIX. Ello llevó a que James Frazy publicara *On Gerontocracy* en 1828, trabajo en el que dio voz a una generación postnapoleónica cuyas esperanzas y ambiciones habían sido cultivadas por la revolución democrática sólo para que se vieran truncadas por la Restauración. La figura del niño pordiosero en la famosa pintura de Delacroix, *La libertad conduce a la gente*, se asentó en la mente de los contemporáneos, para quienes cualquier cosa asociada con la juventud tenía connotaciones radicales; así lo muestran los nombres de *avant-garde* movimientos artísticos e intelectuales como los *Jeunes France* y los Jóvenes Alemanes, así como los títulos de los movimientos nacionalistas revolucionarios, por ejemplo, el “Europa Joven” de Mazzini (De Sauvigny, 1966: 230-240).

La asociación tradicional de la juventud con la renovación y la regeneración servía a múltiples propósitos. “Pon a la juventud a la cabeza de las masas insurgentes; no sabes cuál es la fuerza latente en esas bandas de jóvenes, qué mágicas influencias pueden tener las voces de los jóvenes en la multitud”, escribió Mazzini (citado en Möller, 1968: 241). Pero, una vez liberada, la magia no sería monopolizada por la izquierda —cuando las cosas cambiaron y los revolucionarios se instalaron en el poder fue inevitable que los conservadores se apropiaran de las tradiciones de juventud. En Francia, esto ocurrió poco después de la época del Terror, cuando la *jeunesse dorée* [juventud dorada], exhibió su desprecio por la disciplina revolucionaria en la causa de la contrarrevolución (Lefebvre, 1966: 49-55, 80 ss.).

Más tarde, en Inglaterra, después de la primera reforma electoral del país, una nueva generación de conservadores, liderados por Benjamin Disraeli, conformaron el *Movimiento Inglés Joven*, cuyas tácticas incluían muchos de los viejos artilugios empleados por el “desorden”. Karl Marx los describió como “mitad lamento, mitad sátira” (Marx y Engels, 1955).

Aunados a estas manifestaciones de descontento yacían profundos cambios demográficos, económicos y sociales que fueron transformando la Europa agraria en la primera sociedad industrializada del mundo. La modernización afectó a distintos grupos en diferentes formas y, en el periodo de 1770 a 1870, las tradiciones de juventud fueron reestructuradas a partir de cuestiones de clase. Las clases trabajadoras desarrollaron su propia y distintiva cultura juvenil, organizada en torno a las pandillas de los vecindarios urbanos, mientras las clases medias y altas crearon formas exclusivas que incluían a los modernos movimientos estudiantiles y bohemios. En algunas ocasiones, este proceso consistió simplemente en reemplazar las “viejas tradiciones de juventud”; sin embargo, implicó adaptar más frecuentemente sus características a las nuevas condiciones. La tradición no siempre se interponía en el camino del cambio. Las capas y capas de culturas juveniles que se fueron superponiendo en este periodo y en posteriores, fueron producto de procesos dialécticos que deben de ser explorados en relación tanto con la continuidad como con el cambio.

## • I •

John Stuart Mill llamó a esto “edad de la transición”, cuando “la humanidad ha sobrepasado a las viejas instituciones y doctrinas, pero todavía no ha adquirido nuevas” (Mill, 1963: 3). La “transición” no sólo aplicaba a las estructuras políticas y económicas, sino también a la familia y el ciclo de vida de los individuos, quienes estuvieron sometidos a transformaciones fundamentales entre 1770 y 1870. Uno de los factores fundamentales fue el incremento de la población, cuyo inicio tuvo lugar a mediados del siglo XVIII. La población de Europa pasó de 125 millones de habitantes en 1750 a 208 millones un siglo después, llegando a ser de 300 millones en 1900. A finales del siglo XVIII y gran parte del siglo XIX, cada generación sucesiva fue mayor que su predecesora, y los grupos de edad más jóvenes crecieron, incluso más allá de las mayores proporciones que se registraran en las etapas preindustriales. El índice del grupo de edad de 15 a 29 años respecto al de 30 años o más llegó a ser de casi 65% a fines del siglo XVIII, y de más de 70% en Inglaterra para 1840 (Moller, 1968: 250).

Si bien las causas del explosivo crecimiento de la población en el siglo XVIII todavía deben ser explicadas por los demógrafos históricos, es claro que, este crecimiento inicialmente tuvo lugar bajo las mismas condiciones en que se daban la alta mortalidad y la alta fertilidad características de las etapas preindustriales. La mortalidad infantil no empezó a decrecer de forma significativa hasta fines del siglo XIX. Las agudas fluctuaciones en las tasas de mortalidad, determinadas por hambrunas, epidemias y el abastecimiento irregular de alimentos, tendieron a desaparecer a mediados de ese siglo. No obstante, las condiciones de las nuevas ciudades industriales no fueron tan buenas como para que el índice de mortalidad entre los niños disminuyera; incluso, éste se vio incrementado en ciertas zonas. Ejemplo de ello es el caso de Glasgow, donde el índice de mortalidad de los niños menores de 10 años pasó de 1 por 75 a 1 por 48, 20 años después (Morley, 1986: 7). En Prusia, país en que la industrialización y la urbanización ocurrieron principalmente durante la segunda mitad del siglo, la tasa de mortalidad por cada 1,000 niños nacidos vivos pasó de ser 213 a principios de la década de 1860, a ser 222 con el cambio de siglo. A partir de entonces, y a medida que la sanidad y la medicina moderna comenzaron a surtir efecto, fue decayendo hasta llegar a los niveles actuales de 20 por cada 1,000 (Wrigley, 1969: 164-171).

Por supuesto, las tasas de mortalidad variaron enormemente de una región a otra y por clase. Como regla, cuanto mayor era la densidad de población en un distrito, mayor era el riesgo de muerte (A. Weber, 1963: 343, 361). La riqueza tuvo un papel prominente en este sentido. La aristocracia inglesa marcaba el ritmo de las mejoras en su propio país, registrando una expectativa de vida de 42.4 años para la cohorte nacida entre 1690 y 1729, y de 54.9 años para aquella nacida entre 1830 y 1879 (Hollingsworth, 1964: 66.70). Las probabilidades de vida era proporcionales a la posición social, como puede verse en el Londres de 1830, donde la expectativa de vida para la aristocracia y las clases medias se estimaba en 44 años; para los comerciantes y los empleados en 25 años; y para los obreros y sus familias en 22 años (Morley, 1986: 7). Después de la aristocracia fueron las clases medias las que mostraron mejorías con respecto a la mortalidad infantil. Sin embargo, para la mayoría de las clases trabajadoras, que representaban cerca de 85% de la población, la pérdida de niños continuó siendo un hecho de vida hasta inicios del siglo XX (Banks, 1954:194-195). *Why Weepest Thou?* [¿Por qué llorar?], libro para dolientes publicado en 1888, expresaba la experiencia de esta edad de transición (Morley, 1986: 15).

<i>And yet again</i>	Y de nuevo,
<i>That Elder Shepherd came: my heart</i>	Ese viejo pastor vino: mi corazón
<i>grew faint</i>	se desmayó
<i>He claimed another lamb; with sadder</i>	Él reclamó otra oveja; con
<i>plaint,</i>	triste queja,
<i>Another!- she who, gentle as saint,</i>	¡Otra!, ella quien era gentil como un santo.
<i>Ne'er gave me pain...</i>	Nunca me ocasionó dolor...

La reducción de las tasas de fertilidad siguió la misma secuencia social y cronológica que la mortalidad, iniciando aparentemente en las clases altas, seguidas por las clases medias y medias-bajas, y alcanzando a los obreros más pobres sólo a finales del siglo XIX. Las diferencias de clase expresadas en la fertilidad y la mortalidad dieron como resultado que existiera una gran disparidad en el tamaño de los hogares de las diversas clases sociales. En la década de 1890 a 1899, las familias de clase media profesional inglesas promediaban 2.8 personas; cerca de la mitad de las familias de trabajadores manuales poseían un “tamaño preindustrial”, promediando 5.11 miembros (Wrigley, 1969: 186-187). En esa época, el promedio de integrantes por familia para la población total era de 4.34 miembros. Existe evidencia de que antes de 1900 la restricción familiar sólo era practicada por una reducida minoría de los ingleses. En Francia, la restricción familiar parece haberse establecido en una amplia base, incluso ya a fines del siglo XVIII. Sin embargo, hasta finales del siglo XIX representó una excepción al patrón seguido por el grueso de la población europea, que continuó siendo de alta fertilidad.

Hemos visto que en la Europa preindustrial, la condición de alta fertilidad y alta mortalidad, combinada con patrones particulares de herencia y matrimonio, fue precisamente la que determinó que se requiriera la remoción de los niños de sus familias durante ese periodo del ciclo de vida, definido e institucionalizado como “juventud”. El inicio de la industrialización y la urbanización no alteraron las condiciones demográficas subyacentes a esta estrategia de supervivencia familiar de forma automática, aunque se modificaron las pautas de matrimonio y herencia de manera tal que se dio una seria disrupción de los viejos patrones de desarrollo. Esto resultaba más visible en los niveles más bajos de la sociedad, particularmente entre los grupos de campesinos y artesanos a los que el nuevo orden económico estaba privando de sus tierras y talleres, razón por la cual se quedaban sin fortuna ni trabajo que heredar a sus hijos. Charles Fourier mencionó haber escuchado a cuatro artesanos “ligeramente arriba de la clase más baja”, discutiendo sus posibilidades:

- Estoy pidiendo a esa chica en matrimonio porque ella tendrá dinero; la familia está cómodamente establecida. Pueden estar seguros de que no quiero ser un perdedor de nuevo. Tomé a una esposa que no tenía ni un céntimo, y después llegaron los niños; es un fastidio cuidar de ellos, un infierno.
- Entonces ¿has tenido muchos? —preguntó uno de ellos.
- Tuve seis, ¡aliméntalos a todos y a la esposa!
- ¿Qué? ¿Seis? ¡Oh cielos!, un trabajador, que difícilmente gana algo, ¡alimantar a seis niños!
- Sí, seis; pero afortunadamente para mí, todos murieron. Y la madre está muerta también (Fourier, 1971: 282).

Como Fourier y otros señalaron, tales desdichas no se limitaban a los pobres o a la gente sin tierra. El padre que rehusaba a ceder la tierra a su hijo era comúnmente llamado por los campesinos franceses *père qui vit trop*, [padre que vive demasiado]; en el siglo XIX se vivió un renovado ataque contra la ley de primogenitura, tanto en Inglaterra como en el continente (Thirsk, 1969: 376).<sup>1</sup> Contrapuesta a la disrupción de los viejos patrones de paternidad y fraternidad, los jóvenes de todas las clases empezaron a afrontar el doloroso replanteamiento de los valores y hábitos tradicionales. El resultado de este proceso fue una abundancia de nuevas formas de comportamiento, cada una representando a un segmento diferente de la población joven que encaraba el reto de la nueva era industrial.

## • II •

El rápido crecimiento de la población habría sido suficiente para causar severa tensión en las relaciones tradicionales de edad, pero el hecho de que esto también se acompañara de una fractura en el vínculo tradicional entre matrimonio y herencia, significó que el estatus de la juventud había sido fundamentalmente alterado, dando nacimiento a nuevos patrones de comportamiento personal y grupal vagamente presagiados en periodos previos de expansión. En Inglaterra, el proceso dio inicio con la revolución agrícola del siglo XVIII, que implicó el cercado de grandes extensiones de tierra y el pasaje de los campesinos a un estatus de trabajadores asalariados con tierras. Las primeras fases de capitalización de la agricultura favorecieron a los jóvenes, ya que incrementaron su poder adquisitivo. El aumento de la producción de comestibles para una economía de mercado significó el uso más intensivo de mano de obra asalariada y el declive

<sup>1</sup> Para información sobre una controversia semejante en Francia, véase De Sauvigny (1966, 384 ss.).

de los acuerdos patriarcales, incluyendo el *payment in board and room*, [pago con alimentos y hospedaje]. La demanda de trabajo de niños y mujeres creció hasta finalizar las guerras napoleónicas, alentando a la población de Inglaterra a elevarse a ritmos constantes, más allá de los niveles de subsistencia en los cuales era forzado a existir la mayor parte del tiempo el nuevo proletariado rural.<sup>2</sup>

La sociedad rural se distribuía dentro de tres relativamente bien definidos rangos —grandes dueños de tierras, granjeros arrendadores y los trabajadores sin tierras— que se veían unos a otros con gran suspicacia. La tradición de tener trabajadores y sirvientes “viviendo ahí” se había vuelto social y económicamente inaceptable para las élites poseedoras de tierras, y muchos de los granjeros no querían más hijos e hijas sentados en la misma mesa con gente común. ¿Dónde eran mantenidos los sirvientes? Estaban “debajo de las escaleras”, ya no eran parte de la familia como lo habían sido cuando predominaba el viejo sistema patriarcal. Los dueños de tierras orientados hacia el mercado estaban encontrando que el alojamiento y la alimentación en ningún caso representaban una forma redituable de pagar por trabajo. William Cobbett, quien se quejó de estos nuevos hábitos describiéndolos como un “sistema infernal de valores”, se refirió al declive de este arreglo tradicional:

Todo en esta granja era originalmente una escena de buenos modales y una forma de vida plena [...] Pero todo ello parece estar en pleno estado de decadencia y cercano al abandono. Parece que apenas podría haber una familia en esa casa, en la que originalmente hubo con toda probabilidad, de 10 a 15 hombres, chicos y doncellas. ¿Por qué los granjeros ya no alimentan a sus trabajadores, como lo hacían antes? Porque no pueden dar lo poco que tienen en salarios. Ésta es la causa real del cambio (citado en Redford, 1964: 77).

La misma clase que en los siglos *xvi* y *xvii* había guardado tan celosamente el sistema patriarcal, estaba ahora deseosa de dar a los jóvenes trabajadores su independencia, alentándolos incluso a fincar sus propias casas, porque esto era económicamente ventajoso para la creación de trabajos asalariados.

Tradicionalmente la población rural pobre se había aliviado al ubicar a sus niños en mejores casas; sin embargo, ahora sólo podían mantenerlos en casa o enviarlos aún más lejos, hacia las nuevas ciudades industriales. La última alter-

<sup>2</sup> Sobre estos cambios, véase Slicher van Bath (1963: 195-208); Hobsbawm y Rude (1970: capítulos 1 y 2); W. Fischer (1963: 415- 435).

nativa no se hizo realmente operativa hasta las décadas de 1830 y 1840, y parecería que la coresidencia entre padres e hijos se incrementó hacia finales del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX. En cualquier caso, se alentaba este sistema rural de bienestar porque, además de salarios, otorgaba subsidios a las familias con niños. Algunos observadores reportaron que “hombres que recibían una pequeña suma sabían que sólo necesitaban casarse para que dicha suma se incrementara en proporción al número de sus niños”. Aun así, había algo mejor que casarse y tener hijos, y era casarse con una madre con bastardos, como lo dejó claro una mujer de 24 años que tenía cuatro niños bastardos: “Si tuviera uno más, estaría más cómoda” (Redford, 1964: 83).

De manera que, al procrear, la intención ya no era asegurar un heredero masculino; los pobres rurales todavía tenían un gran número de niños porque eso representaba la mejor garantía para asegurarse una vejez cómoda (Mingay, 1963: 241). La subsistencia a partir del más reciente producto alimenticio, la papa, los trabajadores rurales continuaban formando grandes familias. En Irlanda, la tradición de las herencias compartidas había llevado a subdividir las tierras en pequeños lotes, pero los padres persistían en aplicar la estrategia de la alta fertilidad (Anderson, 1972b: 81-83). “Una práctica general para ellos era dividir sus tierras en pequeñas porciones, que daban a sus hijos en cuanto se casaban. A menudo, el último en casarse obtenía la cabaña de su padre junto con su porción de terreno, y era cuando los padres se detenían, a partir de un sentido de apego al lugar en el que habían pasado sus vidas” (citado en M. Anderson, 1972b: 82). Al final, la estrategia irlandesa produjo una desastrosa sobrepoblación rural y hambruna, provocando que en la década de 1840 miles de hombres y mujeres jóvenes empezaran a emigrar, y por tanto, forzando la edad de casamiento de quienes quedaban detrás. Después de la desastrosa hambruna de 1847, una tierra de jóvenes familias inusuales a inicios del siglo XIX en Irlanda, rápidamente retornó a la situación de una primogenitura estricta, regresando también a un sistema en el cual los hijos más jóvenes debían resignarse a solterías más prolongadas (Musgrove, 1965: 78-79).

La sobrepoblación rural también amenazó a Inglaterra, por lo menos hasta 1830. Dada la situación de alta mortalidad todavía presente, las familias siguieron la estrategia de alta fertilidad, lo que determinó la existencia de un excedente de jóvenes mayores que eran forzados a salir de casa cuando la descendencia era muy grande. Al ya no estar sujetos a la disciplina de tener que “vivir ahí”, y teniendo acceso a salarios, estos jóvenes eran capaces de fincar sus propias casas. Asimismo, los arreglos de salarios alentaron el matrimonio joven, contribuyendo

al *boom* poblacional. Parece que muchos se establecieron cerca de sus parientes, mostrando poco interés en migrar de acuerdo a las formas tradicionales. El sistema parroquial de bienestar, que sólo podía asegurar beneficios a quienes pudieran comprobar su residencia, tuvo mucho que ver con esto; durante el periodo 1751-1831 disminuyó la migración desde los condados rurales de Inglaterra (Hobsbawm y Rude, 1970: 42-43; Hammond y Hammond, 1970: 204; Redford, 1964: capítulos 4 y 5). La situación resultante de la competencia por bajos salarios y el desempleo se experimentaron de forma más intensa en la década de 1820, llevando a una crisis que en 1830 desató un levantamiento masivo de los pobres rurales conocido como *Swing Rebellion*.

No sorprende que en ese año los jóvenes solteros se encontraran entre los insurrectos más activos, llamados *machine breakers*, [rompe máquinas], y *rick burners*, [quema pajares].<sup>3</sup> Los historiadores de ese movimiento señalan que estos jóvenes fueron quienes “sufrieron mayor empobrecimiento, pues recibían lo último de las parroquias y eran forzados a realizar las tareas más degradantes e inútiles de las labores parroquiales, lo que generó en las bandas callejeras sentimientos de rencor” (Hobsbawm y Rude, 1970: 62). Los hábitos sociales como la estructura de la fuerza de trabajo tuvieron mucho que ver con la forma que tomó la rebelión. En este caso, las tradiciones juveniles se adaptaron para servir a los propósitos de una protesta económica. Los rituales del desorden se mostraron efectivos para organizar comunidades enteras contra la explotación. Enmascararse fue una de las características de las primeras fases de la destrucción de maquinaria; y las marchas, reminiscencias de los festivales juveniles de *Whitsun* o *Plough Monday*<sup>4</sup> se volvieron formas regulares de aglutinar a la multitud, intimidar a los dueños y hacer “colectas” de los ricos a “nombre” de los pobres. Los líderes de la protesta, como el mítico Capitán Swing,<sup>5</sup> del cual derivó el nombre de los mismos, gustaban de llamarse “capitanes”, jugando el rol de

<sup>3</sup> Formas coloquiales del inglés británico, utilizadas para designar a la gente que lleva a cabo este tipo de acciones durante las revueltas. Para mayores referencias de estos hechos vinculados a los *Swing Riots*, véase L.F.C. Harrison (1989), *The Common People, a History from the Norman Conquest to the Present*. Glasgow: Fontana. (N. T.)

<sup>4</sup> *Whitsun* es el nombre utilizado por la comunidad anglicana británica para referirse al tiempo de Pentecostés. Mientras que *Plough Monday* es el día en que oficialmente inicia el año agrícola inglés. De acuerdo al *Oxford English Dictionary* en su versión en línea. [Consulta: julio de 2017] (N. T.)

<sup>5</sup> *Capitán Swing* fue el seudónimo usado en las cartas de amenaza enviadas a dueños de tierras y maquinaria en el siglo xix, lo que llevaría a los *Swing Riots*. Para mayor referencia consultar: Andrew Charlsworth (1983), *An Atlas of Rural Protest in Britain, 1548–1900*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

una manera que recordaba a los “Señores del Desorden”. Algunos observadores reportaron la presencia de alborotadores que “en general eran hombres bien parecidos y particularmente bien vestidos, como si se pusieran sus mejores ropas para la ocasión” (Hobsbawm y Rude, 1970: 211). El uso de recursos semejantes provenientes de las tradiciones de juventud fue evidente en otros disturbios rurales, particularmente en las llamadas *Rebeca Riots*, que tuvieron lugar en Gales en 1839; en éstos, las “Rebecas vengadoras” —hombres vestidos con ropas de mujer y las caras oscurecidas, de acuerdo a la tradición de mimos y comediantes— atacaron casetas de peaje y destruyeron sembradíos en nombre de la economía y la justicia social (Williams. D., 1955: capítulos 7 y 8; E.P. Thompson, 1972: 305-309; E.P. Thompson, 1958: 418-429).

### • III •

Interacciones similares de tradición y cambio se hicieron visibles en otras partes de Europa, donde la demanda laboral ocasionó que un creciente número de jóvenes permaneciera en sus villas, en lugar de migrar de la forma tradicional. En los territorios de las tierras altas de Zúrich, la población campesina había empezado a complementar sus ingresos instalando industrias caseras, recibiendo algodón de intermediarios de la ciudad, hilándolo y vendiéndolo de nuevo. La nueva fuente de ingresos permitió a estas y otras comunidades semejantes mantener a poblaciones más grandes que las que había sido posible salvaguardar previamente (Braun, 1960: capítulo 2).<sup>6</sup> La industria se volvió particularmente atractiva para quienes no tenían posibilidades de heredar tierras, y su efecto inmediato fue el rompimiento del vínculo tradicional entre herencia y matrimonio. Los ingresos por el hilado posibilitaron que las parejas jóvenes evadieran el control parental y establecieran sus propios hogares a una edad más temprana. De acuerdo a reportes de los clérigos locales, que veían con considerable alarma este crecimiento, hacia mediados del siglo XVIII, en ciertos territorios se estaba incrementando el cortejo precoz. La juventud de ambos sexos y de todas las edades se mezclaba durante los periodos de ocio, disfrutando de formas de socialización hasta entonces reservadas sólo para los jóvenes mayores.

La introducción a las tradiciones, si no a la experiencia sexual como tal, comenzó a ser accesible para los más jóvenes a una edad más temprana que antes. Se reportaba que “un chico joven iniciaba una vez que era confirmado y, casi como si fuera una ceremonia de iniciación, empezaba a merodear en torno a

<sup>6</sup> Para una revisión general de la industrialización doméstica véase Charles Tilly y Richard Tilly (1971).

una o más chicas” (citado en Braun, 1960: 68). La competencia en el mercado matrimonial se había vuelto más intensa, porque tanto chicas como chicos, que anteriormente habían tenido que migrar por falta de trabajo o de herencia, ahora se mantenían en casa; incluso el “sexo débil” se estaba volviendo más agresivo. “Al saber que no podrían tener a un hombre de otra forma (las chicas) abrían sus aposentos a las visitas nocturnas, entregándose a la esperanza incierta de que, en caso de embarazo, no serían abandonadas a la vergüenza” (Braun, 1960: 68).

Las tradiciones de agrupación servían a un cada vez mayor grupo de pares. Las noches usadas para socializar proliferaron; la gente joven, que ahora tenía dinero proveniente de sus propias actividades en los bolsillos, se consintió con bebidas y moda, horrorizando a sus mayores. Al círculo previamente limitado de hijos e hijas de los campesinos se sumaron los niños de pobres y sin tierra, quienes con una pequeña porción de tierra y un telar eran ahora capaces de subsistir en su casa parroquial (Braun, 1960: 69-71). “Los matrimonios tempranos entre personas que tenían dos ruelas pero no cama se presentaban con frecuencia” (Braun, 1960: 66), se señalaba en esos momentos. Los fuertes ataques del clero y los campesinos más ricos a los “matrimonios entre pordioseros” eran en vano; además de la fuerza numérica, los jóvenes contaban con las tradiciones del desorden, mediante las cuales podían resistir a sus mayores. Así, gente mayor entrometida era visitada con viejos sartenes y cacerolas, sus vallas dañadas y sus jardines destrozados (Braun, 1960: 121). Las prohibiciones contra los bailes dominicales y las ordenanzas contra las visitas nocturnas eran ampliamente ignoradas, no sólo por la resistencia que oponían los jóvenes mismos, sino también por sus padres, forzados a aceptar —como consecuencia de su propia pobreza y del deseo de sacar a los jóvenes más grandes de la casa, a fin de hacer espacio para los menores— las libertades de su descendencia, incluyendo el matrimonio temprano.

La desaparición de la herencia significó que el poder de negociación de los padres se encontrara francamente menguado y que disminuyeran las ventajas de los hijos mayores. La frustración de las generaciones mayores se reflejaba en sus quejas sobre las extravagancias “juveniles”, lamento casi universal en el siglo XVIII. Cada evidencia de consumo precoz, incluso la compra y lectura de novelas, era vista como una autogratificación peligrosa (Braun, 1960: 120-127, 148-154). A pesar de ello, parecería que las oportunidades de empleo que brindaron las industrias domésticas posibilitaron que, en tanto los hijos permanecían más tiempo en la casa familiar, se fortalecieran los vínculos entre padres e hijos. Inclusive, cuando hijas e hijos establecían sus propias casas fijaban una asignación destinada a sus padres, como una suerte de seguro *premier* contra la vejez. Como describe un trabajador doméstico:

Mi esposa y yo nos estamos volviendo viejos. Nosotros no podemos trabajar por mucho tiempo más. Nosotros tenemos también tres niños, de los cuales nos dan cada semana un apoyo de 30 batzen. Sólo una hija nos ayuda aún con nuestro trabajo. Trabajamos tanto como podemos y creemos que es necesario, y lo complementamos con lo que nuestros otros dos hijos nos dan. Es muy difícil encontrar trabajadores, el mantener a un chico y una chica, porque los costos de hospedaje y comida son muy altos. Gracias a Dios, podemos lograrlo con lo que nuestros niños nos dan (citado en Braun, 1960: 85).

Como describió Rudolf Braun, los niños se volvieron “huéspedes” de sus propias familias, y los lazos familiares, alguna vez basados en la tiranía de la herencia, iban siendo reemplazados por un arreglo más pragmático, que daba a las personas jóvenes una considerable libertad para casarse y establecer su propia casa, al tiempo que continuaban contribuyendo con el apoyo para sus envejecidos padres. Claramente, el cambio económico había inclinado la balanza en favor de la juventud y en contra de los padres; allí donde creó oportunidades locales de empleo, eliminó la necesidad de “vivir con” y la migración; además, posibilitaba que los miembros de la familia permanecieran juntos por tiempos muchos mayores que antes (Braun, 1960: 80-89). En las tierras altas de Zúrich, la “juventud” dejó de ser un periodo que transcurría fuera de casa, y sus dos límites, la niñez y la adultez, ya no estaban tan notoriamente marcados. Los jóvenes de menor edad pasaban ahora más tiempo con sus padres y se mezclaban más con los infantes, al tiempo que el acceso temprano al cortejo y la adquisición de símbolos de madurez difuminaban las distinciones con los adultos.

La industria doméstica era una casa a medio camino hacia la industrialización. Los tejedores de los territorios suizos sobrevivieron hasta inicios del siglo XIX, hasta que su estilo de vida fue destruido por la competencia de bienes manufacturados. Probablemente no hay un ejemplo más penoso de este tipo de ocupación condenada, que el de los tejedores británicos, cuya prosperidad se había incrementado en las primeras etapas de la industrialización, sólo para ver su gremio destruido por la introducción de telares mecánicos en la década de 1820. Hasta ese momento, los tejidos producidos mediante procesos mecánicos proveían a los tejedores de abundante trabajo, posibilitando la existencia de una economía familiar que hacía que los padres fueran capaces de mantener a sus hijos en casa por periodos mayores de tiempo, transmitiéndoles una valiosa herencia de cultura y habilidades. Para los niños de los tejedores, el lugar de trabajo era al mismo tiempo escuela y recreación. “Mi trabajo estaba al lado

del telar, y cuando no estaba enrollando, mi padre me enseñaba a leer, escribir, aritmética”, recordaba el hijo de un tejedor. Otro evocó que, antes de la llegada de las fábricas, “no había una campana que sonara a las 4 o 5... había la libertad de estar afuera tanto como uno quisiera... en las tardes, mientras uno estaba en el trabajo, en las épocas de aniversario de la escuela dominical, los hombres y mujeres jóvenes se unían de corazón para cantar el himno, mientras los cohetes marcaban el ritmo” (citado en Thompson, 1958: 291).

El colapso del tejido doméstico y de otros negocios hogareños significó la ruptura de la familia y, a mitad del siglo XIX, los tejedores ocupaban uno de los rangos más bajos de continuidad generacional entre las clases trabajadoras de Lancashire (Anderson, 1972b: 121-122). Sin tener a dónde ir, los viejos tejedores se vieron atados a su agonizante oficio. A pesar de ello desalentaban a sus hijos de seguir el mismo camino, enviándolos a las fábricas, donde había más posibilidades de obtener un mayor ingreso. La separación de las generaciones no se daba sin dolor ni sufrimiento, como lo muestra un lamento del siglo XIX:

Si tú vas al local de un telar, en donde hay tres o cuatro pares de ellos,  
 Todos estarán arrumbados;  
 Y si preguntas por qué, la vieja madre te dirá francamente,  
 Mis hijas los han olvidado y se van a tejer con la ayuda del vapor.  
 (Citado en Thompson, 1958).

Aceptar un trabajo de una fábrica no era fácil para los viejos pero hábiles artesanos. No sólo se trataba de una disciplina diferente a la de la casa, sino que además significaba la disrupción de la economía familiar y una pérdida de estatus. Esto se vinculó con una buena cantidad de conflictos generacionales entre los padres, preocupados por valores tradicionales como el honor, y los hijos, que buscaban un futuro en el nuevo mundo industrial. Era más probable que tales tensiones se resolvieran en torno a la institución del aprendizaje, primer elemento regulador de los gremios tradicionales.

En Inglaterra, en la segunda mitad del siglo XVIII, el aprendizaje ya representaba todo un tema, cuando las funciones de esta institución prolongadora de la juventud empezaron a verse minadas por el conflicto entre aprendices y maestros. Mucha de la responsabilidad yacía en los segundos que, como los señores rurales, encontraban que los viejos arreglos resultaban cada vez menos rentables, tanto social como económicamente. Muchos maestros de Londres tomaban chicos sólo por el bajo costo de su trabajo, no para enseñarles; asimismo, los alentaban a romper sus contratos

a fin de asegurar las primas por multa. Los más adversamente afectados fueron los jóvenes menos capaces de defenderse a sí mismos, huérfanos y niños pobres, que habían sido enviados a aprendizajes por las autoridades parroquiales, bajo el estatuto de 1601 de la reina Elizabeth para jóvenes de 10 o 12 años a 24 años. A partir de inicios de 1700 comenzó a escucharse la queja que se replicaría una y otra vez hasta la abolición de este arreglo en 1844:

Los aprendices dispuestos por las parroquias son frecuentemente ubicados con maestros pobres o con escasas habilidades, quienes les explotaban, daban una mala manutención y les trataban con severidad antes de que se fueran, o los enviaban con embusteros que no entregaban cuentas a nadie (George, 1964: 277).

Los aprendices no deseados fueron contratados como mano de obra barata que se enviaba a las colonias, entregados a patrullas de reclutamiento naval e incluso, algunas veces, asesinados (George, 1964: 230 ss.). Para fines del siglo XIX, vivir en la casa de un maestro era cada vez más raro, lo que dio lugar al gran número de fugitivos reportado en ese periodo.

Si bien muchos se perdían por sus propias faltas —señaló un contemporáneo—, muchos se perdían por el descuido y la negligencia o la rudeza y lo irrazonable (que era lo más común) de prácticas y decisiones enfermas de sus maestros. Es común y notable que no hay parte de la nación que no tenga marcados ejemplos de tales jóvenes infelices, quienes pudieron ser muy útiles en su generación, pero que por estos hechos tomaron un mal camino, o llegaron a ser inútiles para la sociedad y una carga para sus relaciones (citado en George, 1964: 278).

Francis Place recordó que, además de él, sólo otro chico de los jóvenes con quien había estado aprendiendo en Fleet Street, Londres, ganó alguna vez una maestría en su oficio (George, 1964: 230).

Liberándose a sí mismos de los gastos de alimentación, hospedaje y de otro tipo generados por sus aprendices, muchos maestros ingleses violaron el orden patriarcal. Desde 1775 se reportaba que sólo había “un pequeño número de maestros en esos días que mantenían a sus aprendices dentro de sus casas por la tarde, una vez que los locales cerraban” (citado en George, 1964: 277). La práctica de pago de multas en lugar del pago de mantenimiento alentó a que se violaran

las viejas estructuras existentes: “en tabernas y cantinas él no deberá rondar, en cartas, dados, apuestas y otros juegos ilegales no deberá participar, matrimonio no deberá contraer, ni del servicio de su maestro ni de noche ni de día, debe de estar ausente de él mismo” (citado en George, 1964: 280). Parece que peleas, borracheras y prostíbulos se habían extendido no sólo en Inglaterra sino en todas las ciudades europeas. Recordaba Francis Place: “Yo fui frecuentemente con estas chicas – es decir- Yo iba con otros muchachos... y en esa época gasté muchas tardes en las sucias casas públicas frecuentadas por ellos... Éramos todos hijos de maestros comerciantes o de personas de cierta consideración, pero incluso entre nosotros esa mala conducta se vivía de forma descontrolada, sin vigilancia” (citado en George, 1964: 282).<sup>7</sup>

En Inglaterra, el aprendizaje general obligatorio (con la excepción del aprendizaje parroquial de huérfanos y niños pobres) fue abolido en 1814. Aunque en Francia la revolución derogó la regulación de los gremios, en otros países, como Alemania, esta costumbre tardó mucho más tiempo en desaparecer. En todas partes, las tradiciones que alguna vez habían sido parte funcional del ciclo de vida artesanal se estaban convirtiendo en focos de tensión, sobre todo cuando la competencia industrial estaba causando un declive de los gremios. Los maestros continuaron tomando aprendices, no con el propósito de entrenarlos sino como mano de obra barata. Cuando el jornalero alemán, Johann Dewald, salió de su *Wanderjahr* en la década de 1830, encontró seco el viejo pozo de la hospitalidad. Deteniéndose en Lahr, notó que el maestro de allí era “un tacaño, un miserable que no podía dejar de quejarse lo suficiente acerca de qué tan buena era la comida, la que uno vomitaría si no temiera que la señora de la casa le sirviera más. Ellas están hechas a su imagen, pero no para mejor. Además, el mejor y más experimentado de los jornaleros, no es más que un aprendiz para él” (citado en E.N. Anderson *et al.*, 1961: 108).

Al no encontrar trabajo con los maestros en la vecina Bohemia, por un corto periodo de tiempo, Dewald trabajó en una fábrica. Pero sintió que su estatus de jornalero disminuía y no le gustó el ritmo de trabajo: “a lo largo del día uno tiene que hacer la misma cosa, y se pierde de vista el todo. Por supuesto, así tiene que ser en las fábricas, pero yo no puedo ajustarme y siempre sentirme como si estuviera ejerciendo sólo la mitad de mi oficio” (E.N. Anderson *et al.*, 1961: 116). Muchos, como Dewald, carecían de futuro en su oficio y, por razones de estatus y hábitos, no deseaban entrar a trabajar en una fábrica. Esto los llevó a extender su

<sup>7</sup> Tendencias similares en los aprendizajes alemanes son descritas en Stadelmann y Fischer (1955: 76-114).

*Wanderjahr* más allá de los límites tradicionales, para volverse nómadas permanentes. Durante la década de 1830, trabajaron en Londres entre 15,000 y 20,000 trabajadores, carpinteros, sastres y otros hombres alemanes de oficios (Schieder, 1963: 93-110). La tradición del *Gesellenverbände* sirvió bien a ese respecto, porque les permitía mantenerse bien alejados de la casa y la familia.

Por consiguiente, en el periodo inmediatamente posterior a 1815 se dio el renacimiento de las tradiciones del *Wanderjahr*, el *tramping* y el *Tour de France*. Por debajo de las trampas románticas, estas instituciones revelaron las urgentes necesidades que acuciaban a una clase de hombres jóvenes que, cada vez con mayor frecuencia, eran dejados a la deriva en sus oficios. Las autoridades, temerosas de los resultados políticos del vagabundeo, hacían que viajar fuera más difícil, a pesar de lo cual los trabajadores perseveraron, sumando la tradición a la defensa de su derecho a desplazarse. En Francia, las *compagnonnages* vivieron su recuperación bajo el liderazgo de Agricol Perdiguier, quien argumentó sobre los beneficios sociales y morales de los jóvenes, ganando el apoyo de algunos industriales; éstos consideraban que los trabajadores pertenecientes a estas asociaciones eran mejor portados y más confiables que otros trabajadores (De Sauvigny, 1966: pp. 251-254). Asimismo, en Inglaterra el sistema de *tramping* adoptó nuevos usos, sobre todo en los tiempos de huelgas y depresiones, cuando los talleres enviaban fuera a algunos de sus miembros para liberarse ellos mismos (Hobsbawn, 1964: 34-45).<sup>8</sup> Tanto en Inglaterra como en Francia, las familias eran dejadas atrás durante meses, cada vez que el artesano pasaba de una casa a otra. “Aquellos que no estaban casados solían molestar a quienes lo estaban sobre sus esposas, que se quedaban en solitario. Muy a menudo, la nostalgia por el hogar llevó a los mayores a regresar a casa ¡antes de su tiempo!”, recordaba un artesano francés (citado en Chevalier, 1973: 427).

Las casas para trabajadores o casas “madres”, como las llamaban los franceses, continuaban sirviendo como familias sustitutas, como fraternidades de “hermanos” que se reconocían unos a otros mediante señales secretas y saludos de manos. En parte para escapar de la represión de las autoridades, en parte para llenar un vacío social y emocional, los rituales de las fraternidades florecieron a inicio del siglo XIX. Las coloridas ceremonias de las *compagnonnages* atrajeron la atención y la admiración de intelectuales como Víctor Hugo, y durante un tiempo, las reformas de Agricol Perdiguier encontraron apoyo en el movimiento romántico (Coornaert, 1966: 71-72). Esencialmente, el apoyo al resurgimiento artesano fue más social y económico que cultural y, como los comercios sobre los que se basaban

<sup>8</sup> Para Francia, véase De Sauvigny (1966: 206-207).

estas instituciones que prolongaban la juventud fueron absorbidos por el sistema industrial, las tradiciones del *Wanderjahr* estaban destinadas a caer en desuso.

Sin embargo, antes de desaparecer por completo, las instituciones de trabajadores sirvieron a un propósito inesperado. Siendo en algún momento reguladoras del flujo de candidatos para los maestros, se volvieron parte de un movimiento más amplio, demandando la abolición de todos los privilegios empresariales, un movimiento con fuertes matices políticos. Para la década de 1840, los trabajadores alemanes preguntaban por la abolición de la estructura empresarial de la cual habían formado parte. Su *Gesellenverbänder*<sup>9</sup> había ampliado la base de la membresía, ofreciendo hospitalidad a los compañeros trabajadores, sin importar el gremio al que pertenecieran y admitiendo a hombres casados (Schieder, 1963: 39-44, 82-92). Más allá, las tradiciones de las *Gesellen*, con sus juramentos de secrecía y sus redes de contacto en amplios territorios, se mostraron muy adecuadas para las actividades conspiratorias. Los trabajadores que vivían en Suiza y Francia mantenían un contacto cercano con grupos del movimiento alemán juvenil de Mazzini, lo que llevó al establecimiento de una tradición de actividad conspirativa que, en la década de 1870, sirvió para el partido socialdemócrata.<sup>10</sup>

Antes, en la revolución de 1848, se había revelado totalmente la extensión de la radicalización de los artesanos más jóvenes. En Sajonia, los trabajadores tomaron ventaja de la recién ganada libertad de asociación para demandar la abolición de las reglas del celibato que impedían que cualquier trabajador casado se volviera maestro. Compañeros de oficio de otras partes de Alemania atacaron las restricciones de asentamiento, demandando tener un acceso más sencillo a negociaciones hasta entonces cerradas para ellos debido a las restricciones de los gremios. “Las cosas han cambiado desde el siglo XVIII, cuando los trabajadores eran los más fervientes defensores del honor de los gremios”, escribió Mack Walker. “Ellos estaban dejando la autoridad de los gremios por cuestiones de clase y condicionaban su reingreso en esos términos” (Walker, 1971: 365). De acuerdo a un joven impresor alemán, Stephan Born, en 1898, en Alemania, había “dos niveles de edad, no dos clases” en conflicto. Born, que había sido influenciado por los escritos socialistas, incluyendo los de Karl Marx, fue parte de una nueva generación que tendía a identificarse no con los maestros de los gremios, sino con una clase trabajadora más amplia (Born, 1898: 29). La situación real, como la describe Gottfried Kinkel, era: “la mitad de los artesanos pertenece a la burguesía y visita los casinos; la otra mitad son niños de casas pobres y viven una vida

<sup>9</sup> Asociaciones contra la explotación conformadas específicamente por aprendices.

<sup>10</sup> Para revisar las experiencias de un joven trabajador impresor alemán, véase Born (1898: 27-33, 42-46). Además, véase Stadelmann y Fischer (1955: 216-223); Schieder (1963: 14-44).

miserable y amargada con sus ganancias diarias. Entre los artesanos se ha erigido una aristocracia —llamémosla la aristocracia del mejor abrigo” (Kinkel citado en Noyes, 1966: 26). Para Born y muchos artesanos jóvenes como él, la aristocracia del mejor abrigo era ahora el enemigo.

Fue precisamente en el momento de su disolución que las tradiciones de los trabajadores se volvieron políticamente más explosivas. Las protestas violentas a inicios del siglo XIX, fueron una característica de grupos que intentaban defender su estatus tradicional contra las fuerzas de la modernización que querían sobrepasarlo. Las muchedumbres de 1830 y 1848, al igual que las de 1789, estaban compuestas, en su mayoría, por artesanos respetables y establecidos, por zapateros y trabajadores, quienes peleaban defensivamente con las armas de la democracia contra un mundo cada vez más extraño. A menudo, aquellos que empezaban o intentaban empezar sus carreras estaban más profundamente involucrados.

Los rebeldes no eran ni muy jóvenes ni muy viejos, como mostró la revolución de París de 1830, en la cual 54% de quienes fueron asesinados tenían entre 20 y 35 años (Pinkney, 1972: 257). En Berlín, donde los trabajadores eran particularmente conspicuos al referirse a las muertes de la revolución de marzo de 1848, el rol de la juventud representaba sólo un acto más en una serie de protestas y revueltas que habían iniciado con la llamada “revolución de los sastres” de 1830 (Tilly, 1970: 31). Los conservadores tendían a asociar las acciones de la gente joven con las ideas sin sentido de Delacroix, “la libertad liderando a la gente”; asimismo, una ocurrencia alemana incluía en su “receta para una revuelta rica” la realización de una carrera de los pordioseros de Berlín —sin embargo, no fueron estos nómadas de la calle quienes dieron sus vidas en las barricadas (Pinkney, 1972: 256). Por el contrario, los trabajadores insurgentes de 1830 y 1848 no eran ni errantes ni sin tradición. “Estos trabajadores tenían alta movilidad —anotaba Richard Tilly— pero debemos recordar que, tanto para los trabajadores artesanos como para los sastres, la alta movilidad geográfica no necesariamente implicaba la falta de raíces en sentido social, gracias a la institución del *Wanderschaft*” (Tilly, 1970: 32). En tanto fuentes de estabilidad, estas y otras instituciones de juventudes trabajadoras se convirtieron en vehículos de rebelión. La vieja conciencia de hermandad traía consigo las semillas de lo nuevo. En toda Europa, las antiguas nociones de fraternidad se ampliaban en torno a las líneas de clase, para abarcar a todos los hombres trabajadores, sin importar cuál fuera su gremio, oficio, estatus marital o edad (Hobsbawn, 1965:162; Noyes, 1966: capítulo 8; Coornaert, 1966: 280-282).

• IV •

La expansión del capitalismo se encargó en transformar las instituciones económicas de la juventud trabajadora. A su vez, los cambios en la población, asociados con el proceso de industrialización, contribuyeron a que se produjeran transformaciones similares en la vida social. La urbanización masiva, que comenzó en la tercera y cuarta décadas del siglo XIX, alteró radicalmente las tradiciones migratorias de los jóvenes, coadyuvando al reemplazo de las instituciones vinculadas a ellas por formas más adecuadas a una ciudad moderna. Los recién llegados a la ciudad se concentraban fuertemente en los rangos de edad que relacionamos con juventud. Charles Booth encontró que, en la década de 1880, alrededor de 80% de los migrantes de las villas inglesas a Londres tenía entre 15 y 25 años de edad; lo que parece representativo de la migración europea interna como un todo (Weber, 1963: 280-281; Redford, 1964: capítulo 1). La distribución de edad no era nueva, pero sí lo era su carácter de un solo camino. Las personas jóvenes no regresaban a sus villas como lo hacían antes, sino que en número mucho mayor se estaban volviendo residentes permanentes de las ciudades. En la segunda mitad del siglo XIX, las áreas rurales de Europa empezaron a despoblarse.

Esto puede verse en el París de inicios de la década de 1830, cuando masones y carpinteros, que habían dejado a sus esposas mientras realizaban una visita estacional a la ciudad, empezaron a establecerse permanentemente en ésta. Los ciclos tradicionales de migración, y los lugares de contratación y hospedaje de los gremios itinerantes, comenzaron a perder su atractivo. El verano indio de la *compagnonnage* estaba llegando a su fin, a la vez que la industrialización y la urbanización eliminaron las necesidades económicas y emocionales a las que habían servido alguna vez. Románticos como George Sand vieron su desaparición con remordimiento:

En París, de forma creciente, la *compagnonnage* tiende a perderse en el gran campo del trabajo y ante la variedad de intereses. Ninguna asociación puede esperar monopolizar el trabajo en París. En cualquier caso, el espíritu escéptico de una civilización más avanzada ha puesto fin a las costumbres góticas de la *compagnonnage*; demasiado pronto quizá para una asociación fraternal que cubre a todos los trabajadores, que todavía no está lista para su reemplazo (citado en Chevalier, 1973: 430).

En Inglaterra, el *tramping* se mantenía vivo debido a la necesidad de proveer alivio en tiempos difíciles. Los trabajadores de mayor edad fueron los primeros en abandonarlo cuando descubrieron que podían utilizar el subterráneo y los carros para encontrar trabajo en las regiones urbanas más amplias en que vivían, sin necesidad de alejarse por mucho tiempo de su hogar. Más tarde en el siglo XIX, aunque los jóvenes aprendices todavía viajaban, eventualmente sus instituciones cayeron en desuso ante la modernización económica (Hobsbawm, 1964: 46-47).

En los hechos, conforme el siglo avanzaba, la industrialización y la urbanización mantenían a los jóvenes trabajadores cerca de sus familias y vecindarios. Los observadores de la clase media describían la vida familiar en las comunidades industriales de Inglaterra como caracterizada por “crueldad parental, descuido, desobediencia filial, negligencia de los derechos conyugales, ausencia de amor maternal, destrucción de los afectos fraternos” (P. Gaskell, citado en Perkin, 1969: 150); sin embargo, estas situaciones no cuadran con los hechos económicos y demográficos del periodo. Condiciones de extrema pobreza, aunadas a altos niveles de fertilidad, se combinaron para generar tensiones generacionales; a pesar de ello, los lazos parentales permanecieron sorprendentemente sólidos. Durante las primeras fases de la industrialización, las formas domésticas predominantes de hilado y tejido alentaban a las familias a permanecer unidas, y propiciaban que los niños trabajaran con sus padres. En la década de 1790, la invención de máquinas hiladoras impulsadas por agua trajo esa parte del proceso al interior de la fábrica, dando lugar a un periodo en el cual el trabajo infantil era ampliamente buscado.

En Inglaterra, en las primeras décadas del siglo XIX, 80% de los trabajadores de las procesadoras de algodón eran niños pero, al introducirse maquinaria más pesada, hiladores adultos más capacitados tomaron el control. Éstos tendían a contratar a sus propios niños como pepenadores a la edad de 8 o 9 años, promovéndolos en el trabajo de separar y limpiar el algodón a medida que maduraban, para finalmente enseñarles a hilar a los 17 o 18 años (Smelser, 1959: 189). De esta forma, el maestro hilador era capaz de mantener gran parte de su autoridad paternal, preservando intacta a su familia hasta la década de 1820. Los observadores señalan que esta forma de economía familiar disminuía más que alentar la inmoralidad juvenil.

Eran los padres y amigos quienes trabajaban en las fábricas, y ellos tenían el interés común de estar al pendiente de la inmoralidad entre los asistentes más jóvenes, tanto chicos como chicas [...] Ahora, incluso si ninguno de sus propios hijos estaba trabajando, mantenían el interés como padres de no permitir las indecencias (citado en Smelser, 1959: 190).

Asimismo, en la industria minera la industrialización temprana parece haber reforzado el patriarcado. Se menciona que “el joven minero, es a todo propósito, propiedad de su padre, así como sus salarios hasta la edad de 17 años o hasta casarse” (citado en Musgrove, 1965: 68-69). Sólo cuando las fábricas incrementaron su tamaño y la complejidad de sus procesos de producción el maestro hilador fue desplazado y su autoridad paternal menguó (Smelser, 1959: 199-201). Aun así, en la mayoría de las comunidades industriales el parentesco continuó siendo de gran importancia para hallar y mantener el empleo. Esto aplicaba no sólo a los hijos e hijas de los trabajadores, sino también a los migrantes de las áreas rurales que llegaban a las ciudades industriales “clamando parentesco” y buscando encontrar trabajo. Muchos empleadores veían conveniente reclutar personal entre las familias de sus más fieles trabajadores, por lo que la fábrica se mantenía como una suerte de recurso para la unidad familiar extendida (Anderson, 1972b: 115-119).

La gente joven se trasladaba desde la sobrepoblada área rural a los pueblos industriales, buscando mejor salario y oportunidades de matrimonio (Weber, 1963: 318-329; Banks, 1968: 281-285; Wrigley, 1969: capítulo 5). Este movimiento trajo alivio a las áreas rurales, permitiendo que allí se estabilizara la vida familiar.<sup>11</sup> Algunas veces, un hombre o una mujer joven actuaban como exploradores para los de la casa, alentándolos una vez que los contactos y las oportunidades se habían establecido. Tal fue la estrategia utilizada por la familia de Henry Bannerman, de Perthshire, Escocia, quien envió a su hijo mayor a buscar fortuna al Manchester industrial. “Él ocupó una pequeña bodega en Marsden Square, y prosperó tan bien que indujo a su padre a dejar la granja y traer la familia al sur... La nueva firma fue Henry Bannerman e hijos, ya que cuatro de los cinco hijos se habían unido” (citado en Redford, 1964: 136). Resulta significativo el hecho de que la firma tomó el nombre del padre, lo que parece demostrar que el principio patriarcal sobrevivió a ese tipo de reubicación.

Los Bannerman fueron afortunados. La mayoría de quienes migraron a las ciudades nunca lograron establecer su propio negocio y terminaron trabajando en fábricas. En tanto los niños eran contratados muy rápidamente, los padres pasaron a ser dependientes de ellos. “El padre permanecía desempleado o subempleado, volviéndose dependiente de las ganancias de sus hijos en sus años de vejez, de una forma que, hasta fechas recientes, sigue siendo común en los distritos manufactureros”, señaló Arthur Redford (1964: 186). Un testigo reportó que “generalmente la gente que ha tenido algún tipo de tensión familiar o cuyas relaciones se han roto... son aptas, [ya que] tienden a desplazarse hacia las pequeñas

<sup>11</sup> En este punto, véase Wolfman Fischer (1963: 423- 435).

colonias para colonizar los molinos” (citado en Thompson, 1958: 307). A menudo se establecía una ruta de migración entre una villa en particular y el vecindario de algún pueblo industrial, porque en muchas fábricas y explotaciones mineras, el control del trabajo aún estaba en manos de hombres maduros, capataces y líderes de grupos; los parientes serían llamados de las afueras con cierta seguridad de que habría un trabajo esperando por ellos. Los recién llegados eran hospedados en las casas de sus parientes mientras se integraban al sistema industrial. Frecuentemente, de la misma manera se obtenían lugares para las mujeres en el trabajo doméstico, a través de parientes que trabajaban en una casa particular y hablaban bien de las recién llegadas. En algunos casos, familias enteras fueron llevadas a la ciudad; no obstante, era mucho más común que la gente de las áreas rurales “prestara” primero a sus miembros jóvenes a gente ya más firmemente establecida, y que después los siguieran (Anderson, 1972b: 101-106).<sup>12</sup>

La industrialización de las fábricas adaptó exitosamente los tradicionales hábitos rurales de migración para sus propios fines. En el proceso, la estrategia seguida de forma tradicional por la familia fue radicalmente transformada, sobre todo en el caso de quienes se volvieron residentes permanentes de la ciudad. Ya no se encontraban forzados a enviar a sus niños lejos a cierta edad; ahora representaba una ventaja tenerlos en casa durante esa parte del ciclo de vida llamado juventud, que alguna vez había sido asociado con el *Wanderjahre*. En los pueblos algodoneros ingleses, las familias de la clase trabajadora más que recibir enviaban niños, como lo ha demostrado Michael Anderson en su estudio sobre la estructura doméstica de Lancashire (cuadro 1).

Es importante notar el incremento de huéspedes y el declive de sirvientes viviendo ahí, pero es aún más impactante el aumento del número de parientes residentes. Anderson mostró que 28.3% de los parientes residentes en los hogares de Preston eran “niños sin padres”, algunos huérfanos, pero muchos de ellos jóvenes considerados inmigrantes que buscaban trabajo en el pueblo (Anderson, 1972b: 112, 123, 148-159). La industrialización no sólo alentó a las familias a mantener a sus jóvenes en el hogar durante más tiempo debido a los salarios que ellos podían traer; además, aumentó la coresidencia de jóvenes parejas casadas con sus parientes más grandes. El empleo en las fábricas hizo que tres generaciones convivieran en un mismo hogar; esto era algo social y económicamente deseable, porque la persona más grande podría vigilar a sus nietos, permitiendo que la madre saliera a trabajar (Anderson, 1972b: 55-67, 143-146). A su vez, los hijos eran capaces de ofrecer un nuevo tipo de seguridad social a sus padres.

<sup>12</sup> Para hallazgos similares, véase Lees (1966: 359-385).

Los padres y sus niños permanecían juntos durante más tiempo, hecho que se reflejaba claramente en los diferentes patrones que mostraban los chicos y las chicas de Preston, y aquellos de las zonas circundantes, tal como se muestra en el cuadro 2.

Cuadro 1. Composición de residentes además de los padres en unidades domésticas 1564-1821 y 1851

	 PARIANTES	 INQUILINOS	 SIRVIENTES Y APRENDICES
UNIDAD DOMÉSTICA PREINDUSTRIAL 1564 A 1821	10%	<1%	29%
PRESTON, 1851	23%	23%	10%

FUENTE: Anderson, M. (1972b). *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire*. Cambridge: Univ. Press.

Cuadro 2. Niños residiendo con sus familias en 1851

SEXO	EDAD	PRESTON	VILLAS ALREDEDOR DE LANCASHIRE
 CHICOS	10-14	92%	77%
	15-19	79%	56%
	20-24	65%	53%
 CHICAS	10-14	86%	86%
	15-19	67%	62%
	20-24	62%	46%

FUENTE: Anderson, M. (1972b). *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire*. Cambridge: Univ. Press.

Por supuesto, los salarios obtenidos por las personas más jóvenes de sus empleos en las fábricas podían operar del modo opuesto, alentando su mayor independencia. Reportes de esa época señalan que “en los distritos manufactureros los niños frecuentemente dejaban a sus padres a una edad muy temprana. Las chicas y los chicos de 16 años encuentran que pueden disfrutar de mayor libertad, si no de mayores comodidades; al menos ellos podrían seguir su propio camino en una casa separada; esto causaba poca sorpresa o disturbios” (citado en Anderson, 1972b: 124). Los alojamientos de bajo costo atraían a quienes anhelaban libertad personal, existiendo evidencia de que en las grandes ciudades la gente joven que vivía por su cuenta formaba una subcultura aparte de la de sus parientes. “Frecuentemente los niños pagaban sus propios hospedajes, comidas y ropa. Usualmente hacían sus propios contactos y, en el correcto sentido de la palabra, eran agentes libres” (citado en Musgrove, 1965: 68).

A pesar de ello, M. Anderson estimó que, dadas las escalas de sueldo de las fábricas, sólo algunos podían permitirse vivir por su cuenta antes de sus 20 años. De hecho, fuertes incentivos económicos promovieron que los hombres permanecieran en sus casas hasta los 16 o 17 años y que las mujeres lo hicieran incluso durante más tiempo (Anderson, 1972b: 126-132). Hasta entonces se contribuía al bolsillo familiar, guardando una parte para su disfrute personal y sus ahorros. La posibilidad de vivir en forma más barata en su casa, de lo que podrían haberlo hecho en otro sitio en el que estuvieran por su cuenta, permitía a los jóvenes construir una reserva para su futuro matrimonio, al mismo tiempo que cumplían con sus obligaciones parentales y familiares. “Los niños que frecuentan las fábricas son prácticamente el bolsillo familiar, y al hacerlo, comparten las decisiones, mostrando un alto grado de insubordinación hacia sus padres”, escribió un ansioso observador de este tipo de arreglos (Anderson, 1972b: 131). Aun así, pocos hijos desertaban de sus familias y, para nuestros estándares contemporáneos, la lealtad hacia los parientes se mantenía notablemente fuerte. En comparación con la situación vivida a nivel rural, donde el control del padre sobre la herencia garantizaba la sumisión, las relaciones entre padres e hijos eran más equitativas; no obstante, la pobreza y la incertidumbre generaban presión, por lo que la realidad era que muchos padres e hijos permanecían unidos por necesidad.

Para las familias de clase trabajadora la pobreza era un fenómeno cíclico, íntimamente relacionado con el número y edad de los hijos. Cuando la descendencia era muy joven y todavía no podía tener un empleo, había 50% de probabilidades de que la familia se encontrara por debajo de la línea de pobreza. La situación mejoraba cuando, al menos, la mitad de los hijos estaba empleada, para volver a empeorar cuando, al casarse toda la descendencia los padres quedaban solos.<sup>13</sup> Esto explica la observación de un testigo: “nada puede ser más cálido e intenso que el afecto de los padres hacia sus hijos en el distrito del algodón, siempre y cuando éstos sigan siendo niños” (citado en Anderson, 1972b: 76). Aunque podría parecer que los jóvenes mayores eran prescindibles, no lo eran del mismo modo que en las sociedades preindustriales. Los sueldos de los hijos menores podían beneficiar a los mayores en la medida en que contribuían al gasto familiar; a la vez, les permitían disponer de una parte para el ahorro y hasta para casarse. Anderson argumenta que, además, los hijos más jóvenes gozaban de ciertas ventajas, precisamente porque su llegada se produjo cuando los ingresos familiares estaban creciendo, y porque en ciertos casos asistían a la escuela, lo que usualmente era negado a los primeros (Anderson, 1972b: 75-76).

<sup>13</sup> Respecto al ciclo de pobreza, véase Michael Anderson (1972b: p. 31).

En cualquier caso, el ciclo de vida de los niños de la clase trabajadora parece haberse modificado drásticamente para mediados del siglo XIX. La vieja distinción entre una niñez dependiente y una juventud semidependiente de un lado, y una juventud independiente y la adultez del otro, se volvió borrosa debido a que los jóvenes permanecían en su casa durante más tiempo y salían de ésta sólo poco antes de que ellos establecieran sus propias casas. Sin embargo, aún no resulta posible hablar de una fase de la vida como la que actualmente conocemos como “adolescencia” para reemplazar el tradicional estatus de semidependencia de la juventud. Mientras los menores de 20 años aún vivían en la casa familiar, su situación —presencia de muchos hermanos y un espacio atestado— era tal que gran parte de su vida social seguía estando organizada alrededor de los tradicionales grupos de pares. De hecho, más allá de los nuevos patrones de residencia, los factores económicos y demográficos perpetuaron la utilidad de los grupos de jóvenes, que eran muy similares a aquellos de la sociedad preindustrial.

### • V •

En este punto tenemos poca información adecuada sobre la estructura de los grupos de pares en las ciudades del siglo XIX. Sin embargo, parecería que los jóvenes migrantes adaptaron muchas de las tradiciones rurales de la juventud para satisfacer sus necesidades en un contexto urbano. Por ejemplo, hay bastante evidencia de grupos de pares que ejercían un fuerte control moral sobre sus miembros. Henry Mayhew, cuyos estudios sobre la vida en el Londres de mediados del siglo XIX, se enfocaba en los elementos presentes en los niveles más bajos de la sociedad, encontró que cierto código de honor prevalecía aún en aquellos rangos supuestamente promiscuos de las juventudes callejeras. Los chicos eran conocidos por disciplinar a sus chicas respecto a la infidelidad, ejerciendo algunas veces una brutalidad que este autor consideró reprobable (Mayhew, 1861: 470). Las bandas de jóvenes, cuyas edades se encontraban entre 14 y 20 años, parecían tener el mismo sentido de territorialidad que los grupos de jóvenes de las villas, expresando la misma hostilidad hacia los forasteros, en especial si aparecían como rivales que competían por los afectos de las chicas locales (Montague, 1904: 244). Las bandas tomaban sus nombres de sus vecindarios o se bautizaban a sí mismas con designaciones coloridas. En Manchester, la vida en la banda era generalmente conocida como *scuttling*, expresión que señala “un tipo de deseo de poseer la supremacía de su propio vecindario contra otros grupos y vecindarios” (Russell, 1905: 43). Era evidente la existencia de una jerarquía sustentada en

la edad, según la cual los miembros más jóvenes, de 14 a 17 años, preocupados básicamente por actividades determinadas a partir de la segregación sexual como los deportes y el apostar, dejaban a sus hermanos mayores el control y el acceso al cortejo real. En apariencia, aunque carecían de una estructura sólida propia, las chicas formaban grupos satélite en torno a los grupos de hombres, actuando, a menudo, contra los forasteros, como parte de un grupo de pares solidario. Una vez que iniciaba la etapa del cortejo, cerca de los 17 años para los chicos y un poco antes para las chicas, el grupo de pares proporcionaba una suerte de escenario para sus actividades. Al no tener otro lugar que las calles y las casas públicas para llevar a cabo sus rituales de socialidad, los jóvenes amantes desarrollaron la costumbre estacional del *promenading*, [dar paseos], en grandes grupos. En las noches de verano, las calles de los pueblos ingleses grandes y pequeños estaban repletas de gente joven hasta aproximadamente las 10 de la noche, hora en que retornaban a sus casas a fin de prepararse para otra jornada de trabajo (Montague, 1904: 234-254; Urwick, 1904: 300-308; Russell, 1905: 115; Rowntree, 1931: 55 ss.; Harrison, 1967: 238 ss.).<sup>14</sup>

Por supuesto, la lealtad entre pares podía servir para propósitos más dudosos; las pandillas criminales de carteristas, ladrones y otros tramposos que habitaban las ciudades en la ficción y en realidad en el siglo XIX mostraban estructuras similares y estrechamente unidas. Ello hizo que padres rudos y honestos intentaran que sus hijos se alejaran de esas pandillas, llevándolos incluso a la Corte cuando estaban más allá del control y corrían peligro de caer en la delincuencia. Como explicaba un magistrado inglés:

Es realmente una cosa difícil mantener a los muchachos constantemente en la casa; a ellos los pobres padres les deben permitir salir, por aire y ejercicio... [Los magistrados] son puestos en la difícil situación de que nosotros no podemos aconsejar a un padre para procesar a un chico y darle una condena, y por tanto, al no haber proceso, nosotros sabemos que ellos seguirán hasta que se curtan en el mundo del crimen (citado en Tobias, 1967: 165).

Estudios sobre prostitución realizados en el mismo periodo indican que la presión ejercida por los grupos de pares constituía una poderosa fuerza que llevaba a las chicas por el “mal camino”; parecería que quienes fueron reclutados para desempeñar largas carreras como criminales a lo largo de su vida eran chicas y chicos huérfanos y pobres, no aquellos que vivían con o cerca de sus padres

<sup>14</sup> Todavía existen costumbres similares en algunas partes de Gales; véase Frankenberg (1966: 62-63).

(Tobias, 1967: 161-163; Bongert, 1972: 49-90).<sup>15</sup> Aquí debemos ser cuidadosos al separar la delincuencia casual de la criminalidad persistente, sobre las cuales se esperan posteriores estudios intensivos.

Lo poco que sabemos sobre el comportamiento de las bandas, desafortunadamente se encuentra teñido por la perspectiva de observadores de clase media, quienes tendían a interpretar la camaradería como una desviación, encontrando pocos elementos en el contacto entre los sexos, como no fuera actitudes de libertinaje. En las ciudades inglesas, los grupos de jóvenes perpetuaban las tradiciones de la vida en las villas en su vecindario local. Sus calles representaban el pasto de las villas, y un festín organizado por una boda, una feria o la visita de un circo, las ocasiones para la diversión y la ceremonia (Bray, 1904: 8-32; Montague, 1904: 239 ss.). Para los profesores del siglo XIX, fue prácticamente imposible que los niños atendieran las clases los días que consideraban impropios; incluso hasta 1914 los registros de Oxford muestran poca asistencia los días previos a las vacaciones tradicionales (Porter, 1969: 19).<sup>16</sup>

En cierto sentido, la banda callejera era la escuela de los pobres; ésta reunía a gente joven de 13 a 20 años en una obvia situación de aprendizaje. A través del grupo de pares, las personas jóvenes ganaron un sentido de pertenencia y una medida de su valor personal. “Entiende que [la calle] y tú tienen la llave para desentrañar muchos de los acertijos de la moralidad social —escribió E. J. Urwick— y deja que esto sirva para explicar cómo es que la mayoría de los chicos y las chicas por quienes la casa hace muy poco, y para los que la escuela tiene pocas oportunidades de hacer mucho, a pesar de todo, crecen como ciudadanos decentes y respetables en lugar de como seres licenciosos y sin ley que nunca lo harán bien”. Para los estándares de la clase media, las relaciones entre sexos fueron precoces; si bien empezaban a los 14 años, la mayoría de los flirteos eran inocentes, acercándose más a los juegos de amor infantiles que a la intimidad adulta. “Asegurando gran coerción con las palabras, las faltas más flagrantes en los hábitos y el comportamiento, nos preguntamos si una comparación de pecados y autoindulgencias trabajaría en detrimento de la totalidad de la clase trabajadora del pueblo”, concluyó Urwick (1904: 298-310). Su colaboradora, Lily Montague, encontró que el cortejo serio comenzaba poco antes de los 20 años, y que un prolongado periodo de reconocimiento precedía al compromiso. Aun

<sup>15</sup> Acerca de la prostitución, véase Henriques (1968: 97-125); Bloch (1909: 315-335).

<sup>16</sup> Mi propia investigación de varios registros de escuelas elementales de Oxford constató una ausencia semejante a la de las fechas tradicionales, como el *May Day* y el *Guy Fawkes Day*, en las ocasiones en que tenían lugar atracciones civiles o comerciales. Sobre las ferias anuales, véase Alexander (1969: 26).

cuando la clase trabajadora se casaba antes, se honraban los compromisos largos; ello permitía que las chicas probaran la estabilidad de sus novios antes del matrimonio (Montague, 1904: 243; Hewitt, 1958: 38-40, 81-84). A nivel de la clase trabajadora el cortejo respetable era conocido como “caminar”, término que delineaba su carácter público y ritual. Del mismo modo que ocurría en los grupos de las villas, parecería que los amigos actuaron como una suerte de jurado social y moral, lo que llevó a Urwick a señalar que: “la brillante publicidad de la calle está toda del lado de la virtud de los jóvenes del pueblo” (Urwick, 1904: 310).

Aun así, las tradiciones de la juventud citadina no eran necesariamente idénticas a las de la villa; ya no eran inclusivas de un espectro tan amplio de rangos sociales. El incremento de la segregación residencial por clase daba a cada vecindario urbano un carácter social específico, quizá alentando una mayor cohesión que la existente cuando varias clases habitaban la misma área. En las ciudades del siglo XVI, estudiadas por Natalie Davis, las divisiones sociales causaron el declive de grupos de edad homogéneos; pero la ciudad del siglo XIX bien podría haber generado el efecto opuesto, precisamente porque la remoción de adultos de su lugar de trabajo implicaba que tendrían que apoyarse en grupos de pares semiautónomos como extensiones de su autoridad moral. Así, la típica escena en la calle, con buen clima, mostraba:

Las puertas de las casas permanecen hospitalariamente abiertas, y los niños más jóvenes se apiñan en los umbrales y se mueven en manada sobre el pavimento [...] Toda la gente parece estar en el mejor de los términos con los demás, y ríe y murmura de ventana en ventana y de puerta en puerta. Las mujeres en particular gustan de estar en grupos sobre los umbrales, cosiendo y tejiendo; los niños se extienden alrededor de ellas y hay una cierta cantidad de encanto por delante, el cual es naturalmente concentrado bajo tales circunstancias (citado en Anderson, 1972b: 104).

Llama nuestra atención aquí el equilibrio entre paternidad y fraternidad. Los padres se encontraban más preocupados por la lucha diaria, por la supervivencia en un ambiente económico hostil, que deseosos de repartir tareas educativas y ejercer supervisión sobre los grupos de pares. A su vez, los grupos de jóvenes urbanos estaban listos para soportar los intereses de sus padres cuando ocasionalmente demandaban su atención. En las ciudades francesas de la primera parte del siglo XIX, el ritual del desorden continuaba siendo un instrumento popular de protesta, expresándose apropiadamente en el título de un periódico satírico de Daumier, *El Charivari*, en 1830 (Davis, 1971: 75). Más allá de las tensiones intergeneracionales,

jóvenes y viejos estaban unidos en defensa de sus intereses de clase. En Oxford, las actividades tradicionales de la noche de *Guy Fawkes* de noviembre de 1867 sirvieron de vehículo para realizar una protesta económica, cuando bandas de hombres y chicos deambularon por las calles demandando precios más bajos en el pan; finalmente se reunieron bajo las ventas del Colegio Balliol a fin de apoyar allí una huelga de masones. Tras dos noches de tumultos, las autoridades del pueblo y la universidad se prepararon para enviar tropas, aunque encontraron que era mucho más apropiado mandar jóvenes contra la multitud. La tercera noche aparecieron en las calles miembros del cuerpo de cadetes de la universidad armados con porras. En la tarde, la batalla ritual entre la gente del pueblo y la gente de la universidad adoptó el carácter de una guerra de clases, cuando en una pelea de inusual violencia se confrontaron las tradiciones de un segmento de la juventud inglesa con las de otro segmento.<sup>17</sup>

A medida que transcurría el siglo, las bromas juveniles comenzaron a dirigirse contra otro objeto de desconfianza general para la clase trabajadora: las escuelas. En este caso, nuevamente se hace visible la solidaridad entre viejos y jóvenes; en muchas partes de Inglaterra, cuando la educación obligatoria interfirió con la creencia de los padres sobre su derecho a poner a trabajar a sus niños, éstos alentaron una rebelión contra las autoridades escolares.<sup>18</sup> Pobreza y seguridad unían a jóvenes y viejos, y aquello que sacara a los niños de su casa o impidiera sus contribuciones al bolsillo común era visto con la consternación que George Sims atribuyó a un vendedor ambulante en Londres en la década de 1870 (citado en Rubinstein, 1972: 60):

<p><i>It's the School Board what gives 'em these notions, a- stuffin' boys' heads full of pride, And makes them look down on their fathers-these school Boards I ne'er could abide When I was his age I was working', a- wheelin' the barrer for dad And a-fetchin' the stuff from the markets, when horses was not to be had</i></p>	<p>Es el consejo escolar quien les da esa noción, inflando las cabezas de los chicos llenas de orgullo Que los hace mirar hacia abajo a sus padres —a estos consejos escolares yo nunca los podré tolerar Cuando yo tenía su edad yo estaba trabajando, llevando la carretilla para papá y trayendo las cosas del mercado cuando no había caballos</p>
---	--

<sup>17</sup> *Reports of Riot*; véase también *Gown and Town Rows* (pp. 380-381); *Plowman* (1918: 215-220).

<sup>18</sup> Para tal caso en Oxford, véase ms. source D. St. Frideswide's, septiembre 26 y octubre 2 de 1889. Para Londres, véase Booth (1902: 206-230); Rubinstein (1972: 61, 85-86).

Hemos visto cómo las tradiciones de los colectivos de trabajadores pobres dieron nacimiento a nuevas formas, que resultaban apropiadas para una sociedad urbanizada e industrializada, organizada a partir de la noción de clase. Las bandas de los vecindarios, los diversos rituales de protesta, así como la redefinición económica y política de la “fraternidad”, fueron producto de un periodo de cambio estructural, demográfico y económico. No sorprende que transformaciones similares también hayan afectado a los niveles superiores de la sociedad, donde las tradiciones de juventud fueron fundamentalmente alteradas, produciendo nuevas estructuras que prolongaban la juventud para servir a estos estratos de juventudes en tensión.

• VI •

Si la transición representa una caracterización propia del estatus de juventud entre los pobres, también es una descripción que se adecua al cambiante ciclo de vida de los hijos e hijas del periodo de bienestar. En las décadas de 1860 y 1870, cuando la restricción familiar se extendió a nivel de los grupos adinerados, la presencia de un gran número de niños se convirtió en una forma de seguridad social para éstos, más en el sentido de conservar el nombre familiar o las propiedades que en el de contribuir a los ingresos familiares. Aún era necesario tener una gran familia para garantizar la herencia masculina y, aunque entre las élites la mortalidad infantil era menor, sólo hasta 1830 los padres pudieron esperar que más de tres cuartas partes de sus hijos alcanzaran los 20 años de edad. Ésta fue la tasa de mortalidad registrada por la Iglesia entre los ingleses de aquel tiempo, y pese a que resulta difícil verificarla para otros grupos de clase media, probablemente representaba la media global (Banks, 1954: 195). En cualquier caso, hasta finales de siglo la mortalidad infantil fue una presencia opresiva, reflejándose en cuentos infantiles que buscaban preparar a niños y niñas para la muerte, en pinturas como *La cuna vacía* de Archer y en otras decoraciones de los interiores victorianos.<sup>19</sup>

Esto dio lugar a un cierto fatalismo compartido por ricos y pobres. Rousseau y otros pedagogos señalaron que una gran inversión en el adoctrinamiento de un niño pequeño implicaba un riesgo relativamente bajo. Éste no pretendía ser un consejo insensible; de hecho, Rousseau fue pionero en impulsar una actitud nueva y más sentimental hacia los niños, atrapando la imaginación de las clases más educadas a finales del siglo XVIII (Musgrove: 1965: 63-64; Ariès, 1965: 365-407). No obstante, durante la mayor parte del siglo XIX, cuando para la mayoría de las

<sup>19</sup> La pintura de Archer, así como otros objetos que reflejan la sensibilidad victoriana pueden verse en Morley (1986, ilustraciones 1, 3, 4, 6).

familias la realidad de la muerte representaba una amenaza muy grande, esta preocupación no pudo existir sin ambivalencias. En 1870, aún no había llegado al terreno de la historia social el tiempo de la familia moderna, caracterizada por Philippe Ariès como un momento para “enfocar la atención en ayudar a los niños a ascender en el mundo, de manera individual, sin una ambición colectiva” (Ariès, 1965: 404). En cualquier caso, el sentimentalismo vinculado a los niños pequeños no se extendió a la juventud. En este sentido, el trato otorgado a éstos en esta época de transición reflejaba una estrategia familiar tradicional en muchos aspectos que, aun cuando se modificaba con el advenimiento de nuevas condiciones sociales y económicas, consideraba reemplazables a los hijos e hijas más jóvenes, en lo que Ariès llamó “ambición colectiva”.

Debe recordarse que una relativamente alta mortalidad estimuló el aumento de la fertilidad durante las décadas de 1860 y 1870. Dado que a mediados del siglo XIX la tasa de decesos infantiles en las clases más altas comenzó a disminuir, la persistencia de la alta fertilidad dio como resultado más niños extras de los que se habían visto con anterioridad (Banks, 1954: capítulo 10). El problema respecto a qué hacer con los hijos e hijas más jóvenes respondía tanto al cambio de pretensiones sociales de las clases medias como al incremento de la población. Como grupo, fueron los primeros en abandonar la práctica de enviar a sus hijos a vivir en hogares ajenos. La aristocracia, con sus redes y patronatos, tenía la seguridad de poder colocar a sus hijos en algún lugar; mientras que a los *nouveau riche*, que aún no habían asegurado su estatus social, les preocupaba cualquier pérdida de estatus que pudiese generarse si sus hijos eran relacionados con la clase social de las personas contratadas como sirvientes (Ariès, 1965: 396-399). Las chicas fueron las primeras en abandonar la tradición del servicio y, como las clases medias victorianas reprobaban la educación femenina, éstas no tenían más alternativa que quedarse en casa hasta el matrimonio o, si la soltería era su destino, mudarse a casa de un hermano u otro familiar (Crozier, 1965: 32-35). En cuanto a los hijos varones, las clases medias incluían a empresarios, que hasta mediados del siglo XIX solían insertar a sus hijos en los negocios familiares y, familias profesionales, que consideraban que la educación formal era la llave para alcanzar una profesión. A finales del siglo XVIII y principios del XIX, este último grupo prefería educar a los niños en su casa, en parte por miedo a que los niños fuesen asociados con gente de estatus inferior si iban a las escuelas de los barrios. Al alejar a sus hijos de las escuelas locales, las clases medias inglesas seguían el modelo de las clases altas ya asentadas, que habían abandonado esta práctica en el siglo XVIII (Hans, 1966: 28-29, capítulo 9; Crozier, 1965: 18-23; Musgrove, 1965: 37-46).<sup>20</sup> Aparentemente,

<sup>20</sup> Respecto a los desarrollos alemanes, véase Stephan (1891: 64-72).

hasta que los internados (públicos) se volvieron populares en las décadas de 1830 y 1840, muchos niños de familias adineradas permanecieron en casa hasta los 15 años aproximadamente, momento en que los varones supervivientes se iban a la universidad o, de manera más frecuente, ingresaban como aprendices en algún negocio o profesión. En 1861, unos 40,000 chicos ingleses de edades comprendidas entre 15 y 20 años vivían en la casa familiar, sin tener una ocupación aparente o recibir enseñanza fuera de casa. Parecería que la mayoría de estos muchachos eran hijos de personas pertenecientes a las clases con propiedades.<sup>21</sup>

Las formas tradicionales de pasar el tiempo, como el *tramping*, no eran socialmente aceptadas por la creciente clase media. Ubicar a los hijos directamente en el negocio familiar representaba la manera más económica de acomodarlos, aunque no era beneficioso a nivel profesional. La clase media compartía con la aristocracia el aborrecimiento al comercio y estaba determinada a lograr que su descendencia tuviera su misma profesión o alguna otra de igual prestigio. “Los clérigos engendran clérigos y abogados; los abogados engendran abogados y clérigos, mientras que los vástagos de las clases profesionistas por lo general tienen que beber un sorbo de la penuria del río Leteo antes de abandonar su estatus convencional, y llegar a vender cualquier cosa excepto su ingenio [...] Las profesiones recogen aspirantes de todas las clases, pero devuelven pocos o ninguno a su origen”, mencionaba el *Saturday Review* en 1857 (citado en Reader, 1966: 120).

Incluso en el siglo XVIII, capacitarse para un trabajo se había convertido en un proceso largo y tedioso. Normalmente, a nivel grupal, los doctores y abogados ingleses de mediados del siglo XIX tenían mayor edad que los emprendedores y los hombres de negocios, situación que reflejaba su extensa preparación.<sup>22</sup> A mediados de siglo, el costo de la educación doméstica o en institutos a la edad de 17 a 18 años, más los 5 o 7 años de aprendizaje profesional habitualmente superaba las 2,000 libras (Banks, 1954: 173-196). En Inglaterra, sólo el servicio civil representaba una opción real para los hijos de familias con medios modestos, porque incluso el ingreso al ejército implicaba gastos. En el resto del continente se vivía más o menos la misma situación, con la excepción de países como Prusia, donde el servicio civil se consideraba de alto nivel y requería una carrera en leyes, haciéndolo tan caro como el resto de las profesiones (Gillis, 1971: 49-53). A los costos formales generados por la educación debían añadirse los costos sociales de los jóvenes solteros, quienes debían mantener las apariencias a fin de ser social y profesionalmente aceptados.

<sup>21</sup> Publicación/reporte, *Parl.Papers* V (p. 135).

<sup>22</sup> Véase la estructura de edad en las profesiones de Preston en Michael Anderson (1972b: 27).

No sorprende que la Comisión de Investigación de las Escuelas Inglesas de 1868 encontrara que las clases trabajadoras se sintieran desesperadas por los costos de la educación. “Habiendo recibido ellos mismos una educación cultivada, les angustia que sus hijos no puedan seguir sus pasos... No tienen nadie a quien recurrir excepto la educación para preservar el alto nivel social de sus hijos”.<sup>23</sup> Su angustia concreta fue bien expresada en el libro *Parent's Handbook* de J.C. Hudson a comienzos de 1840:

El orgullo y satisfacción con que un padre considera a su primer, y aun único hijo, en los días de las escarapelas, los trajes blancos y las rodillas desnudas, se han convertido en ansiedad y aprehensión, cuando, unos 18 años más tarde, se ve a sí mismo rodeado por media docena de candidatos ya completamente maduros o madurando rápidamente con abrigos, botas Wellington, bastones y cigarros (citado en Banks, 1954: 195).

Se tiene evidencia de que, desde mediados del siglo XVIII en el continente, y a partir de 1820 en Inglaterra, había padres que buscaban desesperadamente deshacerse de esta carga recurriendo a cualquier medio para colocar precozmente a sus hijos en alguna profesión, aun a pesar de las consecuencias que ello pudiera tener para el individuo. Así, los padres regateaban primas de aprendizaje más baratas, sin considerar la calidad de la preparación. Doctores sin escrúpulos, abogados y otros profesionales, contratarían a jóvenes sólo para trabajar, sin enseñarles nada, culpándolos luego por sus errores o su holgazanería (Reader: 1966: 119). Los padres que se volvían hacia la educación secundaria eran mucho menos discriminativos. En Inglaterra, los maestros escolares se aprovecharon de la candidez de los padres para abrir colegios como el mencionado en el libro de Dickens, *Nicholas Nickleby*, Dotheboys Hall, horrible vertedero para chicos no deseados. En Prusia, los profesores reportaron que los padres enviaban a sus hijos a los colegios y universidades con prisa innecesaria. A finales del siglo XVIII y principios del XIX, los chicos llegaban a la universidad a una edad temprana, por lo que el Estado prusiano se vio obligado a considerar revisiones destinadas a poner un alto a los casos de abuso, que incluían los sobornos recibidos por los profesores (Schwartz, 1911, vol. 1: 67-71). Las autoridades temían las consecuencias; aun así, y como señaló un oficial: “Aquí uno lidia no sólo con gente común y padres comprensivos, también con gente influyente y rica, capaz de levantar un alboroto contra tal ley y propiciar una intervención arbitraria del Estado” (Schwartz, 1911, vol. 1: 107). En 1818 se introdujo

<sup>23</sup> Publicación/ reporte. *Parl. Papers* (núm. 1, p.18).

la aplicación de un examen final, aunque no antes de que los estándares para las promociones fueran objeto de burla en muchos distritos: “El orden y la disciplina entre los estudiantes está prácticamente destruido, de modo que entre estudiantes y maestros lo que prevalece en este momento es el conflicto, en vez de la paz y las relaciones de confianza” (citado en Schwartz, 1911, vol. 2: 94).

Las condiciones en que se encontraban los colegios ingleses durante el mismo periodo eran similares o peores. Éstos también se convirtieron en vertederos para los hijos de la alta burguesía y los descendientes de las clases medias altas, la mayoría de los cuales no tenía la perspectiva de ir a la universidad, quedándose en escuelas públicas para ganar un poco de refinamiento social antes de buscar fortuna en el mundo militar, las colonias o, como último recurso, los negocios (Musgrove, 1965: 48-49). Antes de las reformas arnoldianas de 1830, los internados eran “grandes seminarios, donde cientos de chicos buenos y malos se mezclan de manera promiscua, donde su tiempo está a su entera disposición, ya que de las 24 horas del día, como mucho dos o tres, las pasan bajo la vigilancia del profesor; del resto, entre lo que deducimos del tiempo empleado en el importante acto de la purificación, las peleas y el juego, queda muy poco para el propósito de la mejora individual” (citado en Hans, 1966: 182). Sin futuro definido ni razón para estudiar, los escolares de principios del siglo XIX veían a sus profesores como secuestradores y no como mentores. La disciplina, tremendamente laxa o brutalmente dura, inevitablemente llevó a una rebelión; por lo que los inicios de este siglo fueron caracterizados por revueltas escolares violentas, la última de las cuales se produjo en 1851 en el Colegio Marlborough.

Mucha de la culpa se podría imputar a los tercos profesores, interesados solamente en el éxito académico que podía utilizarse como “publicidad para sus escuelas”.<sup>24</sup> Sin embargo, en 1868 la Comisión de Investigación atribuyó la responsabilidad a otros: “Muy a menudo son los padres quienes no se preocupan por la educación. Normalmente piensan que ninguna educación vale la pena si no se transforma rápidamente en dinero”.<sup>25</sup> El reverendo Charles Evans, director de la escuela primaria de Birmingham, recalcó la tendencia de los padres a “endosar la responsabilidad de la entera educación de sus hijos a la escuela, ignorando su propia responsabilidad”.<sup>26</sup> Por otra parte, algunos profesores se quejaron de que los padres sacaban a los hijos del colegio antes de que completaran su educación, pensando muy poco en su futuro a largo plazo y sólo teniendo en

<sup>24</sup> Publicación/ Reporte, *Parl.Papers I* (p. 17).

<sup>25</sup> Publicación/ Reporte, *Parl.Papers I* (p. 15).

<sup>26</sup> Publicación/ Reporte, *Parl.Papers I* (p. 543).

cuenta la ventaja inmediata. La opinión de los profesores era unánime en cuanto a que los padres no respetaban los objetivos de las escuelas locales y a que, mientras en Escocia las escuelas de día funcionaban correctamente, “en Inglaterra, al menos en la actualidad, los padres no son capaces de hacer que las escuelas de día sean lugares de enseñanza tan eficientes como los internados”.<sup>27</sup>

La Comisión prestó atención a la creciente popularidad de los internados (públicos) reformados, pero aparentemente esto se dio porque tuvo en cuenta el deseo de los padres de sentirse aliviados. “Se sienten liberados de los niños”, observó el reverendo Edward Lowe. “El alojamiento en casas pequeñas, los contratos de casas pequeñas, la clase de sirvientes en las casas pequeñas, y todas esas cosas, sugieren a los padres la ventaja que representa enviar a sus hijos a las escuelas y no tener a sus niños grandes siempre en casa”.<sup>28</sup> Aun así, dichas escuelas eran cada vez más caras y, a finales de la década de 1860, las clases medias trabajadoras no habían podido liberarse del peso ejercido por las altas tasas de fecundidad. Además, las condiciones de aquellos cuyas “circunstancias los obligan a vivir en pequeñas casas con familias grandes” estaban empeorando debido al descenso de la mortalidad infantil registrado entre 1830 y 1870; esto significó que una mayor cantidad de descendientes sobreviviera y debiera ser educada (Banks, 1954: 194). Como apuntó T.H Marshall: “Puede que sea posible traer 10 niños al mundo si sólo tienes que criar a cinco, y mientras uno ‘está al llegar’, el último ha sido enterrado, no en la enfermería. Pero si el doctor mantiene con vida a siete u ocho de los diez, y las cosas siguen igual, el peso por cargar puede llegar a ser intolerable” (citado en Musgrove, 1965: 65).

La crisis demográfica respondió a las peculiaridades propias del crecimiento económico que tuvo lugar a principios del siglo XIX, que no brindó oportunidades laborales adecuadas a las personas educadas. A nivel de la aristocracia, el problema de los hijos jóvenes retornó al siglo XVIII, concretamente en el continente, donde los nobles empobrecidos se convirtieron en un peso muerto para el Estado y la sociedad. Prusia, donde el servicio civil y militar había ofrecido buenos puestos de trabajo para este grupo, ya no contaba con suficientes vacantes para cumplir con la demanda de los nobles y la clase media en expansión, que estaban desafiando el monopolio de las viejas élites en la elección de posiciones laborales preferentes. A finales del siglo XVIII se produjo la primera de una serie de crisis de desempleo entre la gente con educación, lo que elevó la conciencia generacional de los jóvenes prusianos hasta puntos nunca antes vistos. Los jóve-

<sup>27</sup> Publicación/ Reporte, *Parl.Papers* I (p. 44).

<sup>28</sup> Publicación/ Reporte, *Parl.Papers* V (p.50).

nes talentosos, como Friedrich Schleiermacher y Friedrich Wilhelm Schelling, no pudieron encontrar un trabajo diferente al de ser tutores de niños provenientes de familias adineradas. Henri Brunschwig, por su parte, escribió sobre una generación cuyas frustraciones tuvieron consecuencias en su salud, lo que la enfrentó con la sociedad; y, si creemos en las estadísticas actuales, además la llevó cometer una oleada de suicidios sin precedentes (Brunschwig, 1947: 177-179, 266-269). Para quienes carecían de una perspectiva de trabajo o matrimonio, la juventud como tal se convirtió en una pesadilla de la existencia; esto llegó a reflejarse en la literatura del movimiento *Sturm und Drang*, cuyos héroes fueron inevitables personajes que desempeñaban el papel de jóvenes proscritos. Fue una generación que derramó lágrimas leyendo *Sorrows of Young Werther* de Goethe y se identificó con *The Robbers* de Schiller. En líneas estrictas, el suyo no fue un movimiento político, aunque al adoptar el “disfraz de Werther”, compuesto por un abrigo cómodo y una camisa abierta a la altura del cuello, realizaban una declaración de rebeldía contra la sociedad altamente formalizada del siglo XVIII. “Era difícil que alguien en mi juventud envidiara a la clase privilegiada o a sus privilegios —escribió Goethe en 1790— pero los caballeros, ladrones, el honesto Tercer Estado, y la nobleza infame, han sido los ingredientes de nuestras novelas y representaciones durante los últimos diez años” (citado en Holborn, 1964: 328; Hornstein, 1966: 170 ss.).

La primera generación de jóvenes románticos despertó el antagonismo de sus mayores, que los acusaron de cualquier exceso. La sedición de los jóvenes fue puramente espiritual. Durante la década de 1770, éstos se concentraron en grupos pequeños e informales como el *Göttingen Hainbund*, con el fin de discutir ideas y alimentar el pensamiento de la autopreservación moral. La esencia de este y otro estilo propio del periodo, el *Bruderbünde*, consistía en “propagar la virtud religiosa, la sensibilidad y la espiritualidad puramente inocente”. El *Hainbund* hizo de la amistad entre hombres una especie de religión secular, por lo que la juventud propiamente dicha se convirtió en el repositorio de todo lo considerado cultural y socialmente sagrado (Muchow, 1962: 29-56). Esta tradición provenía de la fundación del *Der Jüngling* en 1747, uno de los periódicos de “moral semanal”, popular entre los alemanes de clases educadas del periodo. El documento se posicionaba a sí mismo contra el manierismo social dominante en el momento, que había sido importado de la moda francesa y los gustos provenientes de un criticismo en alza a finales del siglo XVIII (Hornstein, 1966: 149-164). La asociación entre lo afeminado y el cosmopolitismo, y entre la masculinidad y las tradiciones fraternales nativas alemanas, tuvo sus raíces en la misma revolución contra todo lo que era privilegiado y, por ende, francés. Las mujeres de los salones exclusivos

eran vistas con el mismo desprecio con que se miraba a las cortesanas, con lo que se reforzó el culto a la masculinidad que fue parte del movimiento desde sus inicios. Por otra parte, pese a que la fraternidad romántica primigenia fue más espiritual que física, en un grupo de jóvenes fue excluido cualquier privilegio, incluida la compañía de mujeres de su propia clase social, siendo esperable el elemento homoerótico (Muchow, 1962: 90-92).

Las condiciones demográficas y económicas fueron menos duras para la juventud inglesa de la misma condición. Los jóvenes de Inglaterra estuvieron mejor provistos gracias a que gozaron las oportunidades económicas en expansión, tanto dentro como fuera de la casa. Además, los poderes tradicionales de la aristocracia, de patronazgo y compra, parecen haberse mantenido estables a sus necesidades hasta la década de 1870, cuando las consideraciones meritórias comenzaron a socavar los monopolios tradicionales (Thompson, 1963: 70-75). Se hablaba de la necesidad de establecer conventos protestantes para albergar a las hijas que no llegaron nunca a casarse en el siglo XVIII, aunque ello no es equiparable a la crisis del siglo XVII; ésta se dio entre la alta burguesía y las clases medias en la tercera década del siglo XIX, cuando empezó a producirse una saturación en el sector profesional inglés. En la década de 1850 volvió a ser criticada la primogenitura, diseñando planes orientados a proporcionar un trabajo respetable a la juventud sobrante. El proyecto más ambicioso fue el de Thomas Hughes, autoproclamado protector de los intereses de las clases altas inglesas, quien recaudó 150, 000 libras para fundar una colonia de jóvenes en una región apartada en Tennessee. Con el nombre de Rugby, dicho asentamiento fue levantado para combinar la atracción del tenis y la pesca, con el trabajo gentil y muy rentable de la cría de caballos y la agricultura. Esto atrajo a numerosos jóvenes pioneros en 1879, pero tal y como el historiador del experimento comentó: “Eran hombres ingleses con cultura y refinamiento, y llegó el momento en que sus reservas de salsa *Worcester* se acabaron y su sufrimiento era terrible de presenciar. Pero incluso a este desastre le siguió uno peor: cuando el *London Punch* no llegaba a tiempo... entonces de nuevo el estado del césped no era el apropiado para jugar al tenis” (citado en Thirsk, 1969: 377). Dos años después de ser abierto, Rugby colapsó.

Muchos de los jóvenes caballeros se vieron obligados a migrar bajo circunstancias mucho menos atractivas. Las guerras napoleónicas dieron una salida a ciertos jóvenes a través del servicio militar, pero, con la desmovilización y la depresión económica que siguieron a 1815, los problemas se intensificaron. En el continente, muchos se volvieron hacia la educación superior como forma de conseguir estatus o mantenerlo, pero tampoco allí las profesiones se estaban

expandingo a un ritmo suficiente para absorber el número de graduados calificados. En la década de 1830 se dijo a los padres alemanes que “el número de gente joven que ha completado sus estudios es ya más que suficiente para ocupar todos los puestos de trabajo”. Ello derivó a que durante un tiempo dejaran de otorgarse las inscripciones, hasta que volvieron a dispararse en la década de 1840, motivando la observación pesimista de W.H. Riehl: “Alemania produce mayor producto intelectual del que puede usar y soportar” (O’Boyle, 1970: 477; Gillis, 1971: 66). En Francia, la situación era semejante, existiendo una “falta de caminos rectos y regulares en los cuales una industria estable o una ambición perseverante pudieran asegurar éxito en la vida” (O’Boyle, 1970: 489).

En ambos países, Francia y Alemania, el desarrollo industrial aún absorbía muy lentamente a un número pequeño de jóvenes con estudios. No obstante, incluso si dicho desarrollo hubiese sucedido rápidamente, el típico rechazo de los educados hacia el comercio habría evitado que la mayoría de estos jóvenes pudiese sacar algún tipo de beneficio de esa situación. Hasta mediados del siglo XIX, la educación superior mantuvo una orientación clásica más que tecnológica, preparando a los jóvenes casi exclusivamente para la Iglesia, la abogacía, la medicina y el servicio civil. A medida que la crisis de sobrepoblación empeoraba, el acceso a una posición asalariada, el matrimonio y la adultez se fueron retardando. Entre los candidatos a la alta burocracia prusiana la edad de nombramiento se fue retrasando cada vez más. Para la década de 1830, el puesto de aprendiz administrativo del rango de asesor tuvo un tiempo de espera de 6.6 años antes de recibir su primer salario. Dos décadas después, el tiempo de espera superaba los 10 años (Gillis, 1971: 43). El hecho de que el proceso se racionalizara más y se burocratizara, hizo que la enseñanza se prolongara. Los estudiantes ingresaban a la universidad más tarde (la edad media de ingreso en Oxford era 17 años en la década de 1590, y 19.7 años en 1900), quedándose en ella más tiempo. Lawrence Stone estima que entre los siglos XVIII y XIX todo el proceso educativo inglés se llevaba a cabo en cinco o seis años (Stone, 1972: 51-54),<sup>29</sup> tendencia también observada en el continente. La precocidad, tan deseada por los padres para los hijos, se volvió imposible social y profesionalmente.

Para muchos, los recursos familiares eran muy pequeños, por lo que les impedía continuar un largo periodo de aprendizaje. Algunos, como Stephan Born, se vieron obligados a abandonar sus estudios cuando su familia se quedó sin fondos, debiendo buscar trabajo en el comercio (Born, 1898: 6-9). Otros acabaron teniendo trabajos intelectuales menos aceptables a nivel social, por ejemplo

<sup>29</sup> Para estadísticas de las universidades alemanas, véase Zorn (1964: 321-339).

el periodismo, donde daban rienda suelta a sus frustraciones sociales y sus lamentaciones generacionales. Estos jóvenes se encontraban condenados por su ambición o sus orígenes a “seguir una de las profesiones liberales, la abogacía o la medicina... o ganar un sueldo precario mediante la prensa pública, o solicitar (durante un tiempo y quizás en vano) un trabajo en una oficina pública. La agricultura y el comercio son repudiados por los jóvenes que estaban intentando ascender algunos escalones en la escala social” (citado en O’Boyle, 1970: 489). Ellos fueron, como W.H. Riehl los describió, los “proletarios intelectuales” europeos, de tendencias políticas radicales u orientados a ellas, relacionados con varias contraculturas de jóvenes pertenecientes a una élite que proliferó desde el siglo XVIII, muchos de los cuales surgieron de un mismo sitio, la francmasonería.

## • VII •

A mediados del siglo XVIII, fueron frecuentes los círculos de jóvenes serios en Alemania, ligados entre sí por preocupaciones intelectuales y morales compartidas. Como estudiante, Goethe buscó en vano unirse a un grupo denominado *Philandria*. Aunque sus integrantes no eran mucho mayores que él, fue rechazado debido a su reputación de tener temperamento salvaje, lo que era una afrenta para la imagen de una “liga de la virtud” (Friedenthal, 1965: 30-31). Si bien el futuro genio nunca fue iniciado en tan pedante compañía, posteriormente fue asociado con la francmasonería, cuyos objetivos, organización y composición eran estrictamente similares a los de la organización escolar. De hecho, no fue un accidente que posteriormente *Philandria* evolucionara hacia una logia masónica, ya que la historia de la masonería durante la mayor parte de los siglos XVIII y XIX estuvo muy ligada a la de estos grupos.

Los orígenes de la francmasonería dan pistas acerca del porqué este movimiento ejerció tanta atracción entre los jóvenes de clase media y alta a comienzos del siglo XVIII. Como su nombre indica, tomó prestadas ciertas tradiciones de los gremios, en particular las de los masones itinerantes, cuyo sistema de logias atrajo la atención de las clases educadas desde el siglo XVII. El mundo masónico era un mundo muy moral. Sus miembros se encontraban protegidos de las calamidades sociales y el fracaso personal por un grupo de reglas muy estrictas, mediante las cuales los propios novicios se comprometían a través de ceremonias de iniciación, no pocas veces exóticas. Los rituales no sólo protegían los secretos del gremio; también servían para fomentar la solidaridad grupal, que se reflejaba en la ayuda mutua que distinguía a uno y otro gremio en la edad moderna.

En algún momento del siglo xvii, personas de clase media e incluso con origen en la clase alta comenzaron a unirse a las logias masónicas. A principios del siglo xviii, algunas logias “operacionales” se transformaron en logias “especulativas”, cuya función era social y cultural más que económica. En 1717, en Inglaterra fue fundada la primera *Gran Logia* de esta nueva francmasonería, movimiento que rápidamente se extendió al continente.<sup>30</sup> Los nuevos masones especulativos parecen haberse sentido atraídos en primer lugar por las tradiciones de los gremios, ya fuese por su carácter exótico o por el compañerismo social y moral que representaban. Las prácticas ocultistas asociadas a los ritos de los gremios se hicieron cada vez más populares a medida que el siglo avanzaba, pero, en un primer momento al menos, parecería que estos ritos fueron secundarios a la atmósfera cálida y de convivencia ofrecida por las logias. “Beber, fumar y conversar, en circunstancias de relajación más que de elegancia, sin ser molestados por la sociedad de mujeres, en la que muchos hombres pueden sentir un placer racional” fue el atractivo inicial de esta forma de compañerismo (Knoop y Jones, 1937: 315).

La masonería expresaba el rechazo de las demandas sociales y económicas exorbitantes de la Corte y el salón. Si bien socialmente se trataba de un movimiento de las clases medias y altas, la moda, los contactos y el patronazgo no eran tan importantes en estos círculos. La tradición de ayudarse mutuamente fue igualmente estimulante tanto para los renegados como para quienes estaban cansados de la lucha por el ascenso social, tratándose de una de las razones que generó tanta atracción a nivel de los intelectuales jóvenes, entre los que se encontraban las personas *déclassé*. Las logias proporcionaban una estructura de soporte ante la moratoria social que marcaba el destino del grupo. Al ser una organización formada por individuos de un solo sexo, que contaba con un código moral fuerte, servía de protección contra las aventuras desastrosas y los matrimonios prematuros. La pertenencia al grupo atraía no sólo a los buscadores de placer itinerantes, como Casanova, quien descubrió que las logias se conformaban a partir de una red internacional que resultaba conveniente para sus intereses, sino también a otros individuos, por ejemplo, solteros sobrios que buscaban una decente y respetable compañía (J.M. Roberts, 1972: 56). Las costumbres adoptadas durante siglos por los artesanos itinerantes lograban adaptarse ahora a las necesidades de otra clase social, aún más errante.

Como el gremio del que tomó su nombre, la francmasonería dividía a sus miembros en diferentes categorías, que difícilmente tenían relación con la edad

<sup>30</sup> Para revisar los orígenes de la masonería en Inglaterra, véase Knoop y Jones (1937: 315); también J.M. Roberts (1972: 17-25).

de éstos. Las mismas reclutaban activamente nuevos miembros jóvenes, quienes pasaban a las filas de aprendices y oficiales. En Alemania tuvieron mucho éxito, penetrando las fraternidades estudiantiles tradicionales, las *Landsmannschaften*, alterando su carácter de asociación regional para convertirlas en una organización nacional con una base muy amplia; ésta dio lugar a una serie de grupos llamados *Orden* que creaban entre ellos una unión. Finalmente, las *órdenes* llegaban a desvincularse de las logias madre y se volvían organizaciones estudiantiles en el estricto sentido de la palabra, aunque en la comunidad estudiantil seguían actuando como contraparte moral. Bajo la influencia masónica, las iniciaciones de las fraternidades tradicionales dieron un paso más a finales del siglo XVIII, y se deshicieron de las brutales características que habían acumulado durante los dos últimos siglos (Schulze y Ssymank, 1932: 161 ss.; Muchow, 1962: 47-52). Al mismo tiempo, las órdenes pequeñas y semisecretas sirvieron de vehículo a formas más ocultas de francmasonería que, después de 1770, se hicieron muy populares entre grandes y jóvenes. Adam Weishaput, el líder de la rama *Illuminati* más exótica de la francmasonería alemana, descubrió que las sociedades estudiantiles secretas representaban un instrumento muy útil y, tanto en el continente como en Inglaterra, los jóvenes pronto se vieron inmersos en rituales cabalísticos, experimentando con la alquimia los misterios del *mesmerismo*.<sup>31</sup> Debido a que los *illuminati* y otras ramas de la masonería eran devotos del liberalismo radical y el igualitarismo, la fraternidad se convirtió en una especie de “secreto clandestino”, esparciendo ideas subversivas respecto al orden establecido (Darnton, 1984: 81-115). No es una sorpresa que la influencia de la francmasonería en los jóvenes fuese la causa de una preocupación creciente en los años anteriores a 1789, y que esto, en la antesala de la Revolución francesa, hiciese que otros países europeos prohibieran las fraternidades.

Sin embargo, la atracción por lo oculto fue más allá de la tendencia política. Henri Brunschwig ha demostrado cuán extendida se encontraba la seducción por el misticismo y la magia en los jóvenes educados a finales del siglo XVIII. Para ellos se trataba de una especie de religión secular, un elemento estabilizador en un mundo en perpetuo cambio, en el cual la religión tradicional y los rituales sociales convencionales habían perdido el sentido (Brunschwig, 1947: 217-220). La mala salud y los nervios afectados llevaron al joven Goethe a buscar la piedra filosofal. Bajo las directrices de un amigo pietista, Fräulen Von Klettenberg, ex-

<sup>31</sup> En Francia véase Viatte (1928: 33-37, 104-139); Brunschwig (1947: 217-269); Epstein (1966: 94-97). El *mesmerismo* es una doctrina sobre el magnetismo animal expuesta por Franz Anton Mésmer (1734-1815), quien afirmaba la idea de una fuerza magnética capaz de controlar el cuerpo (N.T.).

ploró apasionadamente lo oculto, desde los misterios del Zodiaco hasta la magia implícita en los escritos pietistas, incluyendo a Swedenborg. Juntos, estos buscadores exploraron la alquimia, asociando la regeneración espiritual personal con la transmutación de los metales (Freudenthal, 1968: 66-68). Se creía que los problemas cardíacos y del cuerpo en general, se exorcizaban mediante la absorción de lo oculto, y no fue accidental que los *Rosacruz*, una de las ramas más extrañas y descendientes de la francmasonería del siglo XVIII, se dedicasen por completo a la experimentación con drogas buscando aquello que consideraban el secreto de la eterna juventud (Epstein, 1966: 109).

Lo oculto, como nos dice Mircea Eliade, normalmente contiene en su práctica ritos de paso e iniciaciones (Eliade, 1965: 123-124, 132-133). En el caso de la francmasonería de finales del siglo XVIII, éstos parecen haber tenido funciones destinadas a prolongar la juventud. De forma paralela a las hermandades de los gremios en los cuales se inspiraron, la masonería fue “como una familia y una fraternidad” usada para facilitar la transición solitaria de la niñez a la adultez, que creó un nuevo y casi monástico código para una élite de solteros problemáticos. Así, un hijo ficticio explica a su padre su entusiasmo por el movimiento:

Nuestros encuentros secretos nos aceleran el pulso. Experimentamos horas sagradas dedicadas al amor fraternal de la humanidad, mientras nos reunimos en un lugar tranquilo alejados del bullicio del mundo. Un lugar así es denominado correctamente como el “templo”, ya que toda relación profana pierde su significado aquí. Un príncipe se convierte en un simple hermano, el más humilde de los sujetos puede comunicarse con él en una relación de perfecta igualdad. Todo hombre es un hermano para el otro, sin importar las distinciones de rango ni la religión. Cada reunión de la logia fortalece diez veces en mi resolución de recorrer el espinoso camino de la vida como un hombre recto y libre. Mi corazón se expande y abraza el mundo; en poco tiempo me convierto en un cosmopolita de mi interior (citado en Epstein, 1966: 97).

El imaginario masónico era tanto fraternal como patriarcal. Su organización era jerarquizada, siendo al mismo tiempo fundamentalmente igualitaria. Desde ahí se abrió todo un abanico de organizaciones —movimientos estudiantiles, conspiraciones revolucionarias, experimentos utópicos— que seguirían siendo una atracción para las juventudes educadas del siglo XIX.

## • VIII •

Antes de abordar las posteriores culturas juveniles, no se debería pasar por alto otro tipo de movimientos del siglo XVIII que dejaron sus propias tradiciones. Éstos fueron los grupos evangélicos anti institucionales, como el Pietismo alemán, el Cuaquerismo inglés y el Metodismo. El Pietismo estableció el modelo de grupos devocionales de tamaño reducido, modelados concienzudamente en la piedad básica del cristianismo temprano. El rechazo a las convenciones sociales, y el concepto de hermandad y fraternidad, junto con un fuerte énfasis en el éxito global, fueron un imán de atracción para los jóvenes, no sólo en Alemania, sino también en Inglaterra y América (Holborn, 1964: 140). El Cuaquerismo, por ejemplo, fue más exitoso para convertir a los hijos e hijas más jóvenes a finales de sus 20 años y en los inicios de los 30 años, precisamente en los grupos que ya no podían encontrar un compañerismo dentro de su propio círculo familiar (Vann, 1969: 641-642).<sup>32</sup> La institución religiosa de la conversión traía consigo la salvación social dada por el “segundo nacimiento” en una comunidad de creyentes, y fue a través del renacimiento evangélico de los siglos XVIII y XIX que incontables jóvenes encontraron un apoyo y un sentido que sus raíces y su situación no podían darles.

Las comunidades pietistas, como la de Herrnhut en Alemania y la de Bethlehem en Pensilvania, fueron aún más lejos, llegando a institucionalizar la cualidad de la religión de prolongar la juventud. En este caso, la comunidad estaba organizada a partir de “coros” divididos por edades y sexos, que funcionaban para inculcar simultáneamente las habilidades requeridas para desenvolverse en el mundo y la piedad requerida para el otro mundo. Los niños eran separados de sus padres a corta edad y llevados a diferentes lugares, en los que se les animaba a rechazar cualquier tipo de celos entre hermanos y a comenzar a verlos a todos como hermanos y hermanas. El compañerismo religioso se mezclaba con una especie de utopía social, que buscaba minimizar el conflicto social y generacional a través de la abolición de la propiedad privada, y por ende, de la herencia. En vez de usar la vieja tradición del celibato juvenil se empleaban grupos de distintas edades con el fin de llevar a cabo elaborados rituales que marcaban cada etapa de paso desde la niñez hasta la adultez y que eran controlados por los propios compañeros (Gollin, 1967: 68-83).

No sorprende ver cómo el Pietismo tuvo tanto poder de atracción sobre los jóvenes más problemáticos. Goethe se sintió atraído durante un tiempo por la comunidad Herrnhut, localizada cerca de su ciudad de nacimiento, refiriéndose

<sup>32</sup> Para Norteamérica véase Greven (1972: 119-134).

a sí mismo como “casi” convertido (Freudhental, 1968: 65). Difícilmente encontramos a alguien perteneciente a la generación intelectual alemana del *Sturm und Drang* que en algún momento de su juventud no fuese influido por los valores morales o espirituales del movimiento. Rechazando el bautismo en la infancia y concentrando sus energías en la conversión tras la pubertad, el Pietismo reforzaba el significado especial de la juventud como un periodo de regeneración moral y espiritual. Los pietistas estuvieron entre los primeros que se preocuparon por ellos mismos en términos de bienestar social juvenil, tomando el liderazgo y fundando escuelas y orfanatos en la Alemania del siglo XVIII (Holborn, 1964: 135). Dos de las figuras más importantes del movimiento de reforma estudiantil alemán posterior, Friedrich Schleiermacher y Jakob Friedrich Fries, fueron educados en instituciones pietistas.

El Cuaquerismo y el Metodismo inglés también produjeron líderes en el campo de la reforma educativa y moral. En sus primeros momentos hicieron énfasis, de igual manera, en el compañerismo íntimo de los creyentes, compartiendo preocupaciones sociales y espirituales. Aunque no existe un estudio sistemático de la afiliación temprana al Metodismo, podría parecer que muchas de las personas que se sintieron atraídas por el movimiento eran jóvenes, individuos para los cuales la fe no institucionalizada conllevaba un gran atractivo. El Pietismo tuvo un efecto directo en el Metodismo a través de los hermanos de Moravia, con quienes el fundador del metodismo, John Wesley, tuvo contacto personal en la década de 1720 (Walsh, 1966: 140-148). Como hombre joven que buscaba el propósito de su vida, Wesley había encontrado la fuerza y la dirección de la mano de los piadosos hermanos, una hermandad cuyo modelo siguió para establecer más adelante su propio movimiento evangelizador. En Norteamérica, donde tenemos más información al respecto, el Metodismo parece haber sido un movimiento atractivo para la juventud social y geográficamente móvil. A mediados del siglo XIX, las universidades de Nueva Inglaterra experimentaban aún oleadas de renacimiento y, en muchos casos, de conversión de creyentes, llegando a ser instituciones importantes en la vida estudiantil (Hall, 1969, vol. 2: 281-282, 287). En aquel tiempo, la conversión, asociada con los años previos al vigésimo cumpleaños, servía para marcar un “nuevo comienzo”, la primera salida de la familia, sustentada y legitimada por la comunión cristiana.

La religión evangélica se constituyó como un vehículo para la emancipación, razón por la cual estaba predestinada a ser el centro de una controversia a nivel generacional. Durante 1740, George Whitefield fue acusado de crear “una división en las familias, barrios y ciudades; un enfado entre esposas y maridos; la indife-

rencia de niños y criados” (Gaustad, 1965: 32). No hay duda de que el imaginario emotivo del Metodismo, descrito por Edward Thompson como “a ratos maternal, edípico, sexual y sadomasoquista”, fue reflejo de las tensiones generacionales producto de un rápido cambio del sistema social y económico. Volverse hacia el Padre celestial y entrar en la fraternidad de Cristo representaba una manera de reconciliarse con la ruptura familiar, camino socialmente aceptado para compensar la transición complicada y larga hacia la adultez. La conversión espiritual y social no sólo fue un momento crucial para los jóvenes de clase media, también lo fue para los de la clase trabajadora.<sup>33</sup> La experiencia metodista del Nuevo Nacimiento logró muchos “predicadores” entre las filas de los trabajadores pobres, a quienes enseñó los rudimentos del liderazgo junto con habilidades literarias, ayudándolos finalmente a involucrarse activamente con el movimiento trabajador. “La conversión de cualquier tipo es, por supuesto, algo común en los movimientos obreros”, escribe Eric Hobsbawm. “Los británicos, pese a eso, son particularmente arcaicos en la medida en que la conversión era normalmente religiosa, o una política que acababa teniendo una forma religiosa” (Hobsbawm, 1965: 141).

## • IX •

Las tradiciones de las fraternidades del siglo XVIII, particularmente las masónicas y académicas, alcanzaron un significado altamente político tras la Revolución francesa, debido principalmente a que, en sus esfuerzos por extirpar todo tipo de oposición, las autoridades hacían que el secretismo de estas hermandades fuera aún más atractivo para los conspiradores. Para la propia Revolución francesa, su contribución a las nuevas tradiciones juveniles fue complicada, ya que las antiguas formas juveniles podían servir a la revolución, pero también ir en contra de ésta. No hay duda de que para muchos jóvenes 1789 fue un momento crucial, que mejoró su posición a partir de la apertura de nuevas profesiones y abolió las desigualdades del sistema feudal en cuestiones de herencia (Darnton, 1984: 112-113). Como cita Mallet du Pan, en la víspera de la Revolución, París estaba “llena de hombres jóvenes a los que no les costaba tener talento de clérigos, contadores, abogados, soldados que se convertían a sí mismos en autores, que mueren de hambre, incluso ruegan y reparten panfletos” (Darnton, 1984: 94). Entre estos “graduados proletarios, fueron reclutadas personas como Marat y Brissot, jóvenes hombres con carreras inciertas o trucas, que encontrarían su verdadera

<sup>33</sup> Edward P. Thompson provee una brillante discusión de las complejas fuerzas involucradas en las conversiones de la clase trabajadora, véase Thompson (1958: 365-374).

vocación en la revolución. Por supuesto, a ellos se uniría otro joven, Napoleón Bonaparte, cuyo ascenso meteórico continuaría inspirando la imaginación de la juventud ambiciosa hasta bien entrado el siglo XIX.

No es una sorpresa que la revolución desarrollara su propia concepción sobre la etapa que se extendía entre la niñez y la adultez. A medida que se incrementaron las demandas de la guerra civil y la extranjera, presionando a la República, ésta fue adoptando una postura cada vez más austera. Los jóvenes encontraron su lugar en la ceremonia civil de la Revolución, enfatizando las tareas civiles y militares de los diferentes grupos etarios antes que los derechos o privilegios. Los grandes festivales revolucionarios de 1793-1794 fueron dedicados a la sabiduría otorgada por la edad y a la virilidad de la juventud; asimismo, se dio un lugar destacado al tema de la armonía generacional junto con el papel regenerativo especial que tuvo la juventud en la ceremonia revolucionaria. La anual *Fête de la Jeunesse* vio a chicos de 16 años ser inducidos en ritos a portar armas. Posteriormente, a los 21 años, un segundo rito de paso los convertía en ciudadanos adultos, que cargaban con el peso de la defensa nacional, mientras que hacía a las mujeres responsables de traer hijos al mundo de la República (Ozouf, 1970: 573-574). Atrás quedaron los rituales del mal gobierno, con sus roles sociales invertidos; a partir de ese momento la virtud republicana requería que los jóvenes y los mayores pudieran intercambiar regalos y bendiciones.

Tales rituales de reciprocidad fueron establecidos para reflejar una nueva sociedad, en la cual padres e hijos estuvieran unidos en un gran sentimiento de fraternidad. Sin embargo, persistieron las divisiones sociales y las tensiones generacionales, y cuando el embrujo del terror jacobino desapareció en 1794, muchos de los ritos de paso tradicionales brotaron nuevamente con una fuerza sorprendente. La infame *jeunesse dorée*, la juventud dorada de las clases medias y altas, hizo gala del recuerdo del puritanismo cívico con vestidos atrevidos, lenguaje obsceno y modales decadentes. El desprecio hacia la Revolución jacobina adoptó la antigua forma del *charivari*, la fiesta y los bailes de máscaras. A través de bailes en honor a quienes sucumbieron al Terror, estos jóvenes se burlaron de los padres de la revolución con la obscena *danse macabre*, llevada a cabo en los cementerios destruidos por los jacobinos. Su libertinaje no conocía límites, sus mujeres no conocían la decencia; y el concepto de fraternidad universal no era más que una burla (Lefebvre, 1966: 47-55; Mathiez, 1965: 81 ss.).

Las tradiciones de juventud sirvieron a ambos extremos del espectro político, o bien para apoyar a la Francia revolucionaria o para posicionarse en su contra. Esto se vio claramente en la extraña carrera de Filippo Buonarroti, el

hijo *déclassé* de un noble italiano, que encontró su “segundo nacimiento” en el momento en que se identificó con la Revolución y, hasta su muerte ocurrida en 1837, fue el “padre” de una serie de organizaciones conspirativas que tuvieron un fuerte impacto en jóvenes desarraigados que compartían sus mismas raíces. Como muchos de los que estuvieron envueltos en la formación de las fraternidades políticas a principios del siglo XIX, Buonarroti fue producto de la francmasonería del siglo XVIII, con su amor por los rituales, el misterio y las organizaciones jerárquicas. Su sociedad secreta más famosa, los *Sublimes Maîtres Parfait*, fundada en 1809 en oposición a la dictadura napoleónica, reflejaba la preocupación masónica por los ritos de paso. Los jóvenes novicios de la organización eran considerados por “papá” Buonarroti como caballeros que recibían su iniciación en los secretos de la revolución (Einsenstein, 1959: 74 ss.). Pocos de ellos tuvieron la oportunidad de llevar a cabo alguna acción, y ninguno, ni siquiera Buonarroti, vieron sus planes cumplidos, lo que al parecer no tenía tanta importancia como el hecho de pertenecer en sí al movimiento. De cualquier manera, éste era el efecto que Buonarroti tenía sobre sus más devotos fieles, por ejemplo, Alexander Andryane, quien a los 24 años y sin tener aún un propósito claro en la vida, fue incorporado a los *Sublimes Maîtres Parfait* de una forma masónica ostentosa.

Algunas de las fraternidades conspirativas tomaron prestados sus rituales directamente de la francmasonería, mientras que otros lo hicieron directamente de los propios gremios. Parece que el movimiento conspirativo antinapoleónico italiano conocido como el *Carbonari*, se remonta a los tiempos de las cofraternidades de quemadores de carbón, los *charbonnerie*, que operaron en los bosques del Franco Condado y en la Jura antes de 1789. En algún momento de la Revolución, algunas de estas logias comenzaron a iniciar a miembros no operativos como soldados, quienes convivían con los *bons cousins*, como se hacían llamar estos carboneros itinerantes. Entre los iniciados estaba Pierre Joseph Briot, un revolucionario de izquierda que llevó la tradición de los *charbonnerie* a Italia, fundando la primera hermandad *Carbonari* en 1808 (J.M. Roberts, 1972: 283-286).

La tradición fraternal de los gremios y la francmasonería demostraron adaptarse muy bien al mundo de las conspiraciones secretas. Su organización jerárquica era un modelo muy útil; sus juramentos y rituales estaban bien cubiertos contra las autoridades. Además, los líderes conspiradores podían tomar prestado el imaginario familiar para reforzar su posición y poder. Buonarroti no fue el único líder que se autodenominó “padre” del movimiento. Friedrich Ludwig Jahn, el primer líder alemán con una inclinación política, se hacía llamar a sí mismo *Vater*, combinando este paternalismo con las tradiciones fraternales con las que se topó

al inicio de su carrera como estudiante y francmasón (Schulze y Ssymank, 1932: 69, 216-224; Wentzcke, 1919: 72-85). Las sociedades gimnásticas de Jahn, fundadas en 1810, servían a la causa de la resistencia patriótica contra Napoleón, y su fe en el poder restaurativo de la juventud encontró eco en otras figuras intelectuales más grandes, entre las que se incluían Johann Fichte, un francmasón, así como Friedrich Schleiermacher y Jakob Fries, ambos influidos por el Pietismo.

Las ramas del pensamiento religioso e intelectual que fueron conformando los grupos juveniles alemanes en el siglo XVIII, dieron forma a la ideología y organización de sus contrapartes más políticas del siglo XIX, empezando por los gimnastas y culminando con el movimiento de reforma estudiantil, *Burschenschaften*, fundado en 1815 en la Universidad de Jena bajo el lema de “Honor, libertad y patria”. Si bien lo que llevó a su creación fue un impulso patriótico, mucho del atractivo del *Burschenschaften* fue el mismo que se vio en las organizaciones juveniles anteriores. Fries decía a sus estudiantes: “Deja que tu comunidad de compañerismo juvenil, tu federación juvenil, sea un modelo para el Estado nacional” (Wentzcke, 1919: 211 ss.). Sus inspiradoras palabras fueron dichas en 1817, en el Festival de Wartburg, un evento que conectaba el aniversario de la rebelión de Lutero contra el papa con la cruzada patriótica juvenil contra otro enemigo extranjero, Francia. “Revélanos la pura vida del *Burschen*”, se instaba a los estudiantes; y se dedicaban a limpiar su vida estudiantil de la costumbre de beber y consumir, regulando la tradición del duelo, y en general, mejorando la imagen de las ciudades universitarias. Los reformadores universitarios se dejaban la barba como símbolo de hombría, pero sus ritos de iniciación incluían votos de castidad y templanza no muy alejados de los votos monásticos. De hecho, encontramos la misma desconfianza respecto a la compañía femenina visible en los movimientos masónicos y pietistas, y que podemos trazar hasta la condición de celibato que llevaban a cabo los estudiantes universitarios medievales. Los gimnastas de Jahn, y otros grupos de la *Burschenschaften*, como los *Incondicionales* de la Universidad de Giessen, llevaban la tradición de prolongación de la juventud al extremo, a través de la asociación de las virtudes patrióticas y morales con una existencia totalmente austera. Vater Jahn, vestido con un traje de campesino, era un símbolo del rechazo a la moda francesa, la cual, en la mente de los estudiantes, estaba ligada con la feminidad y la debilidad. Los *Incondicionales* portaban este sadomasoquismo a tal nivel que llegaron a considerar la posibilidad de la autoaniquilación —asesinato de los enemigos de los alemanes, seguido de un suicidio ritual— como el acto más grande de la virtud. Ésta era la mentalidad que en 1819 llevó a Karl Sand a matar al poeta conservador Koetzbeue y a intentar

apuñalarse a sí mismo, en un acto de extremismo que echó por tierra la represión oficial, incluso en la mayoría de los reformistas moderados de la *Burschenschaften* (Wentzcke, 1919: 160-165; Feuer, 1969: 63-64).

• X •

Quizá fue inevitable que las viejas tradiciones morales de los jóvenes acabasen adquiriendo características violentas en un momento de gran movimiento revolucionario y militar. Pero la mentalidad austera, observable en ciertos aspectos de la Revolución francesa y en la resistencia alemana contra Napoleón, fue relativamente rara a nivel de los otros componentes de los movimientos juveniles de principios del siglo XIX. La organización *Europa Joven* de Mazzini tuvo muy pocos aspectos, incluso dentro de su nacionalismo, que pudiesen ser considerados fanáticos o militaristas. En su conjunto seguía la tendencia humanitaria evidente del siglo XVIII, aborreciendo la violencia como medio y vinculando a la juventud con un propósito y un significado moral profundo.

Nada contrastaba más con la mentalidad de los *Incondicionales* que el estilo propio de los *Niños de San Simón*, uno de los muchos movimientos utópicos en que la juventud desempeñaba un papel muy importante. Su gentil “padre”, Barthelemy Prosper Enfantin, y sus discípulos, eran hombres y mujeres que no se habían casado y rondaban los 20 o 30 años; muchos de ellos eran egresados de la Escuela Politécnica que habían abandonado, en lo que equivalía a prolongar su juventud, en nombre de la armonía social y el amor universal. A pesar de su reputación de libertinos, la comuna situada en las afueras de París era monástica en su ascetismo. De 1830 a 1832, el “padre” y sus “hijos” vivieron en un balance de armonía paternal y fraternal, iniciando a los novicios en elaborados rituales segmentados, escuchando confesiones públicas y, en general, animando el espíritu de la cooperación voluntaria contrario a la competitividad y la división propias del capitalismo emergente de corte industrial (Manuel, 1962: 149-194; Talmon, 1960: capítulo I; Charlton, 1963).

Frank Manuel escribió que “los *San Simones* nos ayudaron a comprender la total pérdida de identidad, el sentimiento oceánico (para seguir a Freud) que los hombres de los siglos XIX y XX experimentaron al perder exitosamente la conciencia de ellos mismos en un ardiente periodo de movimientos nacionalistas, socialistas y comunistas” (Manuel, 1962: 192). Podría haber añadido, para seguir a Erikson, que en el caso de los *San Simones* y otras utopías románticas que atrajeron a la juventud educada, posponer la identidad adulta fue necesario para

preservarse a sí mismos. Finalmente, los *San Simones* se alejarían de la comuna para conseguir trabajos en ingeniería y en el ámbito de los negocios. Los críticos consideraron esto como una prueba del fracaso del comunismo, pero de hecho, fue este apoyo emocional y moral que encontraron en la utopía, lo que permitió que los jóvenes pudiesen moverse más allá de los muros establecidos. Contrariamente a los padres naturales que los defraudaron, los líderes comunales como Père Enfantin y Padre Noyes, de la comunidad *Oneida* del estado de Nueva York, triunfaron en hacer adultos a sus muchachos.<sup>34</sup>

Todas las utopías de principios del siglo XIX fueron muy duras en cuanto a la condena de la economía familiar existente, pero ninguno lo fue tanto como Charles Fourier, un rebelde de su propia crianza burguesa. Fourier se dio cuenta de las condiciones que existían tras las tensiones intergeneracionales de su edad y habló con convicción sobre la necesidad de un cambio:

Para ser francos, los lazos familiares del régimen civilizado (el término que empleaba para hablar de la sociedad contemporánea) hacen que los padres deseen la muerte de sus hijos y que los hijos deseen la muerte de sus padres. Es mucho peor en el caso de los parientes más alejados. ¿Podría existir algo más infame que eso? Unas pocas familias ricas son la excepción a la regla, que se aplica sobre todo a los pobres que conforman siete octavos de la población. La regla, pese a eso, se aplica igualmente a familias pertenecientes a las clases medias y adineradas, donde los hermanos se aman los unos a los otros como Caín y Abel (Fourier, 1971: 280).

La solución propuesta por Fourier, similar a la de los pietistas, era separar a los niños de sus padres a una edad temprana y eliminar los conflictos psicológicos y económicos. Reunidos por grupos de edad, segregados por sexos pero no de forma puritana, como sucedía en las comunidades *Herrnhut*, los niños y niñas pasarían por una serie de fases educativas, cada una de las cuales estaría vinculada a sus instintos naturales e intereses. En planes que parecen inspirados en las tradiciones de su nativo Besancon, Fourier vislumbró una serie de grupos juveniles autorregulados, denominados *Legiones Juveniles* y *Bandas Juveniles*, que podrían servir como instrumento de educación y control social. Éstos operarían de manera autónoma, dependiendo de los instintos naturales de los jóvenes para sacar la energía y la bondad de dicha etapa de la vida. “Jóvenes almas, corazones

<sup>34</sup> Sobre el paternalismo de los líderes de varios movimientos estudiantiles, véase Feuer (1969: 22); sobre John Humphrey Noyes, “Padre” de la comunidad utópica *Oneida*, véase Carden (1969: capítulos 1 y 2).

que están frescos, que exhiben en el ejercicio de las virtudes sociales, como la amistad, la filantropía y la devoción hacia el bien colectivo, un nivel de ardor y desinterés que es raramente encontrado en adultos” (Fourier, 1971: 326).

Las esperanzas de Fourier por el grupo, como su fe en la armonía social en general, estaban condenadas al fracaso. Las instituciones comunales que sirvieron como modelo desaparecieron con mucha rapidez, e incluso la época de experimentación utópica de finales de la década de 1830 y principios de la de 1840 en Europa y América no pudo darles sustento. En la propia París, las fuertes esperanzas que rodeaban a los jóvenes se estaban tornando en desesperación. El fracaso de la Revolución francesa de 1830 pareció agotar las energías de los revolucionarios, y los jóvenes buscaron una nueva dirección, muchos de ellos hacia un estilo de vida más anarquista y amoral asociado con el movimiento bohemio. Como escribió Alfred de Musset: “Los ricos se volvieron libertinos; aquellos de fortuna moderada se inclinaron por algún tipo de profesión, resignándose a la espada o a la cuerda. Los más pobres se rindieron con frío entusiasmo o grandes pensamientos, sumergidos en un espantoso océano de esfuerzo sin sentido” (de Musset, 1969: 344).

El movimiento bohemio fue resultado de la extraordinaria habilidad que tuvo París para atraer a jóvenes de otras provincias. Éstos se encontraban por su cuenta en la ciudad como estudiantes, viviendo como extranjeros en los barrios de las clases trabajadoras, sin la supervisión de sus profesores y sin ser queridos por las autoridades (De Sauvigny, 1966: 238 ss; Mazoyer, 1938). Se habían desconectado de sus familias debido a la falta de vacaciones y al transporte público mediocre. La vieja costumbre de quedarse en casa de un amigo de la familia ya había pasado de moda y los jóvenes vivían la problemática de un mercado profesional saturado (De Sauvigny, 1966: 243-245; Ariès, 1965: 398-399). Para la década de 1830, la ciudad estaba llena de jóvenes que no tenían nada mejor que hacer que pasar sus días en el café, hojeando las páginas de los periódicos, hablando de política y escándalos. Balzac los describió como “algunos ricos, algunos pobres, todos igualmente ociosos... que sin sacar sus energías, se lanzan hacia el periodismo y las conspiraciones, la literatura y el arte, pero dentro de los excesos y disipaciones más extravagantes” (citado en Graña, 1964: 23).

Así se generó un patrón tan bien establecido, que era común referirse a *les jeunes gens* de París como un grupo definido, con sus reglas y su subcultura propias. “La juventud de París” había adquirido un significado especial, como descubrió Frances Trollope al visitar la ciudad en 1835: “*Le jeune France* es otra de esas formas cabalísticas de diálogo por la cual todo el mundo espera entender

algo de manera grande, volcánica y sublime” (Trollope, 1836: 31). Más tarde, Henri de Mürger popularizó el término “bohemio”, que tomó prestado de la palabra francesa “gitano”, trasladando a éste la connotación de vagabundaje que caracterizaba la imagen de esta cohorte.<sup>35</sup> Surgido a finales de la década de 1820 y expandido rápidamente debido al fracaso de la Revolución de 1830, el *bohémismo* o *movimiento bohemio* pronto encontró un lugar en el tolerante Barrio Latino, que casi todas las noches se convertía en la Meca de turistas como la señorita Trollope, quien describió a sus habitantes con “melenas enmarañadas que cuelgan con una ominosa y pesada suciedad... la garganta está al descubierto, sin lino de por medio, pero una asquerosa mata de pelo cubre dicho lugar... algunos ponen los ojos en blanco y clavan sus miradas en el suelo en una meditación temerosa, mientras otros, apoyados en alguna estatua o en un árbol, lanzan miradas terribles” (Trollope, 1836: 124).

Entre la juventud bohemia de la década de 1830 existía la misma fascinación por los estilos bizarros, el comportamiento fuera de lugar y el lenguaje extraño que hoy vemos en sus contrapartes actuales. El desprecio por el trabajo, la preocupación por el presente y la exclusión de cualquier pensamiento relativo al pasado o al futuro, además de una resistencia al orden y la disciplina —todos signos de una moratoria social prolongada en el tiempo— eran tan comunes como lo son ahora. Las religiones orientales, con su misticismo disruptor de la mente, disfrutaron de gran popularidad. Lo oculto, la alquimia, lo satánico, todo aquello que pudiese obliterar las demandas de la edad adulta, estaban en boga.<sup>36</sup> Encontramos estudiantes experimentando ritos de iniciación reproducidos de las novelas de Scott y Cooper, actuando —según los imaginó Theophil Donday— como “artistas hasta la médula, fumadores de pipa, de ojos sardónicos, sus cabezas adornadas con sombreros de la libertad; los jóvenes barbudos franceses, listos para la orgía” (citado en Graña, 1964: 77).

Para muchos, París era una orgía, la pérdida de la virtud y del propósito. Aun así, lo oculto traía consigo algo de la moralidad tradicional del siglo XVIII; y en los experimentos con rituales puede hallarse otro *link* con las tradiciones de prolongación de la juventud del pasado. En 1846, los estudiantes de la Sorbona formaron un *Grupo de Suicidio*, prometiendo desafiar la moralidad burguesa me-

<sup>35</sup> De acuerdo al diccionario Oxford en su versión en línea, el término surge en Francia para referirse al grupo de artistas e intelectuales que se reunían en los barrios romani (gitanos) de las ciudades francesas por su bajo costo de rentas. A los romani se les llamaba bohemios, porque se creía que provenían de Bohemia, una región de la actual república, término que se extendió a quienes vivían en la misma zona que ellos (N. T.).

<sup>36</sup> Estos temas son discutidos en Schenk (1969: 6, 125-151); Hobsbawm, (1962: 306-323); Parry (1933: 13 ss.).

diante un último acto de rebeldía, la autodestrucción (Graña, 1964: 79-80). Los parisinos se sintieron aliviados al saber que sólo hubo una muerte, pero incluso en toda esa locura se puede apreciar la reminiscencia de una temprana tradición juvenil. El tradicional carnaval era aún parte esencial del calendario parisino, y el sentido bizarro y grotesco de la bohemia encajaba a la perfección con estas ceremonias de desorden. La contracultura de los jóvenes artistas e intelectuales fue una extensión de la tradición de la *société joyeuse*, que ejerció cierta atracción incluso en la recargada burguesía. La propia clase media compró cuadros como el *Joven veneciano tras orgía* porque, como un historiador recalcó, éstos atraían ya que “como en los bailes de máscaras, eran canales socialmente aprobados hacia lo prohibido” (Pelles, 1963: 97-144). Para los propios jóvenes, la bohemia fue una especie de carnaval prolongado en el tiempo, un manera de zafarse de los roles del mundo (adulto) real al que todos sabían que en algún momento tendrían que llegar. Alexander Dumas recordaba de su juventud: “me puse, como los demás, una máscara” (citado en Pelles, 1963: 114). La juventud hacía de la vida un arte, y debido a esto, escritores como Víctor Hugo hicieron arte con la juventud. Robert Schumann finalizó su *Carneval* con la rebelión de los jóvenes contra el filisteísmo de los viejos: y ninguna obra romántica se representaba sin que apareciese un joven rebelde (Schenk, 1969: 27).

En su deseo de ser diferentes, los bohemios crearon su propia conformidad. Stendhal, que nació en 1783, recordaba que en su juventud “estaba lleno de héroes de la historia romana: “Me veía a mí mismo como el futuro Camillus o Cincinnatus” (citado en Pelles, 1963: 114). En la década de 1830, la juventud francesa estaba buscando modelos, pero sus héroes eran más bien de corte poético, como Lord Byron. “La gente joven encontró una vía para su fuerza inactiva en la desesperación”, comentó Alfred de Musset. “Burlarse de la gloria, la religión y el amor hacia todos, es un gran consuelo para aquellos que no saben qué hacer... ya que es fácil creer que uno es malo o miserable cuando todo lo que tiene es vacío y aburrimiento” (Pelles, 1963: 85). Separándose, y aun así manteniéndose en las viejas tradiciones, la contracultura de la década de 1830 fue una más de las nuevas formas de juventud producto de esta época de transición.

## · XI ·

Entre todas las ciudades europeas París era excepcional; la nueva cultura juvenil que se produjo allí no encontró contrapartes inmediatas, ni siquiera en la industrializada Inglaterra. En los lugares más atrasados de Europa, la tradición se

aferró durante más tiempo, interactuando con los movimientos políticos y económicos hasta la mitad del siglo. En 1848, el movimiento trabajador y el radicalismo estudiantil se unieron en Alemania, en lo que pareció la esperada venganza de los hijos contra sus padres. Pero la gran alianza juvenil de la que Mazzini y otros hablaban desde la década de 1830 no llegó a materializarse.<sup>37</sup> Mientras el profundo deseo de la clase media era reemplazar el *Sie* [Usted], con la camaradería del *Du* [Tú], y romper la estructura social de los viejos roles, los jóvenes trabajadores demandaban que la dignidad adulta ligada al nombramiento formal se diese entre todos los miembros de la sociedad (Noyes, 1966: 127-128). Sin embargo, trabajadores y estudiantes no pudieron ponerse de acuerdo en la definición de “fraternidad”. Para los primeros, el concepto no significaba una unión de todos los hombres, sino la solidaridad aplicada a su clase social contra el capitalismo burgués. Para los segundos, el significado no era mucho más amplio. Poco después de 1848, el igualitarismo del movimiento estudiantil progresista se rindió ante la camaradería esnob de las organizaciones altamente conservadoras, los *Corps*. Los cambios políticos y sociales que anteriormente habían desequilibrado el balance generacional, dando paso a nuevas tradiciones juveniles en todos los niveles de la sociedad, ahora, más que aminorar, reforzaban la división de las clases.

Para los jóvenes trabajadores, las antiguas tradiciones de las fraternidades se convirtieron en instrumentos que les permitieron forjar una identidad precoz con los camaradas adultos. No obstante, recurrir a las tradiciones de juventud sirvió a las clases medias precisamente de forma opuesta. Entre las filas de las clases medias, una entrada precipitada al estatus de adulto significaba la pérdida de futuras oportunidades. El éxito individual requería una larga capacitación y una gratificación tardía, y las nuevas culturas de los jóvenes de clase media, incluso de aquellos considerados “desviados” por la sociedad, complementaban dicha condición. Así pues, mientras las culturas juveniles de las diferentes clases compartieron una herencia histórica similar, a mediados de siglo se encontraban siguiendo trayectorias completamente diversas.

---

<sup>37</sup> Sobre el contexto en que se dio el contacto entre los jóvenes alemanes con los trabajadores en las décadas de 1830 y 1840, véase Schieder (1963: 30 ss.).



Niños Cadetes en Charterhouse School en la década de 1870. El segundo de la izquierda es Robert Baden-Powell, que más tarde se hizo famoso como general y fundador del movimiento Boy Scouts. Museo Histórico de Johnston, Boy Scouts of America, North Brunswick, New Jersey.



### CAPÍTULO 3

## LOS CHICOS SIEMPRE SERÁN CHICOS: DESCUBRIMIENTO DE LA ADOLESCENCIA, 1870-1900

Las fallidas revoluciones de 1848 marcaron un punto de quiebre en la historia política de la juventud, dando fin al primer periodo europeo de tensión estudiantil y clausurando el rol independentista de los jóvenes como parte del movimiento de la clase trabajadora. Fue hasta 1900 que la juventud tomó nuevamente el escenario público, ahora haciéndolo de diferentes formas y apoyando nuevas causas. Las tradiciones del radicalismo y el movimiento bohemio sobrevivieron, para renovarse a sí mismas en los movimientos socialistas juveniles y en el movimiento artístico *avant-garde* de fines de siglo. Si bien en ese momento se unieron, fueron opacados por un nuevo grupo juvenil, que tendía a enfocarse en ese pequeño lapso de la juventud al que nosotros ahora llamamos adolescencia. Las nuevas organizaciones no sólo eran más jóvenes en su composición; sino que, su sentido de fraternidad era al mismo tiempo nacionalista y socialmente conservador. Para 1900, la juventud, como símbolo de una fuerza regeneradora, fue cambiando de la izquierda hacia la derecha, revelando el cambio de estatus de los jóvenes en la sociedad europea.

En Inglaterra se detecta el inicio de este proceso en la década de 1850; empezando en las clases medias y altas, y fue descendiendo para luego abarcar a las clases más bajas. Durante la guerra de Crimea, uno de los festivales tradicionales del desorden, la noche de *Guy Fawkes*, se convirtió en la ocasión que favoreció que se produjeran estallidos de un patriotismo virulento. La efigie del Czar Nicolás reemplazó a la de Guy en las hogueras de noviembre, y aun cuando tales sustituciones no eran nuevas —Napoleón, también había sido quemado a principio de siglo—, el entusiasmo que acompañaba las marchas juveniles, y que se proclamaba en nombre de la reina y la nación, no tenía precedentes.<sup>1</sup> La amenaza de guerra con Francia al final de la misma década dio lugar a un movi-

<sup>1</sup> En Oxford, Nicolás reemplazó a Guy en 1854. Dos años más tarde, aquellos dueños de casa que no iluminaron sus ventanas en la celebración de victoria encontraron sus cristales rotos (Plowman, 1918: 48, 88). Otros ejemplos de usos conservadores de los rituales tradicionales de juventud son aportados por Edward P. Thompson (1972: 308-309).

miento orientado a formar cuerpos de fusileros en los internados de élite; y en Oxford, los *Voluntarios*, una milicia universitaria que se había relajado después de las guerras napoleónicas, resurgió después de que Edmond Warren escribiera una tajante carta al *London Times* en abril de 1859:

Yo supongo que cuando el siguiente periodo termine, habrá miles de nosotros, jóvenes corpulentos allá afuera, cuya talla, peso y actividad podrían sin dudarle igualar e incluso mejorar las de cualquier regimiento al servicio de Su Majestad. En tres años estarán esparcidos por todo el imperio. Qué resultados podrían tenerse si fueran instruidos tanto en las artes militares como en las del razonamiento. ¿Por qué los voluntarios de la Real Universidad de Oxford no pueden ser acogidos y entrenados en Port Meadow? Dos horas de entrenamiento dos o tres veces por semana, los pondrían en forma, y una chaqueta de franela azul y ropa interior blanca no arruinan a nadie (citado en *Newsome*, 1961: 224; *Plowman*, 1918: 30-32).

Pasada la crisis internacional, los *Voluntarios* de Warren se graduaron sin haber puesto a prueba su espíritu de combate. Pero ocho años después, sin embargo, los cadetes universitarios fueron enviados a la batalla, en este caso contra una multitud del pueblo que reclamaba la redistribución de los impuestos. Al aplacar a los agitadores, los jóvenes caballeros de Oxford, probaron que en su mente la defensa de la clase era inseparable de la defensa del país.<sup>2</sup> Al finalizar el siglo, de manera similar, muchos rituales tradicionales del desorden se habían convertido en instrumentos similares de un nacionalismo conservador, culminando en el arrebato salvaje de la noche de Mafeking, el 18 de mayo de 1900, y en los ataques a reuniones a favor de los Bóer, llevados a cabo por jóvenes, empleados y otros profesionistas durante los días que siguieron.<sup>3</sup>

La utilidad que significaba llevar a la gente común hacia un propósito patriótico llegó a ser cada vez más obvia para las élites del siglo XIX; y, cuando en la década de 1890 el anticuario Persy Manning viajó en busca de tradiciones auténticas de la juventud, encontró para su disgusto que, a menudo, los bailes y canciones de mayo en las villas de Oxford ya no eran un auténtico ejemplo de

<sup>2</sup> Plowman describió el ataque de los estudiantes a los agitadores de la siguiente manera: “Nunca olvidaré sus rápidas y alegres embestidas. En un espíritu de gran gozo, con un grito de guerra, cayeron sobre la muchedumbre frente a ellos con una determinación irresistible, y los segaron como si hubieran sido hierba. En la fantasía, puedo escuchar ahora el golpeteo de bastones en las cabezas de los perturbadores desconcertados, entremezclados con los gritos de los heridos” (*Plowman*, 1918: 220).

<sup>3</sup> Acerca de la noche de Mafeking y lo que le siguió, véase Price (1972: 132-176).

las tradiciones locales, sino más bien ejercicios oficialmente financiados por la escuela. Habían desaparecido las celebraciones espontáneas, y las sátiras sociales relacionadas con las comedias tradicionales estaban ausentes. Sólo habían quedado diversiones artificiales, despojadas de significado social. “Yo tenía la esperanza de encontrar algo bueno”, escribió Manning después de visitar la mansión Yarntor una mañana de mayo, “pero los muchachos siguieron el festejo con mofas muy inocuas que les habían enseñado en la escuela”.<sup>4</sup>

En Inglaterra, los bailes tradicionales y los festivales de cacería habían experimentado un declive a partir de la década de 1850. Manning encontró que, para 1900, no sólo los momentos antes dedicados a hombres y mujeres jóvenes habían sido dejados a muchachos más jóvenes, sino también que la composición de las clases participantes se había modificado. Esto podía verse en la celebración del primero de mayo en Oxford mismo, donde la coronación de un rey y una reina, ya entrados en la juventud de acuerdo con todos los estándares sociales, se había vuelto el rito de los estratos juveniles más bajos; los pobres deshollinadores eran quienes intentaban mantener la tradición ante el acoso de los oficiales de la ciudad. La versión profana de los himnos cantados durante la mañana de mayo desde lo alto de la torre del Colegio Magdalena había sido eliminada desde mucho tiempo atrás, haciendo de toda la ocasión un atractivo turístico como el que se mantiene hasta hoy en día, más que el ruidoso festejo que representaba antes del siglo XIX.<sup>5</sup> Festivales como el de Whit Hunt, en el bosque de Wychwood de la provincia de Oxford, eran también cosa del pasado, perpetuados en el cambio de siglo por los gitanos y otros indeseables, pero careciendo del respeto de otros sectores de la población rural.<sup>6</sup> La danza de Morris y las actuaciones asociadas a ella se encontraban en declive, de tal forma que sólo la intervención de los folcloristas urbanos pudo revivirlas. Percy Manning fue capaz de identificar a dos bailarines originarios en fotografías tomadas en 1860, y los alentó a que enseñaran canciones y pasos a los hombres más jóvenes. Pero, incluso el deseo de Manning de autenticidad no fue lo suficientemente fuerte como para remplazar su sentido victoriano del decoro y, cuando sus bailarines hicieron su primera aparición en Oxford en 1899, no sólo las letras carecían del buen sentido del humor profano, sino que además se habían perdido las características que identificaban al señor del desorden tradicional.<sup>7</sup>

<sup>4</sup> Ms. Source B, *Manning Collection*, Scrapbooks and notes, MS Top Oxon d 199, pp. 192-193.

<sup>5</sup> Ms. Source B, *Manning Collection*, Scrapbooks and notes, MS Top Oxon d 199, pp. 119; Manning (1897: 307-309).

<sup>6</sup> Ms. source B, *Manning Collection*, Scrapbooks and notes, MS Top Oxon d 199, pp. 166, 186-88, 258; Manning (1897: 309-315).

<sup>7</sup> El rol desempeñado por Manning se encuentra documentado en la Biblioteca Bodleiana, MS Top

La tendencia de la juventud a perder su autonomía y volverse un instrumento de los intereses adultos encontró mayor resistencia en la clase trabajadora pobre. Aun así, para 1900 las canciones del desorden estaban muriendo, incluso en los vecindarios más representativos de la clase trabajadora, revelando la existencia de cambios semejantes a los que se presentaban en las clases medias y altas. Tras el declive de los movimientos de trabajadores y del radicalismo estudiantil yacían profundas transformaciones que no sólo impulsaron los estragos demográficos y económicos que habían puesto a la juventud en problemas previamente en el siglo, sino que alteraron el ciclo de vida en sí mismo. Ello dio lugar a la formación de nuevos tipos de fraternidades que sustituyeron a las antiguas. La pérdida de independencia política y social de los jóvenes dio cuenta del hecho de que un significativo segmento de esa fase de vida, conformado por los jóvenes de entre 14 y 18 años, se estaba volviendo dependiente de forma creciente. Mientras los jóvenes de mayor edad mantuvieron mucha de su independencia y autonomía previas, llegando incluso a identificarse más con un estatus de adultez, la fracción más joven de este grupo de edad estaba perdiendo acceso a la economía y a la sociedad adultas, encontrándose, cada vez más, sujeto al control parental y de otras instituciones. La autonomía moral atribuida a los jóvenes en generaciones previas dio paso a nuevos tipos de conformidad asociados con una actividad física considerada menos intelectual. A su vez, esto se reflejaba en la imagen pública de los jóvenes, que dejaron de ser los rebeldes de Delacroix en las barricadas, jóvenes en guerra con la sociedad, para aparecer en los posters de reclutamiento de fines del siglo XIX, que glorificaban a la juventud en guerra por su sociedad.

• I •

El descubrimiento de la adolescencia corresponde esencialmente a las clases medias, el primer grupo, además la aristocracia, experimentó la caída de la mortalidad infantil y las consecuencias que esto conlleva. Gracias a su fortuna y a la firme tradición de la primogenitura, que asignó roles subordinados a los hijos más jóvenes, la nobleza tenía la capacidad de absorber grandes números de niños que sobrevivían. Las clases medias, en particular sus integrantes profesionales, que carecían de recursos comparables y no tenían el deseo de penalizar al último nacido, se voltearon hacia la limitación familiar como único camino para afrontar este reto. Sin embargo, aún estaba lejos de considerarse el modelo actual de las familias de dos hijos; recién en las décadas de 1860 y 1870, las clases

---

OXon. Véase también Beerbohm (1907).

medias inglesas y otros grupos seguidores del estatus social comenzaron a adoptarlo como ideal, como modo de ajustar la experiencia de criar y educar niños. A inicios del siglo XIX, la situación de este grupo con respecto a su excedente de hijos e hijas fue mejorando gradualmente y, en lugar de que cada generación fuera más grande que la posterior, las familias se volvieron aún más pequeñas entre quienes practicaban la limitación familiar (Banks, 1954: capítulos 10-12).

La estrategia de las familias se había modificado, pasando de ser una de alta fertilidad a una baja, lo que a su vez transformó las actitudes de los padres hacia los niños en el proceso. De forma creciente, cada niño empezó a ser tratado (de acuerdo con su sexo) sin prejuicio respecto al lugar que ocupaba en el orden de los nacimientos. “Da a los chicos una buena educación y un punto de partida en su vida —escribió J.E. Panton en 1889 (citado en John R. Gillis, 1971) — y provee a las chicas con 150 libras al año, sin importar cuándo se casen o tu propia muerte, y habrás cumplido con el deber para con tus hijos. Las chicas no morirán de hambre con esa cantidad, y no serán presa de un cazador de fortunas; pues nadie tiene el derecho de traer niños al mundo en las clases medias y altas y hacerlas menos” (citado en Banks, 1954: 163). La preocupación previa reservada a los hijos más jóvenes pareció extenderse a los jóvenes de mayor edad, no sólo por sentimentalismo sino también ante la evidencia de que la inversión en una costosa educación a largo plazo debía ser cuidadosamente planeada y conscientemente protegida, más que dejada a la suerte, como se había hecho tan a menudo durante la primera mitad del siglo.

Un aspecto de este nuevo cuidado y preocupación por los niños mayores fue el largo periodo de dependencia al que se vieron sujetos los jóvenes. Las chicas de clase media eran mantenidas en casa hasta el matrimonio, siendo estrechamente vigiladas hasta que pasaban al resguardo de otra familia. En la segunda mitad del siglo XIX comenzó a crecer el interés en la educación femenina, en parte como resultado de la existencia de un excedente de mujeres jóvenes para quienes el matrimonio no era llamativo; esto resultaba sospechoso en un grupo que creía que “el amor por la casa, los niños y las necesidades domésticas son las únicas pasiones que sentían las mujeres” (Acton, 1875: 213). Los chicos gozaban de mayor autonomía, pero sus carreras eran cuidadosamente supervisadas por sus padres, quienes, al reconocer el declive de las formas tradicionales de aprendizaje, comenzaron a mostrar más interés en la educación secundaria. Inclusive los hombres de negocios, para los que la educación clásica había sido poco atractiva anteriormente, se mostraban cada vez más preocupados por obtener para sus hijos los beneficios de la escolaridad a los 16 o 17 años, aun cuando esperaban

que los chicos se unieran a sus negocios o a los de otros (Crozier, 1965: 33-42; Zorn, 1964: 329-334; Ringer, 1969: capítulos 1 y 2). James Templeton, director de la escuela Mission House en Exeter, dijo a la Comisión de Escuelas Inglesas en 1868: “En lugar de lo que he escuchado en mis días de juventud, un padre diciendo ‘he hecho mucho bien en el mundo. Yo sólo estuve seis o doce meses en la escuela’, el discurso de tal hombre ahora será. ‘No tuve tales ventajas y oportunidades en mi vida, me gustaría que mi hijo fuera alguien, un hombre educado que tenga más oportunidades de las que yo tuve’”.<sup>8</sup> Una tendencia similar podía percibirse en el continente, donde el declive del aprendizaje era también producto de los deseos parentales de ver a sus hijos tener no sólo los beneficios intelectuales, sino también los beneficios sociales que proporcionaba una escolaridad de élite (Musgrove, 1965: 46 ss.; Musgrove, 1960: 377, 404).<sup>9</sup>

En 1876, en la revista *Edinburg Review* se escribió sobre una clase media alta que estaba “consciente de que preservar las ventajas de las que disfruta, todavía depende de la actividad mental por las que fueron ganadas; intensamente dedicada a los placeres intelectuales y estéticos, la clase media alta parece la menos dispuesta de todas a negar sus preocupaciones educativas” (citado en Banks, 1954: 191). La Comisión de Escuelas encontró que estas clases estaban dispuestas a que sus hijos permanecieran en las escuelas durante más tiempo, hasta los 18 o 19 años, para entonces enviarlos a las universidades. Incluso los menos acomodados de las clases medias expresaban una preocupación similar, motivados por el deseo de alcanzar un estatus privilegiado semejante. Un ferretero, Edmund Edmundson, testificó en 1868 que, a partir de que las tradiciones de aprendizaje habían decaído, el prejuicio tradicional de los trabajadores contra la educación latina había ido disminuyendo. “El hecho es, si un chico no está bien educado no puede mantener su posición en la sociedad. Que 20 años atrás, tal como yo la recuerdo, era una cosa totalmente diferente de la que es actualmente”.<sup>10</sup> Las preferencias de un hombre que se formaba a sí mismo nunca fueron tan fuertes en el continente, y se estaban diluyendo a lo largo de Europa, mientras las clases medias se volvían cada vez más dependientes de las escuelas para garantizar un futuro a su prole.

El menor número de niños alentó la existencia de corresponsalías más largas, particularmente en el continente, donde la educación secundaria se encontraba organizada en torno al día escolar. En tanto el crecimiento de la educación se-

<sup>8</sup> Publicación/reporte: *Parl. Papers* IV, pp. 744-745.

<sup>9</sup> Para Alemania, véase Roessler (1961: capítulo 5).

<sup>10</sup> Publicaciones/ reporte: *Parl. Papers* V. p. 487.

cundaria durante la segunda mitad del siglo XIX hizo que las escuelas secundarias estuvieran disponibles en pueblos de tamaños moderados, la necesidad de hospedarse fuera mientras se iba a la escuela perdió la importancia que había tenido antes. Las mejoras en el transporte facilitaron el movimiento de los alumnos en las áreas urbanas, en aquellos lugares en que los vecindarios carecían de sus propias escuelas. Por tanto, para 1900 la mayoría de los estudiantes franceses y alemanes vivía con sus padres, y dejaba la casa sólo cuando iba a las universidades o ingresaba a una carrera. Incluso en Inglaterra, donde la tradición de hospedaje continuó y se extendió durante este periodo, las vacaciones más largas y el mejor transporte posibilitaron que el contacto entre padres e hijos fuera más frecuente.

Ya sea que un niño fuera enviado a la escuela o no, los padres asumieron un rol mucho más importante en la supervisión del proceso entero de formación de cada uno de sus hijos e hijas. Los padres alemanes tenían mala fama por la severidad con que vigilaban la formación de sus descendencias. Ellos mantenían a los chicos y chicas dentro de los confines del hogar, permitiéndoles un contacto limitado con el mundo y sólo para propósitos de su formación educativa. La era de la unidad doméstica patriarcal, con sus múltiples funciones económicas y civiles, había quedado atrás desde 1870; muchas de las prerrogativas de los padres habían sido usurpadas por la fábrica, el Estado y la escuela. Aun así, su autoridad persistió en lo que a menudo parecía una forma tiránica y anticuada. Hans Heinrich Muchow percibió la existencia de un rezago cultural que respondía a la lentitud de los padres para ajustarse a la transición de las grandes casas familiares a las pequeñas unidades familiares: “Fuera de la costumbre, él se mantuvo en el rol, atrapado en el núcleo familiar como un súper padre, especialmente para los niños en crecimiento, quienes más allá de los cuidados se encontraban sujetos a cada impulso de la figura paterna” (Muchow, 1959: 54). Poco sorprende que los hijos de la clase media alemana hayan volteado a ver con cierta nostalgia las tradiciones de la juventud semiindependiente del pasado, especialmente el *Wanderjahr*. Atrapados durante años entre la tiranía de la casa y las demandas de la rigurosa escuela académica alemana, el *Gymnasium*, habían perdido contacto con el apoyo que proporcionaba la vieja estructura del grupo de pares y la autonomía que esto representaba.

En Inglaterra, la preocupación parental no fue menos intensa o comprensiva, pero allí surgió una alternativa a la tiranía paternal. Mientras en el continente los internados y las academias militares mantuvieron el monopolio de la aristocracia, en Inglaterra esta tradición se amplió para incluir a una cada vez más amplia fracción de la clase media. La reforma y la expansión de los internados

públicos fueron claves para forjar el compromiso entre las aspiraciones de la clase media y los valores existentes a mediados de la era victoriana. Para los escaladores sociales, el atractivo era obvio: “en las grandes escuelas, que poseían famosas tradiciones, y en las que la mayoría de los alumnos provenía de casas de caballeros, hay un estilo en las costumbres y el sentido del honor, que llega incluso a neutralizar las desventajas de una salida temprana del refugio del hogar”.<sup>11</sup> En el caso de aquellos padres preocupados por mandar lejos a sus hijos a una edad que demandaba cuidado y protección, existía la seguridad de que “el maestro ocuparía el lugar de los padres, y para hacer este trabajo de la forma correcta debía ser investido con la autoridad de los padres”.<sup>12</sup> El hecho de que un chico permaneciera en casa por su escuela, o de que fuera enviado a un internado, para las clases medias europeas era obviamente menos importante que el hecho de que los controles sociales fueran asociados con la educación. Ello condujo, como resultado universal, a un estado de dependencia mayor al experimentado por la generación previa, e implicó la creación de un nuevo estado de la vida, correspondiente a lo que ahora llamamos “adolescencia”.

En su límite inferior, la adolescencia fue separada de la niñez por la línea recientemente creada entre educación primaria y educación secundaria. Mientras que a inicios del siglo XIX —cuando por razones de tradición y experiencia, los padres alentaron la precocidad de sus niños—, hijos de entre 8 y 19 años habían sido enviados juntos a las escuelas inglesas, en 1868 se reportaba: “se ha vuelto una práctica muy común no enviar a los chicos a escuelas como Harrow o Rugby hasta los 13 o 14 años, y prepararlos para una escuela preparatoria con chicos de su edad”.<sup>13</sup> La clasificación más estricta por edad, y el hecho de haber restado importancia a la precocidad, también se reflejaron en el límite superior de la adolescencia, por la creciente uniformidad en la edad de matriculación en la universidad. La distribución por edad de los aspirantes a la universidad de Oxford (cuadro 3) da cuenta de la impactante tendencia hacia la implementación de un nuevo set de normas, que establecían un lazo entre los años adolescentes en la secundaria (14-18 años) y el estatus de “adulto joven”, que se extendía desde la universidad hasta el matrimonio a los 30 años.<sup>14</sup>

<sup>11</sup> Publicación / reporte: *Parl. Papers* I, p.45.

<sup>12</sup> Publicación / reporte: *Parl. Papers* I, p.43.

<sup>13</sup> Publicación / reporte: *Parl. Papers* I, p.89.

<sup>14</sup> Respecto a la clasificación por edad, véase Ariès (1965: capítulo 4).

Cuadro 3. Distribución por edad de los matriculados a la universidad de Oxford

EDAD	AÑO					
	1810	1835	1860	1885	1910	1960
13						
14	I					
15	I	I				
16	7	2		I		
17	25	24	10	5	2	2
18	34	48	48	34	18	30
19	16	15	30	40	45	31
20+	16	10	12	20	35	37

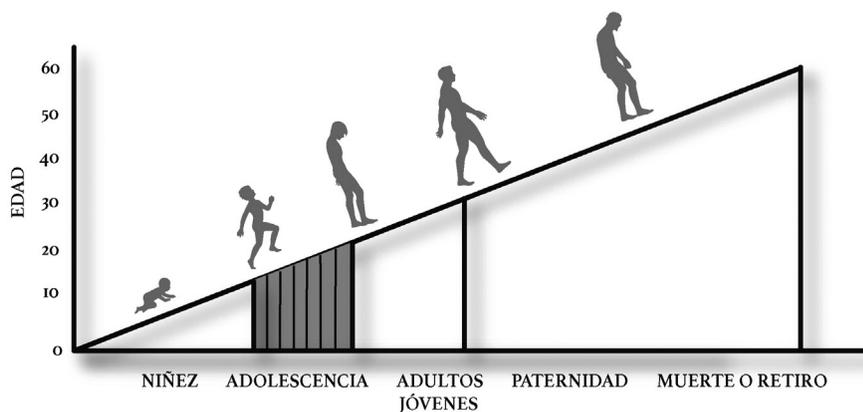
FUENTE: Stone. (1972). *The Size and Composition of the Oxford Student Body*, p.158

En la historia de Oxford, el período comprendido entre 1830 y 1890 fue el más homogéneo en temas de edad. A partir de ese momento, las aplicaciones para la admisión de quienes estaban en sus 20 años se incrementaron en número; sin embargo, esto no debe distraer del hecho de que los días de los precoces y los rezagados estaban quedando claramente en el pasado. Ni los padres ni los directivos estaban interesados en presionar a los chicos con las formas que eran comunes anteriormente. La precocidad en sí misma había sido desacreditada y más asociada con la gente de la calle que con los alumnos respetables. “Cómo amenaza yo cosificando a un chico —declaró Warden Sewell del Colegio Radley—. Esto puede ser tan malo como abrir un huevo y encontrar un pollito dentro. ¿Qué decir de

un bebé con bigotes? No, hay que mantener a los chicos chicos, a los niños niños, y a los jóvenes hombres como jóvenes hombres” (citado en Musgrove, 1965: 55).

A fines de la década de 1850, Sewell resaltaba la medida en que la nueva división tripartita daba a la infancia un significado concreto que no había tenido anteriormente. La emergencia de la niñez se reflejó en la cambiante literatura infantil de ese momento, que conllevaba su propia clasificación por edad. Antes de la mitad del siglo, revistas como *Youth's Monthly Visitor* habían apuntado su sermón hacia una audiencia indefinida que abarcaba a ambos sexos y tanto a niños como jóvenes adultos pasando por las etapas intermedias. La aparición de la *Boy's Own Magazine* en 1855 —seguida, una vez demostrado su éxito comercial, por la de *Boy's Own Paper* y *Boy's Penny Magazine*, *Boys of England* y una serie de competidores— marcó un momento de cambio en las actitudes públicas, por lo menos entre las clases medias, que fueron sus suscriptores iniciales. Los periódicos no sólo fueron segregados por sexo, sino que además reforzaron los estereotipos favorecidos por la burguesía victoriana: “la imagen del chico de escuela pública para los hombres y para las chicas, la de las mujeres en casa” (Darton, 1958: 293; Turner, 1957: 66-72; Avery, 1965: 139-148). Para fines de siglo, la literatura infantil se subdividió aún más, existiendo revistas para bebés, niños, adolescentes y jóvenes adultos, cada una de las cuales abordaba lo que debía ser el buen comportamiento en cada etapa del ciclo vital (Darton, 1958: 314).

Grafica 3. Ciclo de vida de la clase media, 1900



FUENTE: Darton, F. J. H. (1958). *Children's Books in England: Five Centuries of Social Life*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.

“A menudo, sus padres deseaban, por encima de todo, que sus chicos fueran como otros chicos y no marcados como peculiares”, reportó la Comisión de Investigación Escolar.<sup>15</sup> Una parte importante de ser como los demás, tenía que ver con estar en conformidad con las convenciones del ciclo de vida de la clase media, la cual para 1900 había colocado a la adolescencia como parte del orden natural de una sociedad respetable (véase gráfica 3).

## • II •

La baja mortalidad y la baja fertilidad hicieron posible la adolescencia, pero el verdadero origen de este grupo de edad, así como sus características sociales y psicológicas, fue la escuela secundaria de élite. En Inglaterra, la invención de la adolescencia fue el producto no intencional de la reforma de las escuelas públicas, cuyos inicios se asocian con la era de Thomas Arnold ejerciendo como director del Colegio Rugby entre 1827 y 1839. Arnold y los otros reformadores de su generación fueron resultado de la época previa, ligada a la juventud en problemas; su propio entrenamiento había sido precoz y desconocía cualquier cosa que fuera semejante al estado de la adolescencia, que se consolidaría con sus reformas. Como estudiantes universitarios en la década de 1820 tenían el temperamento social y espiritual asociado a su época. Muchos habían sido tocados por la evangelización y, en un momento u otro de sus vidas, se habían sentido salvados por sus compañeros. Las formas sociales de las que tomaron fuerza fueron las típicas de la edad de transición —pequeños círculos íntimos de amigos, como los que Thomas Arnold compartió con John Keble y J.T. Coleridge en Oxford. Coleridge se refirió a

[...] los miembros muy por debajo de la edad y con más que la ordinaria habilidad y escolaridad [...] Un resultado de estas circunstancias fue que nosotros vivíamos en términos muy familiares el uno con el otro: podíamos, y de hecho lo hacíamos, ser inmaduros en nuestro trato y en las libertades que nos tomábamos entre nosotros; pero nuestro interés en la literatura, antigua y moderna y, todas las cosas excitantes de ese apasionante momento no eran inmaduras; debatíamos cuestionamientos clásicos y románticos; discutíamos poesía e historia, lógica y filosofía; o lidiábamos sobre las batallas peninsulares o las campañas continentales con la energía de contendientes personalmente involucrados. Nuestros hábitos eran baratos y moderados (citado en Newsome, 1961: 9-10).

<sup>15</sup> Publicación/ reporte: *Parl. Papers* I, p.17.

La suya fue una generación que todavía podía llorar abiertamente, sin miedo de que se los llamara afeminados; podían abrazar sin que existiera el estigma de la desviación sexual. Disfrutaron del culto a una cálida y abierta amistad masculina no tan diferente y que admiraban de los románticos alemanes; asociaban la masculinidad con elevadas pautas morales, que se sentían preservadas entonces de infantilismos y de las indulgencias adultas. Aunque pocos ingleses de su posición social fueron tocados por el movimiento bohemio o el utópico, tan prevalecientes en el continente, no fueron pocos los que más tarde se sintieron atraídos por los votos monásticos del *Tractarian Movement* [Movimiento Tractariano]<sup>16</sup> de la década de 1830. “Habiendo formado amistades íntimas a una edad en la que es propio tener visiones —escribe David Newsome—, desarrollaron una determinación común para plasmar sus ideales en la sociedad a la que los llevaría su trabajo” (Newsome, 1961: 7).

Arnold proclamó su llamado como educador, a manera de un cuidador de la persona en su totalidad: “Debe ajustar las demandas de ejercicios físicos y mentales a los diferentes tipos de labor intelectual; debe considerar cada parte de la naturaleza física intelectual y moral de su alumno, dejando la última como parámetro para el desarrollo de las demás” Newsome, 1961: 2; Bamford, 1967: 19-26, 49-53; Mack, 1938: 194-200). Arnold deseaba formar hombres jóvenes que se caracterizaran por su solidez intelectual, su honestidad moral y una profunda convicción espiritual. Los sentimientos que deseaba desarrollar no eran emociones infantiles, sino idealismos nobles. Su propia educación lo acostumbró a pensar en términos de un comportamiento más precoz y, cuando se preguntaba, ¿puede el cambio de la niñez a la adultez ser apresurado en el caso de chicos y jóvenes, sin agotar prematuramente las cualidades de sus cuerpos y mentes?”, su respuesta era incondicionalmente afirmativa. El objeto de la educación de Rugby señaló, “Pero si es posible formar hombres cristianos para niños cristianos, yo apenas y podré hacerlo” (citado en Newsome, 1961: 51).

La filosofía de que “los chicos siempre serán chicos” no tenía cabida en el mundo de Arnold, aún muy cercano a las condiciones que impulsaron la precocidad de los jóvenes de principios de siglo. “Si el cambio de niñez a adultez puede ser apresurado de forma segura, entonces debe ser apresurado; y es un pecado

<sup>16</sup> Así llamado porque publicaba sus textos en la revista llamada *Tracts for the Times* (1833-1841), movimiento eclesiástico-teológico que surgió en Oxford en 1833 y afectó profundamente a la Iglesia anglicana: buscaban vencer el declive religioso de comienzos del siglo XVIII, mediante las tradiciones eclesiásticas más antiguas, como el misticismo y una aproximación interior a los principios católicos. [http://www.iglesiapueblonuevo.es/index.php?codigo=enc\\_tractarianismo](http://www.iglesiapueblonuevo.es/index.php?codigo=enc_tractarianismo) (N. T.)

de todos no apresurarlo”, afirmó, manteniendo esta filosofía educativa hasta el final (citado en Musgrove, 1965: 55). Como admirador de la tradición, Arnold no intentaba destruir la estructura de los grupos de pares. En lugar de eso, hizo virar la hegemonía tradicional de los mayores sobre los chicos más jóvenes para su propia ventaja, purgando el sistema de prefectos y la basura de su violencia, modificándolos en favor de una nueva y más paternal disciplina en las escuelas. Se recordará que, a inicios del siglo XIX, en las escuelas los chicos se gobernaban a sí mismos, controlando a sus miembros mediante la presión del propio grupo, que toleraba los excesos de acoso. Cuando los maestros debieron enfrentarse a este autogobierno, lo hicieron bajo su propio riesgo, a menudo provocando el tipo de rebelión que había sido una historia frecuente en las escuelas, a lo largo de la primera mitad siglo XIX. Los maestros de este siglo fueron famosos por su uso del látigo y el control que ejercieron a través del castigo corporal, ciertamente no terminó con los inicios de la reforma. De cualquier modo, la relación entre estudiantes y maestros se fue volviendo más suave e íntima. La fuerza represora fue reducida a un sistema de supervisión casi paternal, encaminado más a prevenir abusos que a castigarlos. Por lo que, se podría reportar que, para 1864, “la relación entre maestros y chicos es más cercana y amigable de lo que solía ser... Los azotes, que 20 años atrás eran un recurso tradicional contra las peores ofensas, son ahora en general aplicados esporádicamente y solamente en los casos más serios. Se presta más atención a la enseñanza religiosa... Y se pone más confianza en el sentido del deber”.<sup>17</sup>

La autoridad de los maestros, disminuida a lo largo de los 100 años previos, se incrementó para quienes siguieron a Arnold, al punto de que fue posible pensar la escuela como un sustituto adecuado de la familia, y a los maestros sirviendo como padres subrogados. Podría decirse que, en la década de 1860, el maestro, *in loco parentis*, ocupaba el lugar de uno de los padres, en el extenso sentido de la palabra. La reforma había dado a la escuela completa autoridad sobre quienes estaban a su cargo, algo nunca soñado en el pasado, cuando la escuela era marginal con respecto al principal lugar de aprendizaje, el mundo mismo. Ahora, sin embargo, era considerada como un sustituto superior, no sólo por la familia sino también por la vida misma: “Para los internados, la escuela es el mundo, el trabajo del mundo”. Las lecciones, promociones y privilegios de la escuela tuvieron mayor impacto en el chico que “si su mundo fuese tan sólo una parte de un mundo mucho mayor, al cual su padre y su madre pertenecían”. La compañía de sus pares es, en todos los aspectos, superior a la de los adultos, porque “la

<sup>17</sup> Publicación/ reporte: *Parl. Papers XX*, p. 44.

conversación de su padre es, en parte, sobre temas que no comprende del todo, en cierta medida debido a la indefinida diferencia causada por la diferencia de edad; pero la conversación de un chico, incluso de uno más astuto que él mismo, se encuentra todavía dentro de su comprensión”.<sup>18</sup>

Arnold mismo nunca habría abogado en favor de la completa separación de un chico del mundo. Si bien era cierto que algunos temas como el sexo eran considerados inapropiados para la juventud, su meta de hacer estudiantes cristianos prevenía la exclusión de la vida escolar del chico de otros problemas —sociales, políticos e ideológicos— necesarios para el desarrollo integral del individuo. En su deseo por crear un ambiente encaminado al crecimiento, hasta había alentado la creación de barreras entre la escuela y la vida adulta. Así, para atraer al tipo correcto de chicos de clase media había excluido a los chicos locales de contextos pobres. El pueblo y la toga nunca se mezclaron fácilmente después de su participación y, al mismo tiempo que la exclusividad de las escuelas se hizo más pronunciada, se acentuó más el aislamiento de sus residentes (Weinberg, 1967: 37-38; R. Wilkinson, 1964: 8-26). La reforma tuvo consecuencias no previstas, entre ellas la transformación de los internados en instituciones caracterizadas por el ostracismo, como han permanecido desde entonces. Gradualmente, la supervisión paternal de Arnold se fue volviendo una vigilancia paternal. Los chicos interesados en el mundo exterior, en su poesía y su política, fueron autorizados a experimentarlo sólo de segunda mano, a través sociedades de debate y otras imitaciones de la vida adulta (Weinberg, 1967: 34-52; R. Wilkinson, 1964: 29-32; Bamford, 1967: 80-82; Wakeford, 1969: capítulo 1). Las escuelas continentales avanzaron un paso más allá, eliminando por completo los temas políticos y sociales de sus *curricula*. Un observador alemán comentó que, en las escuelas inglesas, “la imitación de la vida de los adultos en clubes y otras sociedades, así como su cuidado por mantener las formas en las reuniones públicas, a nosotros sólo pueden parecernos signos de cierta precocidad” (Wiese, 1854: 48). Aun así, esta precocidad no era la misma alentada por Arnold. Jugar a la política contribuía a mantener la sofisticación entre los estudiantes, pero esto no se acercaba a la experiencia política real, por lo menos, no más de lo que lo hacían los juegos juveniles de la guerra real. Nada podría sustituir el involucrarse realmente en los aspectos sociales, económicos y políticos de la vida, confrontación que estaba siendo pospuesta para ser abordada en edades cada vez mayores.

La reforma, aun siendo liberal e iluminada, mantenía una contradicción fundamental al tratar de acelerar el pasaje de la infancia a la adultez por me-

<sup>18</sup> Publicación/ reporte: *Parl. Papers* IV, p. 44.

dios institucionales. En la década de 1860, las escuelas públicas inglesas habían llegado a ser lo que Erving Goffman describió como una institución total: “Un lugar de residencia o trabajo en el que un gran número de individuos residentes, apartados de la sociedad por un tiempo prolongado, desarrollaron juntos un tipo de vida cerrado y formalmente administrado” (Goffman, 1961: XIII). El ostracismo de los internados fue, por supuesto, mucho más completo que el de las escuelas diurnas; incluso en Francia y Alemania, donde el internado y sus tradiciones no prevalecieron, existía cierta tendencia de las escuelas a extender su autoridad hacia una parte cada vez mayor de la vida de los estudiantes. Así, las escuelas secundarias continentales siguieron este patrón hasta el extremo de que, a fines del siglo XIX, habían coartado la independencia de sus estudiantes de tal forma que ninguna actividad podía ser llevada a cabo sin el permiso de las autoridades escolares. La tarea cumplía el mismo papel con el propósito de regular el tiempo de los estudiantes fuera de las horas escolares (Wiese, 1854: 23-32; Waas; 1967: 87-89; Pross, 1964: 87-89; Muchow, 1959: 14-16; Bamford, 1967: 80-83; Newsome, 1961: 81 ss.; Weinberg, 1967: 45-46).

En Inglaterra, esto era justificado por la religión, mientras que en el continente lo era por la cultura; no obstante, en ambos casos los temores que movían tanto a padres como a maestros eran similares. Estaba fresca la memoria del radicalismo estudiantil y las rebeliones. Por lo que, cuando en la década de 1850 organizaron compañías de cadetes juveniles, los adultos no sólo pensaban en las posibles amenazas externas. Una combinación semejante de nacionalismo y conservadurismo social subyacía a las actividades juveniles en Francia después de la comuna de 1871, las cuales culminaron en los coloridos pero efímeros *bataillons scolaires* de inicios de la década de 1880 (E. Weber, 1971: 74-75). Una vez que los chicos se cansaron de jugar a la guerra, sus mayores encontraron otros juegos para involucrarlos y canalizar sus energías. El archiconservador francés, Hyppolyte Taine, pudo recomendar a sus coterráneos la manía inglesa por los deportes en equipo, lo que socialmente era conservador y de utilidad militar. Y parece que tomaron en cuenta este consejo, porque en 1899 el *Almanach des Sports* reportaba: “El *football* es una pequeña guerra verdadera, con su necesaria disciplina y sus formas de conseguir participantes habituados al peligro y los golpes” (citado en E. Weber, 1971: 90).

A pesar de ser demasiado jóvenes para votar, para ser reclutados o ser voluntarios del ejército real, los escolares estaban exentos de la disciplina a que se encontraban sometidos sus hermanos mayores. Pero, al menos, el ejército real llevaba las compensaciones que supone el acceso a la vida adulta, y a fines del siglo

XIX, un joven oficial de reserva podía llegar a ser el símbolo de las libertades de los jóvenes adultos, las cuales se veían resaltadas precisamente porque contrastaban fuertemente con las restricciones impuestas a los adolescentes. Los jóvenes universitarios alemanes marcaron la distancia social entre ellos y los escolares al permitirse duelos excesivos y bebidas. Las conexiones fraternales entre los dos niveles, existentes desde inicios del siglo XIX, se vieron reducidas a un estado insignificante (Waas, 1967: 98 ss.; Zorn, 1964: 329). En Inglaterra, los límites entre escuela y universidad también fueron profundamente trazados, aun cuando los uniformes y la moda de los colegios continuaban glorificando a los héroes escolares.

La postura respecto a la adultez por parte de los adolescentes continuó, pero la sustancia de la masculinidad, de acuerdo a como fue comprendida por la generación de Arnold —entendida como autonomía espiritual y madurez intelectual— fue remplazada por el énfasis puesto en el progreso físico y la fuerza de voluntad. Este nuevo culto a la masculinidad adoraba un tipo diferente de virtudes. Así, el espartano relevó al platónico, y la fraternidad comenzó a compartir atributos físicos más que espirituales. Treitschke no estaba muy equivocado cuando señaló que la idea de civilización de los hombres ingleses era una comedia. Los sucesores de Arnold interpretaron el bienestar como un elemento de buena salud y músculos fuertes. “Ese baño matutino, que los extranjeros valoraban como la superstición más extraña de los jóvenes ingleses, ha hecho tanto por abolir las borracheras como cualquier otra causa”, mencionó Charles Kingsley (citado en Newsome, 1961: 211). Simultáneamente, se incrementó la importancia de los deportes de equipo-fuerza y, para 1880, los juegos eran considerados obligatorios en la mayoría de las escuelas públicas, siendo justificados ampliamente por su supuesta contribución al entrenamiento de chicos de diferentes contextos, en una suerte de *esprit de corps* común. Edward Thring, director de Uppingham y uno de los grandes defensores del deporte, creyó que éste era la llave para la formación de una nueva élite nacional, conformada por los mejores de la aristocracia y la clase media.

Hay un fuerte sentimiento creciendo entre la clase comerciante de Inglaterra a favor de las escuelas públicas; y cientos van ahora a escuelas, quienes 30 años atrás no habían pensado en hacerlo. El aprendizaje para ser responsable, independiente, aguantar el dolor, jugar y dejar de lado la prosperidad y los lujos en casa, es todo un beneficio sin precio. Yo pienso que eso es lo que ha hecho de los ingleses una raza aventurera; y por eso con todas sus fallas... las escuelas públicas son la causa de esa “masculinidad” (citado en Newsome, 1961: 227).

El deporte estaba concentrando muchas de las funciones de los ritos de paso alguna vez reservadas al estudio del latín, y también aseguraba la separación de los chicos del mundo de las mujeres durante la transición crítica entre la niñez y la adultez. Sin embargo, había un importante cambio social involucrado en esta sustitución. El modelo de las escuelas latinas previas era el monasterio; ahora, el ideal de la escuela pública era cada vez más militar. Las mujeres debían ser evitadas por los adolescentes, porque ahora la feminidad se asociaba con la debilidad, la emotividad y la desconfianza. Tan fuerte era la necesidad de evitar los temas femeninos que, para 1860, los hombres ya no se atrevían a abrazarse en público y las lágrimas debían ser derramadas sólo en privado. Así, se generó un nuevo grupo de clubes para hombres, cuyo propósito era protegerlos de las mujeres. Algunos de ellos, por ejemplo, *The Young Men's Christian Association* —Y.M.C.A [Asociación de Hombres Jóvenes Cristianos] —, fundada en 1844, obtuvo su inspiración de las organizaciones evangélicas de fines del siglo XVIII e inicios del XIX; para las clases altas, era más probable que se tratara de personas a las cuales les atraía beber. Más allá de su exterior victoriano, estos grupos fraternales de la clase alta tendían a mantener un doble estándar respecto a la moralidad social, incluyendo la sexualidad. Como hombres se reservaban el derecho a tomar, apostar y hacer uso de la prostitución, racionalizando estas cosas como naturales para los hombres y antinaturales para las mujeres (Thomas, 1959: 196-201, 215-216; Cominos, 1963: 243-246; Harrison, 1967).

“Dios hizo al hombre a su imagen, no se basó en la imagen de la Virgen María”, explicó Charles Kingsley, uno de los llamados cristianos poderosos, para quienes las amenazas que implicaban la sensibilidad y la domesticación del hombre representaban un tipo de pecado contra la naturaleza y la sociedad (Kingsley, citado en Newsome, 1961: 210). Y por supuesto, ¿qué podía preservar más las diferencias entre los sexos que la milicia? Esto brinda una explicación parcial de la popularidad que adquirieron los clubes de armas y los cuerpos de cadetes en la segunda mitad del siglo. En ese momento, la masculinidad y el chauvinismo nacional se mezclaron en un modelo espartano de niñez que no permitía desviaciones. Los chicos que no participaban en un juego o no marchaban eran vistos como renegados. Los uniformes, fueran atléticos o militares, subrayaron la creciente intolerancia a la individualidad que caracterizó los finales del siglo XIX en Inglaterra y Alemania. Max Weber analizó el enorme impacto que las fraternidades estudiantiles tenían en la vida alemana, escribiendo sobre la falsa percepción de libertad que éstas ponían en peligro:

La “libertad académica” para pelear, tomar y la segmentación por clases vienen de un tiempo en el que otras formas de libertad no existían en Alemania; y cuando el único estrato de literatos y candidatos para oficina eran los privilegiados en tales libertades. El impacto, sin embargo, que estas convenciones han hecho sobre quien se ostenta como un “hombre académicamente certificado” no pueden eliminarse incluso hoy en día (M. Weber, 1958: 387-388).

Así, felicitó a los ingleses por educar a sus hijos en una definición más amplia de derechos; pero bien podría haber escuchado a aquellos que en Inglaterra advirtieron la tendencia hacia una conformidad irreflexiva producto de la filosofía, “los chicos siempre serán chicos”. Para George Trevelyan los resultados fueron claros:

¿Qué más se podía esperar cuando un hombre joven en una edad en la que su abuelo ya estaba peleando en la península o preparándose para las elecciones, estaba todavía en la escuela, con su mente dividida entre los versos en latín y su puntuación en el campo de cricket y en la preparación de pasteles? (Citado en Newsome, 1971: 227.)

### • III •

Una creciente preocupación respecto a los elementos físicos de la niñez enfrentó a padres y maestros con la sexualidad, el tema tabú de la generación previa. Para la década de 1870, el tema de la “pubertad” había sido ampliamente discutido tanto en libros médicos como en manuales para padres, y una década más tarde, incluso la conservadora Asociación Clerical de Oxford apeló a la franqueza al catequizar a sus jóvenes confirmados.<sup>19</sup> El reconocimiento de la sexualidad de la adolescencia, sin embargo, no significó la liberación de las actitudes victorianas. Por el contrario, la tendencia de los escritores era a culpar a los padres por ser descuidados, permitiendo a sus hijos copiar malos hábitos de sus pares y sus sirvientes. Elizabeth Blackwell advirtió: “El crecimiento físico de la juventud, los nuevos poderes, los varios síntomas que componen la transición de la niñez a la adultez joven son a menudo alarmantes a nivel individual. Aun así, este importante periodo de la vida a menudo inicia, aunque suene raro decirlo —y como regla general— sin la guía de los padres” (Blackwell 1879: 68). Si los padres no

<sup>19</sup> Ms. Source B. Mins. Oxford Clerical Assn, Mayo 5, 1879, MS Top, Oxon e 38.

podían lidiar con esto, entonces otras instituciones lo harían por ellos. El hermetismo de las escuelas segregadas por sexo representaba la mejor garantía para evitar la desviación sexual, pero el doctor William Acton también reconoció los esfuerzos de la Y.M.C.A. y el movimiento de voluntarios para imponer continencia: “Estoy convencido de que mucha de la incontinencia de los días actuales podría ser evitada al encontrar pasatiempos, instrucción y recreación para los hombres jóvenes que viven en grandes pueblos” (Acton, 1875: 30).

Los contemporáneos reconocieron que, en las clases medias, la edad de matrimonio (29.9 años para los hombres profesionales ingleses en el periodo de 1840 a 1870) constituía un enorme reto de supervisión y control, no sólo de las relaciones con el sexo opuesto, sino también de las relaciones entre chicos del mismo sexo. Acton y otros admitían que “un maestro de escuela debe estar atento al peligro excesivo que significan las relaciones platónicas que algunas veces se dan en la escuela, especialmente entre chicos de diferentes edades” (Acton, 1875: 47; Banks, 1954: 48). Como Robert Graves experimentaría más tarde, en el grupo de hombres, los atributos sociales normales en el mundo exterior eran sustituidos en favor de la lealtad. Los chicos eran forzados incluso a abandonar sus roles de sexo. “En la preparatoria inglesa y las escuelas públicas el romance es necesariamente homosexual —señaló Graves— el sexo opuesto es despreciado y tratado como algo obsceno [...] Por cada homosexual de nacimiento, por lo menos 10 seudohomosexuales permanentes eran producidos por el sistema de la escuela pública; y 9 de estos 10, tan honorablemente castos y sentimentales como lo era yo” (R. Graves, 1957: 19; Cominos, 1963: 226-228).

La mayoría consideraba que la regresión a esta forma de afecto inocente era sólo una desviación temporal en el camino hacia la heterosexualidad adulta. El director G.H. Rendall, probablemente acertaba al afirmar: “mis chicos son amorosos pero rara vez eróticos” (R. Graves, 1957: 19).<sup>20</sup> Aun así, mientras era poco claro si las escuelas producían adultos homosexuales, el casi completo aislamiento del sexo opuesto tuvo como efecto transformar los hechos relativos a la genitalidad en un mundo prohibido, y la exposición de éstos tenía efectos traumáticos en los jóvenes “asexuales” como Graves. En este sentido, la confrontación con los efectos de la pubertad era más inesperada y, por tanto, más traumática que ahora. A los 17 años, Graves vivió su primera introducción real al juego del amor: “una chica irlandesa que estaba en la misma pensión que yo, me hizo el amor de una manera tal que, ahora veo, fue muy dulce. Me aterrorizó, yo pude haberla matado” (R. Graves, 1957: 36; Muchow, 1959: 36-40).

<sup>20</sup> Para Alemania, véase Muchow (1959: 52-53).

Los directores vigilaron al grupo de pares como un medio para controlar la delincuencia sexual, porque era la manera menos costosa de extender su propio control y porque ellos, al igual que Arnold, sintieron el poder de la “opinión pública” entre los chicos mismos. Los problemas surgieron a partir de que las presiones del grupo llegaron a estar tan estructuradas que cualquier signo de individualismo era inmediatamente tomado como un signo de vicio sexual. Un signo seguro del “auto abuso” (masturbación) era la debilidad física: “músculos sin desarrollar, el ojo está hundido y caído, la complexión es enfermiza, cubierta con puntos de acné, las manos húmedas y frías, la piel sudorosa” (Acton, 1875: 16).<sup>21</sup> ¿Cuántos inocentes que atravesaron el cambio físico asociado con la adolescencia —un crecimiento que estaba llegando más temprano y más rápido entre las clases medias— debieron sentirse aterrorizados por estos síntomas de desarrollo normal? Incluso se decía que los errores al jugar o al caminar con el grupo denotaban pecados secretos (Acton, 1875: 16). “El chico aborrece la compañía de otros, vive en soledad, se une con repugnancia a los pasatiempos de sus compañeros. No puede ver a nadie al rostro, se vuelve descuidado y sucio. Su intelecto disminuye y, si sus malos hábitos persisten, puede llegar a ser un idiota enfermizo e irritante.”

Así, normas sociales históricamente desarrolladas de una forma particular fueron exaltadas por la literatura médica y psicológica como atributos naturales de la adolescencia. En la segunda mitad del siglo XIX, la transmutación de los imperativos institucionales y los valores sociales a leyes naturales se ajustó a la nueva percepción materialista que reinaba en las clases medias. Uno de los corresponsales de William Acton, le escribió sobre posibles formas de convencer a las generaciones más jóvenes de los peligros que conllevaba la incontinencia, expresando el deseo universal de encontrar en la ciencia una nueva legitimación de los viejos controles sociales: “Sería un gran aliento saber que la ciencia física confirma los dictados de la revelación” (Acton, 1875: 51). La conformidad, la contención y la dependencia —todas esencialmente funciones del tipo de educación asociada con una clase en particular— se habían vuelto estándares positivos del comportamiento humano por los cuales una clase alta podía asegurar su inherente superioridad frente a las clases bajas. El hecho de que niños de las clases trabajadoras fueran independientes y resistentes a los controles institucionales constituía una prueba de su inferioridad.

<sup>21</sup> Para el crecimiento del temor por la masturbación a inicios del siglo XIX, véase Spitz (1952: 490-527).

## · IV ·

Si bien las clases medias estaban a gusto con su invención, también eran conscientes de sus dificultades, particularmente de los problemas emocionales derivados de una mayor inversión en el mundo artificial de la escuela. “Dejados enteramente a su suerte, ellos (los adolescentes) tendían al desorden y la trivialidad y, si eran muy controlados por los adultos, tendían a perder espontaneidad y energía”, escribió G. Stanley Hall. Sus conclusiones no fueron diferentes de las de Stephen Spender, que llegaron 50 años después, cuando revisando la adolescencia inglesa vio que las escuelas enseñaban “a los chicos a ubicarse a sí mismos seriamente, como funciones de una institución antes que considerarse como personas o individuos” (Spender, 1948: 235; Carter, 1947: 209-234). Los escolares ingleses poseían una compostura y un estilo que sorprendía y deleitaba a la mayoría de los visitantes extranjeros, pero bajo esta superficie yacían muchos conflictos y dudas personales, producto de una educación que otorgaba poca atención a la personalidad y al desarrollo emocional. Robert Graves, particularmente sensible a este déficit en su propia formación, escribió sobre cómo la institución se las había arreglado para que los chicos se vieran a sí mismos como carentes de derechos, y sólo con un estatus que se le daba a manera de privilegios. “Un chico nuevo no tenía privilegios, un chico en su segundo período podía usar una corbata con rayas en lugar de una lisa; y un niño en su segundo año podía usar calcetines de color” (R. Graves, 1957: 45). Un individualista persistente como Graves era capaz de subvertir las reglas de la escuela Charterhouse y desarrollar una identidad propia aparte de la jerarquía, pero la mayoría de sus compañeros no era tan afortunados. “La vida escolar se convierte en la realidad y la vida en la casa en una ilusión”; y los chicos cuyas vidas se habían construido en torno a los equipos deportivos y la vida en las fraternidades se sentían naturalmente inseguros en compañía del sexo opuesto. Al ingresar a la universidad, al ejército o algunas profesiones —todas las instituciones exclusivamente masculinas— era comprensible que ellos buscaran algún modo de paliar su ansiedad en relación con este aspecto de la vida adulta, lo que los llevó a perpetuar la camaradería escolar mucho más allá de los años de la adolescencia (R. Wilkinson, 1964: 29-37, 54-63).

El alumno ficticio más famoso de mediados del siglo, Tom Brown, había estado decidido a vivir su vida. “Si no puedo estar en el rugby, quiero estar en un trabajo en el mundo, y no recluso tres años en Oxford”, dijo a su tutor. No obstante, al final aceptó el tipo de consejo convencional en 1900: “no tengas prisa de encontrar tu trabajo en el mundo por tu cuenta. Tú no eres suficientemente

viejo para juzgar por tu cuenta aún, sólo búscate a ti mismo en el sitio en que te encuentras, y trata de hacer las cosas mejor y de la manera más honesta ahí” (Hughes, 1967: 305-307). David Newsome ha resumido esto de la mejor forma: “La peor característica educacional del ideal previo, fue la tendencia a hacer que los chicos se volvieran hombres muy pronto; lo peor del otro, paradójicamente, fue que los esfuerzos por conseguir la masculinidad acentuando la importancia cardinal de los juegos cayeron en el error opuesto de fallar en el intento de hacer que los chicos fueran hombres del todo” (Newsome, 1961: 238).

Para fin de siglo, en toda Europa los maestros de escuela podían felicitarse a sí mismos del orden de sus pupilos. Nunca los chicos de la escuela habían estado en tanta paz con el mundo, aceptando su aislamiento social, apáticos ante su estatus civil. Sin embargo, los alocados aún podrían ejecutar sus bromas en las noches de noviembre o bailar en las mañanas de mayo. De forma ordinaria, los chicos de clase media no hacían máscaras de carnaval, excepto para causas patrióticas o conservadoras. Aun así, bajo esta superficie se percibía una tormenta interna. La asociación de la confusión emocional con la transición de la infancia puede remontarse por lo menos a los escritos de Rousseau, para 1900 había encontrado un lugar prominente en la literatura médica y psicológica. La imagen del escolar había cambiado, dejando de ser la de un joven problemático para convertirse en uno con problemas personales, particularmente en Alemania, donde la relación de la escuela con la casa sólo incrementó los problemas ocasionados por una dependencia prolongada.

El *day-Gymnasium* no tenía estos elementos característicos de una institución integral que se distinguía de una escuela pública inglesa. En Alemania, la familia de clase media retuvo el control del aprendizaje social, mientras la escuela monopolizó la formación intelectual, y ambas se disputaban la educación sexual y cívica. Esta complicada relación fue objeto de una creciente controversia a finales de siglo. La situación económica y demográfica de la burguesía alemana era semejante a la de su contraparte inglesa, excepto que ésta ponía mayor énfasis en el triunfo académico, porque mientras más prestigio tuviera la institución escolar, mayor era el reconocimiento social. Asimismo, parece que los adolescentes se encontraban expuestos a una creciente presión por cumplir con las expectativas paternas, justificando así la elevada inversión en educación. En contraste con las escuelas públicas inglesas, el *Gymnasium* alemán estaba menos equipado para lidiar con el tipo de “niñez” producido. Tenía mayor dificultad para moldear a la juventud de manera que se adaptara a las metas de la élite. No ofrecía deportes o actividades extracurriculares que permitieran lidiar con los efectos sociales

y emocionales colaterales provocados por una prolongada dependencia; por lo que muchos de sus estudiantes veían la escuela como una árida factoría de cerebros, incapaz de satisfacer las necesidades de los jóvenes. En la década de 1890, una oleada de suicidios llevó a que Ludwig Gurlitt se preguntara: “¿puede haber un cargo aún más grave en contra del sistema escolar que los frecuentes suicidios estudiantiles?, ¿no es oscuro y horrible que un chico renuncie voluntariamente a ver la luz del sol, separándose de sus padres, hermanos y hermanas, de todos los gozos, esperanzas y deseos de su joven vida, sólo porque duda de sí mismo y no puede más con las presiones de la escuela?” (citado en Fishman, 1970: 176).

Por el otro lado, la familia estaba organizada de una forma autoritaria en torno a sus propias prioridades y, del mismo modo, estaba pobremente equipada para tratar con retos cada vez mayores del desarrollo juvenil. El aprendizaje sexual se mantuvo en una suerte de tierra de nadie, siendo desatendido por padres y maestros, sin considerar la creciente ansiedad que generaba la pubertad; al ser despojados del grupo de pares, de su capacidad de agencia tradicional para la educación sexual, chicos y chicas de la clase media alemana encontraron en su estado de dependencia una experiencia perturbadora y solitaria. Para 1900, esta experiencia social comenzó a transformarse a sí misma en una expresión literaria, con las novelas de Thomas Mann, Hermann Hesse y Robert Musil, que exploraban el caos interno de la adolescencia. Preocupaciones semejantes se reflejaban en el trabajo de las escuelas de psicología de Austria y Alemania, por supuesto, Freud y sus seguidores (Fishman, 1970: 180-185; Pross, 1964: 44 ss.). Su definición del “carácter problemático” del adolescente influenció los puntos de vista de Inglaterra y Estados Unidos, particularmente del segundo, donde Stanley Hall publicó su masivo *Adolescence, Its Psychology and Its relation to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education* en 1904. La adolescencia, señaló Hall, fue una de las más importantes bendiciones generadas por la civilización; pero su promesa es también su peligro. Si bien era deseable un estado de la vida alejado de los intereses adultos, también expuso a los jóvenes a la pereza y a la depravación. “La vida moderna es dura en muchos sentidos, aún más para los jóvenes. La casa, la escuela, la iglesia fallan en reconocer su naturaleza y necesidades y, sobre todo, sus riesgos” (Hall, 1969, vol. I: XIV).

## • V •

Los problemas de la adolescencia fueron ganando terreno en la atención pública a inicios del siglo XX, porque una creciente minoría de la población se estaba encontrando a sí misma en la situación económica y demográfica que dio lugar a

esta nueva fase de la vida. Para estar seguros, sus números eran todavía limitados. En Inglaterra, el país más rico de Europa, los padres que podían costear la educación secundaria de sus hijos representaban apenas 6% de la población en 1909; y sólo 1,5% del grupo de edad de 15 a 18 años se encontraba en la educación secundaria (Lowdnes, 1969: 78-90; Halsey, 1972: 163).<sup>22</sup> Pero, tras la sólida clase media había una creciente clase media baja, alentada por la expansión de los trabajos de oficina en el último cuarto del siglo XIX a enviar a sus hijos a las escuelas secundarias locales; esto les permitiría tener educación para calificar como secretarios, oficinistas y servidores públicos de bajo nivel. “Los padres están deseosos de poner a sus hijos en oficinas que les posibiliten mantener las apariencias, sino su posición de caballeros”, señaló una persona de la época que conoció bien el patrón ocupacional tan cambiante de Londres. “La ciudad está llena de chicos bien educados, que están haciendo el trabajo de hombres por el sueldo de muchachos. Es de poca utilidad discutir con los padres sobre lo adecuado de enviar a los chicos a aprender un negocio; la idea de un chico retornando a su casa por la tarde con las manos sucias y barro en su fustán o pana es alarmante para el honor de Peckham o Camberwell” (citado en Banks, 1954: 193). La creciente clase de oficinistas era escuchada entre las voces que pedían un incremento de la educación secundaria en todos los países europeos, pues mientras el ideal emprendedor del autoempleo se iba desvaneciendo, los trabajos de oficina se iban convirtiendo en la única forma de mantener la honorabilidad que ellos tanto deseaban (Musgrove, 1965: 169-178; Perkin, 1961: 122-130; Musgrove, 1961: 320-329). En sus mentes, la adolescencia fue parte de esa honorabilidad; y en gran parte, debido a esta clase, la popularidad de las nuevas revistas juveniles, de pasatiempos y modas, se expandió rápidamente conforme avanzaba el siglo.

Debajo de la clase media baja, sin embargo, la actitud hacia la educación y la valoración de la adolescencia era mucho menos uniforme; las clases trabajadoras —que todavía constituían la mayoría de la población— dividían toscamente a los menores de 20 años entre aquellos que tenía una habilidad y quienes no la tenían. En la cumbre de las clases trabajadoras se encontraba la llamada aristocracia del trabajo, un grupo de hábiles y bien pagados artesanos cuyo estándar de vida era similar al de las clases medias bajas. Estrictamente hablando, éstos constituían 15% de la clase trabajadora inglesa en el periodo de 1890 a 1914; nosotros debemos considerar en una categoría similar a 40 o 45% del proletariado, que tenía habilidades o parte de ellas, y cuyo estándar de vida estaba por encima de la línea de pobreza, la cual en 1914 todavía rebasaba las ganancias del 30% de

<sup>22</sup> Para Alemania, véase Samuel y Thomas (1949: 36-54).

la población inglesa (Hobsbawn, 1964: 284-285). Cerca de la mitad de las clases trabajadoras mostraba la tendencia a seguir una estrategia familiar parecida de las clases medias, ya visible en 1900. Entre los pobres y aquellos que carecían de habilidades, quienes todavía lidiaban con las condiciones imperantes en los barrios pobres de la ciudad, la misma situación de alta mortalidad y alta fertilidad que habían caracterizado a prácticamente la totalidad de la clase trabajadora 50 años antes, aún estaba presente.

El crecimiento de los salarios y la mejora de las condiciones de salud habían modificado la actitud de los trabajadores mejor capacitados hacia sus hijos. Muchos vivían fuera del núcleo central de las ciudades y gozaban de un espacio habitacional que tenía en promedio tres o cuatro cuartos por casa (Bray, 1904: 11). La vida en el hogar se había transformado; era poco probable que las madres fueran empleadas, por lo que dedicaban más tiempo y energía a la crianza de sus hijos. “La vida familiar se volvió más privada —observó Seebohm Rowntree— y las mujeres se quedan en la casa todo el día, mientras sus esposos están en el trabajo, a menudo dependiendo de sus propios recursos [...] el carácter y el atractivo de la vida familiar recaen principalmente en ella” (Rowntree, 1914: 109). El cuidado y atención dedicados a cada niño de forma individual se reflejaba en la formación extendida y en la educación dada a niñas y niños. Encuestas previas a 1914 muestran que los trabajadores con capacitación preferían que sus hijos estuvieran en la escuela más tiempo en comparación con aquellos que no tenían capacitación alguna, además valoraban la formación postescolar, ya fuera educación nocturna o algún tipo de aprendizaje. No estaban muy dispuestos a enviar a sus hijos a trabajar inmediatamente después de dejar la escuela; y en Oxford, algunos artesanos incluso dieron algunos meses a sus hijos para que “observaran” antes de empezar sus carreras (Butler, 1914: 53). En Londres, desde la década de 1880, la aristocracia del trabajo había estado manteniendo a sus hijos en la escuela hasta la edad de 14 años, es decir, dos o tres años más allá del promedio de edad en que, durante el mismo periodo, los hijos de los trabajadores sin preparación dejaban la escuela (Rubinstein, 1972: 8-10). Se sentían orgullosos de esa distinción, porque como reportaba un contemporáneo, “nadie siente más desprecio por un trabajador sin educación que un trabajador educado” (citado en Rubinstein, 1972: 12).

Padres de los segmentos superiores de la clase trabajadora valoraban la escuela no sólo por la movilidad que ofrecía a sus hijos, sino también por el control social que representaba. Su desprecio hacia las analfabetas se hizo extensivo a los indisciplinados, siendo los árabes de la calle y los jóvenes de las pensiones los objetivos de esta particular hostilidad (Russell, 1905: 47). La obediencia por parte

de los hijos era considerada un importante símbolo de estatus, que llevaba a la situación remarcada por Alexander Paterson: “La disciplina parental es, de hecho, un signo seguro de prosperidad y honorabilidad” (Paterson 1912: 16). Este grupo también disfrutaba planear sus actividades de ocio alrededor de la familia, tal y como lo habían establecido las clases más altas de la escala social. Éstas fueron las primeras clases trabajadoras que tomaron vacaciones familiares; también mostraron gran predisposición a organizar actividades extracurriculares para sus hijos —clubes de templanza, sociedades amigables, escuelas dominicales (Freeman, 1914: 130; Butler, 1914: 167-181). Aylward Dingle nació en la sección más pobre de Oxford, St. Ebbe, pero su padre tenía pretensiones de honorabilidad, por lo que se unió a una serie de iglesias, empezando por el Ejército de Salvación —de poco prestigio—, a partir del cual fue escalando hasta llegar al Metodismo conforme sus expectativas mejoraron. El chico fue cambiado de una organización parroquial a otra, pues esto se ajustaba a las aspiraciones de su padre:

A la escuela dominical la mayoría de los chicos la odiaban tanto como yo, pero iban porque tenían que hacerlo. Los “mejores” chicos engañaban a sus maestros y al personal, si bien muchos de ellos eran alimañas venenosas y mentirosas; eran esos a los que me decían que debía copiar. Yo veía poco qué admirar en ellos e hice mi mejor esfuerzo para ser expulsado de la escuela, pero como mi padre rentaba una gran banca, como la tía Lizzie, y ponía limosna en el plato cada domingo, yo no podía ser expulsado (Dingle, 1933: 23).

No todas las organizaciones a las que se unían niños como Dingle eran de clase media, como la escuela dominical metodista. También formaron parte de escuelas dominicales socialistas y secularistas y, con el avance del siglo, fueron activos en las divisiones juveniles de las uniones de comercio (Simon, 1965: 48-59). Pero ellos eran la élite, y tendían a monopolizar las oportunidades dentro de los sindicatos, incluyendo los mejores cursos de capacitación. Durante el último cuarto del siglo XIX habían estado desapareciendo los aprendices de todo tipo, y los sitios en que se podía aprender eran demasiado caros para la gran mayoría de los hijos de trabajadores. Además, los descendientes de los trabajadores capacitados contaban con la protección brindada por los sindicatos a sus padres y semejantes, lo que suponía una ventaja adicional frente a aquellos ubicados por debajo en la escala social, muchos de los cuales estaban desorganizados. Igualmente, a inicios del siglo XX la habilidad de los trabajadores para encontrar trabajos desti-

nados a su gente estaba declinando, estudios realizados en esa época demuestran que los grupos capacitados se preservaban a sí mismos, generando, en las décadas posteriores a 1914, lo que los observadores veían como un abismo entre quienes estaban capacitados y quienes no lo estaban (Freeman, 1914: 22-34; Rowntree, 1914: 103 ss.; Meachem, 1972: 1343-1364).

Adicional a estas ventajas, los trabajadores capacitados no eran complacientes con las oportunidades de sus hijos; y aparentemente, desde la década de 1890 en adelante se manifestó entre ellos una considerable ansiedad vinculada a la competencia por posiciones mejor pagadas. Lo cual detonó el cambiante carácter de la economía misma en la que, como resultado de la llamada “segunda revolución industrial”, se había reducido drásticamente el empleo de jóvenes en la industria, al mismo tiempo que se incrementó en otras áreas, como transportación, distribución y comercio. Cada vez más, la ruta hacia un trabajo capacitado bien remunerado comenzó a depender del aprendizaje y la formación en escuelas técnicas, requiriendo que quien era entrenado dispusiera de cierta suma de dinero. En los otros sectores de la economía, en 1890 existía una amplia gama de trabajos orientados a chicos no capacitados de entre 14 y 18 años, como mensajeros, vendedores en la calle, sirvientes, porteros, asistentes que cobraban, por mucho, 7 a 8 chelines semanales<sup>23</sup>; usualmente, estos trabajos no suponían crecimiento profesional, como ocurría con los grupos más capacitados. Esta categoría, llamada *boy labo*, [chico de los mandados], incluía ocupaciones que, antes de 1914, estaban absorbiendo gran parte de la fuerza de trabajo compuesta por menores de 20 años (Cloete, 1904: 102-135; Bray, 1911; Tawney, 1912).

Si bien el salario de un chico que carecía de algún tipo de capacitación no estaba cerca del que podría estar recibiendo un aprendiz que finalizó su entrenamiento, sus ganancias iniciales superaban los salarios que prevalecían entre los aprendices. De hecho, el costo de una capacitación o de la escuela implicaba un gasto para la familia; mientras que un trabajo como mensajero en la tienda de la esquina significaba más peniques para el gasto de la madre, en un momento, en que el ciclo de vida de la clase trabajadora requería dinero extra para alimentar más bocas. Muchos vieron esta situación como un presagio del declive de los aprendizajes y capacitaciones y del control social que esto representaba:

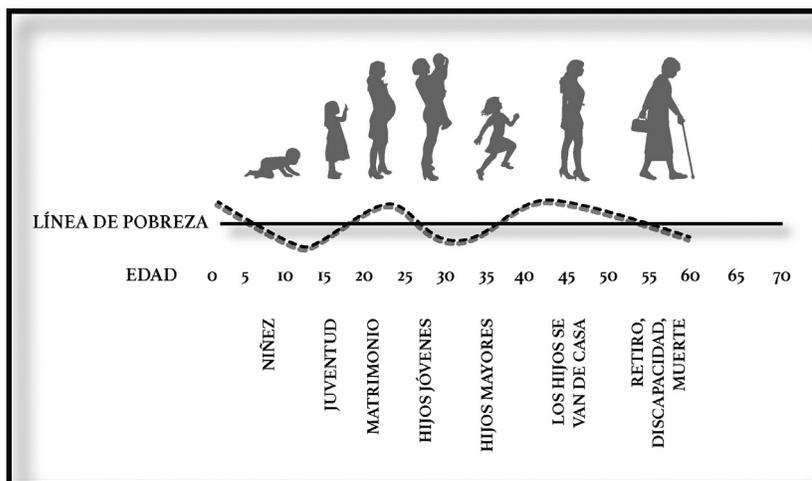
El maestro es descuidado, o el aprendiz ocioso, o los trabajadores mayores no se van a tomar la molestia de enseñar al chico su oficio; o, como ocurre con cierta frecuencia, a los 15 o 16 años el chico cambia de parecer, y

<sup>23</sup> Dos US dólares, aproximadamente (N.T.)

empieza a detestar el oficio que está aprendiendo, y se rebela contra unas ganancias de 3 o 4 chelines a la semana, mientras que su amigo, que está tres niveles por debajo de él en la escuela, está ganando 7 u 8 chelines como portero o mandadero. Es difícil para ambas partes, el estar legalmente atados por cinco e incluso tres años más (Butler, 1914: 52).

El estudio realizado por Seebohm Rowntree en York en 1899 mostró que cerca de 40% de las familias de la clase trabajadora había encontrado ciertas metas difíciles de cumplir mientras sus niños estaban creciendo. Los efectos de la sobrepoblación y las enfermedades, todavía de la misma magnitud que habían tenido previamente en el siglo, y la estrategia familiar consiguiente, aún requerían grandes números de niños que, en caso de necesidad, continuaban siendo considerados una forma de seguridad económica y social. En tanto prevalecían las condiciones de alta mortalidad, sus vidas seguirían siendo, como lo describió Alexander Paterson, “un vertiginoso caleidoscopio de peligro, catástrofes y caídas inesperadas” (Paterson, 1912: 72; Rowntree, 1914: 152-172). La vida de los trabajadores no capacitados transcurrió entre ciclos de pobreza y relativa abundancia, dependiendo en gran medida del tamaño de la familia y las condiciones económicas. Aquellas familias más propensas a caer por debajo de la línea de pobreza eran las que tenían muchos hijos pequeños, que aún no eran lo suficiente grandes para dejar la escuela y empezar a trabajar. Rowntree encontró que las perspectivas de los padres mejoraban cuando sus hijos ya eran lo bastante mayores como para trabajar, pero volvían a caer cuando éstos dejaban la casa para fincar sus propios hogares. El individuo nacido en este tipo de familias que permanecía sin adquirir nuevas capacidades por el resto de su vida, experimentaba un ciclo de pobreza como el que se muestra en la gráfica 4.

Gráfica 4. Ciclo de pobreza de la clase trabajadora en 1900



FUENTE: Rowntree, B. S. (1914). *Poverty: A Study of Town Life*. London: Macmillan and Co., p. 171

La habilidad de los niños de familias pobres para establecerse por encima de su clase social se encontraba severamente limitada por el hecho de que las necesidades presionaban fuertemente a su familia, justo en el momento de sus vidas en que el gasto en la escuela o en una capacitación habría facilitado la ascensión. En Oxford, por ejemplo, “el nivel tradicional de los salarios para los estudiantes y aprendices era un obstáculo imposible de salvar en el caso de los chicos que provenían de familias pobres, quienes se aproximaban a empleos y altos niveles como asistentes (Butler, 1914: 53). Esto fue particularmente cierto para los chicos mayores, en los cuales las familias se apoyaban para tener más recursos. “En el momento en que había dos o tres de los chicos mayores trabajando, la familia podía permitirse aceptar salarios más bajos por los niños más pequeños y ponerlos en mejores sitios”, señaló un observador. Incluso ya en la década de 1930, el lugar en el orden de nacimiento determinaba si un niño de la clase trabajadora inglesa contaría con el beneficio de la educación secundaria. “Ése era siempre el camino con los mayores. Con las familias grandes, nosotros estábamos esperando que fueran a trabajar. Los más jóvenes era mejor que estuvieran afuera en

todo sentido. Ellos tenían la mejor de las educaciones y tenían la ventaja poder lograr mejores trabajos también” (Cloete, 1904: 106).

Desde 1880, los niños menores de 11 años habían sido confinados de manera compulsiva en los salones de clase (en 1918, la edad de salida de la escuela se había elevado a 14 años) y la obligación de ganar se estaba incrementando más que en los mayores. Hasta 1914, 10% de las familias de algunas comunidades inglesas no tenían otra fuente de ingresos que no fueran sus hijos (Bowley y Burnett-Hurst, 1915: III). Paterson encontró que, en los distritos pobres de Londres, los padres ganaban menos de 50% del ingreso familiar; y cuando ya habían sido despedidos o tenían alguna discapacidad, el hijo virtualmente tomaba su lugar en la familia. Allí donde el hijo ganaba más que el padre, “él, sin comentarios, esperaba y recibía dos arenques para su té, mientras que su padre desempleado haría la mayoría del pan y la mantequilla” (Paterson, 1912: 15). Las escasas oportunidades para que los chicos de este tipo pudieran ir más allá de su situación, fueron reveladas por el estudio de Rowntree en York, que mostró que la mayor proporción de población que vivía por debajo del nivel de pobreza (definido en aquel momento como las familias cuyos ingresos eran inferiores a 22 chelines a la semana<sup>24</sup>), tenían entre 5 y 15 años (ver cuadro 4), (Rowntree, 1914: 441-445).

Cuadro 4. Proporción de personas viviendo en pobreza en York en 1899 (Por grupos de edad)

EDAD 	PORCENTAJE
MENOS DE 1 AÑO	<b>33.33%</b>
1-5 AÑOS	<b>31.91%</b>
6-15 AÑOS	<b>37.58%</b>
16-65 AÑOS	<b>23.60%</b>
65 Y MÁS AÑOS	<b>21.39%</b>

FUENTE: Rowntree, B. S. (1914). *Poverty: A Study of Town Life*. London: Macmillan and Co.

<sup>24</sup> Alrededor de 1,5 USD (N.T.)

Las familias se encontraban más desesperadas por mantener a menores de 20 años en la casa y el trabajo de lo que habían estado en el Lancashire industrial 50 años antes; ambas cosas respondían al hecho de que los chicos más jóvenes fueron removidos de sus empleos por reglamentos establecidos en las fábricas y las escuelas, y a que las mujeres tenían aún menos posibilidades de ser empleadas. Poco sorprende que las personas golpeadas por la pobreza percibieran la educación como una amenaza para ellos mismos. El largo conflicto de los oficiales por aumentar los niveles de asistencia de 76.7% en 1872 a 88.2% en 1906 fue básicamente peleado con las clases más pobres. La razón más frecuente de la ausencia de un niño era que estaba trabajando; la siguiente razón más importante era la falta de peniques para cubrir las tarifas escolares, comprar zapatos o ser provisto de un desayuno decente. Ir a la escuela a menudo implicaba perder una comida, razón por la cual la señora Besant describía a los padres de Londres sancionados por la delincuencia de sus hijos, como “hombres y mujeres demacrados y marcados por el hambre, pero a pesar de todo, gente decente que no quería mantener a sus hijos ignorantes, aunque a veces no había libros, a veces había un bebé del cual preocuparse, y a veces no había comida” (citado en Rubinstein, 1972: 62). La misma clase era la que más tendía a tener a sus hijos más jóvenes empleados después de sus horas de clase, proporción que aumentó a 25% de todos los chicos que estudiaban en Londres en 1910 (Bray, 1911: 153). Los niños eran presionados a dejar la escuela lo más temprano posible, como el chico de York que preguntó a su maestro la hora (Rowntree, 1914: 105):

—Diez y media, mi muchacho; pero ¿cuál es el problema?

—Por favor señor, ¿me puedo ir, señor? Mi madre me dijo que debería tener 14 años, pasadas las diez y media de esta mañana, y que podría dejar la escuela cuando tuviera 14 años, señor.

Con toda probabilidad, este chico fue directamente al tipo de trabajos casuales que realizaba un “chico de los mandados”. Podría, si era afortunado, aspirar a una mejor paga en un trabajo más complejo cuando tuviera 18 o 19 años, pero como indicaba uno de los reportes de los distritos más pobres de Londres en 1909 (cuadro 5), la mayoría permanecía en el mismo nivel en el que había empezado.

La vieja costumbre del *tramping* en búsqueda de entrenamiento estaba prácticamente muerta, como lo indican las figuras de emigración. Los contemporáneos mencionan que chicas y chicos raramente veían más allá de sus vecindarios para buscar empleo, apoyándose principalmente en los contactos que sus madres

o sus conocidos tenían con los negociantes locales para conseguir trabajo (Cloete, 1904: 108; Butler, 1914: 65). La utilidad de los conocidos, que había sido una ventaja en los pueblos del Lancashire industrial de 50 años atrás, trabajaba ahora como una desventaja para los pobres, pues los trabajos que éstos podían ofrecer a menudo eran los que tenían peores perspectivas. Las familias no podían contar con el trabajo de sus hijos hasta que tenían 17 o 18 años; e incluso entonces, cuando eran libres de irse, muchos simplemente se retiraban, uniéndose al ejército o trabajando para la construcción de vías férreas. Esto hicieron muchos chicos de Oxford, quienes retornaron más tarde a sus hogares para establecerse y vivir de empleos casuales que no exigían ningún tipo de capacitación (Butler, 1914: 54).

Cuadro 5. Distribución de las ocupaciones en Londres en 1909

 OCUPACIONES	 EDAD					
	14	15	16	17	18	19
COMERCIANTES ESTABLECIDOS	11.2	14.0	16.8	17.8	18.0	16.3
EMPLEADOS	14.6	15.0	16.4	15.2	15.4	14.3
TRABAJADORES POCO CALIFICADOS	28.2	32.8	34.1	33.9	32.5	34.1
COCHERO	0.6	0.2	0.6	2.6	4.5	5.1
REPARTIDOR	8.2	6.6	5.2	4.9	2.8	1.2
SERVICIO POSTAL	1.4	1.4	0.2	0.2	0.3	1.2
MENSAJEROS Y AYUDANTES	30.5	22.0	18.4	15.0	12.6	10.3
TRABAJOS GENERALES	5.3	7.0	6.7	6.9	6.4	8.7
EJÉRCITO		0.6	0.6	1.1	3.6	4.0
MARÍTIMAS	0.2	0.4	0.8	1.5	2.8	3.5
EMIGRANTES			0.2	0.4	0.8	1.2

FUENTE: Bray, R. (1911). *Boy Labour and Apprenticeship*. London: Constable y CO. LTD.

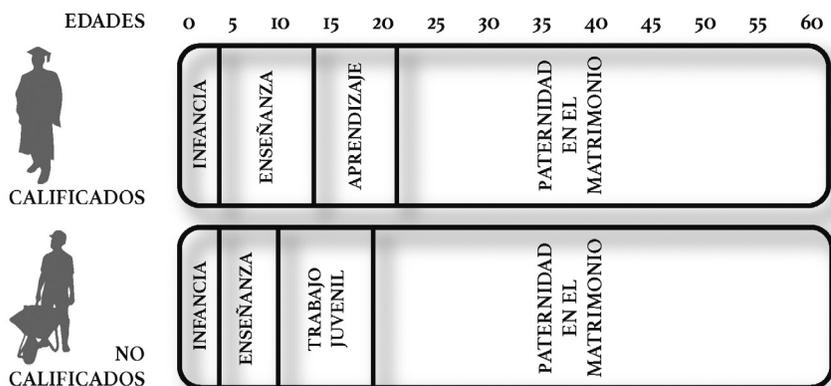
En Londres, de los *school-leavers*, [abandona escuelas] estudiados por Reginald Bray a inicios del siglo xx, casi dos terceras partes consiguieron inmediatamente empleos casuales o considerados como “callejones sin salida”. Menos de un tercio de quienes abandonaron el año escolar 1907-1908, tomaron capacitaciones que los llevarían a trabajos definidos como “calificados”, y sólo 6 % del total continuó posteriormente su educación, en el día o por la tarde. Londres ofreció más de lo que le correspondía en empleos sin futuro, pero incluso en esos lugares, en los que la economía era más industrial que comercial u orientada a los servicios, la historia no era muy diferente (Bray, 1911: 114-118).<sup>25</sup> “Se mantiene a los chicos en trabajos de chicos, y a los hombres en trabajos de hombres; no hay un paso natural de uno a otro”, señaló Bray. Con esto también quería decir que, en la gran mayoría de los casos, el muchacho sin habilidades se convertía en un adulto no calificado y un chico con habilidades en un adulto calificado (Bray, 1913: 58). Quienes no habían tenido algún tipo de capacitación podían ganar más que quienes habían adquirido una hasta los 18 años; pasando esa edad, la situación se invertía. Las capacitaciones y la escolaridad daban automáticamente el derecho de acceso a los niveles adultos de remuneración, pero los chicos y chicas que carecían de esta formación no tenían esa ventaja. Para la gran mayoría, el punto crítico se presentaba a los 18 años, cuando eran impulsados a pedir salarios de adultos. En ese momento podían ser contratados con niveles mayores de pago, pero lo más común era que el empleador eligiera dejarlos ir para contratar a chicas y chicos más jóvenes que le costarían menos (Freeman, 1914: 54-55). En este momento de sus vidas, la alta demanda de trabajadores no capacitados dejaba de funcionar a su favor. Los chicos sin habilidades o buenas referencias eran enviados al mundo de los empleos ocasionales, una característica del capitalismo industrial de fines del siglo xix. Allí permanecerían en el fondo de la escala social, perpetuando lo que muchos observadores habían llegado a temer: una cultura de pobreza semihereditaria, conclusión reforzada por el darwinismo social del periodo, cuyos seguidores detectaron signos de degeneración física y moral entre los jóvenes pertenecientes a los segmentos más bajos de la clase trabajadora (Hynes, 1968: 22-23).

El cambio económico creó una situación cuyo efecto resaltó dos distintos puntos de quiebre en la vida de los jóvenes trabajadores. El primero, tenía lugar entre los 12 y 14 años, y giraba en torno a dejar la escuela; representaba un momento crítico para determinar el futuro de las perspectivas de empleo. De acuer-

<sup>25</sup> En Oxford, cerca de 40% de los muchachos que dejaron la escuela entre 1910 y 1911 entraron a posiciones de entrenamiento o capacitación (Butler, 1914: 53).

do con Arnold Freeman, se trataba de “un momento fundamental en la vida del individuo, segundo en importancia solamente después de su nacimiento físico. Es, de hecho, el momento de su segundo nacimiento hacia todas las posibilidades superiores de la naturaleza humana” (Freeman, 1914: 108). Reginald Bray, por otro lado, adjudicó no menos importancia a esta transición del trabajo de un chico al trabajo de un adulto a los 17 o 18 años, porque en ese momento “muchos cayeron en el abismo mientras ensayaban el cruce” (Bray, 1913: 61). Ambos estaban en lo correcto, pero considerando diferentes segmentos de la clase trabajadora. Para los chicos capacitados, la primera edad era crítica por el inicio de su entrenamiento técnico y porque representaba el inicio de un tipo de adolescencia, durante la cual ellos permanecerían dependientes de sus padres y maestros. Para los no capacitados, el cambio de la escuela al trabajo no involucraba ninguna elección de su parte, ni tampoco una inversión por parte de sus padres. Muchos ya trabajaban incluso antes de dejar la escuela, y un empleo de tiempo completo representaba tan sólo un paso dentro de la gradual realización de la independencia total de su casa. Para los pobres, el punto crítico llegaba poco antes de cumplir los 20 años, cuando el impedimento de obtener un “trabajo de hombre” —que significaba un puesto que requería una capacitación o una semi capacitación— era equivalente no sólo a la pobreza económica, sino también a su subordinación social. Así, se iban a quedar siendo chicas y chicos con el tradicional doble significado del término, delimitados tanto por las clases superiores como por los trabajadores mejor pagados. (Véase la gráfica 5 para una comparación de los ciclos de vida de ambos grupos.)

Gráfica 5. Ciclos de vida de trabajadores capacitados y no capacitados, 1900



FUENTE: Bray, R. (1911). *Boy Labour and Apprenticeship*. London: Constable y CO. LDT.

• VI •

“Un padre y un hijo raras veces trabajan juntos”, concluyó Reginald Bray después de observar a miles de familias en los vecindarios pobres de Londres. En su estudio encontró que 40% de los padres eran empleados en comercios e industrias, en comparación con 22% de sus hijos. Los empleos de los chicos se concentraban mucho más en el transporte y otros trabajos considerados como callejones sin salida (Bray, 1911: 118). Hay evidencia de que, después de 1900, las oportunidades estancadas y la baja movilidad fueron la causa fundamental de la ansiedad experimentada por los hombres trabajadores acerca de los años de adolescencia. De eso derivó el creciente interés mostrado por los niveles superiores de las clases trabajadoras por extender la edad en que se dejaba la escuela, proveyendo entrenamiento industrial y generalmente regulando la vida de los jóvenes. Sus miedos también se reflejaron en la presión que ponían sobre sus hijos para unirse a comercios y organizaciones de la Iglesia, y en la creciente severidad con que los padres de ese estrato controlaban a sus hijos e hijas. Incluso antes de 1900, los observadores detectaron un cambio en los hábitos sociales de esta clase de juventud. Las actividades de ocio comenzaron a alejarse de las tradiciones del grupo urbano juvenil, volviéndose más cercanas a los placeres familiares.

También se estaban comercializando más, centrándose en salones de música, bares locales y, conforme se acercaba 1914, en el cine y la asistencia a presenciar deportes como espectadores (Stedman-Jones, 1974). Mucha de la actividad de los jóvenes trabajadores se desplazaba de la calle hacia los interiores, ya fuera de una casa o de los diversos bares juveniles que proliferaron en las décadas de 1880 y 1890. Entre ellos, hacia 1900, la práctica de caminar por los muelles casi se había detenido, siendo remplazada por formas menos públicas de cortejo, centradas usualmente en el entretenimiento pagado en casas públicas, amuebladas de forma barata pero confortables, que con el cambio de siglo estaban sustituyendo rápidamente a las burdas cervecerías de inicios del siglo XIX (Rowntree, 1914: 368-369; Rowntree, 1931: 478).

Un grupo más informal de la estructura de pares parece haber sustituido a la banda callejera y, más allá de los reportes sensacionalistas que hablaban de un incremento en la violencia juvenil durante la década de 1890, parece que no había evidencia sustancial que demostrara que las bandas se habían vuelto más agresivas. Por el contrario, los observadores cuidadosos como Charles Russell encontraron lo opuesto. En Manchester, los *scuttlers*<sup>26</sup> de décadas previas habían sido sustituidos por los *Ikes*, un grupo mejor vestido cuya marca distintiva fueron sus pantalones de campana hechos de fustán y los cinturones de hebillas grandes, moda similar a la de los *Hooligans* de Londres en la misma era. Los *Ikes* fueron responsables de una parte de las riñas, pero eran menos propensos a defender un territorio en particular, de lo que fueron sus predecesores. De hecho, estaban abandonando las tradiciones del calendario pasado, sustituyendo las relativamente nuevas fechas de asueto y días feriados por las fechas más tradicionales, como el 5 de noviembre o el 1 de mayo. Con más tiempo libre y más dinero en el bolsillo, estos chicos fueron capaces de buscar formas más individualizadas de placer, llevando a Russell a concluir que: “Los *scuttlers*, para bien y para mal, tenían un sentido de la camaradería y podían de cierta forma organizarse a sí mismos, como nosotros hemos visto, en bandas; pero el *Ike* es la mayor parte del tiempo solitario —menos peligroso para la comunidad pero más deplorable para sí mismo” (Russell, 1905: 54; Paterson, 1912: 98 ss.; Turner, 1954: 175-190).

El tiempo libre aún era muy limitado para los menores de 20 años de los estratos superiores de las clases trabajadoras. Y los chicos más pobres trabajaban más horas y tenían menos dinero para gastar que de las clases ubicadas por encima. Ellos aportaban hasta 80% de sus ganancias a sus familias, por lo que todavía

<sup>26</sup> Grupos de jóvenes de las clases trabajadoras de Manchester. Para mayor referencia, véase A. Davies, A (2008: 17), *The Gangs of Manchester*, Milo Books.

no estaban en posición de disfrutar los entretenimientos y las actividades que atraían a clases trabajadoras más prósperas. Vacaciones, campamentos y clubes, aunque no fueran caros, se encontraban lejos de sus posibilidades; la diversión que ellos podían obtener dependía de sí mismos y de la forma que había sido tradicional para su grupo juvenil urbano. Al vivir en casas de dos o tres cuartos repletas de grandes familias de ocho o más personas, se descartaba el tipo de vida familiar privada desarrollado por los trabajadores con más recursos y la burguesía (Russel, 1905: 17; Bray, 1904: 23-26). La calle era todavía su principal sitio de recreación; la territorialidad era mantenida y los intrusos, ya fueran de bandas rivales o grupos juveniles organizados a la manera adulta, eran fuertemente confrontados. Fue en los barrios más bajos que las brigadas de chicos financiadas por la Iglesia en la década de 1880 enfrentaron mayor antagonismo (citado en Simon, 1965: 65):

<i>Here comes the Boy's Brigade</i>	Aquí viene la brigada de los chicos
<i>All smovered in mermelade</i>	todos cubiertos de mermelada
<i>A Tup'ny-'apenny pill box</i>	Un pastillero de dos peniques y medio
<i>And'arf a yard of braid.</i>	Y medio metro de galón.

El chico de Oxford, Aylward Dingle, encontró que unirse a la banda junior del ejército de salvación no era menos doloroso: “Donde quiera que marchábamos una horda de chicos de la escuela iba junto a nosotros, gritándome vulgaridades. El lunes me dieron una paliza en la escuela, pero si me hubiera negado a marchar, hubiera recibido una tunda infernal en casa, así que maldije al ejército y toqué mi corno” (Dingle, 1933: 22).

Rehusarse a usar un sombrero con forma de caja para píldoras y a marchar, para los observadores de la clase media era prueba de que los hijos de los pobres experimentaban una peligrosa precocidad. Según E.J. Urwick, ellos fueron “una especie de niño-hombre, en quien los instintos naturales de los adolescentes están casi sobrepasados por una febril ansiedad por llegar a ser hombres” (Urwick, 1904b: XII). Su temprana entrada al cortejo y el matrimonio los separaba no sólo de la burguesía sino también de los niveles más altos de su clase social. Al llegar a la edad de 22 años, casi un tercio de los trabajadores no capacitados de York se había casado, en contraste con menos de 20% de los trabajadores capacitados (Rowntree, 1914: 174). Tal como hemos visto, el matrimonio era sólo una pequeña transición desde un estado de pobreza a otro, sin nada como el interludio de libertad de cuidar y querer, que los más privilegiados asociaban con los adolescentes

y los jóvenes adultos. “A los 30 años un hombre deja de amar los juegos, hacer el amor a su esposa, leer libros y construir castillos en el aire” —escribió Paterson—. Él está peligrosamente satisfecho con su trabajo diario” (Paterson, 1912: 137).

Así, el ciclo de pobreza y desesperación era transmitido de una generación a la siguiente. Arnold Freeman acertaba al decir que “para entender el problema de un muchacho, su vida y su trabajo, es esencial considerar primero lo que los psicólogos llaman *adolescencia*, pero está mal suponer que el problema va a terminar cuando acabe ésta en sí misma” (Freeman, 1914: 94). En realidad, los problemas de los hijos de los pobres se asentaban fuertemente en la estructura económica y demográfica de la sociedad. La creciente tendencia para tratarlos desde la psicología y, por tanto, como sujetos de una clínica, más que a partir de una solución económica o política, era por lo menos tan perturbadora como el fenómeno en sí mismo. La pobreza y la alta mortalidad que le acompañaban eran todavía los factores individuales más importantes para determinar las diferencias entre la adolescencia y los hombres-niño, diferencias que quizá fueron tan grandes en 1900 como no volverían a serlo después ni lo habían sido antes.



La misión imperial de los exploradores atrajo la atención de los dibujantes al comienzo del movimiento. “Nuestra defensa de la vida más joven” reproducida de Punch, 1 de septiembre de 1909.



## CAPÍTULO 4

### CONFORMIDAD Y DELINCUENCIA: LA ERA DE LA ADOLESCENCIA, DE 1900-1950

El descubrimiento de la adolescencia tuvo lugar en las clases medias, mismas que la monopolizaron hasta inicios de siglo xx. En aquel momento, podía admitirse la exención del mundo laboral a los niños de las clases sociales altas; sin embargo, existían serias dudas respecto a si la economía podía permitirse prescindir de la mano de obra infantil de otras clases sociales. Así, el concepto de adolescencia se democratizó de manera simultánea en prácticamente cada país de Occidente, para incluir en esta categoría a todos los menores de 20 años. Las teorías psicológicas y sociales relativas a la inestabilidad y vulnerabilidad de este grupo de edad justificaron que se implementara un diluvio de legislaciones destinadas a brindarle protección, mismas que en 1914 habían puesto bajo control su independencia. En tanto la educación secundaria se extendió, ganaron terreno las actividades extracurriculares. Por vez primera había organizaciones dedicadas completamente a la adolescencia, siendo las dos más conocidas los Scouts ingleses y la Wandervogel de Alemania, fundadas durante la primera década del siglo xx. La existencia de prisiones y Cortes especializadas en temas juveniles, servicios de empleo especializados y agencias de bienestar, formaron parte del reconocimiento social dado al estatus único de quienes ya no eran niños y aún no eran completamente adultos.

Contemporáneos como Ellen Key y G. Stanley Hall celebraron el retiro de la adolescencia del mundo adulto como el logro de una civilización iluminada. No obstante, otros fueron menos optimistas e hicieron referencia a la incidencia que estaban teniendo los desórdenes mentales juveniles, el mal uso del tiempo libre y el alza de los índices de criminalidad atribuido a un creciente nivel de delincuencia entre los jóvenes. Even Hall, que había dado la bienvenida al descubrimiento de este nuevo estado de la vida, como un gran punto de quiebre en la evolución humana casi de forma apocalíptica, advirtió de los peligros existentes: “No es sólo una cuestión de arresto (físico), sino de perversión, en cada etapa, miembros de

grupos criminales, el crimen juvenil y los vicios secretos no sólo se incrementan, sino que además, se desarrollan de forma más temprana en cada tierra civilizada” (Hall, 1969, vol. 1: xiv; Key, 1909; Demos y Demos, 1969: 632-638). Al iniciar el nuevo siglo resultaba evidente que las expectativas públicas de la juventud nunca habían sido tan altas; pero también era evidente que, desde el siglo XVIII, prácticamente no había existido un periodo en que las quejas respecto a la conducta de los jóvenes fueran tan grandes. Semejante ambivalencia puede empezar a explicarse cuando se mira de cerca los procesos históricos que extendieron las normas de la adolescencia desde la clase media hacia otros grupos que no habían compartido esa particular percepción de la juventud. El miedo y la esperanza fueron compañeros en esa empresa; la extendida ambivalencia en torno a la juventud puede ser ubicada en el conflicto y las contradicciones que se establecieron entre padres, maestros y líderes juveniles que intentaban imponer una tradición de juventud sobre otra. Lo cual dio mayor conformidad por un lado y más delincuencia por el otro, esto respondía al hecho de que las condiciones implícitas en la adolescencia no se distribuían de manera uniforme en todos los estratos de la sociedad europea. La imposición de la adolescencia generó una fuerte resistencia de un gran sector de la población, particularmente a nivel de la población trabajadora pobre; esto dio por resultado que, durante la mayor parte del período comprendido entre 1900 y 1950, los límites entre la conformidad y la delincuencia se dibujaran a partir de lo que esencialmente eran divisiones de clase.

En el capítulo previo fueron abordadas las razones por las cuales la adolescencia, como estado de vida, era confinada a la clase media y a ciertos estratos altos del proletariado. Sin duda, las fuerzas que tendían a esparcir la adolescencia hacia abajo estaban presentes a inicios del siglo XX y, como lo demuestran los datos relativos a la educación secundaria (cuadro 6), cada vez más gente joven estaba siendo removida del mercado laboral antes de sus 20 años.

Estos números reflejan el incremento de la edad en que se salía de la escuela, que pasó de ser 14 años en 1918 a ser 15 años en 1947; asimismo, también dan cuenta de la genuina tendencia social de los padres a buscar entrenamiento posterior para sus hijos —tendencia que ganó amplios espacios durante la década de 1920, con una regresión de algún modo durante las crisis económicas de 1930, para volver a incrementarse esta tendencia después de la segunda Guerra Mundial (Lowndes, 1969: capítulo 6; Glass, 1961: 392).

Cuadro 6. Porcentaje de los grupos de edad en educación de tiempo completo en Inglaterra, 1870-1962

EDAD	AÑO			
	1870	1902	1938	1962
10 AÑOS	40	100	100	100
14 AÑOS	2	9	38	100
17 AÑOS	1	2	4	15
19 AÑOS	1	1	2	7

FUENTE: Marsh, D. C. (1965). *Changing social structure of England and Wales, 1871-1961*. London: Routledge y Kegan Paul.

Parecería que, de forma gradual y continua, el concepto de “adolescencia” fue extendiéndose hacia una gran parte de la población trabajadora, trascendiendo más allá de las clases en que se había originado. A pesar de ello, debe tenerse cuidado de no tratar ciertas cifras relativas a la educación secundaria como evidencia representativa y concluyente de que la adolescencia se estaba extendiendo a un ritmo uniforme. Por el contrario, los beneficios que implica la escolaridad no se distribuían de forma pareja, y el volumen de crecimiento de la población en escuelas secundarias y universidades se originaba principalmente al interior de las propias clases medias, y no en el reclutamiento adicional de chicas y chicos de las clases trabajadoras. En Inglaterra, los principales beneficiarios del Acta Educativa de 1902, que permitía a las autoridades locales apoyar la educación secundaria con fondos públicos, fueron las clases medias y medias bajas. Casi 39% de la cohorte de chicos de clase media nacidos entre 1910 y 1929 estaba recibiendo algún tipo de educación secundaria, mientras que, en las mismas décadas, sólo 10% de los chicos de la clase trabajadora recibía educación más allá de los grados de primaria. Al analizar las cohortes que recibían educación universitaria la disparidad es aún mayor. Entre los chicos de clase media, 8.5% alcanzaban una educación más alta, en comparación con sólo 1.4% de chicos provenientes

de la clase trabajadora (Glass, 1961: 398). En Alemania, donde la expansión de la educación secundaria y universitaria fue más rápida durante las primeras tres décadas del siglo, cerca de la mitad de quienes estaban en la universidad eran de la clase media baja. Sin embargo, sólo 5,8% procedían del proletariado urbano o rural (Kotschnig, 1937: 13, 57; Samuel y Thomas, 1949: capítulos 3 y 8).

Las razones que dieron lugar a estas disparidades, que se hicieron todavía más pronunciadas durante la Depresión, no son difíciles de visualizar si se pone atención a las condiciones económicas reinantes durante el periodo de 1900 a 1950. En la década de 1930, cuando Seebohm Rowntree regresó a York para determinar si se habían producido cambios en los niveles de pobreza durante las primeras tres décadas del siglo, un doloroso 31% de la población aún vivía por debajo de la línea de pobreza (Laslett, 1965: 206). De manera que seguían operando los mismos ciclos de precariedad y, si bien el desempleo conectado con la Depresión contribuía fuertemente a las cifras de pobreza, no había duda de que la situación de los chicos era semejante a la del pasado: en 1931, casi 39% del grupo de edad de 5 a 15 años vivía por debajo de la línea de pobreza (Rowntree, 1931: 156). Condiciones como éstas no desaparecieron hasta finalizada la segunda Guerra Mundial, cuando la abundancia empezó a ser distribuida de forma más equitativa en la sociedad inglesa. En su encuesta final, realizada en 1961, Rowntree reportó que sólo 3% de la población inglesa vivía en una situación que él consideraba de pobreza primaria, correspondiendo casi totalmente a personas de edad avanzada.

Asimismo, entre los pobres, las compañeras de la pobreza —hacinamiento en las viviendas, enfermedad y altos índices de mortalidad— persistieron hasta 1945. Los índices de mortalidad infantil fueron disminuyendo desde una proporción de 145 por cada mil nacimientos en 1900, a 63 en 1930, y a 30 en 1950 (Marsh, 1965: 63; Bechtel, 1967: 324-330). Pero, de nuevo, esto no se distribuía de manera uniforme y, hasta hace muy poco, las posibilidades de vida de los pobres seguían siendo inferiores a las de aquellos que se encontraban en una situación económicamente mejor. Como podría esperarse, las familias más pobres de Inglaterra se vieron forzadas a continuar implementando una estrategia familiar de alta fertilidad para solventar sus pérdidas, por lo que, la diferencia en el tamaño de las familias entre las diversas clases se incrementó durante las primeras cuatro décadas del siglo xx. A pesar de ello, la tasa de fertilidad cayó en todos los niveles. A nivel de la clase media, el tamaño de la familia registró una disminución constante hasta después de 1945, cuando mostró cierto incremento, particularmente entre las élites profesionales. A su vez, el tamaño de las familias de clase media

baja se estaba contrayendo a un ritmo aún más acelerado, al tiempo que las familias de trabajadores capacitados también mostraban signos de estar buscando menos hijos. De igual modo, en el caso de los trabajadores no capacitados el tamaño familiar estaba declinando, aunque no de manera tan rápida como en las clases situadas por encima de ellos; aun así, la distancia con respecto a la media nacional era más evidente en 1930 de lo que había sido en 1900 (Wrigley, 1969: 186-187). De manera que, aun cuando finalmente se llegaría a una convergencia en el tamaño de la familia, conforme las clases medias profesionales empezaron a producir más niños después de la guerra, durante la mayor parte del periodo de 1900 a 1950 la estrategia familiar de los pobres siguió siendo opuesta a la del resto de la sociedad.

Las presiones económicas y demográficas, que tradicionalmente forzaron a los niños de esta clase a trabajar, tan pronto como era legalmente posible, se volvieron imbatibles, en un tiempo en que otros grupos buscaban mayor educación para sus hijos. Las condiciones económicas que favorecieron la existencia del “chico de los mandados” permanecieron hasta finales de la década de 1930, cuando trabajos mejores empezaron a estar disponibles para los jóvenes (Musgrove, 1965: 81-87). Hasta ese momento persistió el viejo incentivo que llevó a que los chicos empezaran a desempeñarse en trabajos básicos, desatendiendo la educación posterior y frenando cualquier intento que hicieran por perseguir su independencia. Un signo de su persistente precocidad seguía siendo la distancia entre la edad en que se llevaba a cabo su matrimonio y aquella en que éste se realizaba en los niveles superiores. Las clases medias continuaron casándose más tarde y, mientras de alguna forma durante la Depresión se retardó la edad de matrimonio en las clases más pobres, la diferencia en los patrones de cortejo permaneció siendo muy grande hasta finalizada la segunda Guerra Mundial, cuando las clases medias comenzaron a casarse a edades más tempranas (Musgrove, 1965: 80; Goode, 1970: 40-45).

La evidencia de persistentes e incluso crecientes divergencias entre los ciclos de vida de las distintas clases da cuenta de algunas de las peculiaridades que caracterizaron a este periodo. A nivel institucional, el incremento de la edad para dejar la escuela y la provisión de actividades extracurriculares resaltaba la creencia de las clases medias sobre la universidad y la adolescencia. No obstante, sus expectativas no se cumplieron del todo; incluso, entre la juventud de las clases bajas se evidenciaban señales de la existencia de un contra-movimiento a partir del cual éstas se resistían a las presiones y a la conformidad que se les imponía. El conflicto entre el ciclo de vida de las clases pobres y el de las clases

más privilegiadas resultaba más evidente en la escuela, donde la salida temprana contradecía las metas de maestros y trabajadores sociales. Esto también fue evidente en otras interacciones sociales, en las que las tradiciones de juventud chocaban con las normas de dependencia y conformidad. No fue accidental que aquello que el público comenzó a ubicar como delincuencia juvenil se volviera un foco de atención justo en un momento en que empezaban a percibirse las presiones orientadas a universalizar la adolescencia, porque más allá de las aparentes diferencias, las dos estaban relacionadas. Las características que estigmatizaban a ciertas juventudes, señalándolas como delincuentes —precocidad e independencia de la autoridad adulta—, fueron opuestas a aquellas que identificaban al modelo adolescente. La delincuencia servía para delinear las cualidades centrales de la conformidad y viceversa. De hecho, históricamente hablando, las dos fueron dialécticamente inseparables en cuanto a su origen y desarrollo; y la discusión en torno a una, resulta incompleta si no se considera una investigación sobre la otra. Nosotros, por tanto, empezaremos abordando las presiones hacia la conformidad experimentadas por los jóvenes al producirse el cambio de siglo, y retornaremos las discusiones sobre la emergencia de la delincuencia juvenil al finalizar el siglo XIX y la forma en que ambas tendencias hicieron del periodo de 1900 a 1950 un momento único en la historia social de la juventud.

• I •

En el capítulo previo vimos que la adolescencia fue un producto de las escuelas secundarias de élite. Hasta la década de 1880, la afirmación de que los chicos siempre serían chicos se aplicaba básicamente a quienes asistían a esas escuelas. En cambio, los chicos de las clases bajas eran vistos casi como una raza aparte, considerándose que difícilmente eran susceptibles al mismo tipo de manejo y, quizás, hasta se entendía que resultaban un poco peligrosos si tenían acceso a la educación o al ocio. La jerarquía educacional existente en el siglo XVII, a la que se refirió el poeta George Crabbe, permanecía casi idéntica a finales del siglo XIX:

*To every class we have a school  
assigned  
Rules for all ranks and food for  
every mind.*

Para cada clase tenemos una  
escuela asignada,  
Reglas para todos los niveles y comida para cada  
mente.

En la década de 1850, el obispo Samuel Wilberforce todavía hablaba del peligro que representaba educar a las clases bajas, porque esto “haría a todos inadecuados para salir adelante; de otro modo, el resto de nosotros no tendría nada para comer” (citado en Stone, 1969: 71, 95). Se asumía que los niños de las clases pobres tenían que ser “tratados con dureza” en lo relativo a sus hábitos durante la adolescencia; y si bien algunos, como Mary Carpenter, la reformadora juvenil victoriana, creían que el amor y la atención podían ablandar incluso al más violento criminal, uno de sus cercanos colaboradores, Matthew Davenport Hill, todavía hablaba de los delincuentes juveniles como de “pequeños hombres testarudos”, cuya característica más difícil de erradicar era su precocidad (Hill, citado en Carlebach, 1970: 61). A inicios del siglo XIX, los reformadores tendían a enfocar su atención en los niños de los pobres como si fueran una especie separada, cuyos problemas tenían poca o ninguna semejanza con los de chicos y chicas respetables, tratados de acuerdo con estándares diferentes (Carlebach, 1970: capítulo 3).

No obstante, a finales de la década de 1880 estas distinciones se estaban diluyendo según una aproximación a la juventud que asumía que “los chicos serán chicos” y “las chicas serán chicas” más allá de su condición de clase. El estilo del trabajo con jóvenes referido como una combinación de juegos y retos, ya bien desarrollado en las escuelas de élite pero poco probado en niños de la clase trabajadora, se estaba volviendo universal. Quienes lo impulsaban sentían que en la naturaleza física de los chicos existía un común denominador que habían eludido las reformas previas. La aproximación evangélica operada a inicios del siglo XIX —común en el Rauhe Haus de Johann Wichern, la francesa Colony for Wayward Youth de Mettray y la Red Lodge para chicas de Lodge— estaba abriendo camino a métodos que se apoyaban menos en la religión y el intelecto que en la psicología y la biología del adolescente.<sup>1</sup> Se entendía que, en esta década, jugar y marchar sanaban de algún modo las profundas divisiones de clase, desterrando las barreras artificiales que separaban a un chico de otro. “Las distinciones de clase son difíciles de mantener en medio de sanas rivalidades en el espacio abierto; los *shorts* para caminar y los cuerpos desnudos impulsaban la igualdad”, escribió un entusiasta del nuevo método (Hope, 1912: 302).

El lado físico de la humanidad, del que tanto desconfiaban las viejas generaciones de jóvenes trabajadores, se estaba volviendo una obsesión para quienes recién ingresaban a estas filas. Las mangas de camisa reemplazaron a los collares clericales, y de la postura evangélica tendiente a culpabilizar, se dio paso a una

<sup>1</sup> En Mennel (1972: capítulos 4, 6) y Hawes (1969) puede verse información útil sobre encuestas acerca de las tendencias internacionales en el tratamiento de la delincuencia juvenil.

actitud más informal y de camaradería que caracterizó a los reformadores de clase media de la década de 1880. Algunos, como Charles Russell, pensaron que el declive de las bandas juveniles urbanas ofrecía una oportunidad para sustituir la supervisión adulta por el liderazgo tradicional de los jóvenes mayores (Russell, 1905: 54). Éstos se involucrarían en la diversión propia de los chicos, lo que les daría acceso a quienes no podían ser alcanzados desde el púlpito o el escritorio. Esta filosofía, que subyacía al movimiento de bienestar social inglés de la década mencionada, inundó los barrios de la ciudad con protectores de niños provenientes de universidades públicas. Éstos pretendían conocer a la juventud delincuente en sus propios territorios, sin que interfiriera la formalidad que sus predecesores habían sentido necesario imponer entre ellos y sus protegidos.<sup>2</sup> En la siguiente década, su ejemplo fue copiado por el pastor de Hamburgo, Walter Classen, quien estableció las características de una juventud acorde a su versión de bienestar social a partir del deporte y las actividades físicas (Freudenthal, 1968: 309-314).

Esta nueva fraternidad conllevaba una fuerte dosis de paternalismo; sin embargo, los protectores de chicos de las clases medias nunca olvidaron su posición y, cuando los estudiantes de Oxford fundaron el *Oxford Working Men's and Lad's Institute* en 1884, ello respondió a que, como mencionaron, “el resto de las clases sociales tiene el poder de enseñar cómo vivir a quienes están por debajo a ellos”<sup>3</sup>. Asimismo, en Alemania existía un renovado intento por restablecer el liderazgo natural de las clases superiores. El “nuevo feudalismo”, como algunos críticos lo llamaron, fue promovido ante las obvias influencias que el socialismo y el secularismo estaban ejerciendo en las clases trabajadoras en ese momento. El movimiento del club de chicos alemanes se benefició de la misma postura conservadora impulsada y financiada por su contraparte inglesa. De acuerdo a su historia, el movimiento del club inglés en la década de 1880 se orientaba a “preservar el orden establecido por la Iglesia y el Estado, educando a las masas en maneras y modales, y hasta en responsabilidad política; esto significaba conciencia” (Eager, 1971: 149).<sup>4</sup> En ambos países, las élites asumieron que el interés nacional requería su involucramiento más profundo en la vida de los pobres; y, dado que niños y jóvenes eran más accesibles que los adultos, sobre ellos se volcó la creciente atención del clero, los hombres de negocios y otros líderes de opinión de las clases medias y altas. “Los chicos de los pobres van adonde se les

<sup>2</sup> Para información sobre el movimiento de bienestar social, véase Eager (1971: 184-225) y Simon (1965: 69-71, 78-85).

<sup>3</sup> Biblioteca de Oxford. (1884-1915). *Reporte del Instituto de Hombres y Mujeres Trabajadoras de Oxford*.

<sup>4</sup> Respecto a una ansiedad similar entre los clérigos de Oxford, véase *Minutas* de la Asociación clerical de Oxford, 1851-1895. (s.f.). MS Top Oxon e 36.

manda”, señaló E.J. Urwick al cambiar el siglo. “Los mejores son sus líderes y su ejemplo de vida determina su camino” (Urwick, 1904a: 318).

Percy Manning encontró vicarios, maestros de escuela, caballeros y damas de la Reforma particularmente interesados en usar las tradiciones de juventud para sus propios propósitos. Pero en lo que respecta a la proliferación de juegos y rituales destinados a encontrar lo natural, por ejemplo, las necesidades instintivas del chico universal, nada podía superar la ingenuidad de los nuevos movimientos juveniles, particularmente los Boy Scouts y el *Wandervogel*. Mucha de esa juvenilia patrocinada por adultos resultaba cómica, incluso para los más jóvenes, aquellos a quienes iba destinada. No obstante, el entretenimiento no era el único propósito perseguido por sus creadores. La popularidad de los cuentos de Kipling y las ceremonias de solsticio reflejaban el gusto de hombres y mujeres preocupados de su progreso material por formas más simples y naturales. Al finalizar el siglo, el nuevo modelo de movimiento juvenil constituyó la expresión de un movimiento cultural general que tuvo lugar en la clase media europea. Éste contenía fuertes trazas de antimodernismo y antimaterialismo, mezcladas con el pesimismo de un *fin de siècle* que incluía miedos tangibles y ansiedades vinculadas al declive de la religión y la amenaza que el socialismo de la clase trabajadora representaba para la sociedad burguesa. Junto a un espectro que iba desde el escapismo romántico hasta el conservadurismo político militante; el mayor movimiento no socialista juvenil de este periodo proyectó las ansiedades de las élites reinantes, que buscaban asegurar su posición en un mundo perturbado por el conflicto de clase y la crisis internacional.

Los nuevos movimientos estaban menos deseosos de impulsar a los jóvenes hacia un modelo de convenciones adultas, que de tratar como saludables e inocentes sus búsquedas más frívolas. Ello se vio impregnado de cierta romantización de la juventud, considerada como fuente de revitalización personal y social o como signo de que la larga lucha de las clases medias por establecer una civilización liberal las había dejado exhaustas en términos de métodos e ideologías políticas. Por tanto, tendían a ver su rol de cuidadores de niños como apolítico, o por lo menos, como situado más allá de la política y la crítica política. Un ejemplo de ello está dado por las organizaciones de chicos del pastor Clement Schultz, que operaban en el distrito San Pauli de Hamburgo; éstas atrajeron considerable atención debido a su éxito con chicos de las clases trabajadoras, éxito sustentado en la declaración de que el trabajo juvenil debía ser “independiente de cualquier partido político o religioso” (Freudenthal, 1968: 311).<sup>5</sup> Para Schultz,

<sup>5</sup> Respecto al contexto social y cultural de este tipo de miedo y pesimismo, véase Stern (1965); Mosse

como para otros cuidadores de chicos alemanes e ingleses, trabajar con los impulsos frescos y puros de los jóvenes proveía una excitante alternativa a la oscura civilización sin alma de la sociedad industrial. Así, por un lado, los nuevos movimientos intentaban una revitalización cultural de una forma ostentosa y apolítica, intentando revivir lo que consideraban el arquetipo de la juventud, la “adolescencia”. Por el otro, sus formas e ideologías reflejaban valores de élite tendientes a conformar una fuerza conservadora, aun a pesar de que negaban tener una intención política.

A través de juegos, rituales y búsquedas juveniles de todo tipo, los líderes juveniles post-victorianos liberaron a los jóvenes de las ataduras impuestas por una civilización urbana industrial que, en virtud de su progreso material, había crecido rígida y corrupta a sus ojos. En el proceso de búsqueda de la esencia física y los instintos de la adolescencia lograron separar la noción de “juventud” de asociaciones previas con la moralidad y la fuerza espiritual. El énfasis dado a los aspectos físicos y psicológicos de la adolescencia, tendencia que se desarrolló entre las élites educadas; incluso antes del cambio de siglo, se orientó a en última instancia, reducir esta fase de la vida a un objeto de investigación científica y tratamiento clínico proporcionado por adultos. Lo que empezó siendo un esfuerzo destinado a permitir a los jóvenes vivir de acuerdo con las reglas de la naturaleza, terminó encadenándolos a una nueva conformidad sancionada por una ciencia social positivista. Más allá del intento de proteger a los adolescentes del decadente mundo de los adultos, los jóvenes fueron separados de sus derechos civiles y sociales, la única y real protección de sus mayores. Éstas fueron algunas de las contradicciones inherentes a la historia del inicio de la juventud al momento del cambio de siglo.

## • II •

Tanto en su propósito como en el método que utilizaron, los autonombres cuidadores de la nueva generación que emergió con el cambio de siglo fueron considerablemente divergentes de sus predecesores victorianos. En este sentido, reemplazaron las metáforas de conversión religiosa por un lenguaje de “tratamiento” y “cura” tomado directamente de las ciencias. En ese momento del siglo, el objeto de atención era el niño en su totalidad, incluyendo su parte social y económica, además de su higiene y su bienestar espiritual. En el nuevo siglo se reevaluaron las potencialidades que conllevaban el cuidado infantil y la educación, ahora

---

(1964); Dangerfield (1961); y Hynes (1968: capítulo 2).

definidos de manera más amplia a fin de que abarcaran áreas completas de la vida del niño que previamente habían sido relegadas al control familiar o del grupo de pares. La ideología social subyacente a estas innovaciones era mucho más agresiva y menos tolerante a las fallas que las más románticas doctrinas victorianas. En sus orígenes, las nuevas metáforas vinculadas a la patología médica reflejaban imperativos más científicos que morales. Así como el interés público dictaba la inmunización de todos los niños contra enfermedades contagiosas, el futuro de la nación requería la vacunación de las generaciones más jóvenes contra varios males sociales a los cuales la sociedad urbana industrial parecía particularmente susceptible.<sup>6</sup>

Los voluntariosos métodos de la generación previa fueron objeto de crítica. Quienes fueron pioneros en el campo del cuidado infantil no habían ido muy lejos, ya que habían dejado mucho a los padres, a quienes les faltaba carácter y comprensión; mucho de su trabajo se había llevado a cabo como caridad, resultando suficiente para mantener el *statu quo* pero inadecuado para un periodo en que los cambios se producían más rápido y la tensión interna y la agresión externa amenazaban la supervivencia nacional. Súbitamente, la adolescencia pasó a estar inmersa en una batalla contra la decadencia del hogar y las amenazas externas. Después de todo, “en los adolescentes de cada edad descansa el destino de la nación, la raza —escribió el reformador social inglés C.E.B. Russell—. Ellos planearán grandes hazañas y transformarán pensamientos en acción. En tanto seamos capaces, nos toca ver qué oportunidad, solidaridad y ejemplo de nobleza nos dan” (Russell, 1913: 55).

Aunque algunos socialistas como Ellen Key preferían pensar a la generación más joven como una generación comprometida con “el trabajo, la educación popular, el movimiento de la templanza, el movimiento por la paz”. En la víspera de la primera Guerra Mundial estaba claro que un gran segmento de los adolescentes había sido capturados, al menos simbólicamente, por las fuerzas del nacionalismo y el conservadurismo. En Alemania, el militarista Jugendverban del general Kleim fue el primero de muchos clubes de defensa y deporte que precedieron la fundación del fuertemente conservador Jungdeutschlandbund [Federación de la Joven Alemania] en 1911. En 1914, éste contaba ya con 750,000 miembros (Kitchen, 1968: 136-142). La guerra *Bóer*<sup>7</sup> dio un fuerte impulso a inten-

<sup>6</sup> Respecto al crecimiento de la metáfora médica, véase Platt (1969: 35); Morrison (1896: 38-40); Bray (1907); Hall (1969, vol.1: xiv-xvii).

<sup>7</sup> *Bóer* se refiere al habitante de Sudáfrica de origen holandés. Esta guerra se desarrolló entre 1880 y 1881, cuando el imperio británico se apoderó de Transvaal (República sudafricana) y los habitantes se

tos similares realizados en Inglaterra con el propósito de captar a los jóvenes para el servicio nacional. Esto promovió la aprobación del *Acta Educativa* de 1902, en la cual se establecía el apoyo del Estado a la educación secundaria. “La mera existencia del Imperio depende del poder marítimo y escolar”, advirtió Michael Sadler, quien tenía clara la inferioridad británica respecto a Alemania en el campo de la educación (citado en Lowdnes, 1969: 72).

A nivel nacional se empleó un lenguaje similar como parte del discurso que Lord Robert dio a las recientemente formadas tropas *scout* de Oxford en 1909: “dejen que el lema de los muchachos sea el del movimiento del Imperio: ‘Responsabilidad, deber, simpatía, y autoexpresión’”.<sup>8</sup> Los guías *scouts* locales tomaron esto como su primer deber para “convertir a los chicos en crecimiento de hoy, en los ciudadanos útiles de mañana”, propósito compartido con sus contrapartes alemanas del Jungdeutschlandbund (Pross, 1964: 163; Laqueur, 1962: capítulo 8).<sup>9</sup> Para 1914, los grandes movimientos orientados a cuidar a los niños en ambos países —la Sociedad Nacional Inglesa para la Protección de los Niños y las alemanas Pestolozzi Stiftung, la Unión de Madres y la Deutsch-Evangelischer Frauenbund, [Federación Evangélica de Mujeres Alemanas]; el Consejo del Avance Industrial de la Gente Joven y el Herberge zur Heimat— habían incorporado en sus filosofías oficiales algunos elementos de la fórmula conservadora del patriotismo y la reforma social. Ideologías de propósito nacional, a menudo sustentadas en el darwinismo social y sus términos de tendencia racial, habían suplantado las justificaciones religiosas y morales previas, si bien las últimas aún formaban parte de la retórica pública. En la apelación a las justificaciones del nacionalismo, por la reforma social se llegó a tales extremos que ni siquiera los bebés estaban exentos de la llamada de la revitalización nacionalista; “la raza marcha hacia delante en los pies de los pequeños niños”, proclamaba el Comité de Cuidado Infantil de Oxford en 1919.<sup>10</sup>

Por otra parte, contribuía a este cambio la concepción de que Europa había ingresado a una edad de la democracia en que ninguna clase o grupo podía ser excluida de compartir la responsabilidad y el poder. En este sentido, los protectores de los niños partieron del mismo principio que el control de prevención social, lo que, a partir del texto del *Acta de Sufragio* de 1867, llevó a Robert Lowe a subrayar que: “Nosotros debemos educar a nuestros maestros” (Lowdnes, 1969:

---

levantaron en revuelta (N. T.).

<sup>8</sup> Biblioteca de Oxford. (1909).

<sup>9</sup> Véase también Minutas del Comité General de la Asociación de Boy Scouts de Oxford. (s.f.).

<sup>10</sup> Biblioteca Central. (1899-1919).

3-17; Simon, 1965: capítulo 2). El sentimiento de que la educación de los niños pequeños resultaba insuficiente para dicho propósito, y que los años que transcurrían entre que se dejaba la escuela y la joven adultez también debían incluir la educación, fue uno de los fuertes motivos que impulsaron los movimientos juveniles extracurriculares. Éstos intentarían cumplir aquello que las escuelas no podían lograr. El hecho de que para Alemania o Inglaterra los primeros años del siglo xx no fueran pacíficos socialmente añadió ímpetu a esos cuidadores, que se veían a sí mismos como los desinteresados mediadores del conflicto de clase. En Prusia, la legislación estatal de 1911 estableció el soporte público para las agencias de apoyo a los jóvenes, lo que estaba directamente relacionado con el conflicto industrial iniciado cuatro años atrás (Pross, 1964: 160-162). Un impulso similar sostenía la fundación del *Club para Chicos Balliol* de Oxford. “Para alentar la amistad entre clases, para que no haya barreras entre clases”, era el camino seguido por la esposa de su fundador, A.L. Smith, quien retomó la visión de su marido.<sup>11</sup> Por los registros de la sociedad de debate del Club sabemos que los temas verdaderamente complicados, que podían agitar a la sociedad, eran mantenidos a distancia; y, cuando en 1910 se debatió el sensible tema de las reformas tarifarias, para su satisfacción, los líderes encontraron que “prácticamente todo el club era profundamente conservador”.<sup>12</sup> Aún más tradicional era la experiencia de un *scout*. Una idea que sintetiza todas las metas de ésta y otras organizaciones para jóvenes patrocinadas por la clase media es: “el movimiento *scout* te enseña a ser un buen ciudadano y no a saber todo sobre política” (Paul, 1938: 21).

Los precedentes políticos y sociales para la nueva aproximación al trabajo juvenil fueron establecidos en la década de 1880, cuando la antigua propuesta evangélica empezó a ser remplazada por un programa más vigoroso, orientado a promover retos y el atletismo. En Inglaterra, la Brigada de los Chicos de William Smith, fundada en 1883, fue la primera organización que rompió con la tradición, al presentar la novedosa idea de sustituir el régimen militar por uno más convencional de lectura de la Biblia. “¡Sorprendente y absurda ilusión!”, escribió un patrocinador del movimiento de Smith. “Llama a estos chicos, ‘chicos’, que es lo que son, y pídeles que se sienten en una clase dominical y no habrá poder en la tierra que les haga hacer eso; pero pon una gorra de 5 peniques sobre ellos, llámalos soldados, que no lo son, y podrás ordenarles hasta la medianoche” (citado en Simon, 1965: 65). La Brigada de los Chicos se percató de que prescindir

<sup>11</sup> Acotaciones realizadas por Ms. A.L. Smith en la apertura de la Casa Keith Rae (1921). Ms. Source I. (S. f.). *Balliol papers*.

<sup>12</sup> Ms. Source I. (1910). *Libro de registros de Balliol*.

de la seriedad y el decoro con que habían cargado las organizaciones juveniles victorianas podía atraer más miembros de la clase trabajadora. Pero la idea de que el ejercicio físico era más apropiado que el espiritual se mantuvo bajo sospecha hasta el cambio de siglo, cuando muchas de las técnicas de Smith fueron popularizadas a través del movimiento de los Boy Scouts.

Para el momento de la guerra Bóer, la opinión pública inglesa, incluyendo un segmento de la anteriormente antimilitarista clase trabajadora, oscilaba entre el ejercicio y la marcha (Price, 1972: 172-176; Hynes, 1968: 17-32). La nación ya era consciente de la necesidad de contar con formación militar; y uno de los héroes de la campaña Bóer, el general Baden Powell, estaba tan impresionado del potencial de las brigadas de muchachos que escribió su famoso *Scouting for boys*, para que su amigo Smith lo utilizara. La fórmula de Baden Powell que, influenciada por el “romanticismo de los bosques” del joven líder americano Ernest Thompson Seton, promovía un estilo de vida al aire libre para los chicos, fue muy bien recibida para justificar el establecimiento de su propia organización separada de la brigada. Con el soporte financiero de fondos conservadores y el apoyo de antiguos camaradas del ejército, en 1908 el general creó el gran movimiento popular de los Boy Scouts (Springhall, 1972: 125-158; P. Wilkinson, 1969: 7-23).

No resulta sorprendente que, desde el inicio, el *scouting* [la exploración] tuviera una fuerte orientación nacionalista, “la ideología que da sustento al *scouting* es una combinación de la postura socioimperial de Baden Powell, un omnipresente darwinismo social y el culto eduardiano a la eficiencia nacional”, escribió uno de los más críticos historiadores del movimiento (Springhall, 1972: 136). Oficiales militares de alto rango conformaron dos terceras partes del liderazgo a nivel nacional y el primer Comité Ejecutivo estaba íntimamente relacionado con la Liga del Servicio Nacional, organización conservadora que, desde 1902, había presionado para implementar la conscripción universal (Springhall, 1972: 135; P. Wilkinson, 1969: 14).<sup>13</sup> Si bien Baden Powell hizo algunos intentos por negar que sus tropas fueran agencias reclutadoras para el ejército territorial, los más suspicaces insinuaron que uniformes, actividades y juegos de guerra de fin de semana estaban encaminados a efectuar el adoctrinamiento. Algunos de los miembros más liberales de dicho movimiento, consideraron que la influencia de la Liga del Servicio Nacional era demasiado fuerte para sus gustos, y presionaron al general a moverse en la dirección internacional que había sido parte del carácter original del *scouting*. Sir Francis Vane dejó el movimiento en protesta a la continuación del militarismo,

<sup>13</sup> En Oxford, los *scouts* estaban vinculados con la conservadora Liga del Servicio Nacional. Véase Minutas de la Sucursal de Oxford de la Liga del Servicio Nacional, (1908-1915).

pero no fue sino hasta después de la primera Guerra Mundial que elementos más democráticos y pacifistas se escindieron para formar organizaciones separadas. Las más importantes de éstas, Kibbo Kift Kindred de John Hargrave, y Woodcraft Folk de Leslie Paul, tenían una fuerte orientación socialista y reflejaban la desilusión que muchos sintieron ante las propuestas conservadoras de Baden Powell sobre el trabajo juvenil (Springhall, 1972: 153-155).

Las políticas del *scouting* no fueron lo único que marcó al movimiento de clase alta. Baden Powell se enorgullecía de su comprensión del espíritu, y su fértil imaginación resultó prodigiosa para producir rituales, canciones y festivales adaptados a la maleable naturaleza del adolescente; pero tenía poca experiencia y comprensión del ciclo de vida de la clase trabajadora. Podría parecer que las rodillas desnudas y la segregación del sexo opuesto se ajustaban a los chicos de la clase media, pero difícilmente se esperaría que se hicieran populares entre la amplia mayoría de los chicos trabajadores. El *scouting* eligió como modelo la separación de los mundos joven y adulto, ya establecida en las escuelas públicas de élite. Como organización de un solo sexo, hizo una virtud el hecho de posponer el acceso a los roles adultos, sosteniendo que el contacto prematuro con el sexo opuesto ponía en peligro la masculinidad de los chicos y corrompía la domesticada feminidad de las chicas. Incluso cuando lady Baden Powell creó las Guías en 1909, el general insistió en que las actividades de ambos sexos debían mantenerse separadas. Los chicos serían chicos y las chicas serían chicas, y ambos nunca se conocerían. Un fanatismo por la templanza y una vida ascética aseguraron el aislamiento de los jóvenes de los placeres normales de la adultez. La ética de las “buenas acciones” implicaba cierto involucramiento cuidadosamente controlado en la vida social y cívica de la comunidad, pero se detenía poco antes de alentar cualquier tipo de involucramiento social o político. El lema “Siempre listos” significaba abstenerse de realizar acciones prematuras, porque para la nación el valor de sus jóvenes radicaba en la inocencia y la pureza, que estaban siendo amenazadas por las maravillas y el ritmo de la sociedad urbana industrial.

Poco sorprende entonces que, con su abundancia de reglas y desconfianza de la precocidad, los *scouts* tuvieran mayor éxito entre las clases medias que entre el proletariado. Una encuesta realizada a hombres adultos en 1966 reveló que mientras 44% de los caballeros ingleses de las clases medias había sido *scout* por lo menos una parte de su vida, sólo 25% de los hombres de las clases trabajadoras declaraba haber tenido algún tipo de contacto con el movimiento (Springhall, 1972: 138-139; Paul, 1938: 36). Aunque se arropó bajo la bandera de la no clase, este movimiento se encontraba marcado de forma indeleble por el estilo de vida y

la ideología de quienes pertenecían a las clases superiores. De hecho, para la obtención de nuevos miembros dependía de las pobladas áreas de la clase media del sur de Inglaterra, incluyendo algunas partes de clase baja en composición de Londres. Aparentemente, los chicos de las clases trabajadoras que integraban este u otros movimientos similares pertenecían al segmento capacitado del proletariado, particularmente aquellos que aspiraban a subir en la escala social; se trataba de muchachos que asistían a la escuela, cuyos padres podían reunir el dinero necesario para la compra de uniformes y el pago de cuotas. Los líderes *scouts*, como Jimmy Lau de Oxford, encontraron que los segmentos más pobres de la clase trabajadora, simplemente no podían contar con la cantidad de tiempo suficiente ni reunir el dinero necesario para unirse al movimiento. Incluso la ley diría a los padres que pagaría por los uniformes, tentando a los chicos al prometerles un clarín para que pudieran unirse a la banda (Hiscock, 1970: 4). La misma banda de la que los muchachos demasiado pobres y orgullosos se burlaban.

En sus primeros años de existencia, tanto el movimiento *scout* como las brigadas de chicos anteriormente, tuvieron que defenderse del abuso verbal y físico al cruzar los vecindarios pobres. Algunos líderes *scout* reconocieron que los pantaloncillos cortos no eran aceptables para chicos que ya estaban trabajando y valoraban su precocidad. Por lo que rompieron con el modelo adolescente de Baden Powell y, después de la primera Guerra Mundial, formaron una serie de movimientos juveniles mixtos dirigidos a las clases trabajadoras. Kibbo Kift Kindred, de Leslie Paul, consideró sin sentido la noción de la clase media respecto a que la coeducación “suaviza las fibras de los chicos y vuelve masculinas a las chicas”, por lo que su movimiento aseguraba el voto de todos sus miembros sin importar la edad.<sup>14</sup> A.S. Neill mostró a Paul que mantener la separación entre jóvenes y adultos era algo improductivo y no democrático. Otro ex *scout*, John Hargrave, fundó la Woodcraft Folk, cuyo lema “aprender al hacer y enseñar por ser” expresaba un acercamiento completamente diferente al proceso de crecimiento, más en sintonía con el ciclo de vida de la clase trabajadora (Paul, 1938: 60). Para la década de 1930, los diversos movimientos socialistas tenían alrededor de 100,000 miembros, número pequeño en comparación con el poco más de un millón de chicos y chicas integrados a las organizaciones burguesas. Sin embargo, el movimiento juvenil cooperativo y las sociedades amigables de

<sup>14</sup> Los grupos juveniles de la clase trabajadora en la época de la preguerra incluían a las Socialist Sunday Schools (fundadas en 1909), Junior Cooperative Clubs (de 1895), Girl’s Friendly Society (de 1875). La Order of Woodcraft Chivalry, de Ernest Westlake, fundada en 1915; Kibbo Kift Kindred, de John Hargrave, de 1920; y Woodcraft Folk, de Leslie Paul, en 1925. Véase Paul (1938: 31-48) y Paul Wilkinson (1969: 19 ss.).

chicas incluyeron un alto porcentaje de miembros mayores de 14 años, más que cualquiera de los otros movimientos juveniles, lo que significó un tributo a su éxito de proveer objetivos maduros a la gente joven que atraían. El bajo nivel de reclutamiento reflejaba el hecho de que el sindicato y las poderosas uniones de empresarios no habían puesto mucho interés en la movilización juvenil. La apatía que caracterizó a la juventud de la clase trabajadora durante la Depresión lastimó a todos los movimientos juveniles, pero más a los socialistas porque sus recursos eran menores (Paul, 1938: 48).<sup>15</sup>

### • III •

Hasta inicios del siglo xx, en Alemania predominaron los viejos colectivos y las organizaciones juveniles de la vieja escuela. Los tempranos esfuerzos evangelizadores, como el Rauhe Hau de Johann Wichern (de 1833) y el Rheinischer Gesellenbund de Adolf Koping (de 1846), estaban dirigidos de forma primaria a los muchachos pobres. Organizaciones juveniles religiosas posteriores, como la protestante Christlicher Verein junger Männer (de 1883) y la católica Quickborn (de 1909), asumieron una constitución social más amplia, pero mantuvieron un fuerte carácter denominativo. Varias uniones de comerciantes y empresarios patrocinaron actividades para sus miembros más jóvenes e, iniciando en Holanda en 1885, los movimientos socialistas juveniles se esparcieron por todo el continente, alcanzando Alemania en 1904. Al cambiar el siglo, varios grupos de partidos ya habían empezado a organizar secciones juveniles, el partido católico del centro Windthorsbünde fue el que estableció el precedente 1895. El conservador Jungdeutschlandbund fue fundado en 1911, sumándose a la lista de grupos deportivos y de entrenamiento militar apoyados por varios partidos y organizaciones antisocialistas. Asimismo, antes de 1900 habían ingresado al escenario todo tipo de organizaciones de la templanza, incorporándose al contingente de grupos que competían por la atención de la generación más joven (Pross, 1964: 469-482; Laqueur, 1962: 63-73).

Fue hasta 1901, sin embargo, que apareció una organización cuyo único interés eran los jóvenes mismos. Ese año, el Wandervogel tomó forma en los suburbios de Berlín, bajo la dirección del carismático y excéntrico maestro de stenografía Karl Fischer. Miembros del grupo original de Fischer, que no podían tolerar su personalidad autoritaria, abandonaron la organización para formar sus propios movimientos, pero las diversas ramas que resultaron de ello debían

<sup>15</sup> Véase también Beard (1945). *Appendix*; Biblioteca Bodleain (1943:106-118).

mucho al impulso original (Laqueur, 1962: capítulos 2 y 3). La contraparte alemana de los *Boy Scouts* ingleses, los *Deutscher Pfadfinderbund*, fue formada en 1911, aunque nunca disfrutó de la popularidad de que gozó el *Wandervogel*. Ello no se relacionaba tanto con números como con la forma en que moldeó la aproximación a la adolescencia en Alemania. El *Wandervogel* fue el más influyente de los movimientos juveniles, dejando su marca en el estatus civil y social de los jóvenes en las décadas que siguieron.

La importancia final del *Wandervogel* no radicaba en sus múltiples formas de organización, sino en la realidad social e histórica que reflejaba. A primera vista evidenciaba una tendencia muy diferente de la del *scouting* inglés. Este último, arquetípicamente británico en su disciplinado compromiso con el utilitarismo de la clase media y el instinto deportivo de la aristocracia, contrastaba estilísticamente con el *Wandervogel*, cuyas formas y apariencia poco convencionales y desafiantes parecían reflejar el renacimiento del radicalismo juvenil de inicios del siglo XIX. Aparentemente, el *Wandervogel* retaba las convenciones sociales de la aristocracia alemana e inicialmente, por lo menos, su postura fue también de oposición al militarismo. Su vestimenta bizarra, el comportamiento desinhibido y la reputación ganada por su liberación sexual, escandalizaron a los estratos superiores, adquiriendo notoriedad debido a su rebeldía, contrastante con la imagen sobria del *scouting* inglés (Laqueur, 1962: 25-31, 56-65).

Aun así, tras las diferencias existían similitudes de origen y de propósito. El *Wandervogel* también respondió a las preocupaciones de la clase media, si bien la historia de la burguesía alemana había sido lo suficientemente diferente de la inglesa como para producir otros caminos que permitieran lidiar con la adolescencia. En Alemania, las relaciones entre la clase media y alta habían estado marcadas no por su compromiso, sino por la atención. El Estado alemán y sus instituciones educativas permanecieron altamente estratificados; la aristocracia se aferró a las escuelas militares tradicionales, mientras que las clases medias monopolizaron el *Gymnasium*. Hemos visto que la escuela pública inglesa socialmente integrativa produjo un modelo específico de ser joven. En contraste, el sistema educativo alemán no se permitió alcanzar tal consenso (Muchow, 1959: 27-70).<sup>16</sup>

Las academias militares alemanas se enfrentaron a los modelos de conformidad. Como el *Gymnasium* carecía de las características que hacían a una institución total, y distribuía las tareas relativas a la educación y socialización entre sí mismo y la casa, produjo una adolescencia con problemas (Muchow, 1959: 117-118). La prolongada y solitaria moratoria se expresó a sí misma como una autoab-

<sup>16</sup> Acerca del reflejo que esto tuvo en la literatura, véase Hicks (1933: 105-115).

sorción sin descanso, que fue bien descrita en las novelas de Hesse y otros contemporáneos, incluso antes de que Karl Fisher empezara a organizar caminatas y campamentos. Los estudiantes de las escuelas secundarias alemanas salían de las ciudades para ir al campo, buscando la libertad y la compañía que no podían encontrar en la escuela ni en el hogar. “La esencia del Wandervogel fue volar desde los confines de la escuela y la ciudad hacia el mundo abierto, lejos de los deberes académicos y la disciplina de la vida diaria, a una atmósfera de aventura”, evocando el Frank Fischer de Göttingen (F. Fischer, 1913; Rabe, 1961: 109-110; Lütken, 1925).

Si bien las clases medias estaban divididas respecto al desarrollo de sus hijos e hijas, en última instancia la preocupación por los perturbadores efectos de la adolescencia las llevó a apoyar movimientos como el Wandervogel, que intentó salvar la brecha entre la casa y la escuela ofreciendo una aproximación comprensiva a los jóvenes. La retórica en torno al conflicto generacional no debe ocultar el nivel que, desde el inicio, el *Wandervogel* fue patrocinado y dirigido por adultos.<sup>17</sup> Aunque ciertamente regulado de forma menos estricta que los *scouts*, en cada momento de su desarrollo el movimiento reflejó las preocupaciones de los padres de clase media. La paradoja de la rebeldía juvenil, respaldada y alentada por los adultos fue más aparente que real. No obstante, reflejaba la situación de la clase media alemana en sí misma; atrapada entre una clase trabajadora militante, por un lado, y una élite semifeudal burocrática y militar por el otro; así es que buscó crear un movimiento que llenara las necesidades especiales de sus jóvenes al mismo tiempo que intentaba evitar las posibles consecuencias políticas y sociales que podría generar la desviación de las normas culturales de las clases superiores.

De hecho, en sus fases iniciales el movimiento fue altamente individualista, incluso anárquico, en su antagonismo contra todo tipo de restricciones convencionales de la libertad de expresión. Aun así, produjo sus propios tipos de conformidad, muchos de los cuales podrían reconocerse hoy día como típicos estilos de vida asociados con la adolescencia. El movimiento fue como el de los *scouts* ingleses, poniendo su énfasis en la formación de pequeños grupos, si bien inicialmente se apoyó mucho menos en las reglas y las regulaciones que Baden Powell sintió necesarias para la conducta de los chicos. Los círculos íntimos, a los que Karl Fisher llamó sus *Horde* [tribus], fueron como tropas y exploradores; núcleos funcionales al grupo cultural de pares reprimido por el sistema educativo alemán de secundaria. Alrededor de una fogata o en la privacidad de lo que

<sup>17</sup> Sobre este liderazgo, véase Jantzen (1957) y Freudenthal (1968: 297-305).

denominaban sus “nidos”, los chicos del Wandervogel fueron alentados a expresar sus emociones más profundas con libertad y con la seguridad de saber que ninguno de los tabús victorianos aplicaba en la compañía de pares. La camaradería del *heil* había remplazado al despreciado formalismo de los saludos convencionales, sirviendo también para subrayar la igualdad que se dio a partir del recién encontrado sentido de fraternidad. El modelo de Fisher era el del vagabundo medieval, descuidado e indiferente a todas las convenciones y responsabilidades asociadas con la adultez. Inicialmente, las rodillas desnudas y las cabezas sin gorras conmocionaron a la sociedad wilhelmina, pero gradualmente, los placeres inocentes de la caminata y el acampar encontraron aceptación entre las clases superiores (Pross, 1964: 75-99; Laqueur, 1962: 25-31; Weidemann, 1945: capítulo 2).

La camaradería del Wandervogel fue similar a la del movimiento previo *Sturm und Drang*, con la excepción de que los nuevos románticos eran más jóvenes y sus modos de expresión menos maduros que los de sus predecesores del siglo XVIII e inicios del XIX, muchos de los cuales fueron social e intelectualmente adultos. Como adolescentes fueron incapaces de expresiones poéticas o artísticas del tipo de las que habían distinguido al movimiento previamente. Aun así, si no las estéticas, conservaron sus características ascéticas. Desde el inicio existió un fuerte elemento de templanza y su actitud hacia la sexualidad fue distintivamente puritana. Incluso el “homoerotismo” proclamado por algunos de sus líderes era más platónico que genital y, si el Wandervogel se encontrara propenso a cualquier perversión, era más por la negación que por el impulso del desarrollo heterosexual.<sup>18</sup> Incluso después de la entrada de chicas al movimiento había una fuerte resistencia a las actividades mixtas. Los bailes populares fueron preferidos porque eran grupales y evitaban el emparejamiento prematuro. Los *lederhosen* [pantaloncillos de piel] y los *dirndle* [vestidos tradicionales alemanes], apenas se estaban poniendo de moda; de cualquier modo, formaron parte de los atributos de inocencia que caracterizaron a los círculos del Wandervogel. Tan inocentes fueron las relaciones entre los sexos que muchos graduados del movimiento más tarde tendrían dificultad para ajustarse a las condiciones del matrimonio (Pross, 1964: 129).

De hecho, sería interesante saber qué otras dificultades enfrentaron aquellos para quienes la adolescencia fue un proceso más largo. La literatura sobre el movimiento es abundante respecto al valor de la moratoria social provista por el Wandervogel, por lo que es difícil, si no imposible, tener una imagen clara de los tipos de cargas que la segregación por edad impuso a sus miembros.

<sup>18</sup> Una interesante discusión sobre la homosexualidad puede encontrarse en Laqueur (1962: 56-65); Muchow (1959: 30-32) y Mosse (1964: 176-177).

El hecho de que tantas vidas fueran segadas por la primera Guerra Mundial vuelve complicado preguntarse por los efectos de la dependencia prolongada. Los críticos del movimiento señalaron que el Wandervogel institucionalizó los peores efectos de la autoindulgencia; mientras que sus seguidores enfatizaron su efecto regenerativo al extender las posibilidades de crecimiento más allá de los límites de edad impuestos previamente por la civilización (Muchow, 1959: 44-45; Mosse, 1964: 171-175; Stern, 1965: 266-274). Al final, el culto a la juventud ganó este argumento, porque incluso antes de 1914 aparecieron signos de que el tipo de vitalidad que representaba el movimiento de los jóvenes se estaba volviendo moda entre los miembros del Wandervogel pertenecientes a las clases altas.

Aspectos como la sensibilidad y otras características espirituales del Wandervogel difícilmente atrajeron el apoyo espontáneo de los militares o la burocracia. En el otro extremo, el énfasis dado a los ejercicios físicos y el entrenamiento de la fuerza de voluntad encajaban bien con las demandas de disciplina de los cuarteles existentes antes de la primera Guerra Mundial (Kitchen, 1968: 139-142; Rabe, 1961: 110-114; Laqueur, 1962: 57-58). Si bien las clases medias alemanas se hallaban en desacuerdo con la élite desde el punto de vista cultural, políticamente continuaban siendo leales al patriotismo expresado en el militarismo. Más allá de sus características sociales y culturales convencionales, la postura esencialmente apolítica del movimiento lo convirtió en una alternativa aceptable para las movilizaciones socialistas, que estaban abriéndose camino entre los estudiantes poco antes de la primera Guerra Mundial (Laqueur, 1962: 32-48, 41-49; Pross, 1964: 157). Las libertades internas sobre las que tanto hablaban las tribus adolescentes no se referían precisamente a las libertades civiles; en tanto su sentido de igualdad estaba confinado a los miembros de su propia clase, no amenazaba el orden social; aunado a ello, el espíritu de fraternidad traía consigo suficiente convicción patriótica para hacerlo perfectamente aceptable. En este sentido, no carece de significado que el Wandervogel experimentara su mayor crecimiento en un momento de parálisis política y social, porque para los padres adoctrinados por pedagogos y psicólogos en ver la adolescencia como un estado crítico de la vida, un movimiento dedicado a posponer las decisiones políticas y sociales se volvía extremadamente atractivo (Pross, 1964: 162). Para 1911, el propio Wandervogel se había aproximado a movimientos como el Jungdeutschlandbund, cuya escasamente disimulada postura antisocialista lo convirtió en el movimiento joven más popular en Alemania en 1914. Incluso el Wandervogel mantuvo su distancia de grupos de estilo militar, como los *boy scouts* alemanes; estaba claro que tras su exterior apolítico existían compromisos que fueron tan conservadores como los de los grupos juveniles más abiertamente partidistas (Pross, 1964: 163; Laqueur, 1962: 73).

La orientación implícita de clase media del movimiento, hizo imposible que lograra el carácter sin clase vislumbrado por sus fundadores. Sus líderes continuaron hablando del atractivo universal de los bailes folclóricos y las caminatas, pero la gran mayoría de los jóvenes de la nación tenía menos tiempo libre y contaba con menos dinero en el bolsillo que los miembros regulares. El inocente y puritano estilo de vida del Wandervogel carecía de semejanzas respecto a la experiencia de los muchachos de la clase trabajadora, quienes habían llegado a valorar tipos diferentes de masculinidad y feminidad. Por lo que no resulta sorprendente que, al pasar por distritos en que se concentraba la clase trabajadora, quienes marchaban fuesen recibidos con burlas, siendo incluso objeto de abuso físico. Como lo hicieron los primeros *boy scouts*, los campistas encontraron que a los campesinos tampoco les gustaba recibir chicos de la ciudad con las rodillas descubiertas y extraños hábitos (Gillis, 1973: 256-257). Incluso antes de que los socialistas formaran sus propias organizaciones juveniles en 1904, ya era claro que el estilo y la ideología de los movimientos burgueses tenía poco que ofrecer para atraer a la enorme cantidad de juventud trabajadora.

El liderazgo del Wandervogel no mantuvo la pretensión de ser una propuesta sin clases ni partidos. Continuaron creyendo en las funciones inocentes de los *Kriegsspiele* [juegos de guerra], incluso frente a la creciente histeria que representaba la preparación para la guerra. Sin embargo, no abandonaron su pretendida inocencia hasta que la guerra se desató en Europa, y entonces, con la ingenuidad típica que caracterizaba a su movimiento hicieron de la guerra una causa sagrada: “nada separa al Wandervogel de la adultez”, proclamó la primera edición de guerra del *Der Wandervogel*. “No somos especiales. Queremos ser considerados como los demás hombres en el más completo sentido de la palabra”.<sup>19</sup> No obstante, cualquier cosa que la guerra haya demandado a estos jóvenes reclutas de modo particular, constituía una continuación de las instituciones que prolongaban la juventud en épocas de paz. Como señaló Harry Pross, las trincheras proveyeron una moratoria adicional a todas las decisiones sociales y políticas, para cuyo manejo esta generación se sentía pobremente equipada. Para hombres jóvenes como Frank Fisher, el Wandervogel había representado: “un vuelo hacia los confines de la escuela y la ciudad”; ahora la muerte en el campo de batalla sería su último escape.<sup>20</sup>

La guerra privó a la organización de su liderazgo, y al retornar de las trincheras, los sobrevivientes del Wandervogel tenían poco deseo de cambiar los cam-

<sup>19</sup> Biblioteca de Burg. (1909-1914).

<sup>20</sup> Una rica fuente de material son las notas sin publicar de Fischer, F. (s.f.).

pos grises por *lederhosen*. Los grupos de jóvenes resultantes de los años revolucionarios de 1918-1919 fueron más políticos y quienes los integraron tenían mayor edad. Aun así, persistía el tema de la rebeldía contra la sociedad, en esta ocasión con una orientación de derecha más marcada que antes y específicamente dirigida contra la República de Weimar. El culto a la fortaleza y la alegría sirvió muy bien al Freikorps y otros movimientos protofascistas. Desapareció la imagen sin clases de los años previos a la guerra y los sucesores del Wandervogel emergieron con una postura fuertemente antisocialista. En Göttingen, por ejemplo, los miembros remanentes del Wandervogel encontraron su camino principalmente en la derecha del Jungnationaler Bund, patrón similar al observado en otras comunidades alemanas (Waite, 1969: 207 ss.).

Así, mientras el Wandervogel de antaño se desvaneció, el concepto de adolescencia que creó llegó a tener fuerza por sí mismo; ello se vio reflejado tanto en los movimientos juveniles burgueses de la década de 1920 como en la expansión de servicios públicos destinados a la juventud que se establecieron después de la guerra. Pedagogos y psicólogos como Gustav Wyneken y Eduard Spranger, quienes habían sido influenciados por los movimientos previos, generalizaron la experiencia de las juventudes de clase media de la preguerra a través de las teorías de adolescencia ahora aceptadas como universalmente aplicables en nombre de la ciencia. Irónicamente, la contribución más notable del Wandervogel, movimiento social e históricamente asociado con la rebeldía, fue la institucionalización de un nuevo tipo de conformidad en escuelas y organizaciones extracurriculares orientadas a colmar las supuestas necesidades de los adolescentes. Gradualmente, la imagen de dependencia e inmadurez pasó a ser el principio operativo de todas las agencias del Estado y los voluntariados preocupados por la educación y el cuidado de ese grupo de edad. Para 1933, el estatus de dependencia de quienes tenían entre 14 y 18 años se dio por hecho; y la declaración nazi de ese año, que oficialmente requirió la asociación de todos los jóvenes con la juventud hitleriana, sólo culminó en una tendencia a través de la supervisión compulsiva ya existente (Laqueur, 1962: 50-55).<sup>21</sup>

#### • IV •

Además de las diferencias políticas obvias resulta claro que, socialmente hablando, Inglaterra y Alemania transitaban el mismo camino respecto a la definición de adolescencia como una categoría subordinada y dependiente de la población.

<sup>21</sup> Respecto a las organizaciones juveniles de Göttingen, véase Biblioteca de Göttingen. (1914-1930).

La legislación coercitiva, encaminada a establecer un creciente control de la sociedad sobre los niños, incluso en aquellos casos en que ello significara entrar en conflicto con los intereses de los padres, ganó espacio en Inglaterra en la década de 1880, después de la fundación de la Sociedad Nacional para la Prevención de la Crueldad en Niños. “Nuestros abuelos fueron grandes respecto a los derechos de los padres —argumentó Canon Horsley—. Tuvimos que reforzar sus obligaciones y, cuando fue necesario, destruir sus derechos, cuando éstos se orientaban a lastimar a los niños.”<sup>22</sup> El *Acta de Prevención de la Crueldad y Protección a los Niños* de 1889 fue generada con la intención de remover a niños de hogares que la Corte considerara que ponían en peligro su salud y su bienestar, lo que a menudo significaba casas pobres en que los chicos debían trabajar para contribuir al mantenimiento del ingreso familiar. Esto fue el preludio para la más comprensiva *Acta de los Niños* de 1908, que estableció fuertes penalizaciones contra el abuso infantil, prohibiendo, entre otras cosas, la venta de tabaco a chicos menores de 16 años y la entrada a las tabernas de los menores de 14 años. Esta y las subsecuentes enmiendas (1933 y 1963) tuvieron el efecto de eliminar “la aguda distinción entre esos niños que vinieron a las Cortes por haber cometido ofensas y aquellos que requerían cuidado, protección o control”, lo que constituyó un gran paso en el sentido de poner a todos los menores bajo la supervisión del Estado (Boss, 1967: 15; Musgrove, 1960: 182-183).<sup>23</sup>

La evolución de la Corte británica y sus procedimientos penales reforzó esa tendencia, empezando en la década de 1850 con el establecimiento de escuelas industriales y de reformatorios destinados a aquellos infractores de la *Ley de Menores de 16 años*. En 1889 se prohibió el encarcelamiento de miembros de este grupo de edad en las mismas instalaciones que los adultos. La libertad condicional de jóvenes infractores se instauró en 1907; y en 1908 se concedió a la justicia la autoridad para trabajar por separado, en sesiones cerradas, con los menores de 16 años. El *Acta de los Niños y las Personas Jóvenes* de 1933 extendió aún más el principio de jurisdicción sumaria especial, de manera que las personas jóvenes mayores de 17 años estuvieran efectivamente sujetas a un sistema de jurisdicción que asumiera que frente a la Corte tenían menos responsabilidad adulta por sus acciones (Boss, 1967: 19-35). Por tanto, fue eliminado el procedimiento contencioso tradicional a favor de un procedimiento en que la opinión de los expertos fue sustituida por los argumentos de abogados. En nombre de la comprensión social y psicológica se sustituyó un sistema de tratamiento por un sistema de justicia (Platt, 1969: 142-143; Simonsohn, 1969: 19-20).

<sup>22</sup> Biblioteca Central. (1899-1919).

<sup>23</sup> Sobre Alemania, véase Muchow (1959: 18-19).

Originalmente, los argumentos para la protección de los niños fueron de carácter moral y religioso. Para 1910, sin embargo, a fin de justificar el control y confinamiento de los jóvenes se invocó cada vez más a la ciencia. El darwinismo social había alertado al público educado de los peligros que conllevaba la degeneración física y mental, y en nombre de la supervivencia de la raza se discutieron los entrenamientos físicos y militares compulsivos. Eugen Sandow, quien escribió en la revista de la Liga de Protección de los Niños, consideraba que “el entrenamiento físico científico estimula el intelecto y desarrolla cualidades morales valiosas. Un físico espléndido raramente es acompañado por una actitud viciosa; son los flojos, los haraganes y los débiles quienes son la pesadilla de la escuela y los degenerados en la vida”.<sup>24</sup> La literatura médica del momento rebosaba el tipo de conductismo que proclamaba “mente y cuerpo están tan interrelacionados que cuidar de uno implica cuidar del otro”.<sup>25</sup> De ahí en adelante, el carácter nacional e individual sería el resultado de contar con buenos genes, comida adecuada y muchos baños fríos. Obviamente, reducida a sus fundamentos fisiológicos y neurológicos, la adolescencia resultaba demasiado importante para que su atención fuera dejada exclusivamente a los padres de los jóvenes.

Hablando en forma general, mientras los niños estén más en la escuela y más alejados de las influencias de sus casas, mejor se encuentran —señaló el doctor Eric Pritchard—. Está en mi mente el hecho significativo de que recientes encuestas muestran que el número promedio de éxito es mayor en los centros industriales y reformatorios que en las escuelas elementales ordinarias. Podemos decir que la disciplina organizada y ordenada de las escuelas industriales puede hacer ciudadanos responsables de un tipo de niños que no puede ser manejado y que incluso en sus casas son antisociales.<sup>26</sup>

En ningún lado la sustitución del sentido común por el juicio científico fue más evidente que en el tratamiento de la sexualidad juvenil. Ésta siempre había sido una preocupación de los cuidadores de niños, pero nunca había sido vista desde una perspectiva tan determinista. La masturbación, o lo que los victorianos llamaban “autoabuso”, había causado ansiedad desde el siglo XVIII (Spitz, 1952: 499 ss.; Hare, 1962: 1-25). Los médicos y moralistas (a menudo la misma persona) habían atribuido las más terribles consecuencias a esto, desde impotencia hasta epilepsia, melancolía y depresión suicida, encabezando los síntomas de lo que

<sup>24</sup> *National Health*, 1(9) (1909: 81).

<sup>25</sup> *National Health*, 2(15) (1910: 34).

<sup>26</sup> *National Health*, 4(37), (1912: 249).

comúnmente se denominó “demencia masturbatoria”. El doctor Henry Maudsley, importante médico inglés, escribió en 1867 que la masturbación “da origen a una particular y desagradable forma de demencia caracterizada por egolatría y arrogancia”. Para 1895 este médico había modificado significativamente sus perspectivas, lo que se reflejó en un cambio en su opinión médica y moral. No era demostrable una relación directa de causa y efecto; en su lugar, ambas eran efecto de algo que llamó “demencia adolescente”. De ahí en adelante, tanto la melancolía como la masturbación fueron diagnosticadas como “parte del proceso de adolescencia y no como un vicio particular” (Comfort, 1969: 76-77). El nivel de madurez, en lugar del nivel de moralidad, era la causa del problema después de todo.

Tomaría algún tiempo aún que la masturbación y otras delincuencias sexuales de los jóvenes pudieran escapar por completo de las garras de la moralidad. Doctores como Maudsley todavía se referían a ellas como vicios; incluso los más preparados educadores sexuales de esa era, incluyendo a G. Stanley Hall y Havelock Ellis, no rompieron enteramente con la noción victoriana de que los pecados juveniles eran la causa de la depravación adulta (Hall, 1969, vol. 1: 434, 439; Ellis, 1911: 20-21, 382; E. Carpenter, 1903: 102-120; Bloch, 1909: 690).<sup>27</sup> En vez de ello colocaron la vieja relación causa-efecto bajo una nueva y más determinista teoría psicológica, argumentando que el curso del desarrollo de un individuo en la adolescencia necesariamente traería consecuencias para su formación como adulto. Esta sustitución conllevaba algo reconfortante y atemorizante: reconfortante para esta “iluminada” generación de adultos que podían condenar las viejas actitudes punitivas hacia el sexo sin abandonar su honor de clase media, apoyando un cambio en el comportamiento sexual; atemorizante para el adolescente, para quien la carga de la disciplina había cambiado, y cuya responsabilidad era ahora trabajar en lograr un balance entre lo que era vagamente definido como instintos naturales de los jóvenes y las igualmente vagas consecuencias de la autoindulgencia respecto a los impulsos de su propia sexualidad (Cominos: 1963: 241-242).<sup>28</sup> Poco sorprende que los jóvenes mostraran mayor confusión personal y más ansiedad bajo la nueva ley de la naturaleza que bajo el régimen previo de absolutismo moral.

<sup>27</sup> Discusiones generales sobre la controversia sexual en Inglaterra pueden encontrarse en Hynes (1968: capítulo 5).

<sup>28</sup> Entre la literatura admonitoria figura el libro *A Talk with Boys about Themselves*, de Edward B. Kirk. Este texto contiene dos juegos de ilustraciones de los órganos reproductivos, uno más explícito y el otro menos, lo que permitía a los padres arrancar el primero si pensaban que era inadecuado para sus hijos. Para más literatura en este sentido, véase Blackwell (1879); Lyettelton (1982, 1900). Sobre literatura alemana, véase Spitz (1952: 500).

## . V .

En Inglaterra, el trabajo con jóvenes por encima de la edad escolar (14 años en 1918) fue tradicionalmente relegado a las agencias de voluntarios. Esta herencia propia del liberalismo del siglo XIX se modificó en 1916, cuando se crearon los Comités de Organización Juvenil oficiales, diseñados para animar y coordinar todo tipo de trabajo público y privado juvenil desde el voluntariado (Brew, 1968: 89). La reforma se vio fomentada por el incremento de la criminalidad juvenil durante la guerra, y era claro que al Estado le hubiese gustado llevarla más lejos si las condiciones le hubiesen sido propicias (Beard, 1945: 139-149; Manheim, 1941: 122). Pero las dificultades financieras de 1921 previnieron al *Acta Educativa* de imponer la educación obligatoria a quienes abandonaban la escuela, y durante las décadas de 1920 y 1930 se debilitaron los Comités de Organización Juvenil. Un censo de abandono escolar realizado en la década de 1930 mostró que sólo entre 30 y 40% de los jóvenes tenía contacto con alguna organización juvenil; y, en sus reportes, las comisiones de desempleo juvenil y acondicionamiento físico señalaron que darían más armas a quienes quisiesen fortalecer los mecanismos de control.<sup>29</sup> Aun así, sólo hasta que estalló la segunda Guerra Mundial el gobierno inglés comenzó a moverse con mayor energía. En noviembre de 1939 se creó el Comité Nacional de Juventud, cuyos poderes y fondos fueron mucho más amplios que aquellos de los que disponían los anteriores comités de organización juvenil. El *Acta Educativa* de 1944, a través de la cual se estableció que la educación secundaria fuera universal y que la edad de abandono escolar aumentara a 15 años, fortaleció el servicio juvenil, coordinándolo con los comités obligatorios y proveyendo la capacitación necesaria a los trabajadores juveniles. Se mantuvo la confianza en las organizaciones juveniles y durante el resto de las décadas de 1940 y 1950 el servicio de juventud inglés se caracterizó por un exceso de indiferencia pública y la austeridad gubernamental (Brew, 1968: 92-95). Entre 80 y 90% de los programas juveniles ingleses continuaron siendo financiados de manera privada, y un reporte de la comisión de 1960 reveló que sólo un tercio de los jóvenes de entre 14 y 18 años estaba inscrito en una organización reconocida.<sup>30</sup> De

<sup>29</sup> Véase Biblioteca de la Universidad de Nutfield. (s.f.), como parte de la encuesta social de Oxford. Véase también Biblioteca de Oxford. (1941-1944- 1966), que mostraba que 50% de quienes tenían 14 a 20 años se alistaban en alguna organización. Entre 1938 y 1939 se registró un incremento de 14%. Véanse la publicación Reporte del Ayuntamiento de Oxford (s.f.); Craven (1842); Roberts (1940); Biblioteca Bodleain (1943: 114 ss.); Brew (1968:96).

<sup>30</sup> Biblioteca Bodleain. (1960:8-12).

todas maneras, para ese momento los trabajadores juveniles habían empezado a reconocer que la coerción no formaba parte de sus intereses y tampoco de los jóvenes. El cambio conceptual en cuanto al trabajo juvenil reflejaba un cambio en la percepción sobre la propia adolescencia. Con ello, una era de la historia social inglesa llegaba a su fin.

En la sociedad alemana, la gran participación del gobierno reflejaba una historia política y económica caracterizada por altos niveles de conflicto social. En cambio, las clases medias inglesas no se enfrentaron a los mismos tipos de movimientos proletarios militantes, lo que representó una razón de peso para que posteriormente se implementaran fuertes mecanismos de control que fueron aplicados a los más jóvenes de la población. Las leyes suntuarias con relación a los aprendices, reliquias de las políticas sociales del absolutismo monárquico, representaron un precedente de cuidado y protección de los jóvenes. Tras aplicárseles una vuelta de tuerca, éstas adquirieron propósitos renovados cuando, en 1878, se prohibió a los estudiantes de las escuelas de Prusia ingresar a las tabernas, que eran las más frecuentadas de todos los clubes semisecretos en los que se podía beber (*Verbindungen*) y formaban parte de la vida escolar desde siglos atrás. En ese momento, las razones vinculadas a la salud y moralidad que se argumentaron dejaban entrever una profunda ansiedad, poniendo en evidencia que la clase dominante estaba preocupada por los resultados sociales y políticos de las actividades incontrolables de los jóvenes educados de la nación. Una autoridad tan importante como el Ministro del Interior de Prusia, Friedrich Graf zu Eulenberg, refirió que las *Verbindungen* eran un peligro “no sólo para los estudiantes y su futuro, sino también para la vida familiar e incluso para el estatus de su clase”.<sup>31</sup> A pesar de las restrictivas órdenes, la ansiedad no disminuyó, por lo que, hacia 1899, el gobierno estaba considerando imponer una legislación más abarcadora, que incluyera también a adolescentes, trabajadores y demás estudiantes. Aparentemente, se consideraba que el control no sería efectivo hasta que la prohibición fuese universal, lo cual era una deficiencia de la legislación original que hizo que muchos policías locales tuviesen problemas para llevarla a cabo a partir de los edictos de 1878.<sup>32</sup>

Esta extensión no llegó hasta 1915; pero durante ese periodo, las autoridades escolares y universitarias debieron lidiar con nuevas preocupaciones. En 1904, en Göttingen, la policía vigilaba cuidadosamente las actividades de izquierda

<sup>31</sup> Ms. Source C, Pol. Dir. (1882).

<sup>32</sup> Ms. Source C, Pol. Dir. (1882).

de los estudiantes.<sup>33</sup> Mientras tanto, las clases medias de la ciudad fundaron el Nationalliberaler Jugend Verein, una organización antisocialista creada para apoyar las causas patrióticas.<sup>34</sup> Las organizaciones políticas juveniles eran ilegales en Alemania; no obstante, a pesar de las restricciones tanto socialistas como conservadores encontraron maneras de llegar a los jóvenes. Los primeros lo hicieron a través del Partido Social Democrático, mientras los segundos utilizaron los deportes y las organizaciones patrióticas como instrumento de adoctrinamiento. El esfuerzo fue más fácil para los conservadores, gracias a que la legislación del servicio juvenil prusiano de 1911 autorizaba a los oficiales locales a animar las organizaciones juveniles no subversivas con fondos y facilidades. Este programa propició que los grupos militaristas como Jungdeutschlandbund crecieran enormemente y, antes de 1914, cuerpos como los Kriegsverein de Göttingen habían instaurado grandes programas de entrenamiento premilitar orientados a chicos (Pross, 163; Laqueur, 1962: 72; Kitchen, 129-138). En 1914, sólo una sexta parte de la juventud berlinesa, aproximadamente, se había enrolado en alguna organización juvenil reconocida; la cercanía de la guerra hizo que los poderes de movilización fortalecieran los servicios alemanes de juventud, otorgándoles el derecho a llevar a cabo entrenamiento premilitar y, por ende, aumentando el prestigio de las organizaciones conservadoras.<sup>35</sup>

Paradójicamente, las restricciones legales a los jóvenes se incrementaron, al mismo tiempo que las condiciones de guerra les otorgaban una libertad y un estatus del que no habían gozado antes de 1914. Durante las hostilidades, la tendencia prebélica de exclusión de la juventud de empleos industriales altamente remunerados se revirtió temporalmente. Los servicios militares, en competencia con otros por lograr el alistamiento de los jóvenes, ofrecían a las *jugendkompagnien* [brigadas juveniles] todos los frutos prohibidos: alcohol, mujeres y canciones; con padres, profesores y hermanos mayores a la cabeza, los adolescentes, masculinos y femeninos, gozaron de una libertad sin precedentes y contaron con un poder a la alza. Naturalmente, este nuevo estatus trajo consigo la aparición de conflictos juveniles con las autoridades encargadas de cuidar y proteger a la generación. La reacción no tardó en aparecer; en 1915, escuelas y círculos gubernamentales se concentraron en detener lo que se consideraba una epidemia de crimen juvenil y rebeldía. En octubre de ese año, se prohibió bajo ley marcial la venta de tabaco y licor a menores de 17 años (edad que más tarde fue bajada a 16

<sup>33</sup> Ms. Source C, Pol. Dir. (s.f.).

<sup>34</sup> Ms. Source C, Pol. Dir. (s.f.). *Nationalliberaler Jugend Verein Göttingen, 1920-1921.*

<sup>35</sup> Biblioteca de Göttingen. (1914-1930).

años). Cines, salas de bailes, e incluso las tiendas de helados, se declararon *off limits*, imponiéndose los toques de queda. Asimismo, se prohibió merodear y se censuraron ciertas categorías literarias. Aunado a estas medidas se instituyeron ordenanzas para fijar los niveles de paga de los menores de 18 años; sin embargo, debido a la gran resistencia que opusieron los padres de las clases obreras al poco tiempo estas medidas fueron canceladas. Aun así, se prohibieron las asambleas juveniles, incluso en las Cortes y los lugares de negocios cívicos; ello hizo que los adolescentes estuvieran en cuarentena legal de la vida política y social.<sup>36</sup>

La efectividad de esta sentencia parece haber sido limitada; los jóvenes trabajadores pudieron evadir las medidas más represivas e incluso los colegiales encontraron una vida más libre. Esto sólo reforzaba la histeria creciente de la clase media, que temía que la delincuencia juvenil y la degeneración fuesen el plato de cada día al final de la guerra. En 1918, un nuevo elemento de terror —la revolución democrática— se añadió al caldero de la ansiedad. Las nuevas políticas liberales parecían amenazar la misma fundación del orden antiguo, llevando al fortalecimiento de los mecanismos restrictivos en vez de su relajamiento. Las élites protectoras se resistieron a cualquier intento que pretendiera desestabilizar sus poderes en tiempos de guerra, y rápidamente fueron apoyados por el gobierno de la República de Weimar a través de la legislación. Convencidos de que la democracia requería una gran disciplina, los ministerios de Bienestar Social y Educación ordenaron la reorganización de las autoridades locales juveniles, con el deseo de extender el control estatal sobre la voluntad de estas organizaciones.<sup>37</sup> El breve periodo revolucionario de 1918 a 1919 dio lugar a un nuevo modelo de organización política juvenil tanto en la derecha como en la izquierda; no obstante, desde diciembre de 1918 el servicio juvenil rechazó estos movimientos, animándolos a limar asperezas en un esfuerzo común destinado a proveer lo necesario a las generaciones más jóvenes. Dejando de lado cualquier mención a la responsabilidad de la joven democracia de Weimar, los trabajadores de los servicios juveniles definieron su misión en términos puramente conservadores: “El deber del servicio juvenil es cooperar en el cultivo de la felicidad, la salud física, la fuerte moralidad juvenil, con un sentido de comunidad y amor al hogar y a la patria”.<sup>38</sup>

Entregándose a la “despolitización”, el servicio juvenil se plantó firmemente, quizá sin quererlo, del lado de las fuerzas conservadoras, que se habían incli-

<sup>36</sup> Ms. Source C, Pol. Dir. (1935). En particular, las órdenes del comandante de la Armada, 30 de octubre de 1915; Ministerio de Comercio e Industria, 29 de febrero de 1916. Para más información sobre evidencias de restricciones en momentos de guerra, véase Baustaedt, (1950); y Brieke (1937).

<sup>37</sup> Ms. Source C, Ober. (1920).

<sup>38</sup> Ms. Source C, Ober. (1920).

nado en el sentido de mantener el *statu quo* social y político. En Göttingen, los jóvenes trabajadores empezaron a cooperar con la policía para excluir a las juventudes comunistas de los lugares públicos. Durante la década de 1920 se mostraron cada vez más tolerantes con los grupos de derecha, con excepción de los nazis, cuyas actividades eran consideradas demasiado radicales por las autoridades prusianas.<sup>39</sup> Tanto en su elección de actividades sociales como en su orientación política, las organizaciones encargadas traicionaron el carácter distintivo de la clase media. Su modelo fue una versión modificada del Wandervogel de la preguerra, aunque con menos énfasis en la libertad de expresión individual. Como el anterior movimiento prefirieron la segregación sexual. Se favoreció la realización de bailes tradicionales debido a su carácter de grupo, y no se apoyó el emparejamiento prematuro de los jóvenes.<sup>40</sup> Cuando se reemplazó la atmósfera antigua y religiosa que rodeaba a la juventud trabajadora alemana por una más abierta, de espíritu más hogareño, el número de miembros creció. En Göttingen, las inscripciones a las organizaciones juveniles se triplicaron entre 1921 y 1930 y, pese a que no había excepciones de clase a la hora de inscribirse, aparentemente la gran mayoría de los reclutados pertenecía a las clases medias, medias-bajas y a las más altas de la clase obrera. Estas últimas tendieron a mantenerse en organizaciones patrocinadas por gremios de artesanos, uniones mercantiles y partidos políticos proletarios. Como en Inglaterra, sólo un pequeño número de jóvenes de las clases obreras, sobre todo los que tenían preparación, quería tener algo que ver con los movimientos juveniles que seguían el modelo adolescente.<sup>41</sup>

Las escuelas no tuvieron mucho éxito intentando suplir las necesidades de la nueva democracia en cuanto al compromiso político y la igualdad social. En 1922, el Ministerio de Educación de Prusia ordenó prohibir las insignias políticas en la vestimenta, esfuerzo simbólico cuyo propósito era alejar de la escuela, las preocupaciones civiles. Así, se dijo a los profesores que su responsabilidad residía más en preparar a los estudiantes sobre sus elecciones políticas que en establecer compromisos, deber que fue bien recibido por una profesión profundamente conservadora. En lugar de la insignia del partido comenzaron a utilizarse gorras escolares distintivas. Los deportes, el periodismo escolástico y otras actividades extracurriculares se multiplicaron, operando como alternativas a las actividades políticas y sociales que las autoridades escolares consideraban peli-

<sup>39</sup> Estas relaciones se pueden trazar a través de Publicación/reporte. (1925); Ms. Source C, Pol. Dir. (s.f.). Die Kommunistische Jugendabteilung; y Stahlhelm, (s.f.). Véase también Laqueur (1962: capítulo 16).

<sup>40</sup> Publicación/reporte. (1925). *Bericht den Jugendpfleger*, 1925-1930.

<sup>41</sup> Publicación/reporte. (1930). Sobre el incremento de organizaciones de trabajadores, véase Pross (1964: pp. 87-89, 265-279).

grosas (Baustaedt, 1950 17-18). De carácter progresivo, en el sentido de que fomentó la cooperación cercana entre estudiantes, padres y profesores, el alcance de las escuelas hacia áreas que antes no formaban parte de la jurisdicción académica también se caracterizó por sus aspectos conservadores. Cuanta más energía dedicaba la escuela a crear un “sentido de la comunidad” neutral, más exclusiva y autoritaria se volvía como institución, reforzando la inmadurez de sus alumnos y segregándolos, al mismo tiempo, del trabajo juvenil.

Para mediados de la década de 1920, los escolares alemanes de ambos sexos experimentaban las restricciones impuestas por regulaciones que prohibían su participación no autorizada, incluso en clases de baile. Romper las reglas significaba perder la beca y la posibilidad de ascender en la escala social. Los padres de las clases medias en el Oberlyzeum de niñas, preocupados por los efectos que el feminismo radical tenía sobre sus hijas, rápidamente acordaron como norma escolar prohibir que los profesores se refriesen a éstas con la forma adulta *Sie*.<sup>42</sup> Ése era el tipo de miedo presente en la conciencia de clase de los estratos medios-bajos durante la década de 1920, lo que reforzó sus demandas de obediencia.

La llegada al poder de los nazis en 1933 amenazó con revisar radicalmente el estatus de los jóvenes, politizando todos los aspectos de la vida alemana. Se prohibieron todas las organizaciones juveniles, excepto aquellas oficialmente patrocinadas por el partido; los horarios escolares fueron invadidos por las actividades de corte político de las *Jugend Hitler* [Juventudes Hitlerianas] y el Bund Deutsche Madel; y los profesores se encontraron compitiendo con los líderes juveniles militantes, quienes hicieron muy incómoda la vida de sus maestros. Sin embargo, el nuevo estatus y la libertad juvenil duraron poco tiempo. Rápidamente comenzó a verse que los grupos organizados de las Juventudes Hitlerianas se encontraban inmiscuidos en varias formas de delincuencia, que incluían el robo y el asalto.<sup>43</sup> La implicación total introdujo en estas actividades a jóvenes, sobre todo de las clases bajas, que nunca habían formado parte de esto. Además, trajeron consigo hábitos y actitudes difícilmente adaptables al concepto de juventud obediente que formaba parte del diseño nazi. Ello condujo a que fueran expulsados los líderes proletarios de muchas unidades y, bajo el mando de Baldur von Schirach,

<sup>42</sup> La forma en que evolucionaron las reglas y las regulaciones puede verse en Ms. Source C, Ober. (s.f.). Acerca de discusiones concernientes al toque de queda para los estudiantes y la prohibición de clases de bailes y de beber, etcétera, véase Ms. Source C, Ober. (1924).

<sup>43</sup> El reporte afirma que los “sublíderes de las Juventudes Hitlerianas son inmaduros y no están preparados para hacer frente al papel de joven líder y educador”, Ms. Source C, Pol. Dir. (1935). Para una discusión excelente sobre la resistencia de los grupos juveniles de las clases obreras a la organización estatal, véase Horn (1973: 30-38).

toda la organización cobró un aura de respetabilidad burguesa. La conformidad con las normas de la clase media relativas a la adolescencia significó que muchos miembros de la clase trabajadora, si no la mayoría, retiraran su apoyo a las organizaciones juveniles nazis. Incluso durante los primeros años del régimen, la resistencia a las denominadas *pandillas salvajes*, que se expresaban a través de actos delictivos, representó una preocupación importante para las autoridades. Al comenzar la guerra, cuando ya no fue tan fácil controlar a los jóvenes, el problema alcanzó niveles epidémicos (Pross, 1964: 425-433).<sup>44</sup>

La independencia conservada por los adolescentes respondió más a la economía propia del Tercer Reich que a las políticas oficiales de sus organizaciones juveniles. Las prohibiciones de fumar, beber y salir de fiesta se mantuvieron durante la década de 1930, reforzándose en la Segunda Guerra Mundial. La sustitución del trato terapéutico por el trato judicial a la hora de abordar la delincuencia juvenil se había implementado antes de 1914, y tanto en Alemania como en Inglaterra se mantuvo. Los chicos juzgados como genéticamente deficientes debieron enfrentarse a la esterilización, lo más reciente en técnicas preventivas de control social.<sup>45</sup> Existen evidencias de que las altas tasas de ausentismo y delincuencia entre los jóvenes trabajadores provocaron el mismo tipo de resentimiento en los cuidadores nazis e ingleses. Así, incluso antes de la guerra, cuando la demanda de trabajo y talento aumentó rápidamente, los nazis decían a sus jóvenes trabajadores que “ser tratados como *Du* constituía un recordatorio a los jóvenes de que no tienen bases para ser considerados ellos mismos como completamente adultos”.<sup>46</sup>

## • VI •

¿Quiénes, entonces, fueron los salvadores de los niños que permanecieron escondidos tras la legislación protectora del periodo de 1900 a 1950? Finalmente, el trabajo juvenil iba a profesionalizarse, pero antes de la segunda Guerra Mundial

<sup>44</sup> En noviembre de 1939, se prohibió a las chicas menores de 16 años y los chicos menores de 18, bailar en público. Cuando estalló la guerra, las regulaciones juveniles se hicieron aún más fuertes, pero apenas tuvieron efecto. Ms. Source C, Pol. Dir. (1940). Véase también Schoenbaum (1967: 291 ss.).

<sup>45</sup> Irónicamente, en parte, esta política espantosa se dio por un impulso más progresivo hacia la liberación sexual y la protección de los niños. Ellen Key, una socialista, escribió a principios de siglo: “Esta nueva ética [del amor libre] no llamará a ningún otro hombre o mujer común inmoral, excepto que a veces esto lleva a una descendencia débil. Los diez mandamientos con respecto a este tema no serán escritos por los fundadores religiosos sino por los científicos” (Key, 1909: 14).

<sup>46</sup> Ms. Source C, Pol. Dr. (1941).

aún primaba el esfuerzo voluntario de hombres y mujeres de clases altas y medias, más visibles a nivel del clero, de profesores y militares que, junto a los médicos, también jugaron un papel importante en algunos lugares. Su implicación con los jóvenes traicionó la preocupación reinante sobre la naturaleza de la sociedad y el papel que desempeñaban en ella las clases propietarias y educadas. Los hombres de este estrato entendían que el liderazgo era sólo una extensión de su papel en la economía y la jerarquía social. Las mujeres de esta clase, quienes en números crecientes hicieron del cuidado infantil su cruzada personal e incluso su propósito vital, consideraban que las clases trabajadoras eran algo que debía ser redefinido socialmente. Si bien con anterioridad habían existido protectores de la infancia, siempre habían estado en un segundo plano, temiendo, como Mary Carpenter, la “privación de su sexualidad” por una participación demasiado activa en lo que previamente fuera el papel masculino que preservaba los asuntos públicos (J.E. Carpenter, 1879: 158). Para 1900 esto estaba cambiando y, tanto en Inglaterra como en Alemania, los *lobbies* como NSPCC<sup>47</sup> y Pestolozzi Stiftung eran organizaciones predominantemente femeninas. La Unión de Madres Inglesas y la alemana Verein der Freundinnen Junger Mädchen [Asociación de Novias Jóvenes] hicieron hincapié en que la responsabilidad única de la mujer era la crianza de los niños y su papel natural era el de ser guardianas de la juventud. La entrada de las mujeres al campo de los temas civiles pudo molestar a los conservadores, pero difícilmente podían hacer objeciones a un movimiento que preservaba la fuerte separación de los roles masculinos y femeninos y que apenas suponía una redistribución de los poderes entre ambos sexos. Lo apuntado por Anthony Platt para el caso americano puede usarse igualmente en el de Inglaterra y Alemania: la participación de las mujeres “no rompía demasiado con el pasado como afirmación de la fe puesta en las instituciones tradicionales” (Platt, 1969: 98).<sup>48</sup> Debido a que se trataba de una actividad “apolítica” y eminentemente burguesa en su orientación social, no representaba una amenaza para la dominación masculina, contrariamente a lo que sucedía con el feminismo radical y el sufragio. En Oxford, por ejemplo, en varias sociedades de vigilancia moral que aparecieron con el nuevo siglo destacaba la presencia de las mujeres. En éstas, ellas podían escuchar la apelación del reverendo rector del Keble College para “organizar e incrementar las fuerzas morales de la opinión pública”,

<sup>47</sup> *National Society for the Prevention of Cruelty to Children* [Sociedad Nacional para la Prevención de la Crueldad hacia los Niños] (N. T.)

<sup>48</sup> Sobre la filosofía de la Unión de Madres, véase Unión de Madres. (S.f.); Sobre los diversos grupos alemanes, consúltense Jahresberichte des Ortausschusses (s.f.); Ms. Source C, Soz. (S.f.).

particularmente en lo que respecta a los niños, precisamente porque coincidía muy bien con el papel tradicional adjudicado a una madre. Las mujeres de clase media, liberadas de la carga de criar hijos gracias a los mecanismos de control de la fertilidad, encontraron en su papel como cruzadas de la moralidad un estatus que les daba responsabilidad, al mismo tiempo que las hacía respetables. No hace falta decir que las mujeres de escalas sociales más bajas aún luchaban con las altas tasas de fertilidad, por lo que consideraban la entusiasta visita de sus superiores femeninas no menos objetable que la de las protectoras de la infancia o las de un oficial holgazán o un inspector médico.<sup>49</sup>

Si los profesionales de clases medias y sus esposas declararon la guerra a la degeneración juvenil, sus soldados de a pie fueron las nuevas clases medias-bajas, los denominados trabajadores de cuello blanco. Para ellos, los movimientos juveniles constituían una manera de elevarse por encima de su aislamiento social de la sólida clase media. Grupos como los Boy Scouts y los Wandervogel, junto con los clubes de deportistas y las reservas armadas, servían para unir a ambos grupos bajo la bandera del patriotismo como interés común. Esto fue particularmente evidente en el caso de los profesores de primaria, cuyo estatus, si bien había aumentado desde inicios del siglo, no se consolidó hasta que comenzaron a involucrarse con nuevas formas de activismo cívico.<sup>50</sup> Junto con los ex militares, muchos de los cuales encontraron un lugar en la sociedad cívica como instructores físicos, contribuyeron con mucha fuerza al liderazgo de los Boy Scouts y las brigadas de jóvenes a nivel local. En Göttingen, los profesores de primaria y secundaria trabajaban mano a mano con los grupos juveniles comunitarios. Entre los más activos se encontraba Franz Henkel, quien fue líder no sólo de la Wandervogel y la sociedad gimnástica, sino también del conservador Kreisverein. Ya durante la primera Guerra Mundial, profesores ingleses y alemanes se habían vuelto fervientes representantes de un patriotismo que para entonces era parte y parcela de los movimientos de protección de la infancia. Cuando en 1916 los profesores de Oxford proclamaron que: “La capacidad para determinar si Inglaterra será mejor o peor tras la guerra, se queda en los profesores y en todo aquel que los ayude”, usaron un lenguaje similar al utilizado por los jóvenes trabajadores alemanes.<sup>51</sup>

<sup>49</sup> Publicación. (S.f.). Reporte de vigilancia de Oxford Assn. Véase también Ms. source B, Mins. (1882); e Inglis (1963: 195-199).

<sup>50</sup> C.F.G. Masterman los denominaba “los suburbanos”, escribiendo: “Los hombres jóvenes de la sociedad suburbana, especialmente, son acusados de una absorción infantil en deportes ajenos a ellos y en divertimentos triviales” (Masterman, 1909: 91).

<sup>51</sup> Henkel, F. (S.f.); Ms. Source B, Mins. (1916).

Asimismo, resulta interesante especular sobre cómo el declive de las clases medias bajas, integradas por pequeños artesanos y vendedores de tiendas, tuvo que ver con el alzamiento de los movimientos juveniles. Sabemos que en Oxford la clase de viejos artesanos mostraba mucha preocupación por la generación más joven. Las uniones de artesanos de la ciudad se posicionaron en una línea más activa *vis a vis* con la delincuencia juvenil, reclamando la aplicación de una disciplina más estricta por parte de la policía y de las escuelas (Butler, 1914: 47). Su miedo se centraba en el hecho de que sus hijos e hijas se pudieran asociar con una juventud de baja reputación; y desde luego, al igual que en Alemania, estos grupos se encontraban entre las clases media y obrera, los más activos en temas concernientes al trabajo juvenil. Franz Henkel, por ejemplo, era un hombre que sólo una generación atrás habría pertenecido al estatus de artesano.<sup>52</sup> Y el Gesellenverein católico de Göttingen, que comenzó siendo una organización de aprendices en 1884, para la década de 1920 era una organización para jóvenes de la clase de cuello blanco, cambio que reflejaba los movimientos que tenían lugar en las clases medias-bajas a principios del siglo xx.<sup>53</sup>

Es significativo el hecho de que la nueva clase de cuello blanco haya nacido precisamente cuando estaban emergiendo nuevas actitudes sociales hacia la juventud. Este grupo vivió la movilidad ascendente no a partir de la ya conocida y honorable escalera de estatus que siguieron comerciantes e inversores privados, sino desde la educación, al principio secundaria, y luego también universitaria. No sorprende que mucha de la ansiedad expresada en torno al grupo de 14 a 18 años se reflejase en las organizaciones y agencias que estaban al mando y eran integradas por miembros de dicha clase social.

Disciplina, gratificación tardía y conformidad fueron la clave del éxito de estas personas durante los difíciles años de inflación de la década de 1920, en la Depresión, y posteriormente, en el periodo de austeridad que siguió a la segunda Guerra Mundial. En general, su preocupación por ganar y mantener su respetabilidad venía dada por alguien de la clase media que llegaba a institucionalizar escuelas y organizaciones juveniles a través de diferentes vías. La primera de éstas, se asociaba con los propios profesores y jóvenes trabajadores, muchos de origen medio bajo, quienes se encontraban entusiasmados por servir bajo las normas burguesas como medio de asegurarse su propio estatus. Otra vía se implementaba a través de los padres, dispuestos a lograr que sus hijos fueran acordes a las demandas sociales y psicológicas de la adolescencia como medio

<sup>52</sup> Henkel, F. (S.f.).

<sup>53</sup> Ms. source C. Pol. Dir. (S.f.). Katholischen Gessellenverein, 1884-1934.

que les garantizara su ascenso en la escala del éxito. La educación era, como dijo un estudiante de clase media baja de la Escuela Secundaria de Oxford: “La única manera de distinguirnos de los ignorantes, los pobres [...] e incompetentes”. Los requerimientos sociales de la escuela, incluidos los de dependencia y privación del estatus civil de la adolescencia, fueron el precio a pagar por quienes quisieron establecer su superioridad con respecto a la clase obrera.

En un periodo en el cual las ciudades más pequeñas como Oxford y Göttingen estaban perdiendo su cualidad de ciudades natales, la línea entre riqueza y nacimiento no era tan obvia como había sido en periodos anteriores. De alguna manera estaba resultando sencillo apropiarse de símbolos que identificaban a estratos más altos, simplemente fingiendo al utilizar cierta ropa, lenguaje o maneras, para pertenecer a un estrato respetable de la sociedad, porque ahora el pasado de uno era anónimo. Los contemporáneos de esta época notaron que los límites obvios que alguna vez habían separado a las clases, y que habían sido muy pronunciados entre los niños, se había difuminado rápidamente. “Las camisas con cuello y las corbatas son tan comunes ahora como lo eran los harapos hace unos años”, apuntaba E.J. Urwick en 1904. “Los pillos descalzos del imaginario popular aún están a la cabeza de los discursos filantrópicos, pero ya no son sujetos comunes en las calles” (Urwick, 1904b: xi; Sherwood, 1971: 42-45).

Pero, bajar la vara significaba que otros ocupaban ese lugar libre. Ahora, las clases medias y medias-bajas marcaban la distinción entre ellos mismos y los hijos de los pobres mediante el uso de uniformes escolares, que se hicieron populares en la década de 1920. Para los padres de los niños que asistían a la Escuela Secundaria de Oxford, el director aseguró:

A veces me dicen que los chicos de la escuela citadina están mezclados. Es completamente cierto y no veo ningún futuro en restringir nuestra admisión a cualquier clase social. El mejor chico perteneciente al anterior sexto grado era el hijo de un trabajador de granja, pero se ganó el respeto y el afecto de todos. El uniforme escolar ayudará a los chicos a olvidar sus diferencias de clase y a vivir bajo términos de igualdad amistosa.<sup>54</sup>

Las líneas entre clases aún estaban ahí, pero ahora se dibujaban bajo nuevas formas dictadas por la escuela y las actividades extraescolares. El uniforme, la escuela y el club se convirtieron en los nuevos símbolos de estatus en la era de la adolescencia.

<sup>54</sup> Ms. Source D, Min. (1928).

· VII ·

Hemos descrito el perfil de quienes “democratizaron” la norma adolescente. No sorprende que fuesen los mismos que orquestaron la creación de otro estereotipo social en el siglo xx, el denominado *agresivo*, la imagen antisocial del delincuente juvenil moderno. Si el modelo adolescente sirvió para hacer referencia a todo lo puro y estable en un periodo de tensión externa e interna, el delincuente juvenil representaba todo lo que había que temer y resentir, por lo que para los protectores de la infancia era una parte indispensable del mundo social. No se afirma que ellos inventasen el crimen juvenil, aunque fueron los sospechosos durante todo el siglo xix. Los chicos criminales de los tiempos de Dickens se asociaron más con una clase social que con una edad. Se ha hablado de “pequeños hombres retrasados”, aquellos cuyas desgracias los hicieron perderse de la dulce influencia que hubiera significado una verdadera infancia y adolescencia. En la década de 1890, la delincuencia comenzó a verse, no como un problema atribuido a la precocidad, sino a la inmadurez. La propia adolescencia se identificó como causa de la delincuencia y, por ende, todos los chicos, independientemente de su clase social, eran vulnerables a experimentar dicha desviación si no se tomaban precauciones para protegerlos.

Esta época estuvo profundamente influida por las ideas del determinismo biológico y los criminólogos italianos, como Lombroso, que aseguraban poder detectar la “tipología criminal” a edades muy tempranas. Otros teóricos, que no estaban tan de acuerdo con la idea de que existiera una disposición genética a la criminalidad, eran más conscientes de la forma en que la naturaleza (contraria al ambiente) moldeaba el comportamiento; y los ingleses, que siempre tendieron a dar explicaciones más ambientales, se inclinaban más hacia la existencia de algunos rasgos heredados (Radzinowicz, 1966: 52-56; Platt, 1969: 18-36). Su cuidadosamente balanceada visión fue expresada por William Douglas Morrison, quien en 1896 escribió: “Los resultados de investigaciones recientes llevan a la conclusión de que los humanos llegan al mundo con una distintiva inclinación hacia un temperamento o carácter que siempre se acaba manifestando de alguna manera, sin importar el proceso por el que pase el individuo. Pero la forma última en que los caracteres heredados se expresan depende ampliamente del tipo de condición social en que se ha desarrollado el ser humano” (Morrison, 1896: 121). Tanto los signos de criminalidad como los de perversión sexual podían ser tratados e incluso curados si eran descubiertos a tiempo; esto requería vigilancia constante y control completo del grupo de edad en cuestión, con medidas coercitivas que Morrison y sus contemporáneos se comprometieron a llevar a cabo.

No fue hasta finales de 1890 que la cuestión del crimen juvenil se generalizó en la discusión sobre la delincuencia juvenil, problema que no sólo afectaba a lo que la generación de Mary Carpenter denominó “clases peligrosas y deterioradas”, sino a toda la juventud, sin importar de dónde venía. Cuando Canon Horsley escribió su *Juvenil Crime* en 1894 se refirió a esto como la “gran cuestión social de hoy día”, conclusión que fue secundada por la Asociación Howarth en los resultados que publicó de una encuesta realizada en torno a esta problemática en 1898. No todos sus contemporáneos estaban de acuerdo con esta idea, por supuesto, con un análisis que colocaba en segundo plano los problemas relativos a la pobreza y la guerra en relación con los matones y la mas-turbación, pero, a ojos de las clases medias, la amenaza frente a cualquier tipo de desviación tenía dicho precedente. No era posible explicar la desobediencia juvenil en términos de pobreza absorbente, sino a partir del papel que jugaban la riqueza ascendente y el tiempo de ocio tan abundante. “La mayoría de las ofensas juveniles cometidas en este país vienen desde la cúspide, y consisten en ofensas contra la propiedad”, señaló Morrison. Sin embargo, la oportunidad, más que la necesidad de robar era la que estaba detrás de todo esto. “La gran tentación de los jóvenes corrientes es el impulso por robar; en las ciudades, el impulso es estimulado en cada calle por las interminables tiendas y almacenes que exhiben todo tipo de mercancías en un Estado semiprotector” (Horsley, 1894: 9; Russell, 1913: 45-55; Morrison, 1896: 189, 28).

Apenas una generación antes, la “juventud ordinaria” era la honesta y respetable juventud, el polo opuesto, la tipología del delincuente, asociada sólo con hijos e hijas de las clases bajas. Ahora, las autoridades estaban más abiertas a admitir que los muchachos de los ricos podían ser tan desviados como los de los pobres y, por tanto, la imagen de los jóvenes delincuentes y ordinarios ya no se ligaba a cierta clase, sino a las diferentes caras de un cierto grupo de edad. Todos los jóvenes que transitaban la adolescencia eran vistos como potenciales delincuentes, concepto no tan popular durante la época democrática. Morrison escribió que “en un momento temprano de la vida, la inadaptabilidad hacia el entorno social normalmente se manifiesta como holgazanería, vagancia y hábitos merodeadores, en resumen, una disposición que nos lleva a los estadios nómadas de la civilización. Cuanto más demanda la sociedad a los niños, como lo muestra actualmente la asistencia regular a la escuela primaria, mayor es la tendencia a que el nomadismo llegue a la vida” (Morrison, 1896: 58).

Los “golfillos”, anteriormente identificados como pertenecientes a una clase subdesarrollada moralmente, ahora eran vistos como producto de un subdesa-

rollo emocional que atañe al grupo de edad adolescente, sin tener en cuenta la clase. Si bien no se descartaban los factores sociales y económicos, ya no se los consideraba la causa principal del comportamiento delictivo. Esto recaía en el carácter peculiar de la adolescencia como periodo vital, cuyo control y dirección resultaba absolutamente crítico a la hora de determinar el futuro del individuo. Quienes escribieron sobre el asunto entendían que la amenaza social asentada en esta gran concentración de salvajes semidomesticados era evidente: “No hay una hora exacta para ello [la juventud], sino una convulsión en los destinos, no hay un momento que una vez ocurrido pueda hacer que el trabajo a realizar pueda ser recuperado o que al siguiente soplo se quede en la nada” (Horsley, 1894: 9).

La literatura de 1890 no descartó completamente ninguna de las explicaciones ambientalistas de la clase victoriana sobre el crimen juvenil, pero se evidenciaba una tendencia a remplazar el voluntariado moral que caracterizaba a los principios de la época con un nuevo determinismo psicológico. Cincuenta años antes, en los tiempos de Dickens, la influencia perniciosa de los adultos había llevado al crimen juvenil. En la década de 1890, la conducta de los niños supuestamente resultaba determinante de la criminalidad adulta. El influyente psicólogo infantil americano G. Stanley Hall, escribió en 1904 que “los criminales son como niños descuidados”, cuando sólo unas décadas antes había sido común describir a los ingeniosos rateros como adultos en miniatura (Hall, 1969, vol. I: 338). Al modificarse la percepción en torno a las causas del crimen fueron revisadas todas las formas de conducta juvenil, por su efecto en el comportamiento y porque incluso las acciones más inocentes podían ser interpretadas como algo que desencadenaría consecuencias terribles. Hall cita ejemplos sobre esto, ya que “la semicriminalidad es normal en los chicos sanos”, añadiendo que sólo el cuidado y la protección correctos garantizarán que éstos eludan este fatídico momento, insertándose directamente en el camino correcto (Hall, 1969, vol. I: 360, 404).

En 1914, se percibía que el problema era mayor y más amenazador de lo que cualquier reformador anterior podría haber imaginado; los objetivos de castigar y reformar de antaño se habían complementado con prevención y control. Cuando las antiguas distinciones entre criminal y no criminal desaparecieron, fueron remplazadas por el contraste marcado entre la edad delictiva y no delictiva de los niños. A mediados del siglo XIX, el crimen se consideraba una enfermedad moral; a comienzos del siglo XX esta percepción se había revertido, asumiéndose que el comportamiento moral o antisocial debía ser tratado como crimen. El nuevo sistema de justicia juvenil constituía un reflejo del cambio que llevó a incrementar la jurisdicción policiaca y judicial y que incluía el compor-

tamiento normativo, antes ubicado fuera del alcance de la ley; al mismo tiempo, se redefinía el enfoque dado a las ofensas tradicionales, de tal manera que, antes de ir a la Corte, el niño no gozase de la protección del proceso establecido. Esto pone en evidencia un claro caso de “criminalización” de ciertos aspectos de la conducta que en el pasado fueron tratados con discreción privada; a la vez, da cuenta de la sustitución del tratamiento de castigo, por lo que ya no podían aplicarse los viejos conceptos de justicia. Una vez que se aceptaba que todo chico o chica, sin importar su clase, albergaba en su interior un poco de esta “pillería”, estas nuevas estrategias se hicieron comunes. Sir Leon Radzinowicz cita lo que fue una percepción contemporánea del cambio: “las escuelas clásicas exhortan a los hombres a estudiar justicia: las escuelas positivistas exhortan a la justicia a estudiar a los hombres” (citado por Radzinowicz, 1966: 56).

No es sorprendente la demanda creciente de controles preventivos que, igualmente, fue una de las causas primarias del aumento de denuncias por delincuencia que se registraron. Tampoco es inesperado que fuesen los hijos de los pobres los que mostrasen una “inclinación mayor” hacia el comportamiento “antisocial”, tan preocupante para los estudiosos de las clases medias. La asistencia obligatoria a la escuela produjo una larga lucha entre pobres y autoridades locales. En septiembre de 1911, después de un verano sin descanso para los adultos trabajadores, los jóvenes de Hull y muchas otras ciudades industriales abandonaron las escuelas, demandando “menos horas y menos vara”. Colocaron postes, golpearon a los esquiroles y dañaron la propiedad antes de que las autoridades pudieran hacer que los chicos volvieran a la escuela. La agitación del mercado laboral adulto y sus huelgas fueron un modelo para los jóvenes que, aunque infructuoso, no podría haberse dado sin el consentimiento pasivo de la familia, particularmente de los padres. Como el doctor Ormerod, oficial médico de la Escuela de Oxford, estaba descubriendo, los padres se ofendían ante cualquier tipo de interferencia relacionada con sus hijos. Una madre le comentó que estaba orgullosa de que su hija abandonase la escuela, porque “tendrá 14 años para entonces y usted no tendrá la capacidad de preocuparme”.<sup>55</sup>

Si la intención de los guardianes de la infancia era mostrar a los no privilegiados cómo vivir, a quienes habitaban los tugurios tenían un par de lecciones que ofrecerles. Un clérigo, activo en el Instituto de Hombres y Mujeres de Oxford en la década de 1880, recordaba: “Los chicos eran compañeros fabulosos, pero veían al Instituto como un conflicto abierto de toma y daca, y naturalmente co-

<sup>55</sup> Citado en Biblioteca de Oxford (1879-1927). Un estudio fascinante sobre las huelgas es el de Marson (1973).

menzaron a medir sus fuerzas con quienes vinieron a civilizarlos e instruirlos. Las clases habían empezado, pero normalmente terminaban antes; los alumnos apagaban el gas, clavaban alfileres a los profesores y rompían el mobiliario”.<sup>56</sup> En los comienzos del Club fundado por los estudiantes del Balliol College en la barriada de St. Ebbe de Oxford se evidenció aún más la incompatibilidad entre el impulso paternalista y las necesidades de los chicos de la clase obrera. Desde el comienzo del club en 1907, los patrocinadores fueron el centro de mucha rabia, siendo incluso objeto de amenazas físicas por parte de los chicos a los que el Club supuestamente servía (Bailey, 1950: 10).<sup>57</sup>

Se requieren todas las habilidades del oficial que esté presente ese día para instaurar una disciplina tolerable. La principal discusión, tal y como la recuerdo, es que los chicos deberían ser expulsados. Quizá nuestras decisiones estuviesen marcadas por el conocimiento de quien quiera que fuese expulsado, probablemente la tomaría contra nosotros lanzando una piedra a través de la ventana desde fuera mientras rezamos.

Otro de los fundadores, recordando los viejos tiempos, amablemente resumió la sociología que subyacía a todos los clubes y movimientos del asentamiento:

Había una brecha social mucho más grande que ahora entre los estudiantes y los chicos de la ciudad. Los “ricachones” o los señores de la Universidad parecían llevar una vida de lujos e indolencia... Había muy poca conciencia política por aquel entonces. Aquí y allá un chico atento comenzaba a sorprenderse, pero para la mayoría, el orden social previo a 1914 era “dado” y permanente (Bailey, 1950: 9).

## • VIII •

El altruismo, cuando se junta con la resistencia, por lo regular acaba produciendo un amargo resentimiento; y no fue accidental que, cuando la irritación propia de la desobediencia juvenil se convirtió en hostilidad agresiva a principios de 1890, quienes se involucraron más de cerca con los jóvenes estuviesen a favor de tomar medidas coercitivas. Durante las últimas décadas del siglo XIX, los ciudadanos de

<sup>56</sup> Biblioteca de Oxford (1884-1915).

<sup>57</sup> También véase *Club Masculino Balliol*. (S.f.). Usado con permiso del director Willis Bund, Balliol College, Oxford.

Oxford comenzaron a quejarse de manera persistente de los temperamentos agitados en la feria anual de St. Giles.<sup>58</sup> Los clérigos, muy preocupados por el respeto al Sabbat, pidieron a la policía que limpiase las calles durante los servicios matutinos y vespertinos.<sup>59</sup> Se declaró la guerra al juego, la prostitución, e incluso a otros pasatiempos más inocentes como el baño nudista, con el argumento de proteger a la generación emergente.<sup>60</sup> Años más tarde, el mismo tipo de vigilancia se implementó en Göttingen, donde los profesores de escuelas llevaban la batuta contra la más reciente amenaza a la decencia juvenil: las recién llegadas películas.<sup>61</sup> Es interesante ver cómo hasta la propia policía encontraba pocas cosas que podían considerarse ilegales o inmorales en estos espectáculos.<sup>62</sup> Sin embargo, esto no fue excusa para que varias organizaciones de vigilancia y protección de la infancia presionasen a las oficinas locales y nacionales para reforzar su código moral. En 1914, esto se expresó en ordenanzas y políticas que circunscribían las actividades infantiles. Por aquel entonces era más probable que la policía atrapase a chicos que andaban por ahí “deambulando”, mientras los padres se mostraban más propensos a llevarlos ante la Corte para su cuidado y protección.<sup>63</sup>

Considerando el número de jóvenes llevados ante la justicia por haber cometido diversas ofensas, fenómeno en aumento en los países europeos, las estadísticas criminales parecían justificar dicha vigilancia. Aun así, al analizar cuidadosamente los “crímenes” por los que eran arrestados los menores de 19 años, se encuentra que la causa de este incremento probablemente fuera más la amplia definición de lo que era la “delincuencia” que la gran disposición al crimen. Una revisión de la Corte Policiaca de Oxford entre 1870 y 1914 revela un crecimiento marcado del número de jóvenes llevados ante esta Corte, pero no necesariamente por ofensas (incluido el robo y los crímenes contra las personas) que se les habrían imputado de haberse usado la anterior definición de “crimen juvenil” (véase gráfica 6).

<sup>58</sup> Ms. Source G. Mins. (1893a).

<sup>59</sup> Ms. Source G. Mins. (1891).

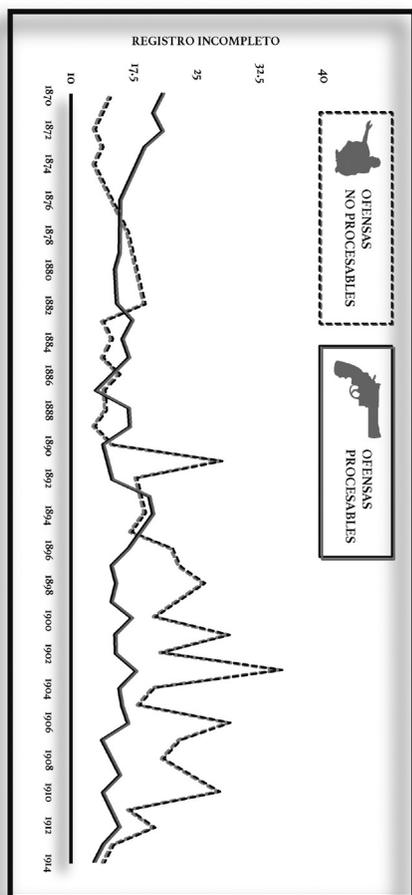
<sup>60</sup> Ms. Source G. Mins. (1894). Reporte. (1891). *Acuerdo con los vigilantes universitarios*.

<sup>61</sup> Ms. Source C. (1913).

<sup>62</sup> Ms. Source G. Mins. (1893).

<sup>63</sup> Publicación (S.f.). 1900-1914.

Gráfica 6. Ofensas procesables (en línea sólida) y no procesables (representada por la línea de puntos) de varones menores de 19 años, juzgados en Oxford, Inglaterra, 1870-1914. (\*)



(\*) Los crímenes procesables incluían robo, allanamiento de morada, asaltos serios; los no procesables abarcaban apuestas, comportamiento malicioso, ensuciar las calles, daños a la propiedad, pedir limosna, juegos peligrosos y los denominados casos de “cuidado y protección”.

FUENTE: MS Top Oxon b. (1829-1869). Archivos Policiales de Oxford. pp. 129-162.

El sentimiento de que crímenes imputables como el robo estaban aumentando tenía cierta base, pero, aunque el robo juvenil se había incrementado después de 1890, resulta poco probable que esto provocara los miedos que, en última instancia, llevaron a generar leyes más estrictas y comprehensivas. Muchas de las cosas robadas tenían poco valor —fruta, juguetes y cigarrillos— destinados casi exclusivamente al uso personal. Existe poca evidencia que avale la existencia de crimen organizado o de bandas criminales juveniles como las que hubo en algunos lugares antes del siglo XIX. De todas maneras, las ofensas que llevaban al arresto de los chicos en su mayoría estaban conectadas con las formas tradicionales de sociabilidad juvenil, particularmente los juegos callejeros, las apuestas y otras actividades grupales. En 1910, la mayoría de los arrestados estaban en grupos de dos o más; muchos de ellos parecen haber formado parte de bandas informales más que de grupos estructurados.<sup>64</sup>

Esto parece indicar que las agencias de aplicación de la ley, animadas por ciertos segmentos de la sociedad, estaban comprometidas con el proceso de redefinir como “delincuencia” aquellos patrones de comportamiento anteriormente tolerados por la comunidad. Se estaban sensibilizando cada vez más con los tipos de comportamiento social —incluyendo los de porte, apariencia y disposición— que en décadas anteriores podían haberse visto como irritantes, pero raramente peligrosos para la ley y el orden. Hasta cierto punto, esto fue producto de las demandas de la época urbana industrial. El incremento del tráfico de carros tirados por caballos primero, y de coches después, requería una regulación en las calles que nunca había sido necesaria. Probablemente, las conductas fuertes y ruidosas fueron más peligrosas en la época de las vitrinas y los paisajes delicados; sin embargo, los registros de la Corte y las minutas policiales demuestran que la aplicación más estricta de la ley no respondió a las quejas de hombres de negocios furiosos o propietarios preocupados, sino a las realizadas por profesores, clérigos y grupos de protección de la infancia que se veían como cuidadores de la juventud (contra ellos mismos, por supuesto). Como muchos grupos que reclamaban el papel “desinteresado” de proteger la moralidad, sus acciones se caracterizaban por un cierto resentimiento, incluso hostilidad, hacia aquello que buscaban redimir.<sup>65</sup>

Anteriormente, en el siglo XIX, este tipo de hostilidad seguramente era respondida con violencia; sin embargo, resulta interesante darse cuenta del poco resentimiento que aparentemente existía, incluso en el comportamiento de los jóvenes adultos llevados ante la Corte por asalto a la policía o daño a la propie-

<sup>64</sup> Para una mayor discusión acerca del carácter de la delincuencia véase Gillis (1971).

<sup>65</sup> Por ello, estoy en deuda con la discusión sobre el estatus político de Joseph Gusfield (1963: capítulos 4 y 7); véase Platt (1969: 4-9, 77).

dad. Tal y como ocurre ahora, entre los jóvenes mayores (14 a 18 años) prevalecían los denominados crímenes “desafiantes” o “antisociales”, mientras que el robo se daba más en edades tempranas. Los reportes policíacos dejan claro que, aun así, los actos en que había imputación por desorden eran entonces, como ocurre ahora, sobre todo asunciones inocentes de independencia por parte de hombres trabajadores que intentaban cultivar su proeza masculina animando a los jóvenes de su clase. Existe escasa evidencia respecto a la existencia de subculturas criminales, organizadas alrededor de bandas agresivas, opuestas a los valores dominantes de la sociedad. Para detectar ese tipo de conflicto, debemos ir más atrás, hasta la hostilidad ritual característica de los días feriados y las peleas callejeras, fenómeno ya en declive para 1900 (Gillis, 1971).

En el siglo XIX, la hostilidad agresiva entre chicos de diferentes clases se daba por sentada. Un hombre de Oxford, que recordaba la sangrienta noche de noviembre de 1867, en que estudiantes armados arremetieron contra una multitud de hombres y niños de Oxford que pedían comida, aseguró que estos “episodios” duraban días: “Naturalmente, donde había diferencia de oportunidades, había muchos sentimientos encontrados entre los que tenían y los que no” (Sherwood, 1971: 48). Para finales de siglo, los caballeros universitarios comenzaron a probar sus puños contra los jóvenes locales, no sólo en las noches en que las peleas callejeras eran corrientes, si no en cualquier momento en que se presentase la oportunidad (Plowman, 1918: 218-226). Normalmente, la violencia se devolvía con violencia. Margaret Fletcher, que creció en el norte de Oxford entre 1860 y 1870, recordaba el peligro que suponía que los muchachos de clase media transitasen por los barrios más pobres de la ciudad. “Dando brincos de excitación, señalando con el dedo, ellos (los chicos del barrio) gritaban ‘burgueses’ con tanto desdén y desprecio que pareciera que los quisiesen colgar. Los canallas llamaban a las víctimas que corrían por su seguridad” (M. Fletcher, 1939: 48).

La señorita Fletcher encontró reconfortante que, en el siglo XX, canallas y burgueses compartiesen la misma clase en la escuela; pero, mientras las lealtades escolares previnieron algunas de las manifestaciones entre las clases antagonistas, el cambio respondía más al declive de las antiguas normas colectivas entre las clases obreras mismas. Irónicamente, la invención del espectro de la delincuencia llegó en un momento en que la expresión juvenil por excelencia, la colectividad, las bandas, estaba desapareciendo. Estos grupos, que en el siglo XIX habían ejercido el control de las calles de los barrios obreros, parecían haber disminuido después de 1900, hasta el punto de que, en 1960, no eran más que pequeños grupillos informales, con un carácter menos ofensivo que de-

fensivo (Willmott 1969: capítulo 2; Neidhart, 1970: 77). A pesar de todo lo que se decía sobre las bandas violentas de la década de 1950, los grupos de extrema violencia fueron raros en Europa. Incluso en la agitada noche del 6 de noviembre de 1959, cuando de 2 000 a 4 000 jóvenes invadieron las calles de Oxford, el comandante en jefe sólo pudo identificar a un grupo de 20 a 30 chicos como responsables de los destrozos hechos a las ventanas de las tiendas.<sup>66</sup> Después de 1910, la tendencia previa de crimen cometido por grupos comenzó a desaparecer, lo que representa una muestra más de que, desde principios de siglo, el carácter se había vuelto más individual.<sup>67</sup>

Por lo que se puede determinar en los registros de la policía de Oxford y los registros judiciales, los patrones de delincuencia parecen haberse mantenido constantes en el periodo de 1900 a 1950. No hay evidencia de que los grupos de jóvenes fueran espontáneamente violentos contra los adultos, aunque, cuando eran provocados por algo que consideraban una interferencia injustificada, tendían a devolver el golpe; ello llevó a que las autoridades lo interpretaran como un comportamiento de tipo antisocial. Los registros de oficiales, médicos de escuelas, policías y otros adultos que tuviesen contacto con los hijos de los pobres, ilustran ampliamente el resentimiento de los trabajadores juveniles y sus padres en casos en que se creía que sus derechos estaban siendo violados (Matza, 1964: 195; Willmott, 1969: 153-158). Aun así, esta clase de resistencia no representaba tanto un signo de alineación social como el llano deseo de ser dejados en paz, en parte debido a la privatización general que había afectado a las clases medias mucho antes, que también dejó huella en las clases trabajadoras pobres cuando sus condiciones de vida comenzaron a mezclarse con las de las clases superiores.<sup>68</sup>

A finales de siglo dejaron de ser frecuentes las expresiones de violencia entre clases, como la de las protestas callejeras de la noche de Guy Fawkes. Mientras los estudiantes y otros jóvenes de clase media habían abandonado el calendario festivo anterior, sustituyéndolo por nuevas fechas que se establecían a partir de las noches de armisticio y las vacaciones nacionales, tradiciones como las del Primero de Mayo pasaron a formar parte de lo que Thomas Plowman describió como “muchachos desaliñados y descuidados que dan la ‘bienvenida a mayo’ con llantos discordantes y arrastrando los pies a nuestras puertas”

<sup>66</sup> Ms. Source G, Mins. (1959).

<sup>67</sup> Sobre el declive general del comportamiento de las bandas en Oxford, véase Gillis (1971). Un caso específico cambió el comportamiento de la multitud en la feria de St. Giles. Véase Alexander (1969: 34-37); Mays, (1965: 28-30).

<sup>68</sup> Sobre la privatización de la clase obrera véase Goldthorpe *et al.* (1969: capítulo 4); en Oxford Mogeys (1969); y en Alemania, Neidhardt (1970: 84).

(Plowman, 1918: 86).<sup>69</sup> Pese a esto, aunque muchos de los juegos y rituales de los pobres podrían haber llegado a irritar a otros como Plowman, no existe evidencia de la existencia de una subcultura delictiva en guerra permanente con la sociedad respetable. No hay duda de que parte de la violencia surgida del desacato, finalmente liberada de las formas tradicionales, se extendió sin sentido y de manera dispar. Pero, mientras el comportamiento del delincuente moderno podría estar marcado por la falta de proeza masculina y un desafío hacia la rutina del día a día, debe recordarse que así se crecía en la cultura de la clase baja, que aún otorga gran valor a la maduración temprana y a la independencia. La violencia generada estaba disminuyendo, aunque tendía a ser registrada en los cuadernos policiales con regularidad cuando las autoridades intervenían en asuntos internos de los jóvenes (Willmott, 1969: 162-167).

## • IX •

No hay registros confiables que documenten los conflictos de los ofensores juveniles en el periodo de 1890 a 1914; no obstante, parecería que entonces, como hoy, quienes eran atrapados solían pertenecer a las clases trabajadoras.<sup>70</sup> Los jóvenes de clases medias escapaban del brazo de la ley, no porque no estuvieran sujetos a las mismas restricciones, sino porque estaban bajo el control escolar y universitario.<sup>71</sup> Las reglas cada vez más estrictas de la academia evidencian que estos jóvenes se encontraban sometidos a otro tipo de paternalismo, que normalmente los excluía de la ley común. Los jóvenes con mayor probabilidad de ser llevados ante un tribunal de justicia eran los que no pertenecían a ninguna institución más allá del trabajo. En otras palabras, cuanto más independiente era el joven, más responsable era de su propia conducta, siendo más fácil que la sociedad lo estigmatizara al considerarlo un delincuente potencial. De hecho, las propias costumbres de la familia, predominantemente adultas y pertenecientes a las clases medias, impedían un correcto cuidado y protección de los chicos al lanzarlos al mundo

<sup>69</sup> Sobre el cambio de patrón de los estudiantes, véase Porter (1969: 289-291). He analizado las minutas del Comité policiaco de Oxford durante el periodo de 1920 a 1960 y no he encontrado nada que se compare con la violencia de las polémicas peleas. Después de 1900, en la mayoría de las noches de Guy Fawkes sólo se han reportado pequeños altercados. Ms. Source G, Mins. (S.f.). Comité de Vigilancia.

<sup>70</sup> Sobre el problema de la delincuencia no registrada véase West (1968) y Mays (1967: 20-66).

<sup>71</sup> Es posible encontrar mucha información sobre el estatus especial de los estudiantes en Ms. Source H. (S.f.). *El Manual del Vigilante*. Estoy en deuda con Mr. Trevor Aston, archivero de la Universidad, por dejarme consultarlo.

desde temprano. Sin entender, o tolerar, la manera en que las clases obreras criaban a sus hijos, los autodenominados protectores de las generaciones más jóvenes veían a los chicos “desfavorecidos” como delincuentes potenciales.

Desde luego, esto representaba el tipo de profecía auto cumplida de quienes consiguieron crear una desviación que clamaban aborrecer, pero que debía existir para sustentar ideologías e instituciones basadas en ellas. El intento de legislar la moralidad y restringir la independencia de los jóvenes trabajadores generó conflicto entre autoridades y jóvenes, que pueden ser interpretados como evidencias de una tendencia inherente y tardía hacia el comportamiento antisocial (Horn, 1973: 30-40; Gillis, 1971). Los hijos e hijas de los pobres no se ajustaban a la imagen de modelo adolescente de los jóvenes de clase media, presentado por escuelas y organizaciones juveniles. Sin negar que muchos comportamientos maliciosos y violentos caracterizaron a los miembros más jóvenes de las clases trabajadoras (y de las clases medias), un estudio sobre evidencias históricas y contemporáneas muestra que las actitudes de los jóvenes hacia sus mayores no eran tan agresivas como se cree. Los estudios de comportamientos intergeneracionales realizados desde 1950 han demostrado que la violencia existente es la que emana de los propios adultos, especialmente de los funcionarios de seguridad de las clases medias, los profesores y otros designados guardianes de la virtud juvenil. Musgrove, por ejemplo, descubrió que los protectores de la infancia pertenecientes a la clase media tendían a tener una imagen mucho más negativa de los chicos adolescentes, pese a que los jóvenes manifestaban poca o nula violencia contra ellos (Musgrove, 1965: 97-103; Eppel y Eppel, 1962: 243-263; Friedenberg, 1959: capítulo 6).

## • X •

Aparentemente, la imagen del adolescente inocente y el delincuente predador establecieron una dialéctica histórica a lo largo del siglo. Ambas se originaron en el mismo periodo y proyectaron las esperanzas y miedos de la clase media europea que luchaba por mantenerse a sí misma a contracorriente de las sucesivas olas de cambios políticos y sociales. La noción de un periodo de vida libre de toda responsabilidad en una civilización problemática fue su quimera, la visión de la degeneración juvenil fue su peor pesadilla. Para mantener el sueño vivo, impusieron a los jóvenes una conformidad y una dependencia inaceptables para una parte de la población. En vez de aceptar la independencia y la no conformidad de los pobres como resultado de las condiciones económicas, hubo una

tendencia a alimentar sus propias pesadillas tratando como legítima la tradición de la juventud vista como delincuencia posible de ser castigada.

Edgar Z. Friedenberg notó que, desde 1914, la vieja forma de vincular la madurez con la autonomía personal fue erosionada hasta el punto de que la no conformidad era relacionada automáticamente con una amenaza a la sociedad. El delincuente, que ejemplifica dicha independencia, se enfrenta a una creciente sospecha y miedo. “A medida a que las condiciones de vida se alteran hay menos margen para la autorrealización, la propia autonomía se convierte en una sospecha o debe ser redefinida de acuerdo con una especie de consenso que responda a las demandas del grupo. La persistencia del antiguo ideal de madurez, entonces se convierte en una fuente de preocupación de la que el adulto debe esconderse” (Friedenberg, 1959: 284-285).

El culto a la juventud, del que ninguna sociedad europea ha estado exenta, ha sido el resultado de este proceso histórico. Los protectores de la infancia se vieron a sí mismos como liberadores de los jóvenes y, a través de la juventud, de la propia sociedad con respecto a la rigidez de la civilización industrial. Pero su noble propósito se vio frustrado por su incapacidad, como adultos, de liberarse a sí mismos de la forma en que veían el mundo debido a su clase social. Se desviaron al pensar que el problema del adolescente era esencialmente psicológico, enclavado en la naturaleza de la niñez, en lugar de verlo en la naturaleza de la sociedad. También ignoraron el hecho de que su misma ambivalencia respecto a los jóvenes respondía a las disparidades sociales y culturales, disparidades que marcaron a todos los países europeos hasta el final de la segunda Guerra Mundial, cuando el bienestar se extendió a una parte más amplia de la población. No fue hasta que las obvias inequidades de la sociedad empezaron a desaparecer, que la ambivalencia empezó a esfumarse y la era de la adolescencia finalmente comenzó a llegar a su fin.



La juventud mostró una nueva cara a fines de la década de 1960 y principios de 1970, una que no siempre agrada a los mayores. Esta escena en Madison, Wisconsin, se repitió en numerosas protestas estadounidenses y europeas.



## CAPÍTULO 5

### EL FIN DE LA ADOLESCENCIA: JUVENTUD EN LOS CINCUENTA Y LOS SESENTA

El ideal de adolescencia por el cual las generaciones de maestros y jóvenes trabajadores habían luchado por perfeccionar parecía haberse completado tranquilamente en los cincuenta, aun así, había adultos que estaban preocupados por su propia creación. La noción relacionada con la existencia de un periodo de vida libre de las responsabilidades de la adultez, podía ser fácilmente distorsionada por los miembros más inquietos de la generación de jóvenes, inscritos en la temerosa imagen del rebelde sin causa. Si el aumento de las tasas de delincuencia no resultaba suficiente para modificar esta idea, comenzó a comprenderse que incluso los rasgos más benignos de la adolescencia, incluida la pasividad política y la conformidad social, reflejaban otra de las conocidas debilidades de la sociedad adulta. La similitud entre el modelo de juventud y la organización del hombre fue señalada por observadores europeos y americanos. Al mismo tiempo que Edgar Z. Friedenberg advertía a estos últimos, “el *homo sapiens* está atravesando un cambio de modelo crucial”, Frank Musgrove en Inglaterra y Hans Heinrich Muchow en Alemania escribían reportes descorazonadores sobre la pérdida del individuo entre los jóvenes (Friedenberg, 1959: 204; Muchow, 1959: 107-123; Musgrove, 1965: introducción; Schelsky, 1957; Marwick, 1970: 51; Zweig, 1963).

De manera irónica, el pesimismo fue más pronunciado en la víspera de una década en la que tanto los jóvenes americanos como los europeos, mostraron lo que parecía ser una cara completamente diferente a la de sus mayores. Durante la década de 1960, el resurgimiento del activismo político y el compromiso social llevó al fin abrupto de la larga era de la adolescencia. En muchos países se redujo la edad necesaria para votar, se destruyeron las barreras entre escuela y sociedad, y en todas partes los jóvenes reclamaban los derechos y deberes de la adultez, que les habían sido negados con anterioridad. El renacimiento del radicalismo estudiantil y lo bohemio, aunado a un aparente incremento de varios tipos de experimentación sexual, parecían, de hecho, revertir la tendencia visible durante

los 50 años previos y restaurar algo de la independencia social y política característica de los jóvenes del siglo XIX. Tras estos movimientos yacían cambios sociales que estaban alterando el estatus de aquellos jóvenes cuyos ciclos de vida eran mejor reflejados por la institución de la adolescencia: las clases media y alta. El radicalismo político y cultural fue la expresión visible de la búsqueda de nuevas formas de satisfacer las necesidades de un ciclo de vida cambiante. Por lo tanto, la década de 1960 fue para ellos un periodo en el que se replantearon las viejas tradiciones y se experimentó con las nuevas.

Dichos cambios también fueron evidentes entre los jóvenes de la clase trabajadora, aunque quizá no se manifestaron de forma notoria, porque la norma que establecía la dependencia y la pasividad adolescente nunca fue tan dominante en este grupo. El incremento del comportamiento delictivo que muchos observadores proclamaron percibir no respondía tanto al rechazo de las tradiciones anteriores, como a la extensión de un patrón indestructible de comportamiento, modificado de alguna manera por los nuevos estándares que implicaba vivir en el periodo de posguerra tras la segunda Guerra Mundial. No obstante, también en este nivel de la sociedad daba inicio una nueva fase en la historia social de la juventud. Para entender las tendencias visibles en las clases trabajadoras, y cómo éstas se diferenciaban de otras que estaban presentes en las clases altas, es necesario echar un vistazo a los cambios demográficos y a las condiciones económicas que tuvieron lugar durante el periodo que siguió a la segunda Guerra Mundial.

• I •

Se mantuvo la tendencia a la limitación familiar, detectada incluso antes de comenzar el siglo XX; y, pese a que en la década de 1950 se incrementó un poco el tamaño de la familia, esto no afectó al panorama general, en el que prevalecían familias pequeñas que mostraban mayor consideración por el futuro de los niños. El ideal de la familia con dos hijos parecía haberse propagado hacia los niveles más bajos de la sociedad, aun cuando las restricciones de fertilidad fueran todavía ligeramente inferiores en esta esfera del orden social. El control de la natalidad se había extendido a todas las clases, empezando por las clases altas y expandiéndose hacia abajo en la escala social conforme avanzaba el siglo. Asimismo, se produjeron cambios en las condiciones económicas; la opulencia característica de la posguerra eliminó la pobreza primaria que identificó a la década de 1930. Dos décadas más tarde, muchos observadores creyeron detec-

tar una convergencia en los valores de las diferentes clases. En este sentido, los estándares de vida elevados de que gozaban las clases trabajadoras llevaron a modificar su actitud hacia los niños, volviéndola más parecida a la de la clase media; mientras tanto, los burgueses seguían su propio camino hacia el concepto de juventud más cercana a la independencia y la precocidad, antes asociado con los chicos de las clases sociales trabajadoras (Marsh, 1965: 51; Fletcher, 1962: 115).

Para las familias de las clases media y alta, el periodo posterior a 1950 representó el fin de la caída del patriarcalismo.<sup>1</sup> En lo que respecta a los adolescentes, un signo que evidenció su mayor libertad fue la desaparición del acompañamiento; para 1960, los padres mostraron mayor predisposición a confiar en los grupos de compañeros y a no supervisar tanto a sus hijos e hijas (Goode, 1970: 31-35; Turner, 1954: 69). Rápidamente, los adolescentes se apropiaron de las libertades asociadas con los jóvenes universitarios en épocas previas; así, teniendo acceso a más derechos y contando con mayor movilidad debido al uso del automóvil, recuperaron una parte de la autonomía perdida un siglo atrás. A pesar de que los patrones seguidos por las clases medias aún tendían a segregar a este grupo de edad del mundo del trabajo, la existencia de una separación social y sexual hacía menos probable que ello ocurriera. Inclusive en Inglaterra, donde la educación separada por sexo seguía arraigada en los internados, se constataba una propensión hacia la coeducación de hombres y mujeres. En todas partes se diluían las fronteras entre la escuela y el mundo, al tiempo que eran incorporados nuevos y más definidos tipos de educación secundaria.

Los adolescentes de estas clases estaban saliendo de su aislamiento social y en ningún caso esto fue tan obvio como en lo concerniente al comportamiento sexual. Michael Schofield en Inglaterra y Hans Heinrich Muchow en Alemania demostraron que los patrones de noviazgo y matrimonio comenzaron a mezclarse con los del estrato trabajador de la sociedad. En todos los niveles sociales, el hecho de que la pubertad y la menarca se adelantaran cuatro meses por década produjo niveles nunca vistos de precocidad física. Los chicos, que en 1900 alcanzaban su crecimiento completo a los 23 años, ahora eran completamente maduros a los 17 años (Schofield, 1968: 27; Comfort, 1966: 100-101). En ambos países, aunque hombres y mujeres de las clases trabajadoras empezaban a experimentar sexualmente antes que sus contrapartes de las clases medias, este lapso de mayor precocidad era mucho menos marcado que en épocas previas. Los conocimientos sobre el sexo se habían extendido en ambos grupos antes de la pubertad, y en los jóvenes de clase media, el trauma ocasionado por el despertar sexual era

<sup>1</sup> Para más información sobre esta tendencia en Europa, véase Goode (1970: 17-30, 66-70).

menos acentuado que 50 años atrás (Schofield, 1968: 44-45; Muchow, 1959: 86-95). Gracias al creciente acceso a la compañía y apoyo de amigos, los ajustes propios de la maduración sexual perdieron su carácter solitario y turbulento (Muchow, 1959: 92-93; Goode, 1970: 31-33; Mays, 1965: 114-124).

La biología no fue el único aspecto determinante del cambio; por lo que parece, escuelas, iglesias y médicos comenzaron a aceptar más este lado de la sexualidad adolescente, aunque se mostrasen muy moralistas en lo que decían sobre el tema. Hoy, todavía es evidente la ansiedad tradicional, pero el énfasis actual está más dirigido a evitar consecuencias no deseadas socialmente en las experiencias sexuales precoces, que a condenar el acto en sí mismo. Un muchacho perceptivo observó que “antes de irnos [de la escuela] el reverendo nos dijo que no lo hiciésemos; el médico nos dijo cómo no hacerlo; y la cabeza nos dijo dónde no hacerlo” (citado en Schofield, 1968: 87). En cualquier caso, las citas en compañía de amigos comienzan entre los jóvenes trabajadores ingleses a los 13 o 14 años, mientras que los jóvenes de clase media comienzan a hacerlo un poco más tarde. Schofield descubrió que los adolescentes de clase media eran más propensos a diferir las relaciones sexuales reales, confiando más en las caricias; pero, de nuevo, estas diferencias no son tan pronunciadas como antes. En ambas clases sociales, el proceso introductorio a la sexualidad está fuertemente influido por concepciones románticas, que toleran la intimidad únicamente cuando hay afecto de por medio. Los estudios demuestran que en todos los estratos sociales, las relaciones monógamas serias se dan entre los 17 y 18 años, y que, para ese momento, una tercera parte de los hombres y una cuarta parte de las mujeres ya han tenido relaciones sexuales (Schofield, 1968: 33; Willmott, 1969: 54-58).<sup>2</sup> En la mayoría de los grupos es rara la promiscuidad. Las personas involucradas en el acto sexual se conocen desde hace algún tiempo y existe un fuerte sentimiento de responsabilidad hacia el otro, por lo que en casi todos los casos la relación sexual se considera un prelude del matrimonio (Schofield, 1968: 75; Neidhardt, 1970: 85).

El estándar romántico de “permisividad con afecto” puede verse en el declive general del uso que hacían los hombres de prostitutas a partir de la primera Guerra Mundial. Tampoco persiste la costumbre de que las personas mayores introduzcan a los jóvenes en el mundo del sexo (si es que en algún momento existió) y, si las estadísticas sobre la edad de casamiento de las parejas son un indicativo, ahora las personas se inclinan más a relacionarse con gente de su misma edad. Incluso entre las clases medias y altas, donde era muy frecuente la disparidad en

<sup>2</sup> Para consultar los estudios de estadísticas internacionales disponibles, véase Broderick (1970: capítulos 8 y 9).

las edades, la pauta parece estar dada por grupos de pares informales que actúan como institución central en la entrada, el ánimo y hasta el control de las relaciones entre sexos en los años de adolescencia (Goode, 1970: 40). Como ha apuntado Geoffrey Gorer, mientras las actitudes morales se han transformado un poco, la autoridad moral ha cambiado radicalmente, sobre todo en la clase media (citado en R. Fletcher, 1962: 160; Gorer, 1955: capítulo 8). “La generación anterior consideró que las damas necesitaban ayuda para proteger su castidad; las últimas dos generaciones han transferido la responsabilidad a los jóvenes mismos [...] Estamos dando un mayor grado de responsabilidad a las jóvenes de hoy de lo que nunca tuvieron que soportar en el pasado por su propia conducta sexual [...]”

Una de las razones que llevó a que los padres de las clases medias se relajaran tiene que ver con el hecho de que la segregación escolar y residencial de los grupos asegura que los compañeros con los que están sus hijos son del mismo tipo. Las distinciones de clase entre los grupos son aún tan acentuadas, que las personas de orígenes diferentes no suelen mezclarse. En las últimas dos décadas, el control del joven por el joven contribuyó a la estratificación social; en este sentido, se constata que en 83% de los matrimonios ingleses los cónyuges comparten la misma clase social o el mismo nivel educativo (R. Fletcher, 1962: III). En cuanto al noviazgo, los hábitos de las clases medias son más similares a los de las clases trabajadoras sin que ello signifique romper las barreras entre los propios grupos sociales.

Después de la segunda Guerra Mundial también disminuyó la edad de casamiento. En 1931, sólo 7% de los hombres ingleses de entre 15 y 24 años estaban casados. En 1951, esta proporción era 12.5% y en 1957, 14.9%. En el caso de las mujeres del mismo grupo de edad, los porcentajes en los mismos años fueron 14%, 27.2% y 30.5%, respectivamente (R. Fletcher, 1962: III; Musgrove, 1965: 80-81). Este retorno al matrimonio joven resulta significativo, pues demuestra la existencia de una propensión hacia una mayor autonomía. El matrimonio joven fue más frecuente en las clases medias, hasta bien entrado este siglo, las normas de respetabilidad habían determinado la edad media para el casamiento (Goode, 1970: 41-49; Mays, 1965: 130-138). Si bien es cierto que las personas con estudios superiores muestran mayor inclinación a posponer el matrimonio por más tiempo que la población no estudiante, parece haber una confluencia en los valores de las clases, aunada a la redefinición de este evento a escala social. La difusión de métodos anticonceptivos eficientes en todos los niveles sociales implicó que el coito, tanto dentro como fuera del matrimonio, no signifique necesariamente tener hijos. “Para una gran proporción de la población el casamiento se volvió una medida considerable y un método de establecimiento de un hogar conjunto sin que sea indispen-

sable el incremento del tamaño familiar por la adición de niños”, señaló David Marsh (1965: 35). El matrimonio se desligó de la herencia incluso en las clases pudientes; en tanto las condiciones laborales de hombres y mujeres jóvenes profesionales mejoraron notoriamente desde 1945; las personas de clase media pueden casarse antes sin poner en riesgo su estatus, posponiendo la concepción de niños hasta un momento más tardío de sus vidas en que consideren que pueden permitírselos. Esta extensión lógica en el patrón de planificación familiar ha sido apoyada por el hecho de que muchas mujeres con educación desean seguir con sus carreras después de casarse. A pesar de que el movimiento de liberación de la mujer animó a algunas a retrasar el matrimonio, o incluso a abandonar por completo la idea del mismo, su efecto en cuanto al estatus de la juventud puede verse en el aumento de la autonomía de las jóvenes respecto a la autoridad y el control parental; por consiguiente, esto las ha colocado en una posición más parecida a la de las jóvenes de las clases trabajadoras.

En resumen, debido a los cambios relacionados con la sexualidad y el matrimonio, en las clases medias se difuminaron los extremos que enmarcaron el periodo adolescente. La línea que una vez separó claramente a estudiantes de secundaria y primaria fue eliminada a causa de la maduración sexual temprana y al hecho de que actualmente muchos chicos tienen algún tipo de formación; el perfil antes exclusivo de los estudiantes adolescentes dejó de estar tan definido como lo estaba. Del mismo modo, en el otro extremo de la adolescencia, en algún momento, la notoria distinción entre el joven escolar y el universitario de antaño se ha roto por razones que discutiremos más tarde. En efecto, aun cuando la adolescencia es reconocida en textos médicos y psicológicos, está perdiendo su estatus de estadio individual de la vida en las clases a que había sido asociado en épocas previas.

## • II •

Al igual que en el caso de las clases trabajadoras, el periodo de posguerra que siguió a la segunda Guerra Mundial trajo cambios ligados a nuevos niveles de opulencia que reforzaron algunas tradiciones familiares, provocando ajustes en otras. La comparación entre la composición familiar en Preston en la década de 1850 y Swansea en 1960 demuestra los efectos producidos por el cambio económico y demográfico ocurrido en la población general (véase cuadro 7).

Cuadro 7  
Porcentaje de unidades domésticas con familias, inquilinos y sirvientes

				
	PARIENTES	INQUILINOS	SIRVIENTES	
SWANSEA 1960	10-13	<3	<3	
PRESTON, 1851	23	23	10*	

\* Incluye aprendices

FUENTE: Anderson, M. (1971). Family, Household and the Industrial Revolution. En Michael Anderson. (ed.), Sociology of the Family. London: Penguin Books.

El descenso en el número de sirvientes refleja la desaparición de los aprendices internos. Asimismo, dejan de estar presentes los huéspedes, porque los trabajadores ya pueden permitirse vivir en sus propias casas y apartamentos. Entre los familiares residentes en estos núcleos domésticos se registra una reducción en la categoría de “niños sin padres”. Ello da cuenta de la baja tasa de mortalidad, que determinó la disminución del número de huérfanos antes ubicados en casas de familiares cercanos; además, había desaparecido la tradición de las personas jóvenes de mudarse del campo para vivir con sus familiares en las ciudades. Aunque persiste la tendencia de que las personas mayores vivan con sus hijos casados; el hogar de la clase trabajadora se ha limitado en torno a la familia nuclear.

Estos cambios reflejan la expansión final de la baja mortalidad y la baja fertilidad al estrato más bajo de la sociedad. El Estado de bienestar del siglo xx hace menos necesario que los padres deleguen en sus hijos la seguridad a largo plazo; a su vez, los altos salarios reducen su valor como activos a corto plazo. La norma de la familia con dos hijos todavía es extraña para algunas familias de la clase trabajadora, pero resulta obvio el cambio de actitud en cuanto a la planificación familiar. Como comentó el señor Florence a los entrevistadores de una publicación londinense (citado en Willmott y Young, 1957: 20).

Cincuenta años atrás era diferente. Tenían más hijos de los que se podían permitir. Los bares estaban abiertos todo el día, por lo que puedo entender. El hombre gastaba todo su dinero en el bar, volvía a casa y abusaba de su mujer. No había control de la natalidad en esos días, lo sé, pero incluso por aquel entonces había maneras para no tener hijos. Y si la mujer se quejaba, le dabas otro hijo, y ese era el final.

La relativamente nueva tendencia de planeación familiar en el estrato más bajo de la clase trabajadora refleja, como sugiere el señor Florence, el surgimiento de una nueva forma de relacionarse entre esposo y esposa. Existe una mayor preocupación por las responsabilidades del hogar, que incluyen aminorar a la esposa de algunas de las cargas del cuidado infantil. En parte, este nuevo modelo de acompañamiento constituye una función en el contexto de la nueva opulencia; también existe predisposición a tratar a todos los hijos de la misma manera, sin tener en cuenta el orden en que nacieron. En todas las familias pobres se acabaron los días en que “los hijos mayores eran mejores en todo” (Willmott y Young, 1957: 180-185). Éstos ya no eran obligados a trabajar y tampoco privados de una educación futura. Estudios realizados sobre familias inglesas de la clase trabajadora muestran que, en las dos décadas pasadas, los padres comenzaron a mostrar mayor preocupación por la planeación de la vida de sus hijos de manera individual. Al igual que las clases con mayores recursos tendían a ocuparse de la educación de sus hijos y su formación, expresando un deseo profundo de “que les vaya bien” en la escuela (Goldthorpe *et al.*, 1969: 130-133).<sup>3</sup> Asimismo, es visible la inquietud de que los niños tengan lo necesario mientras crecen, lo que incluye no sólo sus necesidades vitales, como comida o ropa, sino también lujos, entretenimiento y viajes.

Ahora son raros los casos en que las familias dependen de las ganancias de sus hijos pequeños, aunque se espera que los chicos trabajadores contribuyan con parte de su salario a los gastos de la familia por concepto de alojamiento y comidas. La co-residencia hasta el matrimonio es casi universal, pues en tanto las familias son más pequeñas hay más espacio en la casa. De hecho, 90% de los muchachos ingleses de 1959 aún vivían en casa de sus padres dos años después de haber terminado la escuela (Lowndes, 1969: 301). No es de sorprender que, a medida que la clase trabajadora se ha suburbanizado y se encuentra en entornos más espaciosos y el tiempo de ocio se ha vuelto cada vez más centrado en la familia, cuando antes se limitaba a los más acomodados. (Mogey, 1969: 57, 70-75; Neidhardt, 1966: 68-69).

<sup>3</sup> Respecto a las actitudes de la familia obrera alemana hacia la educación, véase Neidhardt (1966: 64-67).

Mientras padres e hijos conviven mucho tiempo, los jóvenes gozan de cierta libertad para ir y venir como quieran. Los padres de la clase trabajadora parecen imponer menos limitaciones que sus contrapartes de clase media para permitir que sus hijos estén fuera de casa por la noche, aunque también son propensos a establecer distinciones entre lo que consideran “respetable” en oposición al comportamiento “rudo” de los jóvenes. Si bien para los estándares de la clase media podían parecer permisivos, según sus propias normas de lo que es correcto y no son bastante estrictos, ejercen mucha presión sobre sus hijos en el sentido de que se mantengan alejados de los problemas (Goldthorpe *et al.*, 1969: 143; Moge, 1969: 70 ss; Willmott, 1969: 158-161).

Todo parece señalar la existencia de una concurrencia en la actitud de las distintas clases sociales hacia la juventud, aunque se evidencian diferencias significativas que no deberían pasarse por alto. Los padres de clase trabajadora continúan esperando que sus hijos trabajen a una edad temprana; su actitud hacia la prolongación de la vida escolar y la dependencia que ello conlleva es muy distinta de la observada en la clase media. John Goldthorpe y sus colegas han llegado a la conclusión de que las personas de clase trabajadora continúan abordando el tema de la escuela en términos de las habilidades que ofrece, mientras las de clase media la consideran una fuente de estatus o control social:

La preocupación de los padres de que [los jóvenes] tienen que “hacerlo bien”, se limita al logro dentro del contexto de los valores y estilos de vida de la clase obrera, como por ejemplo, al instalarse en un oficio o en un trabajo estable. Las aspiraciones no se extienden a los niveles de educación o tipos de trabajos que darían lugar a que los niños sean separados de sus familias y comunidades en un sentido geográfico o social. (Goldthorpe *et al.*, 1969: 119).

La actitud de los padres constituye un elemento importante a la hora de comprender la tendencia de los jóvenes de clase trabajadora a abandonar la escuela antes de tiempo, aun cuando su salario no es requerido en casa y el Estado paga por su educación superior. Tanto en Inglaterra como en Alemania las familias trabajadoras dan más importancia al valor de la educación técnica y descartan la formación académica que acaba en estudios universitarios, porque no la ven tan relevante o porque entienden que se trata de un logro poco realista. A pesar de la aparente igualdad de oportunidades que genera la educación pública financiada, permanece la sospecha —muy justificada— de que los estudios superiores

dan lugar a una separación cultural en relación con la propia familia, que lleva a la “pérdida” del hijo o la hija.<sup>4</sup> Por eso muchas familias de clase obrera tienden a alentar el trabajo en vez de la escuela. El fuerte énfasis en mantener unida a la familia, que también se refleja en la tendencia de los hijos crecidos a establecerse cerca de sus padres, encuentra un mayor apoyo en otras agencias de vida de la clase trabajadora, sobre todo entre el mismo grupo de pares. La presión ejercida por los jóvenes de clase obrera sobre sus compañeros de la misma edad a fin de que no se alejen del grupo y dejen la escuela, queda plasmada en las observaciones realizadas por un joven londinense:

Los chicos que no fueron a la escuela primaria no estaban particularmente en contra tuya porque no fueron. Pero se producía un gran cambio en cuanto dejaban la escuela a los 15 años. Tú aún ibas otro par de años y ellos empezaban a trabajar, y a partir de ahí veías la diferencia. Iban a trabajar, encontraban su camino en la vida, y tú todavía seguías en clase y ellos pensaban que tenías una vida un tanto miserable. Casi te trataban como si fueses un loco (citado por Willmott, 1969: 95).

La presión que ejercían la paternidad y la fraternidad en solidaridad y contra la movilidad individual se sustentaba, en parte, en las grandes dificultades que implicaba crecer en una sociedad todavía tremendamente estratificada en términos de riqueza, cultura e influencia. A pesar de la expansión de la educación gratuita desde 1945, en Alemania e Inglaterra los problemas seguían siendo muy acentuados cuando se trataba de acceder a profesiones superiores sin la ayuda de la riqueza familiar y las conexiones.<sup>5</sup> En Alemania, los chicos de la clase obrera representaban 5% de los estudiantes universitarios; en Inglaterra, la cifra se elevaba a 25%, pero aun así era evidente la enorme desigualdad. Esta realidad y el deseo de mantener los valores colectivos de la familia, el vecindario y la clase, son los responsables de las continuas diferencias en los ciclos de vida de las clases medias y trabajadoras.

En tanto los jóvenes de clase obrera están menos orientados a la carrera y el estatus social son más propensos a resentirse ante la restrictiva naturaleza de la escuela, por lo que son menos flexibles a la obtención de gratificación tardía que sus compañeros de clase media. Su ideal es contar con un trabajo fijo y bien

<sup>4</sup> En cuanto a los problemas de escolaridad y movilidad ascendente en general, véase Hoggarth (1957: capítulos 7 a 10).

<sup>5</sup> Para información sobre cifras internacionales, véase Edding (1965: 382-391); Neidhardt (1970: 38 ss.); Marsh (1965: 218-219).

pagado que les permita alcanzar su estatus de adulto rápidamente. En consecuencia, tienden a ser menos leales a las instituciones como la escuela, y más dedicados a sus propios grupos, particularmente a sus pares. Los hombres, en especial, encuentran mucho más rica la compañía de su mismo grupo de edad que asistir a clubes o participar en actividades recreativas patrocinadas; y, mientras la segregación sexual es reforzada por los roles en el trabajo, el grupo de amigos masculino se mantiene unido como una comunidad, incluso cuando el hombre se ha casado.<sup>6</sup> Empero, es normal que el grupo deje de mantener la lealtad después de los 18 o 19 años, pues en ese momento sus miembros ya están totalmente dedicados al noviazgo. Los grupos de compañeros constituyen una institución social entre los 13 y 18 años, tiempo durante el cual ese chico, si bien ya no es un niño, tampoco ha ingresado del todo al mundo del adulto y el matrimonio.

Las actividades de estos grupos de amigos no van en contra de las instituciones adultas *per se*; no obstante, en la búsqueda de diversión durante o después de la escuela o el trabajo, sus miembros terminan entrando en conflicto con dichas instituciones. En éste y otros aspectos, las tradiciones de los jóvenes asociadas con las clases urbanas trabajadoras y sus grupo de amigos han permanecido vivas durante las últimas décadas. A la hora de divertirse, las diferencias entre la clase obrera y la clase media revelan la disparidad social y de oportunidades económicas, así como las desigualdades para acceder a la educación superior y la profesión deseada. Mientras siga existiendo esta brecha, la función de los grupos de pares como comunidad que apoya los intereses colectivos e individuales no se transformará y, en efecto, puede llegar a ser más importante como alternativa para el contacto entre trabajadores, por ejemplo, en el lugar de trabajo; ello lo volverá cada vez más impersonal o inaccesible para quienes sigan en la escuela. En resumen, en las últimas dos décadas no se redujo el papel que juega el grupo de amigos; por el contrario, éste se incrementó. De todas maneras, es necesario tener en cuenta que los grupos de compañeros europeos siguen siendo pequeños; tienen una estructura muy flexible y carecen de la autoridad jerárquica que caracteriza a las “bandas” americanas. Algunos de los chicos de estos grupos pueden ligarse, de una u otra forma, a crímenes colectivos, la mayoría insignificantes. El propósito principal de su existencia es social y está basado más que nada en la búsqueda de diversión o en las “patadas” que ocurren en la mala conducta (Willmott, 1969: capítulo 2; Mays, 1965: 27-28). La propensión a la delincuencia juvenil es parecida a la vista en el capítulo anterior, en la que los viejos grupos territoriales daban

<sup>6</sup> En comunidades mineras, los grupos de compañeros tienden a permanecer muy unidos. Véase Dennis *et al.* (1965: 221-227). En lo que respecta a sociedades más informales, véase Moge (1969: 54 ss.).

paso a grupos más móviles. Las motos y los coches representaron un factor determinante como parte de la riqueza general que llevaba a los grupos de amigos a desviar su energía colectiva hacia algo nuevo. En Liverpool, por ejemplo, a principios de la década de 1960, bandas que previamente habían sido conflictivas se volcaron hacia la música, creando un nuevo tipo de solidaridad asociado con la *beatlemania*. Desafortunadamente, los chicos pobres, sin dinero para instrumentos o trajes, fueron dejados atrás y continuaron mostrando la agresividad propia de los grupos de los suburbios, mientras del otro lado, los más afortunados perseguían la creatividad (West, 1968: 94-95; Neidhardt; 1970: 74-78).

Investigaciones recientes indican que, en cierto modo, la distinción tradicional entre joven “respetable” y “rudo” se ha moderado, si bien no ha desaparecido ni en Alemania ni en Inglaterra. Habitualmente, las familias grandes, asociadas con ingresos bajos y viviendas pobres, siguen siendo el centro del origen de la delincuencia en ambos países, y no toma por sorpresa que sea allí donde prosperen las carreras delictivas. En un análisis de las causas contemporáneas del crimen juvenil, aplicable perfectamente al siglo pasado, D.J. West indicó: “Desde el conglomerado familiar de desventajas sociales (clase trabajadora, pobreza, hacinamiento, inmigrantes, católicos irlandeses, vecindarios malos, escuelas pobres, hogares desintegrados y familias numerosas) parece inútil distinguir a cualquiera como el factor principal en el desarrollo de la delincuencia juvenil.” (West, 1968: 74). De este modo, mientras de manera general aumentan el nivel económico y la oportunidad, se mantiene fuerte la desigualdad relativa, no sólo a nivel de los estratos altos y bajos de la sociedad sino también a nivel de la propia clase obrera. A pesar de que los jóvenes delincuentes reincidentes representan una pequeña minoría del total de jóvenes, su existencia sigue siendo un reto para los optimistas que perciben las dos décadas pasadas como una era de igualdad entre la juventud europea.

### • III •

Los ciclos de vida se fueron entremezclando, pero no hasta el punto de crear un escenario común para chicos y chicas. De hecho, en lo que se refiere a la política oficial hacia los jóvenes, la noción de un modelo único de adolescencia, concepto sólidamente formado en las décadas pasadas, se fue diversificando. En ningún lugar esto se ha visto con tanta claridad como en los movimientos juveniles de las clases medias; a mitad de la década de 1960, hasta los *scouts* ingleses estaban listos para eliminar de su nombre la palabra *boy*, como una concesión a los nuevos

tiempos. Un estudio oficial, solicitado a raíz de la baja de miembros en el grupo, justificaba el cambio de nombre, ya que “el niño mayor o joven está ansioso por ser tratado como un adulto y se inclina a evitar cualquier cosa que lo ubique en un grupo de edad menor a aquel al que pertenece”.<sup>7</sup> Asimismo, las bajas cifras fueron un aliciente para que la Brigada de los Chicos de la Iglesia reconsiderara su estatus de organización totalmente orientada y sexualmente segregada. “En el clima social y moral actual sería poco realista esperar que esto sea atractivo para los chicos” (Springhall, 1972: 143). A fines de 1950, también en Alemania los anticuados grupos de jóvenes tenían problemas, algo no tan visible en grupos de chicos menores de 14 años como en aquellos de 14 a 18 años. Así lo muestra el estudio de Oxford Scouts, ilustrado en el cuadro 8.

Cuadro 8  
Distribución por edad de los miembros de los Scouts en Oxford

AÑO				TOTAL
	LOBATOS SCOUTS (8-11 AÑOS)	SCOUTS (12-14 AÑOS)	SCOUTS (15-20 AÑOS)	LOBATOS Y SCOUTS
1946	516	701	294	1,521
1956	714	696	164	1,712
1966	764	653	131	1,548

FUENTE: Censo de la Asociación Scout de Oxford para los años 1920-1966. Datos adicionales son de mi compilación.

Si no hubiera sido por la membresía del Club, el movimiento *scout* habría tenido que enfrentar más problemas de los que ya tenía. Para los grupos de chicas resultó todavía mucho más complicado conservar la atención de las integrantes de 14

<sup>7</sup> Publicación/reporte, Chief Scout´s Report (p.14) (s. f.).

años en adelante, razón por la cual, en 1950, el Comité para la Juventud de la ciudad de Oxford decidió que las jóvenes trabajadoras podría servir mejor si “se les trata, no tanto como un miembro juvenil del club, sino como una joven adulta”.<sup>8</sup> Este acercamiento a los clubes de jóvenes se fue modificando a medida que las iglesias dejaron de considerar sus instalaciones como centros de reclutamiento de nuevos miembros y desaparecieron las objeciones hacia las organizaciones no diferenciadas por sexo (Brew, 1968: 118-119).<sup>9</sup> Cuando los trabajadores europeos del sector juvenil se ajustaron a los hábitos de los jóvenes y no los jóvenes a sus estándares, comenzaron a establecerse acuerdos informales más “abiertos”. En 1960, el Comité de la Juventud de Oxford estaba dispuesto a recomendar que los grupos fueran mixtos “incluso a sabiendas de que son más difíciles de controlar”, esfuerzo que significó un giro radical que lo alejó de los imperativos institucionales de las décadas anteriores.<sup>10</sup>

Así empezó a superarse el viejo miedo que implicaba la actividad no supervisada y una atmósfera mucho más relajada caracterizaba ahora a la mayoría de los clubes para jóvenes, aunque era evidente la existencia de cierta tensión entre las nuevas y viejas generaciones, como lo muestra una nota editorial aparecida en el *Boletín de la juventud* de Oxford:

Aunque muchos líderes jóvenes enseñan que las virtudes de la “escuela pública” son la lealtad, la iniciativa y el sentimiento de responsabilidad, pocos alientan a los miembros de su organización a pensar por sí mismos. Estamos tan asustados de que los chicos y chicas se vuelvan “blandos”, promiscuos y comunistas, que la mayor parte del tiempo intentamos, inconscientemente, imponer nuestros propios valores, para que ellos “encajen” en nuestra sociedad y no deseen cambiarla. Algunos de nosotros ondeamos la bandera del abandono palmerstoniano, mientras otros intentan hacer tragar sus creencias religiosas a los adolescentes, y todos predicamos una doctrina arbitraria de moralidad sexual, como si fuese una ley divina inmutable [...] Muchos aún sienten que el cine es ligeramente pecaminoso y que la televisión es la semilla del diablo. El encanto seguro de la antigüedad, y el viejo estilo de baile *country* es el aliciente para

<sup>8</sup> Ms. Source E. (1950).

<sup>9</sup> En contraste, un estudio de la juventud de Oxford realizado en 1943 mostró poco interés e incluso cierta hostilidad hacia los grupos mixtos. Ms, Source I, Cole Papers, *Oxford File of the Social Reconstruction Survey*, “Voluntary Services in Oxford”, por C. Craven (s. f.).

<sup>10</sup> *Survey of Youth Services in Oxford*, un memorándum recibido por Mr. F.S. Green, previamente en el Servicio de la Juventud de Oxford (s. f.).

muchos grupos de jóvenes, en tanto el *jiving*<sup>11</sup>, quizá el *folk* verdadero, el baile de hoy en día, con frecuencia se olvida, porque es moderno y por ende peligroso (*Periódico Contact*, julio de 1957).

La juventud constituía una fase de transición y, a pesar de la resistencia al cambio, la opinión de la clase media se estaba modificando, volviéndose más tolerante de los diferentes estadios de la vida. “Renegamos del hábito de individualizar al adolescente o al ‘joven’ como una persona separada y distinta, con una problemática particular”, señalaba el reporte del Comité de la Juventud de Oxford en 1960. “Las personas de todas las edades tienen sus propios problemas y el servicio de la juventud es apenas uno de los aspectos de la provisión que da la comunidad para su propio beneficio”.<sup>12</sup> Se incentivaba la participación en los problemas de la comunidad, aunque todavía se veía con recelo la intervención en el terreno político. El servicio de juventud de la Alemania oriental de la posguerra se dedicó oficialmente a preparar a los jóvenes para su participación en la democracia, pero, como sus contrapartes inglesas, evitando con mucho cuidado su radicalización (Pross, 1964: 455; Laqueur, 1962: 216-227). En apariencia, estos jóvenes que se sentían atraídos por el liderazgo hacia las organizaciones oficiales también compartían las aprehensiones propias de la adultez. Así, cuando en 1964 el Encuentro Nacional de Consejos de Jóvenes Ingleses consideró clave la instauración del voto a los 18 años, éste fue rechazado por una considerable mayoría. En su discurso contra la resolución, una chica dio cuenta del carácter de la organización al sostener que la *beatlemania* mostraba una juventud “que no se merecía dicho honor” (citado en el *Periódico Contact*, mayo de 1946).<sup>13</sup>

Desde su inicio, la *beatlemania* fue un fenómeno propio de las clases trabajadoras y constituyó la manera en que la música rock y el baile se volvieron parte esencial de muchos grupos, revelando una persistente conciencia de clases en quienes estaban a cargo. Pero, mientras en el movimiento juvenil las diferencias de clase eran obvias, las barreras que habían separado a los trabajadores jóvenes de aquellos que buscaban servir, se disiparon con rapidez, tendencia visible en los nombres que prevalecían en muchos clubes (Brew, 1968: 129). Comenzó a desaparecer el ambiente asustadizo y hostil existente alguna vez, sobre todo porque el trabajo juvenil era, más que nunca, un tema profesional.

<sup>11</sup> Baile de los años 40 y 50 con música de jazz o rock (N. T.)

<sup>12</sup> *Survey of Youth Services in Oxford*, Reporte del Comité de mayoría de edad (publicación/reporte), señalando que la juventud británica hace referencia a sí misma como adulta a los 17 años (Wilson, 1970: 72).

<sup>13</sup> Sobre la tendencia general hacia el conservadurismo, véase Musgrove (1965: 19-23); Marwick (1970).

La posición adoptada por la clase media, en especial por los trabajadores cualificados, posibilitó la estabilización del periodo de la posguerra. Los arreglos sobre la tenencia de tierras y las pensiones protegían a jefes, profesores y sirvientes civiles del clima de inseguridad que azotó a estos grupos durante las primeras décadas del siglo.<sup>14</sup> El declive de los movimientos militantes de las clases obreras en Europa Occidental también contribuyó a alcanzar la tranquilidad; y, una vez que se esfumaron las primeras tensiones generadas por la Guerra Fría, ya no resultaba tan urgente adoctrinar a los jóvenes con los valores patrióticos. Dotados de mayor riqueza y más tiempo libre que nunca, los grupos reclutados por las élites protectoras comenzaron a replegarse hacia una vida más privada y centrada en ellos mismos. A finales de 1950, los movimientos de las clases medias tenían problemas para reclutar a voluntarios que en el pasado habían formado parte de sus filas (Green, 1963: 11).<sup>15</sup> Es probable que el hecho de que desde 1945 hubiese aumentado la proporción de mujeres casadas que trabajaban, haya sido un factor que resultó decisivo para la desaparición del voluntariado de mujeres; no obstante, por alguna razón la clase media estaba dejando el trabajo a los jóvenes profesionales, cambio que obligaba a transformar la naturaleza de la protección infantil (Marsh, 1965: 134-135).

Inclusive aquellas organizaciones que todavía se apoyaban en los trabajadores voluntarios manifestaban estos cambios. Un estudio sobre los dirigentes de los *scouts* ingleses llevado a cabo en 1966 mostró que 82% de ellos había sido *scout*. La razón que determinó que se volvieran voluntarios fue un sentimiento de deber con la organización y no al afán moral o patriótico que había motivado a las anteriores generaciones. Aunque tres cuartas partes de éstos pertenecían a la clase media y la mayoría asistía en forma regular a la iglesia, carecían del impulso misionero y aparentemente estaban más interesados en perpetuar la organización devota del placer que en servir como agentes de socialización.<sup>16</sup> También en Alemania se estaban quedando atrás los viejos objetivos, y la preocupación de muchos era que los jóvenes trabajadores experimentasen un exceso de control y un déficit de idealismo (Pross, 1964: 459). Esto evidencia que tanto la ideología como el papel del cuidador se habían alterado drásticamente, en parte, por las nuevas y más tolerantes relaciones generacionales sostenibles a partir de 1960.

Pese a esto, como en el pasado, el comportamiento rebelde se consideraba un problema. De hecho, durante la década de 1950 existía inquietud ante lo que

<sup>14</sup> Para leer sobre el alza del estatus de los profesores, véase Tropp (1957); Baron y Tropp (1961: 545-554). Para Alemania, véase Samuel y Thomas (1949: capítulo 4).

<sup>15</sup> Véase también Publicación/reporte, *Youth Service in England and Wales* (s. f.), (pp. 1-7).

<sup>16</sup> Publicación/reporte, *Chief Scout's Report* (s. f.), (pp. 279-284).

se denominó “delincuencia de la clase media”. La mala conducta del “joven dorado” parece coincidir repentinamente con la de los menos afortunados en extensión y destructividad. Sin embargo, la reacción de los adultos parecía ser menos resentida y castigadora, lo que hacía obvio que la ansiedad era menor que la que hubo al inicio de las tensiones entre jóvenes trabajadores y quienes estaban a su cargo. La creciente disposición a conceder a estos jóvenes el estatus de adultos revelaba un cambio importante en su autoestima, muchos de los cuales eran ahora especialistas y no voluntarios. “Ofrecer consejo cuando se requiere, y no antes”, era la actitud de uno de los recién llegados; “Intenta que nada te asombre y no seas crítico automáticamente; sobre todo, acepta a los jóvenes por lo que son, trátalos como iguales” (citado en el *Periódico Contact*, septiembre de 1968).

#### • IV •

En cierta medida, la emancipación de los jóvenes de su estatus previo como personas dependientes se dio en forma paralela a la recuperación de su igualdad civil. En parte, ello respondió al hecho de que, durante el periodo de la Guerra Fría, el servicio militar era obligatorio para los hombres. En la sociedad democrática los deberes debían ser premiados con derechos y, a mediados de 1960 se hablaba de abrir el acceso a los derechos políticos y civiles de los jóvenes que tenían edad para ser reclutados. La instauración del voto a los 18 años, conquistada en Inglaterra en 1969 y en Alemania en 1970, obligaba a que se abolieran ciertas limitaciones juveniles relacionadas con la bebida y la diversión. Aunque es indudable que, en la década siguiente, y de manera progresiva, se eliminaron algunas restricciones hasta entonces impuestas a los más jóvenes, parece claro que hoy los jóvenes son más conscientes de sus derechos civiles de lo que eran dos décadas atrás (Wildermann y Kaase, 1968; Wilson, 1970: capítulos 6 y 15; Altbach y Lipset, 35-95).<sup>17</sup>

La postura de los adolescentes modernos se debe tanto a la privación como al privilegio. Era inevitable que en el actual período de transición estas contradicciones fueran criticadas desde todos los puntos de vista, y en ninguna parte esto ha sido más evidente que con respecto a los sistemas judiciales y penales que afectan a los jóvenes. Tanto en Europa como en América se criticó ampliamente el concepto de “Tribunal de menores”; en este sentido, hay quienes opinan que sus funciones deben recaer en los organismos de bienestar social, en tanto otros piensan que éstos brindan poca protección a los chicos que llegaron antes de que la ley se aprobara. En Inglaterra, un libro blanco del gobierno publicado

<sup>17</sup> Véase también “Militancy in High Schools”, en *New York Times* (1972).

en 1956 pedía el remplazo del Tribunal de menores por un Consejo de Familias basado en los modelos usados en los países escandinavos (Boss, 1967: 86-89). En Alemania se debatieron propuestas semejantes que generaron una opinión similar a la predominante en Inglaterra y en Estados Unidos (Simonsohn, 1969: 23-28; Platt, 1969: capítulo 6; Grünhut, 1972). Por un lado, están quienes sienten que los tribunales actuales, pese a su potestad discrecional, siguen “criminalizando” a los chicos e impiden que se lleve a cabo su rehabilitación. Un punto de vista opuesto es el de los moralistas, que se resisten a cualquier intento de sustitución de los conceptos tradicionales vinculados al castigo, y el de los liberales civiles, que piensan que, aunque en ocasiones el proceso judicial es insensible, al menos permite que se proteja la ley, cosa que no hacen las agencias de bienestar social. Estos últimos argumentan además que el Tribunal de menores debería reformarse para permitir a los jóvenes los mismos derechos civiles que los permitidos a los adultos que comparecen ante el tribunal, y allí se enfrentan a la justicia por parte de los jueces y la responsabilidad civil de los jóvenes. (Boss, 1967: 89-93). Ésta fue la posición adoptada por la Suprema Corte de los Estados Unidos en 1967, cuando dijo que “ser joven no justifica un tribunal irregular” (Platt, 1969: 161). Empero, aun en Estados Unidos, donde el movimiento de restauración de derechos civiles a los menores parece ser de los más avanzados, el problema sigue existiendo.

La forma en que se reforme la justicia de menores tendrá un efecto evidente en cómo se trate a los jóvenes en reformatorios, escuelas de capacitación, hogares adoptivos y otras instituciones en las que actualmente hay un consenso. En los últimos 20 años se ha adoptado un nuevo rumbo que implica usar las facilidades presentes al interior de la comunidad, más que enviar al ofensor a un reformatorio o una prisión lejana. En Inglaterra, 85% de aquellos que fueron llevados frente al tribunal llegaron a un acuerdo, por el cual no se les separaba de sus familias o sus vecindarios (Boss, 1967: 54). En todas partes, las familias y la comunidad han ganado algo del estatus perdido por las llamadas instalaciones terapéuticas de principios de siglo; debido a la probada ineficiencia de estas “instituciones totales” en la rehabilitación, se ha buscado experimentar con centros nuevos y más “abiertos”, cuya localización permite que los jóvenes tengan acceso a su rutina habitual de escuela, trabajo y amigos, en un entorno familiar (West, 1968: 267-285; Schaffstein, 1969: 248-265). Los niños más pequeños rara vez son enviados a estos centros comunitarios, y son devueltos cuanto antes a sus padres o a las casas de acogida. El trato recibido por los mayores de 16 años mejoró considerablemente con el uso de aparatos de libertad condicional, algo también observado en el caso de los adultos.

El declive, y en ocasiones el cierre, de instituciones para jóvenes mayores refleja la dispersión actual de la juventud, proceso que ha tenido lugar a lo largo de los últimos 20 años. Esto ha sido notable sobre todo en las escuelas, que con gran dificultad conservaron el aislamiento de la cultura escolástica anterior. La coeducación se ha extendido al nivel secundario y universitario; la administración estudiantil ha comenzado a lidiar con problemas reales en vez de hacerlo con problemas artificiales; y se evidencia el crecimiento de la lucha por los derechos civiles entre estudiantes de todos los niveles, lo cual coincide con la integración social y racial que ha sido forzada en las instituciones de élite en este periodo.

Quizás el factor más dinámico del cambio ha sido lo que Michael Young denominó “auge de la meritocracia”, fenómeno en sí mismo elitista que ha tenido implicaciones profundas en la clasificación de la edad tradicional. Un estudio británico realizado a mediados de los años sesenta encontró que en apenas una generación el ritmo de aprendizaje se aceleró 24% (Lowndes, 1969: 313). En parte como resultado de este renovado énfasis en la precocidad, el concepto de “adolescencia prolongada” ha sido tratado de forma cada vez más crítica. En tanto la educación se ha vuelto más técnica y demandante, las funciones sociales ligadas a la misma han dejado de enfatizarse. Para 1960, incluso los internados ingleses comenzaron a reaccionar a la presión tras la creciente competencia que implicaba entrar en las universidades, por lo que hicieron ajustes en sus modelos de aprendizaje. Estudiar fue remplazado por las actividades extraescolares destinadas a la “construcción de la personalidad”, lo que llegó a asustar a quienes se dedicaban al tradicional “los chicos serán chicos”. “No estoy preparado para permitir en esta escuela la presencia de chicos que dejen que su preparación para ingresar a la universidad interfiera con sus obligaciones atléticas y monitoreables. Están aquí para aprender a vivir de manera balanceada y responsable, no para sentirse agobiados por tener que entrar en la universidad a cualquier costo”, fue la respuesta de uno de los directores conservadores a las nuevas tendencias en educación superior (Weinberg, 1967: 183).<sup>18</sup>

Aun así, los educadores más responsables mostraban mayor apertura al cambio. Al menos la mitad de los directores encuestados por Ian Weinberg indicaron que la relación entre la cerrada comunidad escolar y el amplio mundo exterior era el problema que más les preocupaba (Weinberg, 1967: 188). La cercana y paternal relación entre estudiantes y profesores en la escuela y la universidad estaba destinada a transformarse en respuesta a la especialización y la profesio-

<sup>18</sup> Sobre las escuelas alemanas en el mismo periodo véase Neidhardt (1970: 34-37, 41-43); Dahrendorf (1967: 312-329).

nalización, atrayendo la atención hacia el concepto de *in loco parentis* [tomar el lugar de los padres] que tantos años caracterizó a los internados. También en las escuelas diurnas, las demandas académicas estaban provocando reajustes. La movilidad ascendente dependía, ahora más que nunca, de los logros y el deporte, por lo que las organizaciones juveniles ya no podían “interferir con las escuelas tanto como para poner en peligro estas oportunidades” (*Periódico Contact*, julio de 1961).<sup>19</sup> Por supuesto, el mismo argumento podría haberse usado para defender la marcha atrás de la juventud en relación con el mundo de los adultos; sin embargo, en la década de 1960 se registró una tendencia más contraria que a favor de la segregación etaria, al menos en los círculos que tanto valoraban los logros académicos por cuenta propia, es decir, las clases medias.

La revolución académica se dio en forma paralela a los cambios económicos destinados a integrar a los jóvenes al mundo del trabajo. Aunque se discutía mucho la calidad de los trabajos que la economía de posguerra ofrecía a los jóvenes, no había duda de que un trabajo de tiempo completo significaba oportunidades más abundantes y seguras. Pese a haber existido desde principios de siglo, el problema de este tipo de trabajo juvenil es que tendió a desaparecer cuando comenzó a formarse una gran cantidad de jóvenes trabajadores, pues ello permitía su acceso a puestos más altos y a mayores salarios. “El sentimiento de ser buscado para trabajar es quizá más relevante que cualquiera de los cambios que tuvieron lugar en el campo laboral actual, y no hay duda que refuerza el sentimiento adolescente de importancia e independencia”, mencionaba un estudio británico en 1960 (Neidhardt, 1970: 50-51; Musgrove, 1965: 82-85).<sup>20</sup> Por supuesto, la gente de los niveles superiores y medios en la escala tecnológica tenían más probabilidades de ascender rápido que los de abajo, lo que perpetuaba la desigualdad que muchos investigadores creyeron podría llevar a una rebelión última de los “perdedores” contra los logros inalcanzables que regían los estándares de la sociedad burguesa (Willmott, 1969: 165; Fyvel, 1963).<sup>21</sup>

Aun así, en la década de 1960, la tendencia al alza parecía ir hacia la satisfacción laboral y el contento general de la gran mayoría de los jóvenes trabajadores, siendo más tolerantes los de escala más baja que los de alta (Musgrove, 1965: 17-19; Neidhart, 1970: 55). De alguna manera, esto reflejaba la prosperidad sin precedentes experimentada por estos jóvenes trabajadores, cuyos ingresos brutos se ha-

<sup>19</sup> Comentarios del director. Véase también Weinberg (1967: 190-191). Para información sobre presiones a nivel universitario, véase Halsey (1960: 119-27).

<sup>20</sup> Publicación/reporte, *Youth Service in England and Wales* (s. f.), (p.24).

<sup>21</sup> Publicación/reporte, *Youth Service in England and Wales* (s. f.), (pp. 26-27). Sobre estudios generales, véase Bordua (1961: 1-7).

bían cuadruplicado entre 1938 y 1960. Algunas investigaciones demuestran que el gasto joven se incrementó 100% en el mismo periodo, aumentando el porcentaje etario de consumo en 5% sobre el total (Musgrove, 1965: 84; Neidhardt, 1970: 55).<sup>22</sup>

La riqueza funcionaba de manera contradictoria; empero, se animaba a los jóvenes a competir contra el estatus económico de los adultos; a su vez, para los adultos resultaba provechoso crear modas y formas de entretenimiento específicamente diseñadas para los grupos etarios más jóvenes. Ciertos estudiosos detectaron la existencia de una explotación juvenil que operaba en detrimento de los intereses comerciales y, algunos criticaron el nuevo consumismo considerándolo un desvío de la energía juvenil hacia causas más económicas. Pese a esto, no hay elementos que constaten que los jóvenes se apegaran a las características de la llamada “cultura juvenil” como forma de aislarse de los intereses sociales y civiles más fundamentales. Se argumentaba que no existen contraculturas capaces de sostenerse a sí mismas alejadas de los valores y las instituciones adultas; y, el hecho de que los adultos se involucraran tan profundamente con las tendencias musicales y las modas juveniles parece haber unido a las generaciones más de lo que las separa (Neidhardt, 1970: 64, 87-88, 91-93; Willmott, 1969: 155, 179-180; Schwartz y Marten, 1967: 458).

En ningún lugar de Europa y Estados Unidos hay demasiada evidencia que dé cuenta de la existencia de un “salto generacional” severo, a pesar de los disturbios de estudiantes y trabajadores, ocurridos en la década de 1960. Los estudios sobre los “jóvenes rebeldes” indican que, mientras exista cierta tensión entre padres e hijos, la mayor fuente de descontento juvenil no es la familia sino el exterior, esto es, las instituciones sociales, académicas y políticas que se identifican con las generaciones mayores. Los jóvenes y sus padres tendían a permanecer más unidos que divididos cuando se trataba de problemas políticos y sociales; las tensiones surgían en relación con los medios y no con los fines, lo que refleja más el ritmo normal del cambio histórico que la existencia de cualquier tipo de hostilidad grave o problemas familiares entre grupos basados sólo en la edad. Actualmente, el enfrentamiento entre jóvenes y mayores responde más a un conflicto entre personas de diferentes clases sociales —estudiantes contra la policía, trabajadores contra sus jefes. Por eso debemos tener cuidado de no confundir estos casos con una división generacional profunda.<sup>23</sup>

<sup>22</sup> Publicación/reporte, *Youth Service in England and Wales* (s. f.), (p.23).

<sup>23</sup> Sobre el mito del salto generacional, véase Musgrove (1965: 80-81); Neidhardt (1966: 31-39, 44-50); Goode (1970: 79-81); Baumert (1957: 1-14); Himmelweit (1957: 179-190); Mettraux (1967: 204-228); Adelson (1970); Abrams (1970: 175-190).

• V •

Los movimientos políticos y sociales que atraían a los jóvenes en la década de 1960 exhibieron una tendencia general hacia la integración entre el mundo de los jóvenes y el de los adultos, empujándolos hacia preocupaciones y roles que expresaban un nivel más avanzado de madurez y autonomía. Esto era visible en los jóvenes trabajadores franceses que en 1968 hicieron que sus camaradas de más edad entraran en huelga, involucrando también a los estudiantes de clase media activos en los movimientos políticos; además era evidente entre los estudiantes que expresaron su descontento tirando la toalla y uniéndose a movimientos apolíticos y de contracultura. Ambos grupos demostraban una madurez que no se había visto en las generaciones de clase media pasadas. Las sectas, comunas y bohemias de las dos últimas décadas guardan mucha similitud con sus predecesoras del siglo XIX. Algunas han perpetuado el modelo de familia autoritaria, declarándose a sí mismas como “niños” y aceptando rendirse a “padres” y “madres”. Extremos de masoquismo y sadismo, reminiscencias de épocas pasadas, se han hecho populares en la prensa y la televisión. Pero, aun cuando en los movimientos estudiantiles actuales es posible, como ha demostrado Lewis S. Feuer, encontrar temas edípicos propios del siglo XIX, esto no debería enturbiar la madurez relativa de los buscadores contemporáneos, que se involucraron, en general por breves periodos, en uno y otro fenómeno político contracultural de nuestro tiempo (Feuer 1969: capítulos 1, 8 y 9).<sup>24</sup> Debemos pensar que casi está ausente el autoritarismo extremo característico de inicios del siglo XIX; además, los jóvenes parecen sentirse más cómodos con su sexualidad, menos preocupados por cuestiones relativas a la masculinidad y a la feminidad, algo que han ido resolviendo durante la adolescencia. La insistencia en “dedicarte a tus asuntos” no conduce a la creación de una utopía permanente, y la esperanza de vida media de las comunas y sectas es relativamente baja para los estándares que solían ser comunes en el siglo XIX. Por otra parte, se da por sentada su naturaleza experimental; son usadas por los jóvenes para contribuir a su crecimiento personal, aceptando demandas colectivas sólo cuando ello no interfiera con su ya muy marcado sentido de independencia, privacidad y autodeterminación. Hasta en las revueltas contra la sociedad burguesa, los comunitaristas reflejan los valores de las clases medias a través de su intensa insistencia en la individualidad.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> Para contrastar información, véase Keniston (1968). Eran esos jóvenes que no se veían envueltos en ningún movimiento cuya adolescencia, incluyendo su inmadurez sexual y su dependencia, se prolongaba. Por desgracia, no hay estudios comparativos entre la juventud europea comprometida y no comprometida.

<sup>25</sup> Este contraste histórico con las comunas norteamericanas está basado en Kanter (1972).

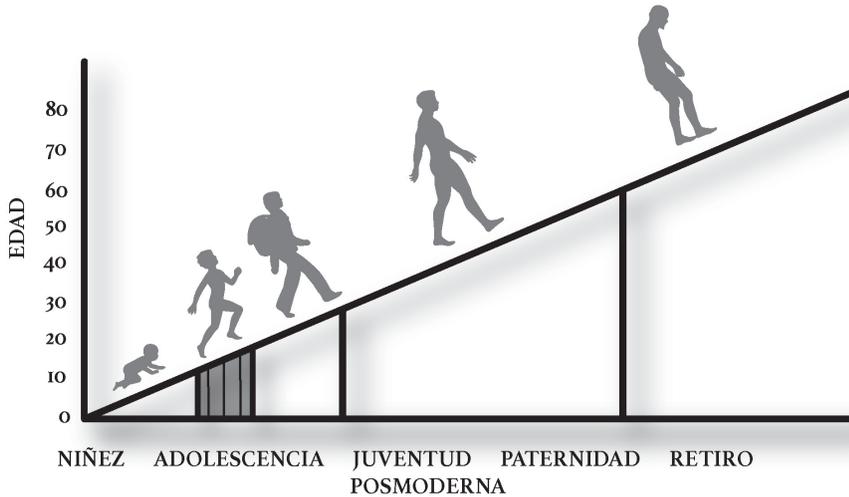
Éste es apenas uno de los indicadores que muestran lo obsoleta que se ha vuelto la adolescencia, ya que hijos e hijas de las clases medias alcanzan ahora la madurez sexual y social antes de lo que podría haberlo hecho una generación anterior. “Emancipación sin *pathos*”, como la ha llamado Hans Heinrich Muchow, un periodo de la vida en que ya no está presente la agitación emocional ni sexual. A los 15 o 16 años, los jóvenes de clase media ya han desarrollado una estabilidad psicológica difícil de encontrar en las generaciones pasadas. Al encomendárseles la realización de tareas personales destinadas a su desarrollo cuando alcanzan los últimos estadios de la educación secundaria o los primeros años de universidad, muestran que son capaces de hacer frente a cuestiones políticas y sociales que sus precursores alegremente dejaron en manos de los adultos. No obstante, la tendencia hacia el radicalismo y lo bohemio de las décadas recientes involucra a miembros cada vez más jóvenes. La distinción tradicional entre el estudiante universitario radical y el escolar conformista se disipa a medida que el joven mayor se vuelve indistinguible de lo que Kenneth Keniston identifica como juventud “postmoderna” (Muchow, 1959: 49; Neidhardt, 1970: 84-85, 89-94; Schofield, 1968: 234-235).<sup>26</sup> “Conseguir que la última etapa de la adolescencia sea accesible a un mayor número de chicos fue uno de los logros de la sociedad industrial; ello hizo que en las sociedades postindustriales comenzara a ser posible una etapa de postadolescencia”, menciona Keniston (1968: 264) (véase gráfica 7).

Los pioneros de esta frontera social son, por supuesto, los hijos privilegiados de los educados y aquellos a los que les ha ido bien, quienes a partir de sus logros académicos experimentan un retraso de su completa independencia económica porque consideran importante tener una capacitación en sus medianos e incluso tardíos 20 años. Con un “desarrollado sentido de *identidad propia* demostraron su capacidad para trabajar, amar y jugar mucho antes de alcanzar el estatus de estudiante; en contraste con la generación anterior, cuya entrada al mundo laboral se posponía infinitamente, consiguen ser completamente adultos en todos los sentidos, menos en el económico —digamos en el sexual, económico y político” (Keniston, 1968: 260).<sup>27</sup> Permanecen siendo “jóvenes” en el sentido de que los estudiantes no están atados a una disciplina laboral diaria y, por consiguiente, tienen mayores oportunidades en el terreno de la experimentación social y el activismo político, lo que los distingue de generaciones previas.

<sup>26</sup> Esto se ve reflejado en la literatura psicológica sobre la adolescencia, que da cada vez menos importancia a las crisis de personalidad de la edad (Muuss, 1968: 49-55, 177-185).

<sup>27</sup> Algo similar se ha encontrado en Alemania y en Inglaterra (Neidhardt, 1970: 78-84; Crouch, 1970).

Gráfica 7. Fases de la vida en la sociedad postindustrial



FUENTE: Keniston, K. (1968). *Young Radicals: Notes on committed youth*. New York: Harcourt, Brace and World.

• VI •

Siendo el grupo más afectado por el periodo de adolescencia en comparación con sus predecesores de la década de 1960, no sorprende que la juventud de clase media haya sido la que más se vio inmersa en los cambios que alteraron las condiciones de dependencia y conformidad características del periodo anterior. Ha encabezado el nuevo radicalismo de izquierda y la actividad contracultural de la época más reciente, movimientos de liberación y protesta muy poco atractivos para los grupos de jóvenes trabajadores del mismo rango etario. El hecho de que hijos e hijas de las clases obreras se involucraran menos responde a que ya habían logrado la autonomía y la madurez por la que luchaban estos grupos. Mostraron propensión a desligarse, incluso de manera hostil, de las formas más radicales de emancipación de las clases medias, incluyendo el movimiento bohemio y el feminismo, precisamente porque su trayectoria en el cambio social, que parece ser semejante a la de la juventud burguesa, tuvo orígenes y direcciones diversas.

Pese a encontrar elementos que remiten a la existencia de una convergencia entre los ciclos y estilos de vida de las distintas clases en las décadas de los años 60 y 70, no se ha determinado si las diferencias entre la juventud tradicional y la actual se están reduciendo. Las oportunidades educativas han mermado esta diferencia hasta cierto punto, pero la prolongación de la educación y los nuevos tipos de “juventud postmoderna” que ésta ha producido siguen siendo propias de la clase media en lo relativo a su composición y características. Parece seguro predecir que cuanto más tiempo dure la disparidad económica y social, las diferencias observables entre las clases culturales seguirán siendo pronunciadas. Las clases media y obrera continuarán creando su historia de manera diferente, como consecuencia de las diferencias de oportunidades basadas en el estatus, cultura y economía que caracterizan a las sociedades occidentales. Aquí yace la clave de los orígenes y la fuerza que dan sustento a las diversas tradiciones juveniles de los últimos dos siglos, además de darnos una pista sobre el futuro de las mismas en la segunda mitad del siglo xx.



## RETROSPECTIVA DE LOS ESTUDIOS DE JUVENTUD, CUATRO DÉCADAS DESPUÉS

### COLOFÓN A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Se supone que tanto padres como autores no deben tener favoritos entre sus descendientes pero, en mi caso, no puedo evitar tener un cariño especial por *Juventud e Historia*, publicado por primera vez en 1974. No fue un libro que planeé escribir durante mi estancia en el Colegio de San Antonio en Oxford entre 1969-1970; más bien tenía la intención de investigar las relaciones generacionales alemanas, pero, cuando esas fuentes no lograron materializarse, me encontré inmerso en los registros locales y nacionales ingleses, que me dieron acceso a la vida ordinaria de la gente joven: archivos escolares, récords criminales y organizaciones como los *Boy Scouts*. Fui afortunado al ser cobijado por el prestigioso grupo de historiadores británicos, incluyendo a Tim Mason, Raphael Samuel, Anna Davin, Edward P. Thomson y Dorothy Thompson. Fue todo un privilegio estar presente en la fundación del Taller de Historia sobre el Movimiento de las Clases Trabajadoras. Y, por si no fuera poco para inspirarme, tuve el placer de conocer a Peter Laslett, cuyo trabajo en demografía histórica dejó una marca indeleble en mi labor futura. Para alguien sin experiencia previa en historia social o demográfica, esto equivalía a una segunda educación de postgrado, mucho más emocionante y desafiante que la primera sobre la historia alemana.

Pero tal vez la influencia más importante en el cambio de dirección fue la gente joven de los años sesenta, quienes en ese momento hacían historia. Cuando regresé de Princeton al final de mi año sabático, la naturaleza internacional de los movimientos juveniles era clara y clamaba por un tratamiento comparativo. Fui alentado a realizar este trabajo por dos personas del Instituto de Estudios Avanzados, Charles Tilly y Edward Shorter, quienes ya eran líderes en el nuevo campo de la historia social. Ellos me ofrecieron publicar este libro en sus colecciones. Cuando dejé Princeton por Rutgers en 1971, me encontré en un semillero de historia social. Presidido por Peter Stearns del Departamento de Historia que se encontraba poblado por un memorable grupo cosmopolita de historiadores de lo social y de la familia, incluyendo a Paula Fass, Al Howard, Jim Reed, Judith

Walkowitz y muchos más de los que pudiese mencionar aquí. Pronto hubo conferencias y revistas dedicadas al tema, Joseph F. Kett se encontraba preparando su estudio pionero sobre la juventud estadounidense de Malta: *Rites of Passage* (1977). Desde ese punto, la historia social sobre juventud, primero hombres y después mujeres, se convirtió en algo que no sólo fue un campo, sino un movimiento con ímpetu propio.

En esos días el gran historiador francés Philippe Ariès era nuestro profeta. Él había escrito en 1962 que “nuestra sociedad ha pasado de un periodo que era ignorante respecto a la adolescencia a un periodo en el que la adolescencia es la edad favorita. Ahora queremos llegar a ese periodo mucho más rápido y mantenernos en él, el mayor tiempo posible” (Ariès, 1962) No todos concordaban con lo que había escrito Edgar J. Friedenberg en 1959, que “la juventud no ocupa un lugar en nuestra conciencia como lo hizo algunos años atrás” (Friedenberg, 1959: 211), su famosa obra *The Vanishing Adolescent*, dejó en claro que la juventud no era un producto de la biología, sino un fenómeno cultural, algo que demandaba un tratamiento tanto de las ciencias históricas como de las sociales. Esto es lo que yo estaba determinado a hacer.

Los demógrafos históricos son ahora capaces de proveer un registro completo del tamaño de las cohortes de edad a través de cientos de años de historia. Pero la importancia de cualquier grupo de edad nunca es una función de simples números. Los niños fueron muy numerosos antes del siglo XIX, pero nunca estuvieron el foco de atención; lo fueron cuando las tasas de nacimiento declinaron y se hicieron menos numerosos. Como he escrito en otro lado, los niños se convirtieron en una presencia luminosa en la cultura occidental en el mismo momento en que su población se estancó. En un modo similar, la importancia de la juventud en la era moderna se encuentra no en la cantidad, sino en las cualidades que ésta representa para la sociedad. Es importante considerar las observaciones de Elizabeth Goodenough (2000) sobre que la juventud como la niñez “es tanto un estado cronológico como una construcción mental, un eco existencial y un lugar de deseo, un país mitológico constantemente mapeado por los adultos”. En cualquier sociedad dada, los grupos de edad representan cosas que son preciosas, sagradas para su cultura (citado en Gillis, 2002: 31-50). Los antropólogos son conscientes de esto, pero los historiadores y sociólogos han tardado en comprender el hecho de que ocupamos lo que Víctor Turner (1967) llama una “selva de símbolos”, que tienen tanto efecto en nuestro comportamiento como lo hace la realidad material. Quiero pensar que hay realidades –nuestra esperanza de vida, riqueza, bienestar–, pero también la vida misma que vivimos –creencias religiosas, ritua-

les, imágenes y símbolos-. Hasta el reciente “giro cultural”, que ha sido tomado fuertemente de la Antropología, los historiadores habían tendido a ignorar las formas en que cada grupo de edad simboliza; por lo tanto, la configuración de la historia se dio tanto por sus significantes como por su comportamiento.

• I •

Una búsqueda de los orígenes del país mitológico de la juventud moderna nos remonta, a la era de la revolución francesa y a la estadounidense, el momento de formación de la cultura política del Estado nacional occidental moderno, cuando el poder simbólico de la juventud fue reconocido por primera vez. Mucho antes de que las naciones fueran capaces de organizarse físicamente y movilizar la cohorte de edad misma, aprovecharon simbólicamente un componente esencial de la “comunidad imaginada”, que Benedict Anderson (1993) identificó como la nación moderna. Tanto la revolución estadounidense y la francesa se concibieron a sí mismas como luchas generacionales, de hijos en contra de sus padres. Las monarquías europeas se imaginaron a sí mismas como figuras paternas. La muerte o el derrocamiento de un monarca plantearon una amenaza existencial para el Estado, resuelta por el mito de los “dos cuerpos del rey”, uno mortal y otro eterno. Al llevar a cabo los rituales correctos, la continuidad de la monarquía se había perpetuado durante siglos. No fue hasta los acontecimientos de 1789, que el mito de la monarquía divina fue destruido y que el Estado adquirió un nuevo símbolo de inmortalidad, como el cuerpo imaginado de sus ciudadanos: la entidad mítica del pueblo soberano. Inicialmente encarnado por hombres jóvenes.

Al centro del imaginario social, estuvo la imagen viril del soldado. La República Francesa gustaba de pensarse a sí misma como joven, en oposición al “Viejo Régimen” que había derrocado. Francia estableció los precedentes para la imagen de la nueva nación alrededor del mundo. La joven Alemania y la joven Italia le siguieron y la juventud se convirtió en el mayor concepto legitimador de principios del siglo XIX alrededor del mundo.

Pero la percepción de las naciones como cuerpos juveniles masculinos perseguirá a estos países a medida que crezcan, sus poblaciones envejezcan y los índices de fertilidad declinen. Francia, la primera nación en controlar la tasa de nacimientos, sintió esto más agudamente. Durante el siglo XX se preocuparon repetidamente de su baja tasa de natalidad y su vulnerabilidad ante las naciones más jóvenes y viriles. Al imaginar las naciones como entidades biológicas o razas, se produjo una biopolítica de la cual se arrepentirían. Los Estados Unidos, también

se obsesionarían con la inmortalidad, al querer mantenerse eternamente jóvenes. En este sentido, las naciones llegaron a ser vistas en términos biológicos, convirtiéndose cada vez más en símbolos de su propio proceso de nacimiento, crecimiento e, inevitablemente, con la perspectiva de su propia extinción. Inmigrantes y personas de diferentes orígenes se han considerado como amenazas. En la primera mitad del siglo XX, las restricciones a la inmigración y la limpieza racial se volvieron más comunes, y continúan hasta nuestros días en todas partes del mundo. Incluyendo al contemporáneo Estados Unidos. A finales del siglo XIX, las naciones dependieron de rituales de revitalización centrados en la juventud para mantener la moral y el prestigio. El más grandioso de éstos fueron los Juegos Olímpicos modernos, que se convirtieron en el punto focal del *llamado popular a la guerra*, transformándose en otro instrumento de solidaridad nacional. Varias naciones europeas iniciaron cambios, modificando la estructura de edad de sus ejércitos y subrayando la diferencia de género entre el cuerpo de los ciudadanos.

Hacia 1900 el curso de vida ideal se resolvió en tres etapas: educación, trabajo y jubilación. Fue entonces cuando la adolescencia se convirtió en un accesorio de la clasificación de la edad moderna. La definición de juventud se hizo más precisa a principios del siglo XX. Anteriormente había existido una categoría amplia y vaga llamada así: juventud, que abarcaba desde la niñez hasta el matrimonio, pero en el siglo XIX, la juventud fue más un estatus que un grupo de edad, incluso todos aquellos que vivían marcados por la dependencia de por vida de uno u otro tipo. Los ancianos dependientes y las mujeres solteras a menudo se describían como niños y niñas, indistintamente de su edad. De hecho, la edad numérica tuvo poco significado en la sociedad preindustrial y muchas personas nunca conocieron su propia edad con precisión, pero en un proceso que Martin Kohli (1885) llamó *cronologización* se hizo obligatorio que cada ciudadano supiera su edad. La edad se convirtió en la calificación y descalificación de una gran parte de la clase trabajadora, aunque no tanto para mujeres como para hombres. Desde entonces todo era definido por el tiempo y la edad. Nada –individuos, familias o naciones– se le escapaba a la tiranía del tiempo.

Divisiones de edad recientemente inventadas como la infancia, la adolescencia, la edad adulta y la edad media, fueron rápidamente formalizadas y vigiladas por las nuevas instituciones de educación de masas, trabajo social y medicina que surgieron en el siglo XIX y que se volvieron cada vez más especializadas y burocratizadas en el siglo XX. Cada edad ahora estaba dotada de sus propios rituales, imágenes y prácticas performativas. Eso dio forma y ritmo al curso de vida del género. En el siglo XX, la edad se había convertido en un elemento crítico de un

sistema simbólico que sostuvo la identidad individual y colectiva, no sólo de los propios jóvenes, sino también de los adultos, especialmente de adultos masculinos de élite, cuyo sentido de su propia madurez de género era, para entonces, contingente con una cierta concepción del curso de vida que los distinguía claramente de las mujeres y de los niños, como si se tratara de una especie diferente.

## • II •

Los contornos de este nuevo horizonte de edad y género se vislumbraron en la Revolución Francesa, cuando la República asediada se organizó para la guerra total por medio de una muchedumbre sin precedentes en 1793. El llamado a las armas fue enérgicamente de género y generacional.

Los jóvenes irán a pelear, los maridos forjarán armas y administrarán el servicio de transporte, las esposas e hijas harán carpas y uniformes y servirán en los hospitales, los viejos que toman sus puestos en lugares públicos, inflamarán la valentía de nuestros soldados (Du Robespierre, 1793: 90).

Aquí estaba el mapa del país mítico que perduraría hasta finales del siglo XX, en el que a las mujeres jóvenes se les asignaba el papel de reproducción biológica, nutriendo a la nación mientras estaban totalmente enraizadas en la esfera doméstica, entretanto los jóvenes eran enviados a las fronteras del imperio para cumplir un conjunto de deberes muy diferentes. Las mujeres debían cerrar la brecha que se había abierto entre el presente y el pasado al convertirse en las conservadoras de la tradición, mientras que a los hombres se les asignaba la responsabilidad del futuro. Para ellos la tarea fue hacer historia; a las mujeres se les asignó el deber de recordarlo.

La Francia revolucionaria se convertiría en el modelo para las órdenes de edad y género del mundo moderno. Los ejércitos del “Viejo Régimen” se conformaban por hombres de todas las edades, tanto padres como hijos con esposas e hijas en estrecha colaboración con los hombres del frente. Pero ahora que se había establecido el modelo de “Patria”, el hogar y el frente, como el hogar y el trabajo, se convertirían en los principios organizadores de la guerra y de la política durante los siguientes ciento cincuenta años. En el transcurso del siglo XIX, los jóvenes solteros estaban sujetos a un desplazamiento simbólico y físico. Como reclutas estaban cada vez más aislados del resto de la sociedad, sujetos a diferentes leyes eliminadas temporalmente y en ocasiones de manera perma-

nente del mundo doméstico de mujeres y niños. Los jóvenes fueron enviados a las fronteras y más allá de las colonias. Para las colonias, como el famoso Lord Curzon, declaró en la lectura de su conferencia *Frontiers* (1907) en Oxford:

Fuera de las universidades inglesas no existe una escuela de carácter para compararla en la frontera, [...] Soy uno de los que sostienen que [...] en las afueras del Imperio, donde la máquina es relativamente impotente y el individuo fuerte, debe ser un estímulo ennoblecedor y vigoroso para nuestra juventud, salvándolos por igual de la facilidad corrosiva y las excitaciones mórbidas de la civilización occidental.

La misma mentalidad explica el crecimiento de todos los internados masculinos, que no solo segregaron a los jóvenes, sino que los sometieron a una serie de lo que podría llamarse rituales de “descivilización” destinados a distanciarlos lo más posible de las influencias *feminizantes* de la esfera doméstica. Michel Foucault (1984) llama a esta nueva y extraña geografía de escuelas, barracas y campamentos “heterotopías de crisis”, lugares donde los jóvenes tienen licencia para comportarse de maneras que normalmente no se permiten en la sociedad burguesa. Tras el colapso de la cultura guerrera del antiguo régimen, se consideró que era necesario inculcar valores viriles que la civilización burguesa consideraba arcaicos, pero que estaban dispuestos a tolerar en defensa de la nación.

El surgimiento de diversos tipos de organizaciones fraternales, con sus ritos de violencia y novatadas es otra dimensión del mismo fenómeno. Los deportes masculinos que tuvieron lugar en circunstancias cada vez más segregadas por sexo siguen un patrón similar. A finales del siglo XIX, el comportamiento masculino había sido considerado grosero e incluso subversivo, había encontrado un lugar y un tiempo en el corazón mismo de la cultura de élite, en las mejores universidades y clubes masculinos, el cual fue emulado en otros niveles de clase a lo lejos y ancho del mundo colonizado.

Antes se pensaba que eliminar a los hombres jóvenes y a las mujeres que menstruaban de la sociedad, como un preludeo para reinstalarlos en sus roles adultos era característico de las sociedades primitivas, pero aquí tenemos su contrapartida moderna en cada parte de Europa y América. La aparición de heterotopías en el oeste moderno no era tanto una resucitación de costumbres antiguas, sino una invención totalmente nueva, una especie de regresión institucionalizada destinada a revitalizar una cultura urbanizada. Al volver a conectar con los poderes percibidos de los mundos naturales y arcaicos, la civilización

podría salvarse de sí misma. Los estadounidenses recurrieron al simbolismo nativista indio en su guerra de independencia. Los franceses invocaron la poderosamente masculinizada figura del *sans-culottes*<sup>1</sup>, mientras que los diversos movimientos de la Europa joven del siglo XIX siguieron a Vater Jahn<sup>2</sup> en la elaboración de sus íconos nacionales a partir de arquetipos salvajemente primitivistas.

El romance del salvajismo fue proporcional al grado de urbanización. Culminó a principios del siglo XX en movimientos juveniles como el Wandervogel [Vagabundo] y el movimiento Scout, que fue establecido por la popularidad del campismo, centrado en el símbolo del fuego, que para Ernest Seton-Thompson (1925) proclamaría: “el portal a la autenticidad premoderna”. El deseo de los hombres estadounidenses de emular a los pueblos nativos era porque en ese momento estaban practicando el genocidio contra las tribus de las llanuras, y sigue siendo uno de los episodios más extraños en un periodo que está lleno de comportamientos raros por parte de los varones occidentales en todo el mundo. Todo esto merece una comparación con aquellos movimientos de regeneración que aparecieron entre los mismos pueblos colonizados, desesperados por apropiarse de la cultura moderna que fue la que la desangró hasta su extinción.

### • III •

Desde los comienzos de la era moderna, las sociedades occidentales han estado obsesionadas con el envejecimiento. A finales del siglo XX, esta preocupación ha llegado a un punto de histeria cuando William Osler (1905), uno de los demógrafos más prominentes de la época, declaró “la inutilidad comparativa de las personas mayores de cuarenta años y lo prescindible de las personas mayores de sesenta”. Contra el telón de fondo de la creciente preocupación por la degeneración racial y la feminización en el que se pueden entender varios movimientos de rejuvenecimiento, deportes obligatorios y servicio militar. El salvajismo podría ser tolerado sólo hasta cierto punto, sin embargo, está efectivamente contenido por el estereotipo recientemente inventado del “delincuente juvenil” y la crea-

<sup>1</sup> La traducción literal de la frase significa ‘sin calzones’ y se refería (despectivamente) a los trabajadores, pequeños comerciantes y artesanos que durante la Revolución francesa participaron en la toma de la Bastilla y el asalto al palacio donde se encontraba Luis XVI; todos ellos usaban pantalones largos y flojos que les permitían realizar sus labores cotidianas, mientras que los nobles y burgueses vestían unos calzoncillos cortos y ajustados a las piernas (los culottes). (N.T)

<sup>2</sup> Su nombre era Friedrich Ludwing Jahn (1778-1852) educador alemán, considerado padre de la gimnasia moderna. El movimiento de Gimnasia (o Movimiento Turner) también se dedicó a preparar jóvenes para la lucha contra la ocupación napoleónica de Prusia y Alemania. (N.T.)

ción de los sistemas de control construidos alrededor de los tribunales de menores y los centros de detención (Pick, 1989).

Todo esto sucedía cuando la proporción de jóvenes en la población total se estaba reduciendo rápidamente; cada guerra mundial dio lugar a una movilización masiva hombres jóvenes en el extranjero y de mujeres jóvenes en casa. El resultado del gran número de víctimas mortales fue una generación vacía de jóvenes que trajo consigo el temor a la degeneración biológica. Como Richard Jobs ha mostrado en *Riding the New Wave: Youth and the Rejuvenation of France after World War II* (2007), la reconstrucción de Francia después de 1945 se enmarcó en metáforas de rejuvenecimiento. Se pueden encontrar temas similares en la política de otros países europeos, pero fue quizás en el mundo colonizado donde los símbolos de la juventud resonaron más, la descolonización fue como una tarea generacional, llevada a cabo por las naciones jóvenes contra los viejos regímenes.

#### • IV •

Durante la Segunda Guerra Mundial, la noción de la nación de armas, nacida en el momento de la Revolución Francesa, alcanzó su cumplimiento y sus últimos límites. Esta lucha global jugó distinciones entre el hogar y el frente. Como muestra el trabajo de Tammy Proctor (2016), el concepto de “civil” se inventó para enfrentar el desafío de la guerra total. No sólo se llamaba a mujeres y hombres de todas las edades a la guerra, sino que se alteraba la demografía de los militares. Mientras que cada nación combatiente se refería a sus soldados como “nuestros muchachos”, los hombres en el frente ahora eran más propensos a ser esposos y padres que los hijos solteros. Lo llamativo de los alistamientos de la Segunda Guerra Mundial es que alentaron el matrimonio y la formación de la familia. Los enfrentamientos que continuaron durante la Guerra fría sólo aceleraron esta tendencia; hoy en día el llamado ejército de voluntarios también ha alentado a un ejército multigeneracional sin género. Las líneas entre el hogar y el frente, como las que existen entre los jóvenes y la mediana edad, no sólo son difusas, sino relevantes. En la actualidad, los militares ya no se venden como una fuerza rejuvenecedora, sino como la vía rápida hacia la madurez individual. El servicio militar se ha extendido, como la vida misma, para convertirse en una carrera de por vida en esta era cada vez más tecnológica (Gratton and Scott, 2016).

En el último tercio del siglo XX, el curso de la vida individual dejó de estar claramente definido como una secuencia necesaria de etapas. La juventud ha perdido su posición distintiva entre la niñez y la adultez, ya que los medios

electrónicos alientan lo que ahora algunos denominan universalidad del *rejuvenecimiento* en todo el mundo occidental, produciendo la nueva categoría de edad del “joven viejo”, cuyos miembros continúan activos en los deportes, siguen su educación incluso más allá de la universidad, y no muestran vergüenza por permitirse estilos de vida que una vez estuvieron asociados principalmente con adolescentes. Cada vez ha sido más difícil distinguir entre la infancia y la juventud, y esta última con la edad adulta. Así como las grandes etapas de la vida –educación, trabajo y retiro se han vuelto confusas–, han surgido una gran cantidad de nuevos puntos de inflexión, lo que Gail Sheehy (1981: 294) ha llamado “pasajes”. La adolescencia ya no es la gran transición. El cambio ahora está asociado con muchos puntos a lo largo del curso de vida, incluso en la vejez. La idea de que somos libres de elegir nuestro destino ahora es normativo, alentado por la economía de consumo, las instituciones educativas y la cultura popular en general. La educación ya no está organizada solo por la edad. La evidencia del rejuvenecimiento es aparente en todas partes a medida que la esperanza de vida continúa aumentando y las personas mayores permanecen más sanas por más tiempo. El curso de vida se ha vuelto más líquido, más incierto y está sujeto a más ansiedad como nunca antes.

Los jóvenes ahora están ocupando trabajos de tiempo parcial en cantidades cada vez mayores, tanto en el mundo desarrollado como en el subdesarrollado. Encuestas recientes de jóvenes estadounidenses muestran que instituciones como las escuelas tienen mucho menos reclamo en el tiempo de los jóvenes que antes. A medida que más y más adultos regresan a la escuela y a la universidad, estos lugares también se han vuelto menos segregados etariamente y los mundos de la escuela y el trabajo se han vuelto menos distintivos y secuenciales. La época en que los jóvenes esperaban trabajar y los adultos recordaban con cariño sus días de escuela parece haber terminado. Ahora los jóvenes miran hacia atrás sus días de trabajo mientras los adultos están en la escuela (Modell, 1989).

Hoy, ocupamos un globo que en lugar de expandirse, se está reduciendo. No hay nuevas fronteras y existen pocas heterotopías. El tiempo también está implorionando. Como David Lowenthal (2016: 1-2) ha notado, tanto el pasado como el futuro han perdido su profundidad.

Los horizontes distantes ahora son raros. El ‘futuro’ que preocupa a los jóvenes encuestados hoy es mañana, no es el próximo fin de semana, y ni siquiera el próximo año. Pocos imaginan convertirse en abuelos, o incluso padres. Sin hacer caso del futuro, son reacios a planear sus propias vidas,

y mucho menos a tener posibles descendientes [...] “¿Por qué molestarse?,  
-preguntan los jóvenes noruegos- ¿Por qué luchar para alcanzar un futuro  
peor del que ya tenemos?”

Se ha informado que los chicos australianos ahora temen al futuro; y los chicos estadounidenses carecen de la capacidad para siquiera imaginarlo. Tal vez simplemente están haciendo eco de la despreocupación de los adultos por la posteridad, reflejada en lo que Lowenthal llama el Síndrome de SKI (*Spending our Kid's Inheritance*), que significa *desperdiciar la herencia de nuestros muchachos*.

Si bien el curso de vida de las diferentes clases y géneros se ha vuelto más uniforme durante las últimas décadas, los tiempos y espacios antes reservados para los jóvenes han sido invadidos por grupos más jóvenes y mayores. Los niños ingresan cada vez más temprano a la adolescencia, mientras que los hombres siguen siendo niños y las mujeres niñas durante mucho más tiempo que antes. En lugar de ser una “moratoria”, como lo llamó Eric Erikson (1956), es un rito de iniciación, y la juventud de hoy es cada vez más un estado de ser. El dramático aumento de la cohabitación es una prueba más de un curso de vida que ya no brinda un lugar o tiempo distintivo para los jóvenes como tales. Ahora que los homosexuales y las lesbianas reclaman tener acceso al dominio heterosexual del matrimonio, la noción normal de madurez es más confusa que nunca.

La juventud fue alguna vez el único grupo de edad sancionado para experimentar cambios radicales, incluso hasta el punto de la rebeldía. Los adultos confiaban en ellos para probar los límites, para explorar la vanguardia. Hoy, los adultos se permiten una mayor libertad. Así, la “crisis de la mediana edad” robó la atención de la adolescencia entre los psicólogos sociales. La función de la juventud fue captar el futuro y olvidar el pasado, pero los jóvenes de hoy están al menos tan involucrados en el recuerdo y la memoria como sus mayores. El reciclaje constante de estilos musicales y de vestimenta, sólo refuerza la impresión de que los jóvenes de hoy ya no se orientan hacia el futuro, sino que, al igual que sus mayores, miran con nostalgia al pasado como fuente principal de inspiración. La llamada “generación actual” no sólo hipoteca su futuro, sino que reinvierte en recuerdos, de tal forma que no tienen tiempo para soñar con su propio futuro.

Gran parte de esto se debe a la agitación incesante de la economía capitalista global, que ha abierto nuevas vías de empleo y consumo. En el proceso, ha causado una convulsión en las relaciones de género, edad y raza. Las mujeres maduras se involucran en el empleo en cantidades sin precedentes, a pesar de que se ha erosionado el poder de ganancia de los hombres, particularmente en el sector industrial. Solo aquellos hombres con educación postsecundaria han

logrado aumentar su capacidad de ganancia y longevidad. Una proporción creciente de hombres blancos y afroamericanos, ahora se enfrentan a la posibilidad de tener condiciones más desfavorables que las de sus padres. Y esto se refleja en la política de protesta estadounidense contemporánea.

• V •

El futuro ya no pertenece a la juventud, y ciertamente no a la juventud masculina. Hoy en día, a todos, independientemente de su edad, se les anima a ocupar el puesto que antes tenían a cargo los jóvenes, “el de llegar a ser”. Se nos pide que recapacitemos, reeduquemos y, en la jerga del día, “reciclemos” una palabra que antes se aplicaba a la basura, pero que ahora forma parte del lenguaje de los llamados expertos en recursos humanos. Ya no son sólo las mujeres las que están destinadas a adaptarse y aceptar el papel de criaturas relativas. Ahora a los hombres se les dice que mantengan sus opciones abiertas. En su libro, *Passages: Predictable Crises of Adult Life*, Gail Sheehy (1977) ofrece consejos reservados a los adolescentes: “Uno de los peores errores en la mediana edades confinarse a uno mismo y continuar definiéndose por una fuente de identidad”.

La edad adulta se está pareciendo más a la adolescencia. Los ritos de paso, una vez reservados para los adolescentes, ahora están apareciendo en la vida posterior. Los hombres de mediana edad ahora se retiran para unirse alrededor de fogatas como Boy Scouts envejecidos. La extensión extraordinaria de la vida que se ha producido en todos los países desarrollados desde la Segunda Guerra Mundial, se consideró inicialmente como una carga terrible, que contribuyó al envejecimiento y la decadencia de las naciones occidentales. Pero desde la década de 1970, los estereotipos ancestrales de decrepitud y dependencia se han modificado sustancialmente. Ahora hablamos del “jovencito” al que Peter Laslett (1991) asignó su propia Tercera Edad para desvincularlos del “viejo-viejo”. Para un número sin precedentes de estas personas mayores, sanas y políticamente activas en las sociedades desarrolladas de hoy, el relajamiento de las categorías de edad ha demostrado ser beneficioso en todo tipo de formas. Sin embargo, el hecho de que los grupos de mayor edad ahora tengan un futuro vigoroso tiene el efecto de disminuir aún más el valor simbólico de los jóvenes. A medida que otros grupos se vuelven más visibles, se ha producido una tendencia para que los jóvenes y sus problemas se vean eclipsados. Hace cuarenta años, la pobreza en América se concentraba entre los ancianos; hoy se ha desplazado a los grupos de edad más jóvenes. Con la llegada del VIH-SIDA, los jóvenes ahora se enfrentan a la muerte de una manera que antes estuvo asociada principalmente con los ancianos.

• VI •

Hoy, el rejuvenecimiento está colonizando todo el curso de vida. Los niños ya no son niños; son “preadolescentes”. Los hombres adultos actúan como chicos; las mujeres maduras se visten como adolescentes. La juventud comienza antes y dura más tiempo porque ya no es una edad sino una actitud, más una orientación hacia la edad que una edad biológica en sí misma. Sin embargo, como símbolo flotante del último lugar del deseo adulto, la juventud es más que nunca, un país mítico al que todos aspiramos. En una sociedad que envejece, la juventud claramente no es algo que estamos dispuestos a desperdiciar en los jóvenes. Pero al apropiarlo en todos los niveles de edad, lo hemos diluido. El paisaje de edad, como el de género, una vez definido claramente, ha sido erosionado y aplanado. El movimiento feminista de los últimos treinta años ha establecido la paridad, si no la plena igualdad, de las mujeres con los hombres. Las mujeres jóvenes ahora pueden ser héroes militares por primera vez en la historia. Y pueden simbolizar a la nación de maneras que solo los hombres podían hacerlo antes.

Intenté mostrar la relación íntima entre el desarrollo de la juventud moderna y el surgimiento del Estado-nación. Ambas comunidades imaginadas se han vuelto menos distintas, ya que ambas han sido superadas por la globalización. Los límites de la juventud se han vuelto confusos en el momento en que las identidades nacionales se han vuelto menos distintivas. Las naciones ya no movilizan a sus jóvenes nativos en una era en la que la migración masiva almacena sus fuerzas laborales. La reproducción doméstica ya no está tan vinculada a la producción y el consumo nacionales. En los Estados Unidos ya no estamos invirtiendo como tal en la educación pública de los nativos nacidos, cuando se recluta una mayor proporción de la fuerza de trabajo del extranjero. El tipo de fuga de cerebros que ha afectado al mundo en desarrollo puede estar empezando a tener su impacto aquí también. La desinversión en la juventud, evidente en la condición de las escuelas públicas urbanas y en el aumento de las divisiones raciales, es solo una dimensión más del debilitamiento de la solidaridad nacional en general. En cualquier caso, podemos estar seguros de que la juventud masculina ya no mantendrá el lugar simbólico y funcional especial que alguna vez tuvo aquí y en muchas otras partes del mundo.

*John R. Gillis*

Berkeley, California, noviembre, 2017





## GLOSARIO BÁSICO

### NOTAS

La traducción de ciertas palabras tomó en cuenta:

- El uso e intencionalidad dentro de la propuesta del autor.
- El contexto temporal del autor (cuando es su discurso) y de las citas cuando eran textuales. Esto con la intención de respetar tanto la discusión teórica que el autor plantea en ese período, así como la forma del idioma que usa al momento de elaborar el texto.
- En ciertos casos como canciones o poesías no se recurrió a una traducción sino a una interpretación, con la idea de que el lector pueda apreciar no sólo los hechos, sino también las variaciones de lenguaje sin perder la riqueza del mismo se dejó el texto original.
- La forma de poner las décadas en español obedece a las recomendaciones de la Academia Mexicana de la Lengua.  
<http://www.academia.org.mx/espin/Detalle?id=351>

*ADOLESCENCE*: Previo a los veinte. De forma coloquial “inmaduro” –no hay registro-. Su origen parte de la condición social que se genera en las clases medias y más tarde se universaliza, perdiendo el contexto, según lo plantea el autor.

*BOY*: Coloquialmente chico. Hace referencia a un hombre adolescente, pero también a un asistente o sirviente. Su uso se considera peyorativo cuando es usado en adultos.

*COHORT*: Séquito, grupo, cohorte.

*CORPORATE*: Corporativo, colectivo, empresa.

*CRAFT*: Oficio, artesanía, manualidad.

*GAL*: Denominación informal para muchacha. Más común en el inglés norteamericano.

*GANG*: Banda o pandilla.

*GARÇON*: Muchacho, mesero, sirviente.

*GIOVENTUTE*: Forma italiana antigua para referirse a la juventud, se utilizaba como forma poética y el periodo se ubicaba después de la adolescencia/niñez/inmadurez y antes de la madurez/vejez.

*GIRL*: Es el mismo caso que la palabra *boy*, se entiende como chica.

*GUY*: Si bien puede usarse para chico, realmente su connotación etaria es ambigua o nula. Se puede usar como “tipo”, “cuate”, “sujeto”.

*HOUSEHOLD*: No se refiere solo a la casa en la que vive una familia, si no a casas pertenecientes ya sea de forma tradicional o a ciertos linajes o familias en particular.

*INHERITANCE*: Herencia, patrimonio.

*KID*: Menor de edad si el que habla es mayor. Coloquialmente niño cercano a la adolescencia, muchacho.

*KNABE*: Chico.

*LAD*: Hace referencia a ser chico, pero también a ser trabajador de establo. En el inglés británico regional.

*MAID*: Tiene varias connotaciones. Solterona (peyorativo para mujeres “mayores”), sirvienta, muchacha (coloquial), doncella (como “aún no casada” si aún es “joven” –lo cual depende del contexto).

*OLDER YOUTH*: “jóvenes mayores”. (Consenso editorial).

*SON*: Hijo, pero también descendiente en términos jerárquicos, estatus, clase o nobleza.

*SUPERFLOUS CHILDREN*: La traducción correcta se refiere a hijos sobrantes o inútiles, pero el autor explica a lo largo de la obra que hay una razón y un uso de ellos, por lo que para mantener el sentido, se usó el concepto “hijos extra”.

*TEEN*: Menores de veinte años.

*TRADE*: Gremio, comercio, profesión, oficio.

*TROUBLED YOUTH*: En este caso *troubled* implica que la juventud se ve aquejada por problemas.

*VARLET*: Servidor, y en una forma aún más antigua de inglés, pillo o sinvergüenza.

*YOUNG ADULTHOOD*: Jóvenes adultos. (Consenso editorial).

*YOUNG PEOPLE*: Gente joven; plural de *Young person*.

*YOUNG*: Joven, inexperto.

*YOUTH*: Juventud.

*YOUTHFUL*: Juvenil.

**Fuentes principales.**

Academia Mexicana de la Lengua. (Mx)

<http://www.academia.org.mx/>

Cambridge Dictionary. (C)

<http://dictionary.cambridge.org/es/diccionario/ingles/>

Oxford Living Dictionaries (O)

<https://es.oxforddictionaries.com/>

Servicio de Traducción al Español de las Naciones Unidas (S)

<https://onutraduccion.wordpress.com/manual/>

Webster Dictionary (Wb)

Word Reference. (W)

<http://www.wordreference.com/>



# BIBLIOGRAFÍA

## I. Fuentes manuscritas

### A. Archivo del Movimiento Juvenil Alemán. Burg Ludwigstein, Witzenhausen

Fischer, F. (s.f.). *Cuadernos no publicados*. n/a

Henkel, F. (s.f.). *Documentos personales*. n/a

### B. Biblioteca Bodleian, Departamento de Western MSS. Universidad de Oxford

*Archivos policiales de Oxford*, (1829-1869). MS Top Oxon b 129-162.

*Club Universitario de los Boy Scouts de Oxford*, (1919-1942). MS Top Oxon d 328/1,2.

*Colección Manning sobre Folklore*. (s.f.). MS Top Oxon d 190-191,199-200.

*Minutas de la Asociación clerical de Oxford*, (1851-1895). MS Top Oxon e 22-39, 84-87.

*Minutas de la Iglesia de Inglaterra Asociación de directores y profesores*, (1873-1918). MS Top Oxon e 236.

*Minutas de la Sucursal de Oxford de la Liga del Servicio Nacional*, (1908-1915). MS Top Oxon e 227- 228.

*Minutas del Comité general de la Asociación de Boy Scouts de Oxford*. (s.f.). Dep 50-60.

### C. Archivos de la Ciudad de Göttingen

*Felix-Klein Gymnasim*. Recuperado de <http://www.fkg-goettingen.de/>

*Jugendamt*. (s.f.). n/a

*Oberlyzeum*. (s.f.). n/a

*Polizei Direktion*. (s.f.). n/a

*Soziale Fürsorge*. (s.f.). n/a

### D. Biblioteca de la Ciudad de Oxford, Colecciones Manuscritas

Comité del Consejo Escolar de asistencia de Oxford, (1879-1909). n/a.

Escuela Superior de Oxford, (1878-1932). *Libro de Minutas del Consejo de Gobernadores*. n/a.

Consejo Escolar de Oxford, (1879-1903). *Libros de Minutas*. n/a.

Biblioteca de la Ciudad de Oxford. (1872-1956). *Registros de la Escuela Nacional para Niños St. Frideswide's*, n/a.

Oxford City Library. (1867). *Report s of the Riot of November*. Oxford, Oxford: Clipping Collection.

Survey of Youth Service s in Oxford. (1960). En posesión de F. S. Green. S.d.

#### **E. Departamento de Educación de Oxford. Archivos Departamentales**

Comité de Educación de la Ciudad de Oxford. (1903-1963). *Libro de Minutas*. n/a.

Escuela de la Ciudad de Oxford. (1910-1960). *Subcomité de Asistencia*. n/a

Departamento de Educación de Oxford. (1946-1960). *Propuestas Generales del Comité de Juventud*, n/a.

#### **F. Tribunal de Oxford, Registros policiales**

Tribunal de Oxford. (1870-1930). *Registros Policiales del Tribunal de Oxford*. n/a.

#### **G. Documentos del Ayuntamiento de Oxford**

Ayuntamiento de Oxford. (s.f.). *Minutas del Subcomité de Oxford para el Bienestar Infantil*. EE 1/18. n/a.

Ayuntamiento de Oxford. (1836-1966). *Minutas del Comité de Seguridad y Vigilancia*. HH 1/1-32. n/a.

#### **H. Archivos de la Universidad de Oxford**

*Manuales de Vigilancia*. WPY 7 (18-21); y WPY 7 (3-6). (s.f.). n/a.

#### **I. Colecciones Privadas**

Asociación de Jóvenes Cristianos. (s. f.). *Registros de la Delegación de Oxford, en posesión de Mr. DelNevo (secretario)*. n/a.

Asociación de Scouts de Oxford. (s. f.). *Censo de miembros de 1920-1966, en posesión de Mr. W.J Willis*. Oxford.

Club Masculino Balliol. (s. f). *Registros y documentos, en posesión del Dr. Willis Bund, Decano de la Universidad de Balliol*. Oxford.

Biblioteca de la Universidad de Nutfield. (s. f). *Documentos de G.D.H Cole*. Oxford.

Escuela de St. Barnabas. (s. f). *Registros de la Escuela de St. Barnabas, en posesión del director*. n/a.

Ms. Source B, Mins. (1882). *Oxford Clerical Assn*. Ms Top Oxon e 85.

Ms. Source B, Mins. (1916). *Iglesia de Inglaterra*. Ms Top Oxon e 238.

Ms. Source C, Ober. (1912-1929). *Allgemeines über Fragen der Schulzucht*, E. 7, s. d.

Ms. Source C, Ober. (1917). *Fürsorge für Schulentlassene Jugend*, E.17, s. d.

Ms. Source C, Ober. (1920). *Fürsorge für Schulentlassene Jugend, Grundlegende Erlasse betreffend Förderung der Jugendpflege in Preussen*, E.17, s. d.

Ms. Source C, Ober. (1924). *Minutes of Elternbeirat*, A, s. d.

Ms. Source C, Pol. Dir. (1904-1905). *Sozialdemokratische Bewegungen unter den hiesigen Studierenden*, 161(16), s. d.

- Ms. Source C, Pol. Dir. (1915-1944). *Verordnungen betreffend jugendliche Personen*, 59(12), s. d.
- Ms. Source C, Pol. Dir. (1920-1921). *Nationalliberaler Jugend Verein Göttingen*, 161(20), s. d.
- Ms. Source C, Pol. Dir. (1935). *Verordnungen betreffend jugendliche Personen, Reporte del Oberpräsident*, 59(12), s. d.
- Ms. Source C, Pol. Dir. (1940). *Ordenanza policial*, 59(12), s. d.
- Ms. Source C, Pol. Dir. (1941). Reporte de la Conferencia de Juventudes Hitlerianas, 59(12), s.d.
- Ms. Source C, Pol. Dir. (1882). Besuch der Wirtschaften durch Schüler. *Directiva del Ministerio de Interior, Eulenberg*, 52(8), s. d.
- Ms. Source C, Pol. Dir. (1921-1932). *Die Kommunistische Jugendabteilung*, 155(4), s. d.
- Ms. Source C, Soz. (s.f.). Fürsorge, *Reporte de Bürgermeister*, 3(M23), s. d.
- Ms. Source C. (1913). *Überisichte über den Besuch der Kinomatographen Theater durch Schulkinder*, Lfd 24, s. d.
- Ms. Source C. Pol. Dir. (1884-1934). *Katholischen Gessellenverein*, 61(4), s.d.
- Ms. Source D, Mins. (1928). Book of Board of Govs. *Reporte del Director*. S.d.
- Ms. Source E, Mins. (1950). *Youth Committee*. Min. Book.
- Ms. Source G, Mins. (1959). Reporte especial del Comandante en Jefe. *Comité de Vigilancia*, HH 1/32, s. d.
- Ms. Source G, Mins. (s. f.) *Comité de Vigilancia*, HH 1/17-32. s. d.
- Ms. Source G. Mins. (1891). *Comité de Vigilancia*, HH 1/6, s. d.
- Ms. Source G. Mins. (1893). Reporte del Inspector. *Comité de Vigilancia*, HH 1/6. s. d.
- Ms. Source G. Mins. (1893a). Reporte del Subcomité de la Feria de St. Giles. *Comité de Vigilancia*, HH 1/6. s. d.
- Ms. Source G. Mins. (1894). Reporte policial. *Comité de Vigilancia*, HH 1/7, s. d.
- Ms. Source H. (s. f.). *El Manual del Vigilante*. s.d.

## II. Publicaciones y Reportes Oficiales

- Biblioteca Bodleain. (1967). *Reporte del Comité para la Mayoría de Edad*. n/a.
- . (1966). *Reporte Anual del Grupo de Avanzada del jefe de los Scouts*. London.
- . (1960). *El Servicio Juvenil en Inglaterra y Wales: Reporte del Comité Dirigido por el Ministro de Educación*. London.
- . (1943). *Juventud Desheredada: Un Reporte del Grupo de +18 años*. Edimburgo.
- Biblioteca Central. (1899-1919). *Reporte de la Delegación del Condado de Oxford para la Prevención Nacional de la Crueldad Infantil*. Oxford.
- Biblioteca de Oxford. (1941-1944-1966). *Reporte del Comité de la Juventud de Oxford*. Oxford.
- . (1938 -1939). *Reporte del Consejo de Oxford y de Servicios Sociales*. Oxford.
- Biblioteca de Göttingen. (1914-1930). *Berichte den Jugendpfleger Göttingen*. Göttingen.
- . (1914-1917). *Jahresbericht des Ortsausschusses für Weibliche Judendpflege*, Göttingen. Göttingen.
- Biblioteca de Oxford. (1909). *Crónicas de los Boy Scouts de Oxford y del distrito*. Oxford.

- (1893-1896). *Diarios de la Unión de Madres*. Oxford.
- (1891-1910). *Reporte de la Unión de Madres*, Delegación de Oxford. Oxford.
- (1888). *Reporte de la Asociación de Vigilancia de Oxford*. Oxford.
- (1884-1915). *Reporte del Instituto de Hombres y Mujeres Trabajadoras de Oxford*. Oxford.
- (1879-1927). *Reporte Anual de la Delegación Escolar de Oxford*. Oxford.
- Comisión de Investigación Escolar. (1868).
- Documentos Parlamentarios I-V. n/a
- Documentos Parlamentarios XX-XXI. (1864). *Informe de los comisionados designados para investigar ingresos y administración de universidades y escuelas*. n/a.
- The Howard Association. (1889). *Juvenile Offenders: An Inquiry Instituted by the Howard Association*. London.
- Stahlhelm, J. (s. f.). *Judgdeutschen Orden*, 153 (20 y 27), s. d.
- Unión de madres. (s. f.). *Reporte de Unión de Madres, Cuarto Reporte*. s. d.

### III. Periódicos y Publicaciones

- Biblioteca de Burg. (1909-1914). *Der Wandervogel, Zeitschrift des Bundes für Jugendwanderungen*. n/a.
- Biblioteca de Oxford. (1903-1970). *Oxford High School Magazine*. n/a.
- Biblioteca de Oxford. (1956-1969). *Periódico del Centro Comunitario de Oxford y de Servicios Juveniles*. n/a.
- New York Times. (1972). *Militancy in High Schools Worries London Officials*. s. d.
- Publicación (1900-1914). *Reporte del alguacil de la ciudad de Oxford*. s. d.
- Publicación. (s. f.). *Reporte de vigilancia de Oxford Assn*. Oxford: s. d.
- Publicación/ reporte. (1925-1930). *Bericht den Jugendpfleger*. s. d.
- Publicación/reporte. (1930). *Bericht den Jugendpfleger*. s.d.
- Publicación/reporte. (s.f.). *Servicio de Juventud en Inglaterra y Gales*. S.D.
- Publicación/reporte. (s. f.). *Jahresberichte des Ortausschusses*. s. d.
- Reporte. (1891). *Acuerdo con los vigilantes universitarios*, HH 1/6, s. d.
- Salud Nacional. (1908-1924). n/a.

### IV. Libros y Artículos

- Abrams, P. y Little, A. (1962). *The Young Voter in British Politics*. *British Journal of Sociology* 14(2), pp. 95-110.
- (1970). *Rites de Passage: The Conflict of Generations in Industrial Society*. *Journal of Contemporary History*. Recuperado de [http://www.jstor.org/stable/259988?seq=1#page\\_scan\\_tab\\_contents](http://www.jstor.org/stable/259988?seq=1#page_scan_tab_contents)
- Acton, W. (1875). *Functions and Disorders of the Reproductive Organs in Childhood, Youth, Adult Age, and Advance Life: considered in their physiological, social, and moral relations*. Recuperado de [https://archive.org/stream/functionsdisordeooactorich/functionsdisordeooactorich\\_djvu.txt](https://archive.org/stream/functionsdisordeooactorich/functionsdisordeooactorich_djvu.txt)

BIBLIOGRAFÍA

- Adelson, J. (1970). What Generation Gap? *New York Times Magazine*, (s. d.), pp. 10-45.  
*Recuperado de* <http://www.nytimes.com/1970/01/18/archives/what-generation-gap-what-generation-on-gap.html>
- Alexander, S. (1969). *St. Gile's Fair, 1830-1914: Popular Culture and the Industrial Revolution in the 19<sup>th</sup> Century Oxford*. Oxford, England: Oxford History Workshop.
- Altbach, P. y Lipset, S. M. (1969). *Students in Revolt*. Boston, USA: Rutgers University Press.
- Anderson, Benedict (1983) *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso. London y New York [Trad. (1993) *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.].
- Anderson, E. N. et al. (Eds.). (1961). *Europe in the Nineteenth Century*. Indianapolis: Bobbs y Merrill.
- Anderson, M. (1971). Family, Household and the industrial revolution. En *Sociology of the Family*. En Michael Anderson (Ed.), London: Penguin Books
- (1972a). Household and the Industrial Revolution: Mid-Nineteenth Century Preston Comparative Perspective. Household in Comparative Perspective. En Peter Laslett (Ed.), *Household and Family in Past Time*. Cambridge, Cambridge: Univ. Press.
- (1972b). *Family Structure in Nineteenth Century Lancashire*. Cambridge, Cambridge: Univ. Press.
- Arensberg, C. M., y Kimball, S. T. (1968). *Family and Community in Ireland*. Cambridge, Massachusetts: Harvard Univ. Press.
- Ariès, P. (1965). *Centuries of Childhood*. New York: Vantage Press [Trad. (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus].
- Avery, G. (1965). *Nineteenth Century Children: Heroes and Heroines in English Children's Stories, 1780-1900*. Michigan, E.U.A: Hodder and Stoughton
- Bailey, C. (1950). *A Short History of the Balliol Boy's Club*. Oxford, Oxford: University Press
- Bamford, T.W. (1967). *Rise of the Public Schools: a study of boys' public boarding schools in England and Wales from 1837 to the present day*. London: Nelson.
- Banks, J. A. (1954). *Prosperity and Parenthood: A Study of Family Planning among the Victorian Middle Classes*. London: Routledge y Kegan Paul.
- (1968). Population Change and the Victorian City. *Victorian Studies*, II(3), pp. 280-294.
- Barber, C. L. (1959). *Shakespeare's Festive Comedy*. Princeton, Princeton: Univ. Press.
- Baron, G. y Tropp, A. (1961). Teachers in England and America. En A. H. Halsey. (Ed.), *Education Economy and Society*, (pp. 434-455). New York: The Free Press.
- Baumert, G. (1957). Einige Beobachtungen zur Wandlungen der Familie Stellung des Kindes in Deutschland. En N. Anderson. (Ed.), *Recherches sur la famille*, (pp. 1-14). Göttingen.
- Baustaedt, K. (1950). *Festschrift zum 60. Jahrigem Gestehe der Felix Klein Oberschule zur Göttingen*. Göttingen.
- Beard, P.T. (1945). Voluntary Youth Organizations. En S. Barlow. (Ed.), *Nuffield College Social Reconstruction Survey* (s. d.). London.

- Bechtel, H. (1967). *Wirtschafts und Sozialgeschichte Deutschlands*. Munich: Callwey Georg D.W. GmbH.
- Beerbohm, M. (1907). A Morris for May Day. *Harper's Monthly Magazine*. Recuperado de: [https://en.wikisource.org/wiki/%22A\\_Morris\\_for\\_May-Day%22](https://en.wikisource.org/wiki/%22A_Morris_for_May-Day%22)
- Berkner, L. K. (1972). The stem Family and the Developmental Cycle of the Peasant Household: An Eighteenth Century Austrian Example. *American Historical Review*, 77(2), pp. 398-418.
- Blackwell, E. (1879). *Counsel to Parents on the Moral Education of their Children in Relation to Sex*. London, Hatchards: Forgotten Books.
- Bloch, I. (1908). *The Sexual Life of our Time and its Relation to Modern Times. In Its relations to modern civilization*. London: Rebman Limited.
- Blum, J. (1971). The Internal Structure and Polity of the European Village Community from the Fifteenth to the Nineteenth Century. *Journal of Modern History*, 47(4), pp. 514-76.
- Bongert, Y. (1972). Délinquance juvénile et responsabilité pénale du mineur au XVIII Siècle. *Crimes et criminalité en France sous L'Ancient Régime*, 54(212), pp. 111-112. Recuperado de [http://www.persee.fr/doc/rnord\\_0035-2624\\_1972\\_num\\_54\\_212\\_3140\\_t1\\_0111\\_0000\\_3](http://www.persee.fr/doc/rnord_0035-2624_1972_num_54_212_3140_t1_0111_0000_3)
- Booth, C. (1902). *Life and Labour of the People in London*. New York: Macmillan.
- Bordua, D. J. (1961). Delinquent Subcultures: Sociological Interpretations of Gang Behavior. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 335(1), pp. 1-7.
- Born, S. (1898). *Erinnerungen eines Achtundvierzigers*. Leipzig: G.H. Meyer
- Boss, P. (1967). *Social Policy and the Young Delinquent*. London: Routledge y Kegan Paul.
- Bowley, A. L, y Burnett- Hurst, A. R. (1915). *Livelihood and Poverty: A Study in the Economic Conditions of Working-class Households in Northampton, Warrington, Stanley and Reading* Volume 7 of Social theories of the city. London: G. Bells and sons LTD.
- Brailsford, D. (1969). *Sport and Society, Elizabeth to Anne*. Great Britain, London: Routledge y Kegan Paul.
- Braun, R. (1960). *Industrialisierung und Volksleben*. Erlenbach- Zürich.
- Bray, R. (1904). The Boy and the Family. En E.J. Urwick. (Ed.), *Studies of Boy Life in Our Cities*. London: J.M. Dent y Company.
- (1907). *The Town Child*. London: T. Fisher Unwin.
- (1911). *Boy Labour and Apprenticeship*. London: Constable y CO. LTD.
- (1913). Youth and Industry. *Converging Views of Social Reform*. London.
- Brew, A.M. (1968). *Youth and Youth groups*. London: Faber y Faber.
- Brieke, E. (1937). Die Geschichte der Göttingen Jugendwehr. En E. Barker. (Ed.), *Göttingen Nachrichten*, (pp. 209-234). Oxford, Oxford.
- Broderick, C. B. (1970). *Kinder und Judensexualitat. Reinbek bei*. Hamburg: Rowohlt Verlag.
- Brunner, O. (1956). Das Ganze Haus und die alterupäische Ökonomik. En *Neue Wege der Sozialgeschichte*. n/a., Göttingen: Vandenhoeck y Ruprecht.

- Brunschwig, H. (1947). *La Crise de l'état prussien et la genèse de la mentalité romantique*. Paris: Presses Universitaires de France. Paris, Francia.
- Butler, C. V. (1914). *Social Conditions in Oxford*. Oxford, London: General Books LLC.
- Carden, M. L. (1969). *Oneida: Utopian Community to Modern Corporation*. Syracuse, Baltimore: Johns Hopkins Press.
- Carlebach, J. (1970). *Caring for Children in Trouble*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Carpenter, E. (1903). *Love's Coming of Age: A series of papers on the relation of the Sexes*. London: Kessinger Publishing.
- Carpenter, J. E. (1879). *The Life and Work of Mary Carpenter*. London: Macmillan y Company.
- Carter, L. V. B. (1947). Childhood and Education. En E. Barker. (Ed.), *The Character of England*, (pp. 209-34). Oxford, Oxford: Greenwood Press.
- Chambers, J.D. (1972). Population. En W.A. Armstrong. (Ed.), *Economy and Society in Pre-industrial England*, (s. d.). Oxford, Oxford: Univ. Press.
- Charlton, D. G. (1963). *Secular Religions in France, 1815-1870*. London: Oxford University Press.
- Chevalier, L. (1973). *Laboring Classes and Dangerous Classes in Paris during the First Half of the Nineteenth Century*. London, New York: Howard Fertig.
- Cloete, J.R. (1904). The Boy and His Work. En E.J. Urwick. (Ed.), *Studies in Boy Life in Our Cities*, (pp. 139-173). London: Garland Publishing, Incorporated
- Comfort, A. (1966). *Sex in Society*. London: Penguin.
- (1969). *The Anxiety Makers*. New York: Dell.
- Cominos, P. T. (1963). Late- Victorian Sexual Respectability and the Social System. *International Review of Social History*, 8(1), pp.18-48, 216-250.
- Coornaert, E. (1966). Les Compagnonnages en France du Moyen Age à nos jours, 14(3), pp. 315-317. Recuperado en: [http://www.persee.fr/doc/rhmc\\_0048-8003\\_1967\\_num\\_14\\_3\\_2964](http://www.persee.fr/doc/rhmc_0048-8003_1967_num_14_3_2964)
- Crouch, C. (1970). *The Student Revolt*. London: The Bodley Head.
- Crozier, D. (1965). Kinship and Occupational Succession. *Sociological Review*, 13 (1), pp. 15-43.
- Curry, W. (1868). Gown and Town Rows at Oxford and their Historical Significance. *Dublin University Magazine* 7(s.d.).
- Curzon, G. (1907). *Frontiers*. <https://en.wikisource.org/wiki/Frontiers> (Consultado en noviembre 2017).
- Dahrendorf, R. (1967). *Society and Democracy in Germany*. London: Doubleday.
- Dangerfield, G. (1961). *The Strange Death of Liberal England*. New York, U.S.A.: Stanford University Press.
- Darnton, R. (1984). The High Enlightenment and the Low- Life Literature in Prerevolutionary France. *Past y Present*, 51 (1971), pp. 81-115.
- Darton, F. J. H. (1958). *Children's Books in England: Five Centuries of Social Life*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.

- Davies, A. (2008). *The Gangs of Manchester: The Story of the Scuttlers, Britain's First Youth Cult*. Milo Books.
- Davis, K. (1944). Adolescence and the Social Structure. *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 236 (1), pp. 31-47.
- Davis, N. Z. (1970). A Trade Union in Sixteenth Century France. *Economic History Review* 20(4), pp. 48-69.
- (1971). The Reasons of Misrule: Youth Groups and Charivaris in Sixteenth Century France. *Past & Present*, 50 (s. d), pp. 41-75.
- Demos, J. y Demos. V. (1969). Adolescence in Historical Perspective. *Journal of Marriage and the Family*, 31 (4), pp. 632-8. Oxford Univ. Press.
- (1970). *A little Commonwealth: Family Life in the Plymouth Colony*. New York, U.S.A.:
- De Musset, A. (1969). Confessions of a Child of the Century. En J. B. Halsted. (Ed.), *Romanticism* (pp. 338-339.). New York: Harper.
- De Sauvigny, G. B. (1966). *The Bourbon Restoration*. Philadelphia, Pennsylvania: Univ, Press of Pennsylvania Press.
- Dennis, N, Henriques, F. y Slaughter, C. (1965). *Coal is Our life*. London: Tavistock.
- Dingle, A. (1933). *A Modern Sinbad*. London: Guil Books.
- Dorwart, R. A. (1971). *The Prussian Welfare State before 1740*. Cambridge, Massachusetts: Harvard Univ. Press.
- Dublin University Magazine. (1868). Gown and Town Rows at Oxford and Their Historical Significance, 71 (423) London: Hurts y Blackett.
- Du Robespierre, M. F. M. I. (1793). National Assembly, Decree on levee in masses, 23 August 1793. En Donnachie, I. y Lavin, C. (Eds.). (2003). *From Enlightenment to Romanticism. Anthology*, (p.90). Manchester University Press.
- Eager, W. McG. (1971). Making Men: *The History of Boy's Clubs and Related Movements in Great Britain*. London: University of London Press.
- Edding, F. (1965). Relativer Schulbesuch und Abschlussquoten in internationalen Vergleich. En L. V. Friedeburg. (Ed.), *Jugend in der moderner Gesellschaft*, (s.d.). Köln, Berlin: Kiepenheuer y Witsch.
- Eisenstadt, S.N. (1966). *From Generation to Generation: Age Groups and Social Structure*. New York; The Free Press.
- (1966). *Modernization: Protest and Change*. New Jersey: Prentice- Hall. [Trad. (1968) *Modernización. Movimientos de protesta y cambio social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores]
- Eisenstein, E. (1959). *The First Professional Revolutionist: Filippo Michele Buonarroti*. Cambridge, Massachusetts: Harvard Univ. Press.
- Eliade, M. (1965). *Rites and Symbols of Initiation: The Mysteries of Birth and Rebirth*. New York, U.S.A.: Harper y Row

BIBLIOGRAFÍA

- Ellis, H. (1911). *Studies in the Psychology of Sex*. Philadelphia: F. A. Davis Company.
- Eppel, E. M. y Eppel, M. (1962). Connotations of Morality. *British Journal of Sociology*, 13 (3), pp. 243-63.
- Epstein, K. (1966). *Genesis of German Conservation*. Princeton: Princeton Univ. Press.
- Erikson, E. (1956). Ego Identity and the psychosocial moratorium. En Witmar, H. L. y Kosinski, R. (Eds.), *New perspectives for research on juvenile delinquency: A Report of a Conference on the Relevance and Interrelations of Certain Concepts from Sociology and Psychiatry for Delinquency*, N° 356 (pp.1-23). Michigan: U.S. Children's Bureau.
- Feuer, L. S. (1969). *The Conflict of Generations: The Character and Significance of Student Movements*. New York, U.S.A.: Basic Books.
- Fischer, F. (1913). *Wandern und Schauen*. Göttingen: Harstestein.
- Fischer, W. (1963). Soziale Unterschichten im Zeitalter der Frühindustrialisierung. *International Review of Social History*, 8 (s. d.), pp. 415-35.
- Fishman, S. (1970). Suicide, Sex and the Discovery of the German Adolescent. *History of Education Quarterly* 10 (2), pp. 170-188.
- Fletcher, M. (1939). *O' Call Back Yesterday*. Oxford, Oxford: Shakespeare Head Press.
- Fletcher, R. (1962). *Family and Marriage in Britain*. London: Penguin Books.
- Foucault, M. (1984). Of Other Spaces: Utopias and Heterotopias. *Architecture/Mouvement/Continuité* October, <http://web.mit.edu/allanmc/www/foucault1.pdf> (Consultado en noviembre 2017).
- Fourier, C. (1971). Harmonium Man: *The Writings of Charles Fourier*. En Poster, M. (Ed.), s. d. (p. 150). Garden City, New York: Doubleday.
- Frankenberg, R. (1966). *Communities in Britain*. London: Harmondsworth Books.
- Freeman, A. (1914). *Boy Life and Labour the manufacture of inefficiency*. London: Wentworth Press.
- Freudenthal, H. (1968). *Vereine in Hamburg*. Hamburgo.
- Friedenberg, E. Z. (1959). *The Vanishing Adolescent*. Oxford, England: Beacon.
- Friedenthal, R. (1965). *Goethe: His Life and Times*. New York, U.S.A.: Littlehampton Book Services Ltd.
- Fyvel, J. R. (1963). *The Insecure Offender*. Harmondsworth, London: Penguin.
- Gaustad, E. S. (1965). *The Great Awakening in New England*. California, U.S.A.: Peter Smith Publisher, Incorporated.
- George, M. D. (1964). *London in the Eighteenth Century*. England, Oxford: Harper.
- Gilbert, C. (1967). When Did a Man in the Renaissance Grow Old? *Studies in the Renaissance* 14(9), pp. 7-32.
- Gillis, J. R. (1971). *The Emergence of Modern Juvenile Delinquency in England, 1890-1914*. Forthcoming article.
- (1971). *Prussian Bureaucracy in Crisis, 1840-60: The Origins of an Administrative Ethos*. Stanford: Stanford Univ. Press.

- (1973). Conformity and Rebellion: Contrasting Styles of England and German Youth, 1900-1933. *History of Education Quarterly* 13(3), pp.249-260.
- (1973). Youth and History: Progress and Prospect. *Journal of Social History* 7 (2), pp. 115-141.
- (2002). Birth of the Virtual Child: origins of our Contradictory Images of Children. En Joseph Dunn and James Kelly (Ed.), *Childhood and its Discontents* (pp.31-50). Dublin: The Liffey Press.
- Glass, D. V. (1961). Education and Social Change in Modern England. En A.H. Halsey. (Ed.), *Education, Economy, and Society*, (s. d.). Glencoe: Free Press of Glencoe.
- Gluckman, M. (1962). Les Rites de Passage. En M. Gluckman. (Ed.), *Essays on the Ritual of Social Relations*, (pp. 1-52). Manchester, Manchester: University Press, Inc.
- Goffman. E. (1961). *Asylums*. Garden City, New York: Doubleday.
- Goldthorpe, J. H. (1969). *The Affluent Worker in the Class Structure*. Cambridge: Cambridge Univ. Press.
- Gollin, G. (1967). *Moravians in Two Worlds*. S. d., New York: Columbia University Press.
- Goode, W. J. (1970). *World Revolution and Family Patterns*. S. d., New York: The Free Press.
- Goodenough, E. (2000). Introduction to Special Issue on the Secret Spaces of Childhood. En *Michigan Quarterly Review*, XXIV (Spring), pp. 179-193.
- Goodwin, A. (Ed). (1967). *The European Nobility in the 18th Century*. London: Black.
- Gorer, G. (1955). *Exploring English Character*. London: The Cresset Press.
- Gottlieb, D., Reeirs, J. and Terhoutem, W.D. (1966). *The Emergence of Youth Societies: A Cross Cultural Approach*. New York: The Free Press.
- Graff, H. (1972). Patterns of Dependence and Child Development in a Mid-19th Century City: Sample from Boston 1860. *History of Education Quarterly*, 13(2), pp. 129-44.
- Graña, C. (1964). *Bohemian versus Bourgeois: French Society and the French Man of Letters in the Nineteenth Century*. New York: Basic Books.
- Gratton, L. y Scott, A. (2016). *The 100-Year Life: Living and Working in an Age of Longevity*. London: Bloomsbury.
- Graves, R. (1957). *Goodbye to All That*. Garden City, New York: Doubleday.
- Graves, T. S. (1923). Some Pre-Mohock Clansmen. *Studies in Philology* 20(s. d.), pp. 395- 421.
- Green, F. S. (1960). Survey of youth services in Oxford. Manuscritos inéditos en posesión del autor. s. d.
- (1963). Youth and Community Center Services: Some Facts, Figures and Reflections. Papel mimeografiado en posesión del autor. s.d.
- Greven, P. J. (1972). Youth, Maturity, and Religious Conversion: A Note on the Ages of Converts in Andover, Mass., 1711-1749. *Essex Institute Historical Collections*, 58(2), pp. 119-134.
- Grünhut. M. (1972). *Penal Reform: A Comparative Study*. Montclair, N.J.: Patterson Smith.
- Gusfield, J. (1963). *Symbolic Crusade: Status Politics and the American Temperance Movement*. Urbana, III: Univ. of Illinois Press.

- Habakkuk, H. J. (1950). Marriage Settlements in the Eighteenth Century. De la *Royal Historical Society, Fourth Series*, 32 (s. d.), pp.15-30.
- Hajnal, J. (1965). European Marriage Patterns in Perspective. En D. V. Glass y D. E. C. Eversley (Eds.), *Population in History* (pp. 101-143). London: E. Arnold.
- Hall, G. S. (1969). *Adolescence: Its Psychology, and Its Relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex Crime, Religion, and Education*, 1 (101-143). Chicago, Illinois: Glass DV.
- Halsey, A. H. (1960). The Changing Function of Universities in Advanced Industrial Societies. *Harvard Educational Review* 30 (2), pp. 119-27.
- (Ed.). (1972). *Trends in British Society since 1900: A Guide to Changing Social Structure in Britain*. London: Macmillan.
- Hammond, J. L., y Hammond, B. (1970). *The Village Laborer, 1760-1832*. New York: Harper.
- Hans, N. (1966). *New Trends in Education in the Eighteenth Century*. London: Routledge y Kegan.
- Hare, E. H. (1962). Masturbation Insanity: The History of an Ideal. *Journal of Mental Science*, 108 (s. d.), pp. 2-25.
- Harrison, B. (1967). Underneath the Victorians. *Victorian Studies* 10(3), pp. 239-62.
- Hawes, J. (1969). *Children in Urban Society*. New York: Oxford Univ. Press.
- Henriques, F. (1968). *Prostitution and Society*. London: MacGibbon y Kee.
- Herlihy, D. (1969). Vieillir à Florence au Quattrocento. *Annales Economies Sociétés Civilisations* 24(6), pp.1338-1352.
- Hewitt, M. (1958). *Wives and Mothers in Victorian Industry*. London: Greenwood Press
- Hicks, W. R. (1933). *The School in English and German Fiction*. London: Soncino Press.
- Hill, C. (1972). *The World Turned Upside Down: Radical Ideas During the English Revolution*. New York: Viking.
- Himmelweit, H. (1957). Social and Class Differences in Parent-Child Relations in England. In N. Anderson. (Ed.), *Recherches sur la famille*, 2 (s. d.), pp. 179-90.
- Hiscock, E. (1970). *Last boat to Folly Bridge*. London: Littlehampton Book Services Ltd.
- Hobsbawm, E. J. (1962). *The Age of Revolution*. New York: Mentor.
- (1964). The Labour Aristocracy in the Nineteenth Century. *Laboring Men: Studies in the History of Labour*, 37(3), pp. 272-315. New York: Basic Books
- (1964). *The Tramping Artisan*. New York: Basic Books.
- (1965). The Ritual of Social Movements. *Primitive Rebels*. New York: Norton
- , y Rude, G. (1970). *Captain Swing*. New York: Pantheon Press.
- Hoggart, R. (1957). *The Uses of Literacy*. London: Chatto and Windus.
- Holborn, H. (1964). *A History of Modern Germany*. New York: Alfred Knopf.
- Hole, C. (1940). *English Folklore*. London: B.T. Bestford.
- (2014). *English Sports and Pastimes*. London: Elliott Press.

- Hollingsworth, T. H. (1964). The Demography of the British Peerage. *Supplement of Population Studies*, 18 (2), pp. 52-70.
- Hope, A. M. (1912). The Breaking down of Caste. En J.H. Whitehouse. (Ed.), *Problems of Boy Life*. (p. 302). London: P. S. King.
- Horn, D. (1973). Youth Resistance in the Third Reich: A Social Portrait. *Journal of Social History* 7(1), pp. 28-43.
- Hornstein, W. (1966). *Jugend in ihrer Zeit*. Hamburg: Marion von Schröder Verlag.
- Horsley, J. (1894). *Juvenile Crime. Its Causes and Remedies: The Great Social Question of the Day*. London.
- Hughes, T. (1967). *Tom Brown's School Days*. New York: St. Martin's.
- Hunt, D. (1970). *Parents and Children in History: Psychology of Family Life in Early Modern France*. New York: Basic Books.
- Hynes, S. (1968). *The Edwardian Turn of Mind*. Princeton: Princeton Univ. Press.
- Inglis, K. S. (1963). *Churches and the Working Classes in Victorian England*. London: Routledge y Kegan Paul.
- Jantzen, W. (1957). Die soziologische Herkunft der Führungsschichte der deutschen Jugendbewegung, 1900-33. En A.M. Frankfurt (Ed.), *Führungsschichte und Eliteproblem*, (s. d.). Frankfurt: Die Jugendbewegung.
- Jobs, R. (2007). *Riding the new wave: Youth and the Rejuvenation of France after the Second World War*. Stanford: Stanford University Press.
- Jones, L. C. (1942). *The Clubs of the Georgian Rakes*. New York: Columbia University Press
- Kanter, R. M. (1972). *Commitment and Community: Communes and Utopias in Sociological Perspective*. Cambridge, Massachusetts: Harvard Univ. Press.
- Keniston, K. (1960). *The Uncommitted: Alienated Youth in American Society*. New York: Dell.
- (1968). *Young Radicals: Notes on Committed Youth*. New York: Harcourt, Brace and World.
- (1971). Psychological Development and Historical Change. *Journal of Interdisciplinary History* 2 (2), pp. 329-345.
- Kett, J. F. (1971). Adolescence and youth in Nineteenth Century America. *Journal of Interdisciplinary History* 2 (2), pp. 283-298.
- (1977). *Rites of Passage. Adolescence in America 1790 to the present*. New York: Basic Books Inc.
- Key, E. (1909). *The Century of the Child*. London: Ellen Key.
- Kirk, E. B. (1905). *A Talk with Boys about Themselves*. London: Simpkin Marshall.
- Kitchen, M. (1968). *The German Officer Corps, 1890-1914*. Oxford: Clarendon Press.
- Knoop, D., y Jones, G. P. (1937). *The Genesis of Freemasonry*. Manchester: Manchester University Press.
- Kohli, M. (1885). Die Institutionalisierung des Lebenslaufs. *Vierteljahresheft der Soziologie und Socialpsychologie*, 37(1), pp.1-29.
- Kotschnig, W. M. (1937). *Unemployment in the Learned Professions*. London: Oxford Univ. Press.

- Laqueur, W. Z. (1962). *Young Germany: A History of the German Youth Movement*. New York: Basic Books.
- Laslett, P. (1965). *The World We Have Lost*. New York: Charles Scribner's Sons.
- (1971). Age at Menarche in Europe since the Eighteenth Century. *Journal of Interdisciplinary History* 2(2), pp. 221-236.
- (1991). *A Fresh Map of Life: The Emergence of the Third Age*. Cambridge: Harvard University Press.
- Lees, L. (1966). Irish Slum Communities in Nineteenth Century London. En S. Thernstom y R. Sennett. (Ed.), *Nineteenth Century Cities*. New Haven: Yale Univ. Press.
- Lefebvre, G. (1966). *The Thermidorians*. New York: Vintage.
- Lowenthal, D. (2016). *The Past is a Foreign Country*. Cambridge University Press.
- Lowndes, G. A. L. (1969). *The Silent Revolution: An Account of the Expansion of Public Education in England y Wales, 1895-1965*. London: Oxford Univ. Press.
- Lütken, C. (1925). *Die deutsche Jugendbewegung*. Ein soziologischer. Munster.
- Lyttelton, E. (1982). *Mothers and Sons, or Problems in the Home Training of Boys*. London.
- (1900). *Training of the Young in the Laws of Sex*. London: Logmans, Green, y CO.
- MacFarlane, A. (1970). *The Family Life of Ralph Josselin, a Seventeenth-Century Clergyman. An Essay in. Historical Anthropology*. Cambridge: Cambridge Univ. Press.
- Mack, E. C. (1938). *The Public Schools and British Opinion, 1780-1860*. London: Columbia University Press.
- Mannheim, H. (1941). *War and Crime*. London: Watts.
- Manning, P. (1897). Some Oxford shire Seasonal Festivals. *Folk Lore*, 8 (1), pp. 319-320.
- Manuel, F. (1962). *Prophets of Paris*. New York: Harper.
- Marsh, D. C. (1965). *Changing Social Structure of England and Wales, 1871-1961*. London: Routledge y Kegan Paul.
- Marson, D. (1973). *Children's Strikes in 1911*. Oxford: Ruskin College.
- Marwick, A. (1970). Youth in Britain, 1920-1970. *Journal of Contemporary History*, 5 (1), pp. 37-51.
- Marx, K. y Engels, F. (1955). *The Communist*. New York: Appleton.
- Masterman, C. F. G. (1909). *The Condition of England*. London: University of London.
- Mathiez, A. (1965). After Robespierre: *The Thermidorian Reaction*. New York: Grosset.
- Matza, D. (1961). Subterranean Traditions of Youth. *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 228(8), pp. 102-118.
- (1964). Position and Behavior Patterns of Youth. En E. Favis (Ed.), *Handbook of Modern Sociology*, (s. d.). Chicago: Rand Mc- Nally.
- Mayhew, H. (1861). *London Labour and the London Poor*. London: Penguin Classics, CO.
- (1864). *German Life and Manners as Seen in Saxony at the Present Day*. London: W. H. Allen.
- Mays, J. B. (1965). *The Young Pretenders*. London: Michael Joseph.
- (1967). *Crime and the Social Structure*. London: Faber y Faber.

- Mazoyer, L. (1938). Catégories d'âge et groupes social. Les jeunes générations françaises de 1830. *Annales d'histoire économique et sociale* 10(17), pp. 385-423.
- Meachem, S. (1972). The Sense of an Impending Clash: English Working Class Unrest before the First World War." *American Historical Review* 77(5), pp. 1343-1364.
- Mennel, R. (1972). *Thornes & Thistles: Juvenile Delinquents in the United States*. Hanover: New England Universities Press.
- Metraux, R. (1967). Parents and Children: An Analysis of Contemporary German Child-Care and Youth-Guidance Literature. En M. Mead y M. Wolfenstein, (Ed.), *Childhood in Contemporary Cultures*, (s.d.). Chicago: Univ. of Chicago Press.
- Mill, J. S. (1963). Spirit of the Age. En G. E. Himmelfarb. (Ed.), *Essays in Politics and Culture*, Garden City, New York: Doubleday.
- Milson, F. (1972). *Youth in a Changing Society*. London: Routledge y Kegan Paul.
- Mingay, C. E. (1963). *English Landed Society in the Eighteenth Century*. London: Routledge y Kegan Paul.
- Modell, J. (1989). *Into One's Own: From Youth to Adulthood in the United States, 1920-1975*. Berkeley: University of California Press.
- Mogey, J. M. (1969). *Family and Neighborhood: Two Studies in Oxford*. Oxford: Oxford Univ. Press.
- Möller, H. (1969). *Die kleinbürgerliche Familie im 18. Jahrhundert. Verhalten und Gruppen Kultur*. Berlin Muller: R.W.
- Moller, H. (1968). Youth as a Force in the Modern World. *Comparative Studies in Society and History* 10(3), pp. 237-260.
- Montague, L. H. (1904). The Girl in the Background. En E. J. Urwick (Ed.), *Studies of Boy Life in Our Cities*, (pp. 233-254). London: J.M. Dent y Company.
- Morley, J. (1986). *Death, Heaven, and the Victorians*. Pittsburg: University of Pittsburg Press.
- Morrison, W. D. (1896). *Juvenile Offenders*. Montclair, New Jersey: Patterson-Smith.
- Mosse, G. L. (1964). *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*. New York: Grosset y Dunlap.
- Muchow, H. H. (1959). *Sexualreife und Sozialstruktur der Jugend*. Reinbek bei Hamburg: Rohwolt.
- . (1962). *Jugend und Zeitgeist: Morphologie der Kulturpubertät*. Reinbek bei, Hamburg: Rohwolt Verlag.
- Musgrove, F. (1960). The Decline of the Educative Family. *Universities Quarterly* 14(4), pp. 377-404.
- . (1961). Middle Class Education and Employment in the Nineteenth Century: A Rejoinder. *Economic History Review* 14(1), pp. 320-29.
- . (1965a). Middle Class Families and the School s 1780-1880. *Sociological Review* 7(2), pp. 169-178.
- . (1965b). *Youth and the Social Order*. London: Routledge y Kegan Paul.
- Muuss, R. (1968). *Theories of Adolescence*. New York: Random House. [Trad. (1966) *Teorías de la Adolescencia*, Buenos Aires: Paidós]

BIBLIOGRAFÍA

- Myrdal, A. (1969). *Nation and Family*. Cambridge, Massachusetts: Harvard Univ. Press.
- Neidhardt, F. (1966). *Die Familie in Deutschland*. Opladen: Leske VeVlag.
- (1970). *Die junge Generation*. Opladen: Leske Verlag.
- Newsome, D. (1961). *Godliness and Good learning*. London: John Murra.
- Noyes, P. (1966). *Organization and Revolution: Working Class Associations in the German Revolutions of 1848-1849*. Princeton: Princeton Univ. Press.
- O'Boyle, L. (1970). The Problem of an Excess of Educated Men in Western Europe, 1800-1850. *Journal of Modern History* 42(4), pp. 471-495.
- Ong, W. J. (1971). Latin Language Study as a Renaissance Puberty Rite. En W. J. Ong (Ed.), *Rhetoric, Romance and Technology*, (pp.113-141). Ithaca, New York: Cornell Univ. Press.
- Osler, W. (1905). Valedictory Address at Johns Hopkins University. *Journal of the American Medical Association*, 44(9), pp. 705-710.
- Ozouf, M. (1970). Symboles et fonction des âges dans les fêtes de L'Epochè Révolutionnaire. *Annales historiques de la Révolution Française*, 202(1), pp. 569-593.
- Pantin, J. (1966). Report of the Keeper of the Archives, 1964-1965. *University Gazette*, 46(4), s. d.
- Parry, A. (1933). *Garrets and Pretenders. A History of Bohemianism in America*. New York: Covici, Friede.
- Parsons, T. (1949). *Age and Sex in the Social Structure*. Glencoe, IL: The Free Press.
- Paterson, A. (1912). *Across the Bridges*. London: The University of California.
- Paul, L. (1938). *The Republic of Children*. London: Allen y Unwin Ltd.
- Pelles, G. (1963). *Art, Artists and Society*. Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall.
- Perkin, H. J. (1961). Middle Class Education and Employment: A Critical Note. *Economic History Review* 14 (1), pp.122-30.
- (1969). *The Origins of Modern English Society, 1780-1880*. London: Routledge y Kegan Paul.
- Pick, D. (1989). *Faces of Degeneration: a European Disorder, 1848-1918*. Cambridge: University Press.
- Pinchbeck, I., y Hewitt, M. (1969). *Children in English Society*. London: Routledge y Kegan Paul.
- Pinkney, D. (1972). *The French Revolution of 1830*. Princeton: Princeton Univ. Press.
- Platt, A. E. (1969). *The Child Savers: The Invention of Delinquency*. Chicago: Univ. of Chicago Press.
- Plowman, T. F. (1918). *In the Days of Victoria*. London.
- Porter, E. (1969). *Cambridge shire Customs and Folklore*. London.
- Price, R. (1972). *An Imperial War and the British Working Class: working-class attitudes and reactions to the Boer War, 1899-1902*. London: Routledge y Kegan Paul.
- Proctor, T. (2016). *Civilians in a World at War, 1914-1918*. New York: University Press.
- Pross, H. (1964). *Jugend, Eros, Politik*. Berlin-Munich-Vienna.
- Rabe, H.B. (1961). Der Wandervogel in Osnabrück: Bild einer Jugend von 1907 - 1920. *Osnabrücker Mitteilungen* 70(1), pp.109-154.
- Radzinowicz, L. (1966). *Ideology and Crime: A Study of Crime in its Social and Historical Context*. London: Heinemann Educational.

- Reader, W. J. (1966). *Professional Men: The Rise of the Professional Classes in Nineteenth Century England*. New York: Basic Books.
- Redford, A. (1964). *Labour Migration in England, 1800-1850*. Manchester: Manchester Univ. Press.
- Ringer, F. (1969). *The Decline of the German Mandarins*. Cambridge, Massachusetts: Harvard Univ. Press.
- Roberts, E. E. (1940). *The Service of Youth*. Oxford, Oxford: Monthly.
- Roberts, J. M. (1972). *The Mythology of the Secret Societies*. London: Macmillan Pub Co.
- Roessler, W. (1961). *Die Entstehung des modernen Erziehungswesens in Deutschland*. Kohlhammer Verlag, Stuttgart.
- Rowntree, B. S. (1914). *Poverty: A Study of Town Life*. London: Macmillan and Co.
- (1931). *Poverty and Progress: A Second Social Survey of York*. London: Longmans.
- Rubinstein, D. (1972). *School Attendance in London, 1370-1904: A Social History*. New York, U.S.A.: A.M. Kelley.
- Russell, C. E. B. (1905). *Manchester Boys, Sketches of Manchester Lads at Work and Play*. Manchester, Manchester: University Press.
- (1913). Adolescence. En *Converging Views of Social Reform*. London.
- Samuel, R. H., and Thomas, R. H. (1949). *Education and Society in Modern Germany*. London, U.K.: Routledge y Kegan Paul.
- Schaffstein, F. (1969). Die Bemessung der Jugendhilfe: Erfahrung und Forderungen. En Frankfurt A.M (Ed.), *Jugendkriminalität, Strafjustiz und Sozialpädagogik*, (pp. 248-265). Germany: Gethold Simonsohn.
- Schelsky, H. (1957). *Die skeptische Generation*. Düsseldorf-Köln: Eugen Diederichs-Verlag.
- Schenk, H. G. (1969). *The Mind of the European Romantics*. New York: Doubleday.
- Schieder, W. (1963). *Anfänge der deutschen Arbeiterbewegung*. Stuttgart: Ernst Klett Verlag.
- Schochet, G. (1969). Patriarchalism, Politics and Mass Attitudes in Stuart England. *The Historical Journal* 12(3), pp. 413-441.
- Schoenbaum, D. (1967). *Hitler's Social Revolution: Class and Status in Nazi Germany, 1933-1939*. Garden City, New York: Doubleday.
- Schofield, M. (1968). *The Sexual Behavior of Young People*. London: Penguin Books.
- Schulze, F., y Ssymank, P. (1932). *Das deutsche Studententum*. Munich.
- Schwartz, G. y Marten, D. (1967). The Language of Adolescence: An Anthropological Approach to Youth Culture. *American Journal of Sociology*, 72(5), pp. 453-468.
- Schwartz, P. (1911). Die Gelehrtenschulen Preussens unter dem Oberschulkollegium (1787-1806) und das Arbiturientenexamen, 1(s.d). Berlin.
- Seton-Thompson, E. (1925). *The Birch Bark Roll of Woodcraft; For Boys and Girls Ages 4-94*. New York: Brieger Press.
- Sheehy, G. (1981). *Pathfinders*. New York: Morrow.

- Sherwood, W. E. (1971). *Oxford Yesterday*. Oxford.
- Shorter, E. (1971). Illegitimacy, sexual revolution and social change in modern Europe. *Journal of interdisciplinary history*, 2(2), pp.329-345.
- Simon, B. (1965). *Education and the Labour Movement, 1870-1920*. London: Lawrence y Wishart.
- Simonsohn, G. (1969). Vom Strafrecht zur Jugendhilfe. Ein Geschichtlicher Überblick. En G. Simonsohn (Ed.), *Jugendkriminalität, Strafjustiz und Sozialpädagogik*, (s.d.). Germany.
- Slicher van Bath, B. H. (1963). *The Agrarian History of Western Europe, 500-1840*. London: E. Arnold.
- Smelser, N. (1959). *Social Change in the Industrial Revolution: An Application of Theory to the Lancashire Cotton Industry, 1770-1840*. Chicago: Univ. of Chicago Press.
- Spamer, A. (1935). *Sitte und Brauch. Handbuch der deutschen Volkskunde*. Germany: Wilhelm Pressler.
- Spender, S. (1948). The English Adolescent. *Harvard Education Review*, 18 (s. d.), pp. 229-240.
- Spitz, R. A. (1952). Authority and Masturbation. *The Psychoanalytic Quarterly* 21(4), pp. 490-527.
- Springhall, J. O. (1972). The Boy Scouts, Class and Militarism in Relation to British Youth Movements, 1908-1930. *International Review of Social History*, 17(2), pp. 3-23.
- Stadelmann, R. y Fischer, W. (1955). *Die Bildungswelt des deutschen Handwerkers um 1800*. Berlin.
- Stedman-Jones, G. (1974). *Some Problems in Reconstructing the Culture and Attitudes of the Poor in Mid-and Late Victorian London*. Rutgers University.
- Stephan, G. (1981). *Die hausliche Erziehung in Deutschland während des achtzehnten Jahrhunderts*, Wiesbaden.
- Stern, F. (1965). *Policies of Cultural Despair*. Garden City, New York: Doubleday.
- Stone, L. (1960). Marriage among the English Nobility in the 16th and 17th Centuries. *Comparative Studies in Society and History*, 3(2), pp. 182-206.
- (1966). Social Mobility in England, 1500-1700. *Past & Present*, 33 (s. d.), pp. 16-55.
- (1969). Literacy and Education in England, 1640-1900. *Past & Present*, 42 (s. d.), pp. 69-139.
- (1972). *The Size and Composition of the Oxford Student Body, 1580-1910*. Princeton: Princeton University Press.
- Talmon, J. (1960). *Political Messianism: The Romantic Phase*. New York: Praeger.
- Tanner, J. M. (1971). Sequences, Tempo and Individual Variation in the Growth and Development of Boys and Girls Aged Twelve to Sixteen. Daedalus.
- Tawney, R. H. (1912). Economics of Boy Labour. En J.H. Whitehouse. (Ed.), *Problems of Boy Life*, (pp. 52-78). London.
- Thirsk, J. (1969). Younger Sons in the Seventeenth Century. *History*, 54(182), pp. 358-377.
- Thomas, K. (1959). The Double Standard. *Journal of the History of ideas* 20(2), pp.195-216.
- Thompson, E. P. (1958). *The Making of the English Working Class*. New York: Pantheon Books.  
[Trad. (2012) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing]
- (1971). The Moral Economy of the Crowd in Eighteenth Century England. *Past & Present*, 50(116), pp. 76-136.

- (1972). Rough Music: Le Charivari anglais. *Annales Economies Sociétés Civilisations*, 27(2), pp. 285-312.
- Thompson, F. L. M. (1963). *English Landed Society in the Nineteenth Century*. London: Routledge y Kegan Paul.
- Tilly, C. y Tilly, R. (1971). Agenda of European Economic History." *Journal of Economic History*, 21(1), pp. 184-198.
- (1973). Population and Pedagogy in France. *History of Education Quarterly* 13(s.d), pp.113-128.
- Tilly, R. (1970). Popular Disorders in Nineteenth Century Germany: A Preliminary Survey. *Journal of Social History*, 4(1), pp. 1-40.
- Tobias, J. J. (1967). *Crime and Industrial Society in the Nineteenth Century*. New York: Schocken Books.
- Tranter, N. L. (1967). Population and Social Structure in a Bedfordshire Parish: the Cardington List of Inhabitants, 1782. *Population Studies*, 21(2), pp. 61-282.
- Trollope, F. (1836). *Paris and the Parisians in 1835*. New York: Harper.
- Tropp, A. (1957). *The School Teachers*. London: Heinemann.
- Turner, E. S. (1954). *A History of Courting*. New York: Ballantine Books.
- (1957). *Boys Will Be Boys*. London: England: Michael Joseph.
- Turner, V. (1967). *The forest of symbols. Aspect of Ndembu Ritual*. Ithaca y London: Cornell University Press. [Trad. (1980). *La selva de los símbolos. Aspectos del ritual Ndembu*. México: Siglo XXI].
- Urwick, E. J. (1904a). Conclusion. En E. J. Urwick (Ed.), *Studies of Boy Life in Our Cities*, (p. 191) London.
- (1904b). Introduction. En E. J. Urwick (Ed.), *Studies of Boy Life in Our Cities*, (p. 6).
- Vann, R. T. (1969). Nurture and Conversion in the Early Quaker Family. *Journal of Marriage and the Family*, 31(4), pp. 639-643.
- Viatte, A. (1928). Les Sources occultes du romantisme, illuminisme. *Théosophie 1770-1820*, 1 (47), p.332.
- Von Klöden, F. (1876). *The Self-Made Man*. London: Strahan y Co.
- Waas, O. (1967). *Die Pennalie: Ein Beitrag zu ihrer Geschichte*. Berlin: Graz.
- Waite, R. L. (1969). *Vanguard of Nazism: The Free Corps Movement in Postwar Germany, 1918-1923*. New York: Norton.
- Wakeford, J. (1969). *The Cloistered Elite: A Sociological Analysis of the English Public Boarding School*. London: Macmillan.
- Walker, M. (1971). *German Home Towns: Community, State, and General Estate, 1648-1871*. Ithaca, New York: Cornell Univ. Press.
- Walsh, J. (1966). The origins of the Evangelical Revival. En *Essays in Modern Church History*, s. d., p. 138ss.
- Weber, F. A. (1963). *The Growth of Cities in the Nineteenth Century*. Ithaca, New York: Cornell Univ. Press.

BIBLIOGRAFÍA

- Weber, E. (1971). Gymnastics and Sports in Fin-de-Siècle France: Opium of the Classes? *American Historical Review*, 76(1), pp.70-98.
- Weber, M. (1958). *From Max Weber: Essays in Sociology*. New York: Oxford. (Trad. (1985) *Ensayos de Sociología Contemporánea I y II*. Barcelona: Planeta DeAgostini]
- Weidemann, K. (1945). *Bund und Gruppe als Lebensformen deutschen Jugend*. Munich, Germany.
- Weinberg, I. (1967). *The English Public Schools: The Sociology of Elite Education*. New York: Atherton Press.
- Welsford, E. (1935). *The Fool: His Social and Literary History*. London: Faber and Faber.
- Wentzcke, P. (1919). *Geschichte der deutschen Burschenschaft*. Heidelberg, Germany.
- West, D. J. (1968). *The Young Offender*. London: Penguin Books. [Trad. (1970) *La Delincuencia Juvenil*. Barcelona: Editorial Labor]
- Wiese, L. (1854). *German Letters on English Education*. London: Longman, Brown, Green and Longmans.
- Wikman, K. R. (1937). *Die Einleitung der Ehe*. S.d.
- Wildermann, R., y Kaase, M. (1968). Die unruhige Generation. *Eine Untersuchung zu Politik und Demokratie in der Bundesrepublik*. Mannheim.
- Wilkinson, P. (1969). English Youth Movement, 1908-1930. *Journal of Contemporary History*, 4(2), pp. 7-23.
- Wilkinson, R. (1964). *The Prefects: British Leadership and the Public-School Tradition*. London: Oxford Press.
- Williams, D. (1955). *The Rebecca Riots: A Study in Agrarian Discontent*. Cardiff, Gales: National Library of Gales.
- Willmott, P. y Young, M. (1957). *Family and Kinship in East London*. London: Penguin Books.
- (1969). *Adolescent Boys in East London*. London: Penguin Books.
- Wilson, B. (1970). *Youth Culture and the Universities*. London: Faber & Faber.
- Wrigley, E. A. (1967). A Simple Model of London's Importance in Changing English Society and Economy, 1650-1750. *Past & Present*, 37(1), pp. 47-65.
- (1969). *Population and History*. London: World Univ. Library.
- Zorn, W. (1964). Hochschule und höhere Schule in der deutschen Sozialgeschichte der Neuzeit. En K. Reppen (Ed.), *Spiegel der Geschichte*, (s.d.). Münster.
- Zweig, F. (1963). *The Student in the Age of Anxiety*. London: Heineman.







Colección Juventud

Tomo I

Juventud e Historia. Tradición y cambio en las relaciones de edad en Europa  
Editado por la Secretaría de Desarrollo Institucional y el Seminario de Investigación  
en Juventud de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Se terminó de imprimir el día 12 de febrero de 2018.

Impresión a cargo de Formas e Imágenes S.A. de C.V. Avenida Universidad #1953,

E. 2, L. E. Copilco el Bajo, Coyoacán, formaseimagenes@gmail.com.

En su composición se utilizaron las fuentes Athelas y Futura.

La impresión de interiores se realizó en papel Bond de 90 gr y

forros en cartulina Couché de 300 gr. Su tiraje consta de 500 ejemplares.

La edición estuvo al cuidado de José Antonio Pérez Islas.

